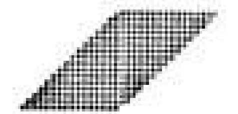


SODOMITAS

MAURICIO CARLAVILLA DEL BARRIO
«MAURICIO KARL»

SODOMITAS



EDITORIAL
NOS
1956

Gráficas CANALES - Castillejos, 26 - MADRID

OBRAS DEL AUTOR

El Comunismo en España (1931).
El enemigo. Marxismo, Anarquismo, Masonería (1934).
Asesinos de España (1935).
Técnica de la Komintern en España (1937).
El tenebroso plan Roosevelt-Stalin (1946).
Sinfonía en rojo mayor (T.) (1950).
Guerra (1952).
En torno al XIX Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S. (editado por un Centro Oficial para personalidades) (1953).
Malenkov (1955).
Pearl Harbour, traición de Roosevelt (1954).
Moscú, hoy (1955).
Yalta. Documentación completa del Departamento de Estado, comentarios y notas (1955).
Sodomitas (1956).

OTROS TRABAJOS

Prólogo, epílogo y notas a *Yo, jefe del Servicio Secreto Militar Soviético*, de WALTER KRIVITSKY (1946).
Epílogo a *Sucedió en la U. R. S. S.*, de A. PESTAÑA, A. GIDE, etc. (1946).
Prólogo, epílogo y notas a *Stalin y sus crímenes*, de LEÓN TROTSKY (1947).
Prólogo y ampliación a *El misterio del Estado de Israel*, de ARTHUR ROGERS (1948).
Prólogo y notas a *Los mariscales rojos hablan*, de CIRILO KALINOV (1950).

Conferencia Esencia y Potencia del Comunismo (Santander, 1951).
Prólogo a *Yo escogí la esclavitud*, de «EL CAMPESINO» (1952).
Prólogo a *Un siglo de atentados políticos*, de EDUARDO COMIN (1953).
Prólogo a *Historia secreta de la Segunda República*, de EDUARDO COMIN (1953).
Prólogo y notas a *Yo, ministro de Stalin en España*, de JESÚS HERNÁNDEZ (1954).
Prólogo, biografía y notas a *Yo y Moscú*, de INDALECIO PRIETO (1955).
Prólogo y ampliaciones a *El dinero de Hítler*, de SIDNEY WARBURG (1955).
Prólogo, comentarios, ampliaciones y notas a *Masonería Española*, de MIGUEL MORAYTA (1956).

EN PRENSA

El Rey. La historia silenciada del Reinado de S. M. Alfonso XIII.

En esta selva petrificada, que es la ciudad...

> Este libro fué proyectado para mostrar el peligro que es el sodomita para la Patria. Pero también lo es tan tremendo y más para la sociedad y, sobre todo, para la familia. Por ello, me permito dirigir a los padres este previo grito de alarma.

Si tú, madre, o tú, padre, habitaseis rodeados por la selva tropical, plagada de fieras feroces y pérfidos reptiles, en acecho día y noche para devorar o estrangular a vuestros hijos, estaríais en desvelo y alarma día y noche ; vuestras advertencias contra esos peligros serían continuas, y no permitiríais de ningún modo que salieran los mayores sin ir armados y a los pequeñuelos no les permitiríais abandonar la casa sin ir acompañados de quien pudiera defenderlos. Todo antes que hallar sus sangrientos despojos en cualquier espesura, encontrar su cuerpo yerto, hecho un trapo, después de haber sido estrangulado por los viscosos anillos de un reptil, o exánime, envenenado por la mordedura de una cobra...

No seríais padres verdaderos si desciudados y estúpidos permitieseis vagar a vuestros hijos por la selva, despreciando sus horribles riesgos ; no lo negaréis...

En cambio, solos, ignorantes, indefensos, los dejáis adentrarse por esta selva petrificada que es vuestra ciudad, como si por ella no vagasen fieras mucho más temibles que las alimañas tropicales... fieras capaces también de matar su cuerpo ; pero mucho más feroces y temibles, pues buscan matar sus almas...

La manada de fieras sodomitas, por millares, se lanza a través de la espesura de las calles ciudadanas en busca de su presa juvenil... Disfrazada de persona, la fiera

sodomítica ojea entre el matorral ambulante de las aceras su pieza preferida, el cándido muchacho, más grato a su ávida pupila cuanto más inocencia lleva retratada en su fisonomía... La alimaña sodomita, valida de su apariencia humana, una vez elegido el joven, se le aproximará, entablará conversación con cualquier pretexto, lo invitará en un bar, lo llevará al cine... desarrollará su «conquista» con todo el arte y las tretas de un Don Juan... ¡para qué detallar más!

Vuestro hijo puede volver a casa corrompido, guardando su bochornoso secreto, que nada delatará; la monstruosa relación continuará y, dada su edad, su instinto sexual se torcerá y será para siempre un invertido...

La tragedia será espantosa para él, porque la conciencia y la vergüenza lo atormentarán ya para siempre, y a medida que su perversión aumente y se haga cerebral y, por lo tanto, insaciable, su desesperación será infinita y buscará descarado y como sea la satisfacción plena de su torpe apetito, que no hallará jamás ni en las más inmundas porquerías.

Y un día estallará el escándalo; las amistades huirán del pervertido señalándolo, hasta que, por fin, la espantosa verdad llegue a vuestros oídos de padres.

Desde luego, rechazaréis airados la «vil calumnia», pero el áspid de la duda morderá en vuestras entrañas paternales; recordaréis detalles, actitudes, cosas inexplicables delatoras... hasta que lo fatal os llegue y la última duda se disipe ante la realidad irrefutable.

¡Mejor muerto!... gritaréis desesperados.

Sí; mejor muerto vuestro hijo... Mejor devorado por cualquier alimaña. Mejor para él, para vosotros y para Dios. Ningún tormento mayor para él y vosotros, ni mayor abominación para con Dios.

Y sabiéndolo ¿seguiréis dejando a vuestros hijos inadvertidos e indefensos adentrarse por esta selva petrificada de la ciudad en cuya espesura la más vil y temible alimaña los acecha?...

PRIMERA PARTE

SODOMIA Y COMUNISMO

ENSAYO HISTORICO

En esta parte de la obra trazaremos un esquema histórico de la SODOMIA en su función comunista a través de los Siglos.

Tal función es doble :

Una se produce por la indudable afinidad objetiva entre sodomita y comunista, por ser ambas aberraciones, aun siendo de distinto tipo, contrarias a la familia.

El comunista es contrario a la familia por ser ella motivo natural de la propiedad individual. Y el sodomita es también su adversario por ser su sexualidad antigenésica, estéril ; suicidio de la especie, como el comunismo es el suicidio de la sociedad, por su destrucción celular, ya que la familia es la célula del organismo social.

La otra función comunista de la Sodomía se produce por *provocación*.

La Sodomía, si no es una exclusiva de las clases privilegiadas, es en ellas donde más reina, y, desde luego, desde donde más escándalo causa en el proletariado.

Tal escándalo es aprovechado por el demagogo revolucionario siempre para llevar a las masas a la Revolución ; por lo tanto, la Sodomía de las clases aristocráticas, capitalistas y burguesas, quieran ellas o no, será siempre objetivamente comunista.

A esta doble función se ciñe esta primera parte de la obra.

La siguiente tratará de la Sodomía en la traición ; del arma que es en manos de los superestados y estados

que tienden a dominar o conquistar las naciones libres, como se ha evidenciado en varios casos muy recientes que han dejado estupefacto al mundo entero, y de los cuales tratamos, por ser ejemplares, con todo detalle.

SODOMIA Y COMUNISMO EN LA ANTIGÜEDAD

Aparte del Comunismo estatal faraónico—impuesto a instancia de José—tan similar a ese «Capitalismo de Estado», que es hoy el llamado Comunismo soviético, y del cual no se ocupan las historias, siempre tan desdeñosas con lo bíblico, se fija en Creta la existencia del primer Estado Comunista, como todos sabemos.

Y en Creta es también donde los investigadores de la Sodomía la encuentran admitida por la ley y por la «ética»; naturalmente, por la ética comunista.

La coincidencia merece ser advertida.

Los cretenses, con un ceremonial solemne y complicado de su culto nacional, daban vida a una representación de la fábula mitológica del rapto del joven Gamínedes por el padre de los dioses, Zeus, transformado para la sucia faena en águila caudal.

Consagrada la sodomía por la religión del Estado, nada menos que haciendo de Júpiter un pederasta raptor, ya es natural—según la Historia cuenta—que todo joven considerase deshonroso el no hallar ningún adulto que se prendase de él y lo raptase.

Al parecer, sería de Creta importado el mito y la sodomía por Grecia, con toda probabilidad histórica. Los Pelasgos aborígenes parece que no llegaron a conocer la sodomía. Por lo tanto, serían los helenos invasores a quienes los cretenses contagiaron sus nefandas costumbres sexuales.

Y será Esparta el segundo Estado comunista, según la Historia, donde la sodomía lograse rango de virtud nacional, al considerarla como excelente hábito militar.

Anotemos también esa coincidencia entre Comunismo y Sodomía ; una coincidencia plenamente histórica y absolutamente demostrada.

Y si tal coincidencia se da estatalmente entre ambas aberraciones sociales y humanas, también resulta notable que en el primer filósofo del Comunismo, en el autor de *La República,* coincidan Comunismo y Sodomía.

Si como sus diálogos delatan, Platón fué pederasta, esa su extraña ferocidad para con los hijos, para con la familia, tendría una explicación, dada su aberración amorosa y sexual.

Porque al proclamar la necesidad de suprimir la familia, disolviendo el matrimonio en la prostitución y dando su fruto, los hijos, en propiedad al Estado, no discurriría Platón sólo con frío y despiadado rigor lógico, dentro de la lógica comunista, que le dictaba la necesidad de suprimir a familia e hijo si pretendía suprimir su consecuencia, la propiedad individual ; no, al imperativo de su férreo razonar—de su razonar comunista—se había de sumar el de un sentimiento arrollador, el del odio sodomítico al acto sexual normal, entre hombre y mujer, al matrimonio, y a su consecuencia, los hijos.

Había de latir en Platón, como en todo pederasta, ese instinto de aniquilación de la especie humana que lleva en sí la impronta satánica de aniquilar, si no le es posible al Dios Creador, a su imagen y semejanza, la criatura humana.

Consecuentemente, cuando la Kábala moviliza el misticismo de Oriente y el racionalismo de Occidente y los conjuga en sí misma y en cuantos brotes heréticos procrea para oponerlos al Cristianismo naciente, vuelve de nuevo el Platonismo a tener vigencia entre cuantos

luchan contra la nueva Religión. Al frente. y como precursor del *Neoplatonismo*, está el judío Filón de Alejandría, un lúcido kabalista, probablemente uno de los forjadores del nuevo sincretismo panteísta judío.

Y no tardará la semilla comunista - sodomítica del «divino» Platón de brotar en Italia, pues si con Plotino y el judío Porfirio el Neoplatonismo quiere ser Comunismo, fundando una ciudad que se regirá por «La República», con Juliano el Apóstata estarán también los discípulos de Plotino, Jámblico y Porfirio, que, al pretender resucitar al Paganismo, también pretenden sodomizar la sociedad del Imperio.

Del Neoplatonismo es contemporánea la rama neomística de la Kábala que brota con el nombre de Ebionismo, comunista, panteísta y practicante del amor libre, y que se prolonga bifurcándose en multitud de ramas, llamadas genéricamente *Gnosticismo,* todas panteístas, todas más o menos comunistas y todas practicando la licencia sexual hasta el extremo y, como es evidente, también la Sodomía.

La invasión bárbara hace disminuir socialmente la sodomía, sobre todo cuando los destructores del Imperio occidental se convierten con toda su sinceridad de primitivos al Cristianismo, intransigente siempre en su anatema de la Sodomía. Las monarquías germánicas, creyendo recibir su majestad y poderes de Dios a través de la consagración de su Iglesia, incorporan el delito canónico de Sodomía a la legislación civil, e Iglesia y Estado se alían para su castigo ejemplar y su extinción en la sociedad cristiana.

El pederasta es echado a la hoguera cual un satánico hereje. Y esa tremenda sanción contra la Sodomía u otras menores, pero siempre muy severas, perduran hasta la Revolución francesa, cuyo perdón de hecho lo consagra el Código de Napoleón que relega la Sodo-

mía tan sólo a pecado, a delito eclesiástico, cual si no afectase para nada a sociedad ni Estado.

Mas, abreviemos. La denunciada tara homosexual de la rama racionalista, neoplatónica y de la neomística, gnóstica, perdura en sus incógnitas y secretas secuencias medievales, hurtándose con mil recursos a las hogueras.

Pero cae Constantinopla, y los que huyen de los turcos hacia Occidente, tan helenizados aún, traen con ellos al *Neoplatonismo* y, muchos, oculto, explícito e implícito, al Comunismo ; y, como fatalidad, traen también la Sodomía, que prende, a despecho de las sanciones legales, en Italia, empezando por el norte, por la rica y muelle Florencia.

No escribimos aquí la historia de la Sodomía en la Cristiandad ; tan sólo dibujamos un apunte. La cultura erudita sabrá llenar sus cuantiosas lagunas con sólo evocar los nombres más famosos de la época y las doctrinas que florecieron a lo largo de ella.

Debemos evocar a Federico II, el Hohenstaufen, tan par del Federico II, el Hohenzollern, tanto en anticristianismo como en sodomía.

Evoquemos también al neoplatónico Gemistio y su discípulo Ficino, con su Academia Platónica florentina, que al calor del Médicis son capaces de sacar a la luz desde las oscuridades sectarias al Platonismo y de pugnar por la sociedad y la república espartana. Los eruditos nos denuncian a Gemistio, el *Plethon,* y a su discípulo Ficino como adeptos a la *secta* sodomítica ; los actuales adeptos los citan como un honor para ella, unidos a sus discípulos Landini, Alberti, Ambrogini de Montepulciano, Poliziano, Bruni, Bunarrotti, Pulci y Pico della Mirandola, este último, tan tempranamente el más famoso, dejará ver el origen filosófico auténtico de la secta : la Kábala.

Veamos a la vez prender más groseramente, pero más profundamente, dentro de las masas las doctrinas kabalistas en su panteísmo más elemental y en su comunismo primario, y, cómo no, acompañados de prácticas pederastas. Bastará citar a las sectas heréticas de los catharos, patarines, patelinos, coterales, rutieros, triaverdinos, búlgaros, todas arraigadas primeramente en el norte de Italia, como la Academia, y en el próximo sur de Francia, desde donde se irradiaron hacia todos los países europeos, prendiendo en todos, pero no popularmente en España.

Habían de llegar los albigenses, síntesis de las anteriores sectas, para que Pedro de Aragón llevase a sus vasallos a luchar en favor de su cuñado Raimundo, conde de Tolosa, ingresado en la secta y protector de ella. Pero cual no sería el desengaño y el desprecio que sentirían aquellos aragoneses hacia los sectarios que iban a defender, llevando al frente a su rey Pedro, que, sumando ellos 100.000, se dejaron derrotar por sólo 1.000 caballeros franceses alentados por un español, Santo Domingo de Guzmán, y mandados por el gran Simón de Monfort. Tan espantosa fué la derrota de los herejes y sus aliados los aragoneses, que el mismo rey Pedro murió en el campo de batalla de Muret.

La sodomía era tanta y tan conocida entre los albigenses que la primera Inquisición fundada para extirpar la secta perdonaba con sólo que el acusado demostrase que se hallaba casado. El casado, y así les constaba a los inquisidores, no podía ser un jefe de la secta ni un verdadero iniciado.

En recta descendencia platónica, por imperativo comunista y sodomítico, todas estas sectas, en mayor o menor grado, se mostraron siempre contrarias a la familia y, por lo tanto, al matrimonio auténtico, al consagrado como sacramento por Cristo y por su Iglesia.

En ese afán masónico de hacerlo civil y soluble por el divorcio se identifica la ascendencia kabalista - comunista - sodomítica de la Orden, sépanlo o no cuantos, ignorándolo, se muestran partidiarios del matrimonio civil y del divorcio.

Hemos de dar un salto por imperativo del espacio y llegar a la Reforma.

Es un hecho, hablando del mundo Cristiano, que la Sodomía está más propagada en los países protestantes.

¿Y qué hallamos en este primer triunfo de la *Revolución Una?*

Que junto a su panteísmo implícito y su Comunismo expreso, teórico en sus predecesores—Wiclef, Hus, Socino—y práctico en sus seguidores contemporáneos y en sus sucesores protestantes—Revolución Campesina y Anabaptista, en Alemania, y Niveladores, en Inglaterra—la ética general sufre un gran retroceso y las costumbres, en especial las sexuales, se degradan.

Un testimonio irrecusable ; procede, nada menos, de Lutero :

«Apenas habíamos comenzado a predicar nuestro evangelio, acaeció en nuestro país una subversión espantosa ; aparecieron cismas y sectas, y apareció en todas partes *arruinada la honestidad ; la licencia y todos los vicios y torpezas sobrepasaron todos los límites* en mayor grado que bajo el reino del papismo ; el pueblo, antes retenido dentro del deber, ya desconoce la ley y vive como un caballo desbocado ; sin pudor ni freno, dejándose arrastrar por los deseos materiales. Desde que nosotros predicamos, el mundo se torna más triste, más impío, más desvergonzado ; los demonios se desencadenan por legiones sobre los hombres que, a la pura luz del Evangelio, se muestran ávidos, impúdicos, detestables ; en fin, peores que cuando ellos estaban bajo el papado ; desde el más grande al más pequeño, no se ve

por todo más que avaricia, desórdenes vergonzosos, pasiones abominables. Yo mismo soy más negligente que lo era bajo el papismo, menos que nunca me pliego a la disciplina y a las prácticas de celo que debía observar. Si Dios no me hubiera ocultado el porvenir, yo jamás habría osado propagar una doctrina de la cual debían surgir tantas calamidades, tantos escándalos.»

La Reforma podemos calificarla como el *mal posible,* dentro de la época en la cual adviene.

Entre los efectos del *mal posible* se halla el de «*haber proporcionado una religión* como la necesitaba la monarquía absoluta», como afirma el nada sospechoso de catolicismo, y colaborador de Marx, Federico Engels.

Ya era tentadora por esa calidad la religión protestante para tantos monarcas europeos en cuyas cortes había penetrado el *Renacimiento,* con su *neoplatonismo,* infundiendo su estatismo totalitario y toda la corrupción de la renacida paganía..., pero no son estos aspectos el objeto específico de nuestro esquema histórico.

Para nosotros, en lo político, existen tres hombres decisivos en el Protestantismo. Tres reyes: Enrique III, rey de Francia; Guillermo de Orange, rey de Inglaterra y Federico II, «el Grande», rey de Prusia.

ENRIQUE III

Le valiera más a la Europa católica que este último Valois se hubiera declarado protestante. Nadie como el asesino de Guisa favoreció más al Protestantismo ; precisamente, por haberse mantenido oficialmente católico. El impidió el aplastamiento de la herejía en Francia, salvándola cuando sus derrotas entregaban a los herejes en manos de sus adversarios ; fué, gracias a su careta, el *organizador de las derrotas* de las fuerzas católicas ; llegando hasta el asesinato más vil para dejarlas acéfalas.

No fué protestante, ni lo podía ser ; el Protestantismo, aunque adulterado, es Cristianismo y reconoce la Divinidad de Jesucristo. Sin duda, Enrique no se conformaba con desconocer la Autoridad del Vicario del Crucificado ; él debía odiar integralmente al Cristianismo, y nada más eficaz discurría su musa hipócrita y taimada que atacarlo arteramente desde su misma entraña, ciñendo la corona de la cristianísima Francia.

E inducimos así, no sin motivo : en ocasión de haber huído del Louvre, después de una de sus traiciones, en una de sus cámaras privadas, fué hallado todo un laboratorio de *Magia Negra*..., también fué hallado un crucifijo de oro acosado por dos sátiros.

El Satanismo tiene así evidencia en un monarca tan descaradamente sodomita como no había memoria des-

de los tiempos de la corrupta Roma imperial y pagana.

Al hacer su entrada como Rey en París llevaba un traje, «creación suya», cortado para dejar ver y resaltar la estupenda delgadez de su cintura. Su séquito se componía de una colección de tipos, vestidos tan afeminadamente como él.

El espectáculo indignó a la hidalguía y burguesía parisina, que le guardaron rencor hasta su muerte.

De su «moda» personalísima dejó constancia para la posteridad un fresco del Tiépolo, en el cual aparece Enrique, durante su visita al Dux Federico Contarini, vistiendo un ceñidísimo jubón negro que estiliza más aún su alargada figura de Mefisto afeminado, sin perjuicio de su mirada torva, que no dulcifica la falsa sonrisa de sus distendidos labios.

Una de sus diversiones favoritas era salir de noche y enmascarado, montado a caballo por las calles de París, rodeado de sicarios de su guardia personal, para insultar, atropellar y cometer las más indignas felonías con las indefensas gentes parisinas, para terminar luego en Palacio con una orgía.

Esto no le impedía—su hipocresía era tanta como su vileza—presentarse a la mañana siguiente en la capilla regia, rodeado de sus cortesanos, para fingir compungidos rezos, con un cirio en una mano y en la otra un rosario, cuyas cuentas eran calaveras de marfil. «Sádico y sacrílego», como lo fuera Heliogábalo, dice cierto autor.

Supersticioso, cobarde, aterrorizado, una noche soñó que era devorado por bestias feroces. Al día siguiente ordenó que fueran muertos a flechazos de ballesta una serie de leones que tenía enjaulados.

Sus traiciones y crímenes le hacían temer por su vida noche y día. Reclutó para su guardia personal a una cuarentena de espadachines con muchos crímenes

sobre su conciencia, depravados hasta lo sumo en sus costumbres y entre los cuales podía encontrar a su antojo quienes satisficieran sus vicios homosexuales. Desalmados, de fuerte contextura física y degradados, constituían para Enrique un serrallo a la inversa.

Agripa d'Aubigné, le apostrofa en sus poemas «Les Tragiques», llamándole «rey mujer» y «hombre reina».

Su séquito de bravos—dice un autor—era un harén para el Rey. Las fiestas galantes, las orgías crapulosas, los bailes, alternando con duelos, emboscadas asesinas, crímenes por celos, eran el mundo interior en que Enrique vivía.

La pluma de L'Estoile nos ha legado las impúdicas estampas cortesanas, dejando de lado las más lúbricas, daremos ésta:

«Estos hermosos «mignons» lucían largos cabellos, muy rizados y sobrerrizados por los más diversos artificios, que envolvían en diminutas tocas; las vueltas o vuelos de sus almidonadas camisas medían medio pie, y estaban estiradas de tal modo que la testa del caballero sobresalía del busto como si se tratara de la cabeza cercenada del Bautista reposando sobre una bandeja.»

Pero S. M. «Cristianísima», como árbitro de las modas feminoides de sus «mignons», los aventajaba «soberanamente»...

El Rey «Cristianísimo» se decidió a usar estupendos pendientes, y lució en sus orejas espléndidas perlas. Cierta vez dejó a la corte estupefacta mostrándose vestido con un jubón, con gran escote en cuchillo que dejaba ver ampliamente su pecho; pero para el cuello no prescindía de una rica gola bordada y su ensortijado cabello iba esmaltado por profusión de perlas; para completar su atuendo regio, empuñaba un abanico de encaje... Y así avanzó, contoneándose y abanicándose, a la vez que masticaba confites...

Estos inmundos guardianes del Rey eran odiados hasta el extremo. Ellos asesinaron a muchos a traición e impunemente ; pero también cayeron varios de ellos : Saint Negrin fué acuchillado por gentes del Duque de Guisa ; Dugart también pereció de la misma manera ; Bussi d'Amboise acabó a manos del conde de Monsereau. La conciencia de los «mignons» estaba a la altura de sus costumbres : Villiquier, privado de Su Cristianísima Majestad, asesina a su esposa ; la mujer de otro «mignon», desesperada, asesina a su esposo ; Cimier, otro favorito, mata a su propio hermano.

Una vez, tres «mignons» se baten con otros tres partidarios de Guisa ; cuatro perecen, dos de ellos amigos del Rey ; al recibir la noticia el monarca se entrega a la más femenil desesperación, pero reemplaza a los favoritos con otros dos tan depravados como ellos, los duques de Ana de Joyeuse y de Esperon.

El Rey, «oficialmente» católico, decide dar el golpe de gracia al movimiento que representa a la mayoría de Francia.

La víspera de Navidad convoca a sus secretarios y a sus cuarenta y cinco «mignons» a las seis de la mañana ; para justificarse alega mintiendo que, devotamente, ha de ir a pasar la Pascua en el Santuario de Nuestra Señora de Clery.

Reunido su Consejo, le miente :

El Duque de Guisa, cegado por su ambición, quiere atentar contra mi corona y mi vida. Uno u otro de nosotros ha de morir esta mañana.»

«¡ Qué muera Guisa !»—gritan los consejeros.

Así es condenado a muerte aquel que lleva su propia sangre.

Pasa el Rey a donde se hallan sus «mignons» y les hace conocer los «siniestros planes» de su pariente.

«¿ Queréis vengarme ?»—acaba preguntándoles.

Todos juran verter la sangre del Duque ya sentenciado.

«¿Traéis vuestros puñales?»—interroga Enrique.

Sólo traen el arma de los asesinos ocho de ellos; pero bastarán para matar a un hombre solo.

El de Guisa espera con los suyos en un salón de Palacio.

A las ocho, alguien advierte al Duque de lo que le aguarda; pero no puede dar crédito a lo que oye. «Su primo Enrique no es capaz de tal crimen.»

Un gentilhombre llega:

«Señor, S. M. el Rey os espera en su gabinete.»

Precedido del gentilhombre marcha el Duque hacia la cámara regia.

Pero en el momento en que levantaba la pesada cortina, uno de los sicarios del Rey, oculto tras ella, le asesta la primera puñalada en el pecho, en tanto gruñía:

«¡Traidor!... con ésta moriras.»

Los otros siete se abalanzan sobre el Duque y lo acribillan a puñaladas.

No vale que la víctima les implore:

«¡Amigos, tened piedad de mí!»

Hombre de gran vitalidad el Duque, recibiendo heridas por todas partes, aún puede llegar hasta el lecho de Enrique, desplomándose allí.

Cerciorado de que ha muerto su primo, Enrique se decide a salir de su escondrijo. Llega junto al cadáver; lo contempla con alegría incontenida; el gozo le embarga la palabra; está pasmado y no es capaz de articular ninguna.

Pero antes de alejarse se atreve a darle un puntapié al yerto cuerpo del Duque.

Consumada su hazaña, se dirige el Rey a donde len-

tamente agoniza su madre para, orgulloso, como un «hombre», decirle:

«Señora, he vuelto a ser Rey de Francia; porque he hecho matar al Rey de París.»

A lo cual Catalina de Médicis respondió:

«No todo consiste en cortar, hijo mío, es menester volver a coser.»

Quince días después del pérfido asesinato de Guisa moría Catalina de Médicis, bajo el peso del anatema del cardenal Borbón, que la hacía responsable del sacrificio de los Guisa.

La madre, ya en trance de morir, reprochó a su hijo el crimen cometido y le vaticinó a él igual fin.

La Francia católica se levanta contra el Rey asesino. Ni en su reducto de Tours se siente ya seguro. Y llama en su auxilio a la Francia protestante, y el jefe de los hugonotes, Enrique de Borbón, acude, al cual ha de entregarse sin condiciones.

Las fuerzas de Enrique, sumadas a las hugonotes, marchan sobre París, el centro de resistencia de los católicos.

Pero el 1.° de agosto, víspera del ataque, Jacques Clément, hace realidad la profecía de la Médicis, y da una puñalada mortal en el vientre a Enrique.

Se siente morir, y muere, aquella misma noche. Mas, ya moribundo, rebelde a los mandatos de la Iglesia hasta en su hora postrera, él hace jurar a sus secuaces fidelidad al ilegítimo heredero de la Corona Cristianísima, al excomulgado protestante, Enrique de Borbón.

Así, el asesino, adepto de la *Magia Negra* y pederasta, Enrique, traspasa el cetro de S. M. Cristianísima a la herejía.

Y menos mal si el hereje Borbón hubiera sido menos cínico y más consecuente, no llegando a decidir

poco después que «París bien valía una misa», que la Corona de Francia bien valía la pena de falsamente convertirse al Catolicismo.

Pues asegurada la corona en sus sienes con esa vil y sacrílega farsa, ya pudo aliar a Francia con las naciones protestantes y lograr que, con el apoyo de los católicos soldados galos, pudiese subsistir la Reforma frente a España y Austria.

GUILLERMO III DE INGLATERRA

Este Orange holandés, que había de llegar a Rey de Inglaterra, apoyado por la banca judía de su país y los protestantes, fué quien realmente consolidó en las islas británicas la Reforma. Hábil político, supo jugar con las distintas sectas protestantes, siendo tolerante y comprensivo con las que disputaban su primacía a la Anglicana ; con los únicos que se mostró cruel e intransigente fué con cuantos conservaban su fe católica.

Su odio a España era legendario ; por él hasta llegó a olvidar quién era entonces el enemigo más fuerte y natural de su patria primitiva, Holanda, y de su adoptiva, Inglaterra, cuando propuso a Luis XIV el reparto de España y de su Imperio entre Francia, Inglaterra y Holanda.

Pues bien, este distinguido protestante, también era un distinguido pederasta.

Su hipocresía natural y la del hipócrita medio inglés donde reinaba no han permitido reunir tan copioso anecdotario en relación a su tara como el reunido del Enrique francés.

No era «monógamo», sodomíticamente hablando ; en torno al Rey existió un círculo de jóvenes, casi todos holandeses como él, en el cual dió rienda suelta a sus vergonzosas pasiones. Pero entre todos, su favorito fué Bentinck, al cual hizo Duque de Portlan.

Por muy reservadas que fueran estas culpables relaciones, llegaron a trascender al pueblo, que tanto por su asquerosa suciedad como por el favoritismo de que fueron siempre acompañadas, llegó a odiar a Guillermo y a sus favoritos, especialmente a Bentinck.

Un historiador, y no adversario de la Sodomía, cuenta que Guillermo «amaba con delirio, con esa vehemencia que lleva al borde de la locura». Y agrega: «Nadie como Sófocles, que amaba tanto a los adolescentes como Eurípides a las mujeres, han expresado este sentir que reservaba Guillermo para un grupo muy reducido de amigos íntimos, con cuya absoluta fidelidad y discreción contaba.»

Y su locura perduró hasta el momento de su muerte, llegada de improviso al ser derribado por un caballo que montaba.

Cuando se sentía morir llamó uno por uno a sus consejeros para despedirse de ellos.

El último fué Bentinck, al que hizo acercar su oído para murmurar en él palabras que nadie logró escuchar; pero su último gesto fué demasiado elocuente: tomó la mano de su «favorito» entre las suyas y la sujetó sobre su corazón..., y allí la retuvo hasta expirar.

FEDERICO "EL GRANDE"

Muchos habrán presenciado el drama «Don Carlos», de Schiller, por lo menos, en la ópera del mismo nombre.

Como se recordará, la tragedia se desarrolla en torno al sacrificio del Marqués de Posa, que lo provoca y sufre para salvar al príncipe de la venganza de su padre, Felipe II.

Según la fábula, el príncipe Carlos se habría enamorado de su madrastra, la reina, Isabel de Valois, esposa del monarca, «fanático», «severo» e «implacable». El príncipe Don Carlos hace el confidente de su pasión a su camarada de la infancia, el comprensivo, culto y liberal Posa.

El príncipe Carlos es inquieto y tornadizo, se mueve, conspira e intriga, y Posa, el abnegado amigo, carga con la responsabilidad de todo y acaba siendo asesinado por mandato de Felipe II.

Los más creyeron y creerán aún que Schiller quiso traer a la escena la sombría catadura del que, terror de los protestantes, fuera un día para ellos el «Demonio del Mediodía».

No. Simplemente, Felipe II resultaba excelente para que la pluma de un protestante lo cargase con un crimen imaginario más. Y los no iniciados no verían más.

Pero el «Don Carlos» tenía doble filo ; sus personajes tienen doble faz.

La crítica histórica descubrió en la tragedia demasiadas inexactitudes, bastantes cosas inverosímiles e incoherentes. En la auténtica historia de Felipe y de su hijo, el desgraciado Carlos, no se dió un amor como el de Posa por el Príncipe ; no hay en ella ni rastro para dar fundamento al drama, en que la sublime amistad entre los dos jóvenes resulta sus tesis magistral.

Pero en los pliegues de tal «sublimidad» envolvía el poeta su audacia sin igual ; sus versos eran en muchos momentos una daga envenenada hiriendo a la Casa reinante prusiana en aquel que la enorgullecía.

El hijo de Felipe, jamás pudo decir a la cara del Rey, su padre :

El hombre que has matado era mi amigo, ¿quieres tú saber
por qué causa murió? Pereció por mí.
Sí, Majestad, porque éramos hermanos ; sí, hermanos,
mediante una cadena más noble que la forjada por Natura.
El amor fué la gloriosa carrera de su vida. Y el amor
que por mí tuvo le llevó a su gloriosa muerte. El era mío.

Así no podía expresarse más que el sodomita Federico, luego «el Grande», ante su padre el «rey sargento», después de que le ahorcara implacable a su amante, von Katte.

Así, la crítica ve en Felipe II al «rey sargento» ; en Don Carlos, a Federico, y en Posa, al ahorcado alférez von Katte.

Y entremos en prosa dentro de aquella tragedia sodomítica.

Lord Macaulay, en su denso ensayo sobre la corres-

pondencia de Federico II, aludiendo a las cartas dirigidas por éste a von Katte, sentencia púdicamente :

«La casta musa de la Historia y de la sátira no se atreven a pronunciar palabra.»

El joven alférez von Katte, de buena casa, esbelto y bello, ejercía sobre el príncipe Federico atracción irresistible ; una verdadera fascinación, según cuentan.

Ambos eran inseparables. La murmuración llegó a oídos del intransigente padre y rey. El furor de su carácter lo llevó a tal extremo que un día estuvo a punto de estrangular a Federico. Separó a los dos jóvenes ; pero, secretamente de acuerdo, emprendieron juntos la fuga, pretendiendo refugiarse en Inglaterra. Mas pronto fueron descubiertos y capturados. Acusados de deserción, se constituyó un Consejo de Guerra para juzgarlos ; la ley, como también la voluntad del Rey, dictaban sentencia de muerte para los dos fugitivos. El Rey estaba decidido a no distinguir entre corruptor y corrompido, aun cuando uno fuera su hijo y heredero de la Corona. Intervinieron los monarcas de Holanda. Suecia y Polonia, tratando de salvar del deshonor a la Institución monárquica, ya que morir en la horca por desertor y sodomita un príncipe heredero deshonraba ante los pueblos a todas las Casas reinantes, emparentadas o no con la prusiana.

El Rey excluyó a su hijo, compareciendo ante sus jueces únicamente el alférez von Katte. Irremisiblemente fué condenado a morir en la horca.

La sentencia debía ejecutarse dentro de la fortaleza de Cüstrin, donde se hallaba encerrado el Príncipe Federico.

El Rey ordenó que su hijo presenciase la ejecución de su «amigo».

El historiador Carlyle dice así en su historia de Federico II :

«Katte, por orden superior, usaba un traje marrón, en todo semejante al que vestía el Príncipe; éste fué conducido a un cuarto interior para que pudiera ver pasar a von Katte (la Real Orden prescribía expresamente que Federico presenciase la ejecución del reo, mas el mandato había sido disimuladamente modificado); pero a Katte le consta que ha de divisar a su amigo en su último trayecto.»

El gran historiados inglés trae a sus páginas el relato de la escena, debido a Besserer, pastor de la prisión, que auxilia en sus últimos momentos al reo.

Federico pudo ver a su «amigo» desde la ventana, despidiéndose de él a gritos, presa de gran emoción, con las palabras más tiernas, pronunciadas en francés, y terminando con éstas:

«¡ Pardonnez-moi, mon cher Katte!...»

Respondiéndole la víctima:

«La mort est douce por un si aimable Prince.»

Y siguió adelante rodeado del fúnebre cortejo.

Federico se desmayó.

El Rey mantuvo a Federico en prisión durante mucho tiempo; mas burlando sus órdenes los carceleros, pudo ejercitarse en la música y a la lectura; entre las obras que introdujeron estaban las de Voltaire, que llegaron a ser sus predilectas.

Salió de la prisión después de cumplir veintiún años Y, obedeciendo a su padre, el Rey, hubo de contraer matrimonio con Isabel de Brunswick; pero, según la frase de la época, *"fué su marido lo menos posible"*, pues su vida en común fué la estrictamente dictada por el protocolo, viniendo a ser mera apariencia legal.

Federico pasaba la vida en el selvático castillo de Rhensberg; donde se rodeó de amigos, fundando con ellos una sociedad que llamó la «Orden de Bayardo». Con ellos pasaba los días en cacerías y las noches en ver-

sallescas orgías, discutiendo las novedades filosóficas y literarias de París; pero, al contrario de las bacanales parisinas, las mujeres se hallaban proscritas en las de Federico.

A los veintiocho años (1740) Federico sube al trono de Prusia.

La Masonería «cuidó» al Príncipe, viendo en su tara un medio seguro de ampararse en él.

Los Enciclopedistas lo aureolaron como «Rey filósofo», llegando a llamarle «Salomón del Norte».

Mantiene continua correspondencia con los enciclopedistas, en especial con los jefes de la secta, Voltaire, Holbach, d'Alembert y otros; llama junto a sí al primero, colmándole de honores en Sanssouci, aun cuando riñen luego, recibiendo Voltaire una gran paliza cuando huye por cuenta de su real y filósofo amigo.

Pero el despotismo sádico, la sodomía y más, todo era perdonable en Federico, y debía ser exaltado como «Grande» por la conspiración ateo-revolucionaria de la Masonería.

En tanto el rey de Prusia proclamara: «cuando el hombre muere, todo se acabó», en tanto el Rey fuera un ateo militante, cuanto hiciera sería excelso; porque seguiría siendo un auxiliar y un aliado—sin saberlo ni quererlo—de la Revolución que fraguaban los sectarios.

Tanta fama le dieron en el mundo entero, que cuando el judío Morin y otros cinco israelitas deciden crear los tres últimos y más latos grados del *Rito Escocés Antiguo y Aceptado*, en el ritual figura el Venerable de la Logia, cuando inicia en los grados 31-32-33, representando a Federico el Grande, a quien falsamente, y para prestigiarlos, atribuyeron la creación de esos tres grados.

A Federico, dada su sodomía, le convenía que no existiese Dios ni vida futura. Su conciencia tan sólo po-

día llegar a su adormecimiento si lograba convencerse a sí mismo de que con la vida física todo se acaba.

¿Fué Federico un ateo militante y objetivamente revolucionario por ser un sodomita?... ¿O fué sodomita por ser ateo?...

Es todo un dilema, que no sabremos decidir en Federico ni en tantos y tantos.

LA SOCIEDAD PRERREVOLUCIONARIA

Vencidas las revoluciones o superadas, sus víctimas refieren sus horrores. Pero advertimos una dolencia general en cuantos adversarios las juzgan. Ninguno hace ni un somero examen de conciencia, ni personal ni social. Nadie confiesa que los horrores revolucionarios habían sido merecidos como justa pena por los vicios de quienes los condenan y los de la sociedad que sufrió el Terror revolucionario. Esta omisión sin excepción lleva implícita en sí un desacato a la Divina Providencia ; escuchando a narradores y a la sociedad entera, se diría que Dios permitió un castigo tan horrendo en ellos sin merecerlo en absoluto.

Acaso, en su orgullo, piensen ellos y la sociedad entera que todos eran tan santos y perfectos que merecieron de Dios la gracia del martirio...

No ; distingamos. Los más de los que mueren y sufren durante las revoluciones no son mártires ; son tan sólo víctimas. Reconozcámoslo así, con todo nuestro dolor y respeto.

Y, naturalmente, nadie halle justificación ni disculpa para la Revolución sanguinaria ni para el criminal revolucionario cuando reconocemos que Dios *permite*—no fuerza—el merecido castigo de una Sociedad perversa y apóstata ; porque la Revolución terrorista y el asesino revolucionario también, como esa Sociedad, son tan

apóstatas y perversos como ella, y matan y asesinan a impulsos de su perversidad y de su odio a Dios, que les manda perdonar. La Revolución es la destrucción de los perversos y apóstatas entre sí; el mal destruyéndose a sí mismo, en umplimiento de su satánica dialéctica.

Tales razones demuestran que el revolucionario criminal, azote de la sociedad corrompida, no es el brazo de Dios, sino el brazo de Satán; a la venganza del cual la abandona Dios cuando mil veces lo mereció.

Y si no bastara cuanto queda dicho para condenar al terrorista revolucionario y no dejar ni sombra de duda sobre su perversidad, debe ser evidenciado que entre las víctimas existen mártires cristianos bien auténticos, aquellos con los cuales más se enseña el terrorista.

Y puesto en claro esto, ya podemos reflejar aquí algunos matices demasiado púdicos, desde luego, de aquella sociedad francesa cuyo cuello cercenó la cuchilla revolucionaria.

La Sodomía espandida y ejemplarizada en la Corte por Enrique III, ha echado raíces y perdura a través de sus sucesores. Bajo la mirada transigente y escéptica de Enrique IV, la perversión sexual hace progresos. Con Luis XIII, «Vert Galant», que peca por exceso en el amor a las mujeres, su hermano, Gastón de Orleans, peca por todo lo contrario; este Príncipe tiene como «familiares», demasiado familiares, al Duque de Bellegarde y al Caballero de Lorena.

Monseñor, el hermano de Luis XIV, se viste de mujer, así como sus compañeros los corruptos abates Choisy y el académico d'Entragues. Al Duque de Vendome se le llama «au ragaut d'Italie». Talleman des Reaux dice que el Duque de Vermandois, el Príncipe de Conti, el Duque de Gramont, Lully y otros fundaron

un club cuyas costumbres no envidian las del Gran Delfín.

En tiempos de Luis XV se forman bastantes Logias masónicas aristocráticas, dentro de las cuales, en medio de los bizarros misterios y mogigangas de ritual, campa la sodomía de los iniciados. *La Machette* fué la que más escándalos dió. El Príncipe de Martigues y el Mariscal d'Huxeles lucen impúdicos su vergonzoso vicio; pero el más renombrado en el reinado es el caballero d'Eon, cuyo misterio sexual no se aclaró aún.

El libertinaje sodomítico de esta época, y del que no diremos más, sobrepasa al de la siguiente, y de la cual dirá la descocada Princesa Palatina:

Sólo quedan plebeyos capaces de amar a las mujeres.

Lo que en estas épocas es permitido a Príncipes y aristócratas sigue siendo severamente penado en las clases media y baja. La sodomía sigue siendo un delito severamente castigado por la Ley civil, que coincide con los castigos morales de la Iglesia y es castigada con tremendas penas. Aún es quemado el pederasta en días no muy lejanos a la Revolución, tanto en Francia como en otros países; pero a condición de que no sea «noble»...

CAGLIOSTRO Y SADE

Lo que hubo de perversión sexual en el mundo aristocrático formado en torno a Cagliostro fué mucho ; pero se ignora y se ignorará siempre lo que en ella hubiera de homosexualismo. No en vano el *Gran Copto* fué un poderoso auxiliar de la Masonería con su Orden egipciaca para provocar la Revolución en Francia. La modalidad hermética y neomística de aquella Orden tan especial de la Masonería, que atrajo tanto a los aristócratas franceses de ambos sexos, dirigida por aquel charlatán con mucho genio e inventiva, capaz de explotar cualquier vicio de su aristocrática clientela, no pudo dejar de explotar con el chantaje la sodomía de muchos, vicio aristocrático casi en exclusiva por aquellas fechas.

Muy altos valedores hubo de tener Cagliostro en París cuando el «affaire del Collar». Siendo él quien arma y dirige la trama contra María Antonieta, sólo sus cómplices resultan castigados muy severamente. La de la Motte será marcada a fuego públicamente ; no la salva de tan terrible y dolorosa afrenta llevar en sus venas la sangre de los Valois.

En cambio, Cagliostro tan sólo es encerrado durante poco tiempo y desterrado de Francia ; para el aventurero trotamundos no es castigo ninguno, que donde haya un rey o un aristócrata descarriado y con ansia de misterios, allí tendrá él su patria.

Nombrar al Marqués de Sade ya es dar su biografía, por ser ella demasiado conocida. El llevar una perversión sexual su apellido, ya es tener notoriedad. Pero aquel cuyo apellido lleva el gozo y hasta el espasmo erótico provocado por el dolor de otro ser—el satanismo se revela en el sadismo—también reivindica para él otro singular «honor» en el campo de la pervesión sexual. Acaso sea el Marqués de Sade el primero en la época contemporánea que se lanza a la provocación homosexual por vía literaria.

La Historia seria, la doctoral y académica, que tan épicamente evoca la «gloriosa» toma de la Bastilla, para no mancillar aquel «glorioso» y simbólico episodio de la Revolución, no lo relaciona para nada con el Marqués de Sade, su provocador.

Sade se hallaba encerrado hacía cierto tiempo en la célebre prisión, acusado de fechorías de todo género en el terreno sexual. El alcaide de la fortaleza lo trataba con singular deferencia, permitiéndole gozar de libertad especial dentro del recinto, libertad que aprovechaba el astuto libertino para redactar y lanzar al exterior hojas en que él, técnico en los tormentos, describía los horrores a que decía eran sometidos los presos políticos, incluído el mismo Marqués.

Las hojas de Sade, multiplicadas por prensas y plumas anónimas, conmovieron a la opinión parisina, provocando el famoso asalto de la Bastilla, en cuyo recinto «pavoroso» tan sólo fueron hallados y libertados seis u ocho delincuentes comunes habituales, entre ellos, un par de monederos falsos.

El Marqués había sido trasladado dos días antes del asalto, al descubrirse sus provocaciones ; por lo tanto, el fin principal del asalto, que era libertarlo, se frustró.

Sin duda, entre los que amotinaron a las turbas y las dirigieron al asalto hubo revolucionarios sinceros ; pero

los que tomaron la iniciativa y se mostraron más activos y decididos fueron los amigos del Marqués de Sade, pederastas. Naturalmente, Sade también era masón.

Aquel «glorioso» hecho revolucionario fué una empresa sodomítica.

Y, por lo tanto, lo que Francia, tan ufana, y sin saberlo, conmemora y festeja todos los años el 14 de julio es la hazaña del Marqués de Sade, del sádico por antonomasia y primer sodomizante por provocación, y de sus pervertidos congéneres, revolucionarios o no.

Que conste así al cabo de los años.

ROBESPIERRE

La corrupción aristocrática puesta a plena luz por la Revolución, hasta con exageración, y explotada por los demagogos, provoca una reacción popular. Pero la nueva «aristocracia» terrorista es hipócrita al exaltar la moralidad republicana.

Robespierre alcanza la dictadura sobre la Convención llamándose a sí mismo «El Incorruptible», incorruptible en todo, hasta en lo sexual. Pero él, eunucoide por naturaleza, y a quien tan poco le hubiera costado mantenerse casto, buscará lo ignorado, aquello para lo cual es incapaz, en el «bello St. Just», explotando sexualmente, aunque inútilmente, el fervor que siente por él, como jefe, aquel joven revolucionario.

Un sabio alemán, Hans von Hentig, en un magnífico estudio psicopatológico de Robespierre, nos ha legado estupendas páginas, plenas de ciencia y perspicacia.

He aquí algo suyo :

«Robespierre, fuera de sí mismo, nunca amó verdaderamente a otro ser. Jamás mujer alguna cruzó ni desvió su sendero. Con sincera indignación negó haber conocido a una muchacha, la hermosa y apasionada Theoigne de Mericourt, cuyos favores se disputaban muchos. Robespierre se sentía, frente a las cosas sexuales, dominado por el complejo del miedo de los insufi-

cientes que acaban refugiándose en la higiene y en la moral. Lo mismo que a Rousseau, le daba espanto la incomprensible osadía del vicio. Inequívocamente le dominaba ese impreciso e insuperable temor sexual que siendo normalmente fisiológico durante el crecimiento, poco a poco desaparece con la plenitud del desarrollo de los órganos genitales. Lo que brotaba con indignación de aquel sentimiento de impotencia era una moral agresiva, un deseo de mejorar el mundo por simple envidia furiosa. Durante su dictadura, Robespierre procedió con los medios más rigurosos contra las prostitutas.

»Los celos eran también algo femenino en aquel hombre que solía estar oliendo siempre un ramo de flores, de la misma manera que su amigo Couthon, siguiendo la costumbre de las damas de mundo, llevaba siempre un galguito en las rodillas. Ahí está Custine, el viejo valentón cuyo ayudante le comunica que Robespierre le ha defendido ante los Jacobinos, pero que había visto con gran desagrado que nombrara asistente a una muchacha. Ahí está aquella pérfida intriga contra el joven Lebas, a quien destina a campaña en el momento en que quiere casarse y a quien, por razones de servicio, separa de su esposa después de haber conseguido casarse a costa de mil dificultades.

»Estos celos se extienden hasta las cosas más insignificantes y a veces se transparentan, incisivos y sin freno, en la puñalada cargada de odio, a través del velo de una digna compostura.

»El mismo Robespierre llevaba de cuando en cuando unos lentes que manejaba con gran satisfacción interior. Robespierre odiaba a Fabre d'Englantine no sólo por librepensador, no sólo como adversario político. Lo que más excitaba a aquella naturaleza mezquina era algo personal, eran los vehementes celos de ostentación de las épocas revolucionarias. ¿No era aquella ambición

que le corroía un fenómeno de agotamiento, un impulso de obrar por insuficiencia, un cierto temor a lo estéril y a lo caduco? La obstinación de Robespierre, su ciega desconfianza, su necesidad de engañar, su arte de fingir, en una palabra, toda su política, que hacía caer al adversario en cepos diestramente colocados, largamente concebidos, que debía conducir al aniquilamiento, porque desesperaba de poder impresionar y ganar al enemigo; la carencia absoluta de magnanimidad, la imposibilidad de perdonar ofensas personales, su vanidad, que era como una herida por donde se desangraba constantemente; la incapacidad absoluta de ser imparcial y justo, son rasgos femeninos o, al menos, síntomas de asexualidad, una mezcla del infantil «no poder aún» y del senil «no poder más».

»¿Era homosexual Robespierre? Cuando, en octubre de 1789, se trasladó la Constituyente a París, compartió su habitación con un joven. Ya estudiaremos detenidamente a los amigos de Robespierre. Barbaroux, con quien tuvo una larga amistad, pasaba por una belleza masculina; Petión tenía una presencia agradable. Contra Marat y Fouché sentía Robespierre una repugnancia física; su descuido exterior le molestaba más que la inmortalidad de su conducta. St. Just, su más leal adepto, ofrece el aspecto de una joven en los pocos retratos que nos quedan de él; el observador más superficial compara involuntariamente su fría resolución con la suavidad de sus rasgos femeninos. Jamás podrá saberse con certeza qué es lo que Robespierre sentía por este mozo. Sorprende, desde luego, que St. Just, intelectualmente tan bien dotado, se colocase por causas impenetrables en una relación de dependencia, casi rayana en servidumbre, respecto a Robespierre. De cuando en cuando surge entre ellos otros joven, Julien, cuyas re-

laciones de amistad con Robespierre eran tan conocidas que ni siquiera Carrier se atreve a fiarse de él.»

Con lo expuesto por el sabio alemán puede apreciarse en su justo valor el que los revolucionarios de la Convención decapitaran a bastantes homosexuales en aras de su pretendida «incorruptibilidad». Se repetía lo sucedido bajo la monarquía fenecida. Si en ella seguía siendo delito eclesiástico y civil la sodomía, pero sólo para los plebeyos e hidalgos desvalidos, en la Revolución, declarándola delito cívico, tampoco alcanzó su sanción a los aristócratas del Terror. La corrupción siguió y la hipocresía republicana fué par de la monárquica.

Y no hablemos de los que sucedieron a Robespierre después de guillotinarlo. La corrupción de los Barras y los Talien es legendaria. Si la Teresa Cabarrús podía ser la reina de aquella «aristocracia» del Directorio, que sería también la del Imperio, no debía ser muy severa con el homosexualismo.

Tan extremo debió ser durante el Directorio, que se creyeron ciertas las relaciones homosexuales entre el general Bonaparte y Junot, antes de soñar éste llegar a Duque de Abrantes. Desde luego, aquello parece haber sido una calumnia contra el que pronto sería Primer Cónsul y Emperador, pero el crédito de que gozó dará idea del estado de corrupción reinante en aquel período.

Napoleón, advertido de los estragos de la sodomía en el Ejército, trata de ponerle coto y en su ordenanza impone que se duerma en común. Pero su Código reduce el homosexualismo a delito canónico y no civil, quedando, por lo tanto, sin sanción, si no hay escándalo o atentado al pudor ; agravado, si la víctima es un menor.

Según escritor competente, «la homosexualidad se oculta, pero sin que se corrijan los invertidos».

RESTAURACION - II IMPERIO - REPUBLICAS

La Restauración, el Segundo Imperio y las Repúblicas, bajo cualquiera de estos aspectos, son un régimen burgués regido por estas fórmulas:

Enriqueceos y seréis considerados.

Desgraciado aquel a quien le alcanza el escándalo.

Se impone la «moral de la riqueza» y, a la vez, la hipocresía como regla.

Los Borbones restaurados, en esto como en todo, respetan la legislación revolucionaria codificada por Napoleón.

Y no podía ser de otro modo, especialmente en lo que a homosexualidad se refiere.

Luis XVIII fué más que sospechoso, no sólo en ideología política, desde luego volteriana, sino en su ética sexual.

Un historiador judío, Alfredo Stern, nada enemigo de Luis XVIII, refiere:

«A los sesenta años estaba agotado; era un anciano corpulento, gotoso, de muy desgraciada figura... Susurrábase que, aunque mantenía queridas y contaba y escuchaba historietas picantes, no había sido favorecido por la naturaleza en lo tocante a virilidad. Decazes se hallaba en sus felices treinta y cinco años...; era bello, elegante, espíritu vivo, de maneras atrayentes... Tenía una habilidad especial en el trato con el Rey, frente al

cual adoptaba la actitud de discípulo agradecido. El buen humor y la alegre conversación de su ministro llegaron a ser indispensables para Luis XVIII, quien volcó sobre Decazes el saco de las mercedes, haciendo en pocos años del joven burgués un conde y un duque, llamándole por su nombre de pila, hablándole de tú y nombrándole, ante terceras personas, *mi hijo...*» (1).

Debemos aclarar que el favor dispensado por Luis XVIII al flamante duque Decazes no lo motivaba una historia realista ni contrarrevolucionaria. No ; él no era ningún heroico vendeano que se hubiera jugado la vida para poner en la cabeza de aquel Borbón la corona de San Luis ; no, de ningún modo. Decazes no había sido un convencional terrorista, por no haber tenido edad en el 93 ; pero en ideas comulgaba con los regicidas íntimamente, aun cuando las disimulara, pero no mucho. Tanto fué así que, siendo privado de Luis, llegó a ser Gran Maestre y Gran Comendador a la vez de toda la Masonería francesa. Y, destronados los Borbones para siempre, Decazes continuó siendo un gran personaje, tanto en el mundo masónico como en el «profano»... Desde luego, no eran sus méritos políticos ni sus ideales los que hicieron a Decazes duque e «hijo» del gordinflón eunucoide Luis XVIII.

CUADRO GENERAL CONTEMPORANEO

Unas pinceladas previas de mano maestra, debidas a Lucien Farnoux-Reynaud :

«La Europa será así, desde la Inglaterra victoriana a la Italia dedicada al turismo, comprendidas las Alemanias de los viejos aburguesados. La Homosexuali-

(1) ALFRED STERN : *Historia Universal.* Vol. VII, págs. 28-29 Ed. Espasa Calpe. Madrid.

dad continúa reclutando sus adherentes ; pero ella cesa de sufrir las prescripciones religiosas para convertirse en simple atentado al pudor... El homosexual se burla de los anatemas teológicos para pasar a la investigación de la Brigada de costumbres y a la curiosidad médica. Lejos de aquellas hogueras de la época heroica, si no pertenecía a la Corte frívola y seductora, el invertido comprende que es vituperado, según la crítica burguesa, y condenado a veces, pero siempre considerado ridículo. Se le considera siempre como un anormal, para reprocharlo o compadecerlo, según el humor de cada cual. De ello se irrita... porque la inversión va siempre acompañada de orgullo. Por él ha de llegar a la provocación. Jugando a gentileshombres, pretendidos estetas, alguna vez gentes de calidad y verdaderos artistas, ellos rivalizan en insolencia. Ocultan su pasión, pero sin disimularla enteramente ; adoran el rumor reprobador que les acompaña, dejan sospechar lo peor y, para demostrarse a sí mismos que son de una esencia superior, se preocupan de reunir los retratos de sus «grandes antepasados». Ellos quieren ser como los Montesquiou de las Hortensias, modelo del Charlus de Marcel Proust, que permitía a los demás tener parientes, pero él sólo tenía una familia. Mejor que de las Cruzadas, su alcurnia desciende de la guerra de Troya, de Aquiles, por Patroclo, pasando por Sófocles, Sócrates, César, Shakespeare, Vinci, Federico de Prusia. Y aprovechan la manía contemporánea para comprometer a los más notorios personajes de la Historia. Ellos crean mártires de las menores condenas ; porque, no satisfechos con ser héroes, pretenden llegar a santos.»

»La soberbia les invade : *''Si tú quieres llegar a ser tú mismo, es necesario que lo abandones todo y que me sigas''*, ordena Rimbaud a Verlaine y ellos desafían las leyes que no los toleran.»

Vidocq, el primer jefe de la Sûreté, fué destituído por mandar a sus agentes que arrestaran a los *prostitutas* masculinos, que operaban en los jardines del Curs-la-Reine... y fué reemplazado en el alto cargo por Coco Lacourt, homosexual conocidísimo.

Y continúa el citado escritor:

«Esta provocación se manifiesta según las particulares costumbres de cada país y las clases sociales que intenta desafiar. A fines del último siglo la homosexualidad provocó numerosos escándalos dentro de la aristocracia inglesa, a pesar de las leyes que acrecían el rigor. Un ejemplo se imponía. Debía ser abatida una celebridad mundana y preferentemente artística, pero sin que fueran afectadas las viejas familias. Un escritor, Oscar Wilde, conocía en el teatro éxitos brillantes irritando a la sociedad con escritos paradojales. El era la víctima ideal, sospechoso de corromper muchachos. La provocación no vendrá de él sino del hombre a quien pretende, Sir Alfred Douglas, que luce las tradiciones victorianas en la persona de su padre, Lord Queensbery, y lo hace tan bien que Wilde es condenado al *hard-labour*.»

EL PRINCIPE VON EULENBURG Y LA CAIDA DE BISMARCK

Y continúa el escritor:

«Por la misma época, el descendiente de una vieja familia prusiana, Felipe, Príncipe de Eulenburg, sigue su curso en la Escuela de Guerra de Cassel donde él delata sus tendencias homosexuales. Pasa a la Diplomacia y da principio a una carrera magnífica, entusiasmando al Emperador Guillermo II por su espíritu y cultura. Ayuda a su imperial amigo a destituir al Can-

ciller de Hierro y así suscita contra él todo el odio del clan bismarkiano y hasta el de los generales que tienen aún en sus manos las riendas del Ejército. Von Eulenburg compone melodías, poemas, se da al esoterismo...» (el escritor francés no quiere nombrar a la Masonería).

La caída de Bismarck, el famoso *Canciller de Hierro,* cuyo nombre llenará el mundo durante varios decenios, como vemos, fué obra de la intriga de un homosexual; de uno, dicen las crónicas, pero no debió hallarse solo en la intriga.

La destitución de Bismarck fué fatal para Guillermo II, según es opinión unánime de todos los historiadores de cierta categoría.

No creemos que la intriga fuera llevada solamente por una conspiración de sodomitas. En el Príncipe von Eulenburg mismo se da otro factor, el *esotérico,* según veladamente lo aluden ciertos autores. Tal factor, nombrado por su propio nombre y no sólo por una de sus cualidades, resulta ser la Masonería.

Bismarck era masón, y al dictado de la Orden desató la *Kulturkampf* contra la Iglesia Católica—tan odiada también por todo sodomita—, pero Bismarck, el arquitecto del Imperio alemán, era un patriota. Y si la Masonería internacional le ayudó contra la católica Austria y contra la católica Francia, fué porque, en aquel momento histórico, los intereses de Prusia y de la Masonería coincidían; ya que Bismarck, según escribiera Marx a Engels, «sin *saberlo, limpiaba el solar que ellos habían de edificar*».

Pero vencida Austria, vencida Francia y castigado el traidor—traidor a la Masonería—Napoleón III, como Bismarck se negara a atacar, una vez robustecido, fuerte militarmente, al Zar, la intriga contra él es desatada, explotando la inexperiencia y orgullo del joven Empe-

rador, en cuya explotación es maestro, como tantos con su tara, el pederasta masón von Eulenburg.

Cosa extraña es que con Bismarck pudiera un pederasta, pues el Canciller se había protegido desde muy antiguo de los sodomitas del Imperio, y hasta supo explotar con discreto chantaje sus asquerosas prácticas para inutilizarlos como enemigos personales y políticos, en beneficio de la unidad del Imperio.

Como la Historia registra, Bismarck tuvo un gran Jefe de Policía y Espionaje, aquel célebre Stiber ; el que, genialmente, supo crear un Servicio Secreto, infundiendo a sus miembros, muchos de distinguida clase social, un *sentimiento de honor profesional,* destruyendo en sus espías y en la sociedad alemana la falsa idea de que ellos eran hombres sin honor entregados a una vil misión. Les infundió la conciencia de que la lucha del espía al servicio de la Patria era tan honrosa y patriótica como la del militar que luchaba y moría en el campo de batalla ; y hasta más sublime aún, ya que su nombre no sería públicamente honrado ni siquiera conocido ; lucharía en la oscuridad, sin más mando ni coacción que su conciencia y el imperativo de su honor.

Esta nueva noción del servicio a la Patria suscitada por Stiber, lo llevó a dar un paso, acaso más audaz. Estimando que si la Nación merecía que le fuera ofrendado el «honor formal» y sacrificada la «fama pública», también había de merecer que se la defendiera, no sólo explotando las excelsas y viriles cualidades de sus ciudadanos, sino también sus debilidades y taras personales.

No ignoraba Stiber los estragos de la sodomía en el Ejército y Aristocrácia, y hasta en muchos miembros de las casas reinantes de Alemania. Y, de acuerdo con el Canciller, pensó explotar el nefando vicio y cualquier otra aberración sexual de los miembros de las clases altas para lograr que no pudieran obstaculizar a Bismarck

en sus proyectos unificadores de Alemania, para los cuales aquella multiplicidad de reinos, principados y ducados, con sus respectivas cortes, tanto le estorbaban.

En determinado momento, corrió el rumor de haberse establecido una casa de prostitución muy lujosa, más que ninguna de las existentes, y donde sólo eran admitidas elevadas personalidades de las cortes, las aristocracias, las diplomacias, los ejércitos y las finanzas, previa una rigurosa selección y presentación.

Nada en absoluto delataba una intervención policíaca. Dado lo elevado de la clientela, todos estimaron que la «casa» tenía poderosos, acaso, regios, protectores y que la policía carecía de poder para intervenir en ella y molestarla.

Aislada la casa, rodeada de un gran jardín, casi parque, pronto fué conocida por el nombre de «La Casa Verde» y, a no tardar, fué famosa en las cortes regias y principescas de Alemania y hasta extranjeras. No hubo viaje regio, congreso diplomático ni embajada extrarodinaria en cuyo programa no existiesen los huecos horarios adecuados para que los huéspedes de Berlín pudiesen visitar la famosa *Casa Verde,* de cuyos placeres todos se hacían lenguas.

La particularidad de la «casa de placer» consistía en que la discreta y en apariencia aristocrática mujer que la dirigía, no rechazaba ninguna solicitud de aquellos elevados clientes, por extraordinaria, rara o perversa que ella fuera. Muy al contrario, se daba refinada maña para excitarlos a satisfacer sus más extrañas aberraciones sexuales y hasta procuraba incitar a los *normales* a experiencias *antinaturales*.

Dada la previa selección hecha de aquella «crema» social, tan pervertida y degenerada ya, las monstruosidades que con las facilidades e incitaciones de la «Casa Verde» realizaría son fáciles de imaginar.

Lo que ignoraban aquellos personajes pervertidos era que todas las mañanas recibía Stiber un pormenorizado informe de lo acaecido en la *Casa Verde* durante las veinticuatro horas precedentes.

Desglosado lo referente a cada personaje, todo iba a parar a sus respectivos expedientes. Y allí quedaban durmiendo aquellas vergonzosas informaciones. De muchos, allí durmieron para siempre, pues ni Stiber ni Bismarck jamás explotaron nada de cuanto de nefando supieron en beneficio personal.

Pero cuando alguno de aquellos príncipes, políticos, diplomáticos, militares o financieros conspiraba contra la gran política unificadora e internacional bismarckiana o era necesaria su colaboración y la negaba, era llamado por Stiber y, con toda finura y corrección, le mostraba el vergonzoso contenido de su expediente personal, poniéndolo en la disyuntiva de obedecer o de ser aplastado por un escándalo social.

Como es natural, no hay noticias de que nadie se decidiese a arrostrar un escándalo de tal naturaleza.

Pero, sin duda, el método de Stiber pecó, cual todo alemán, de ser demasiado sistemático, y, por ello, un Eulenburg se libró de caer en la red, pudiendo aproximarse al Kaiser Guillermo y seducirlo con sus dotes de adulador, siempre refinadísimas en el homosexual ; y con sus brillantes argumentos, ayudado entre cortinas por la Masonería, logró vengar a cuantos sodomitas cayeron en las férreas manos del Canciller de Hierro y, a su pesar, le obedecieron para la mayor gloria de Alemania.

Y termina el cronista :

«El escándalo Krupp de 1902 conmueve Alemania ; se termina con un suicidio al que siguen otros, y salen a la luz las tendencias homosexuales en la Alta Finanza, el Estado Mayor y la Diplomacia.

»El artículo 175 alcanzará a bastantes personalida-

des.» (Antes de que logre su abolición con la República Magnus Hirschfeld (judío, ¿no?) el fundador del Museo de sexualidad de Berlín.)

Maximiliano Harden, el antimilitarista, aprovecha la ocasión. Hasta el Emperador resulta comprometido cuando cae tan ignominiosamente Eulenburg.

«En Francia—continúa el escritor francés— eran menos severos. Se sonreían con un Jean Lorrain; y el mismo Renan excusaba a Loti en la Academía con un: «Se verá bien» irónico; se cantaba de un Maurice Rostand, de Max se burlaba él mismo, Mayol divertía a las *midinettes*, pues se podía decir que la homosexualidad era un género sobre todo artístico y literario.

»Es en este instante cuando se manifiesta André Gide. Mucho antes que Proust se exponga, maravillado por sus relaciones, perdido entre la complejidad de sus impresiones, mundano y divertido, y que sea laureado por los Goncourt en 1919, André Gide había empezado su campaña de provocación. Llevando la franqueza hasta la perversidad, poseyendo el arte de presentar sus pensamientos y sus actos más turbadores como testimonios de inteligencia y virilidad, él demuestra con rigor y orgullo que la búsqueda del placer debe triunfar de los prejuicios e ignorar la moral. El afirma, valido de pruebas especiosas, que no se puede ser feliz en la vida y en las artes, libre y sincero, si no es a través de la homosexualidad. Francés él, perteneciente a una nación enamorada del Derecho y queriendo elegir quien la guíe, Gide llega a ser el jefe reconocido y el legislador indiscutido de los homosexuales del mundo entero y él obtiene Premio Nobel en 1949.»

Anotemos—¿habrá relación?— en Suecia estalla un tremendo escándalo a la muerte del rey Gustavo... No hace falta entrar en detalles; la prensa del mundo lo refirió, por cierto, muy comedidamente. No en vano el

protagonista del «affaire» era protestante y elevadísimo personaje en la Masonería... ¡ Si llega él a ser cualquier Rey católico español !... ¡ la que en el mundo se arma !...

Y termina este magnífico escritor comentando los laureles de Nobel puestos en la frente de André Gide por el descendiente de Bernardotte :

«Esto podría considerarse como el triunfo de la provocación.

»Antes se era invertido por ser Príncipe ; hoy se llega a Príncipe por ser invertido.»

La República de Weimar rompe los débiles diques legislativos y políticos que contra la sodomía restaban. Berlín es una nueva Gomorra que infesta Alemania entera.

El autor visitó el museo secreto de perversiones sexuales de la policía hitleriana, tan severa con el homosexualismo, y aquello era horrendo ; aún le dura el asco.

Debe advertirse que el régimen hitleriano fué muy severo con los pederastas y con todas las aberraciones sexuales. En la sanción de algunas acaso pecase por exceso, llevando hasta el extremo sus teorías racistas, que aplicó a estos casos, con esa desmesura que, entre tantas magníficas cualidades, padeció y padecerá el pueblo alemán.

Pero, sin duda, tales excesos no carecen de atenuante. En los quince años de República democrática la dimensión popular de las perversiones sexuales, y en especial la homosexual, llegó a ser tal y tan escandalosa que superó cuanto se había conocido y se conocía en Europa. Para encontrar algo parecido había que recordar los desenfrenos de Grecia y Roma, pero acrecidos en cantidad, ya que la población alemana superaba en muchos millones a la griega y romana y daba contingentes de degenerados muy superiores.

En Alemania entera, pero sobre todo en Berlín, el exhibicionismo de los homosexuales era teatral. Tenían círculos propios, se organizaban en sociedades, existían cafés y espectáculos copados y organizados exclusivamente por sodomitas; la literatura—si así puede llamarse—incitadora al homosexualismo, panegírica del mismo, se ofrecía sin recato, con el mismo derecho e idéntica publicidad que las obras más morales; acaso, con más... hasta se publicaban regularmente revistas literarias e ilustradas cuyo único texto escrito y gráfico era la más vil propaganda sodomítica.

El mismo Partido hitleriano fué invadido por los sodomitas. El hombre con más poder, después de Hitler, el célebre capitán Rhoen, era un tremendo sodomita. Como se recordará, él era jefe supremo de las Milicias del Partido, su fuerza más poderosa, y se rodeó de un Estado Mayor de pederastas.

Aún hay memoria del trágico fin de Rhoen. Fué muerto, sorprendido acompañado en el lecho, por el mismo Hitler, y, según parece fué el Führer quien por su propia mano le dió muerte.

Desde aquella gran «purga» hitleriana, la persecución de los pederastas fué realizada en gran escala. Los campos de trabajo recibieron millares y millares de sodomitas de todas las clases sociales. Allí se les veía distinguiéndose de otras categorías de presos por el color de la estrella de tela cosida en el uniforme carcelario y también por ser sólo ellos los que durante todo el tiempo que permanecían de pie debían estar «marcando el paso sobre su propio terreno», lo cual hacía doblemente trabajosa su tarea.

En nuestra visita oficial al campo de Orianenburgo preguntamos cuál era el motivo de aquella diferencia en el trato que resultaba un mayor castigo para el pederas-

ta que para los demás presos, incluídos judíos y comunistas, los más odiados por el hitlerismo.

Nuestros acompañantes nos informaron de que, reglamentariamente, se les suministraba en la comida a todos los prisioneros cierta dosis de un anafrodisíaco, a fin de adormecer en ellos los instintos sexuales, y para que así no se viesen empujados, careciendo de mujeres, a las perversiones sexuales. Pero, habiendo llegado a observar, a poco de haber establecido aquel régimen medicinal anafrodisíaco, que resultaba inoperante con los pederastas, porque su tendencia era de origen cerebral, debieron recurrir a cansarlos físicamente con exceso para lograr que, rendidos de fatiga, sólo tuvieran deseos de dormir en las horas de descanso y no buscasen corromper a sus compañeros de prisión.

Esta dura experiencia, sin duda de ningún género, contradice por entero las teorías de Freud, Marañón y compañía ; porque si la homosexualidad procediese de una constitución bisexual o hermafrodita, en mayor o menor grado, el anafrodisíaco produciría el efecto inhibitorio en ambas polarizaciones sexuales, como lo causa sobre el apetito sexual normal, tanto en hombre como en mujer.

Experiencia hecha en tal escala, y no con fin científico, lo cual excluye todo prejuicio, demuestra que las aberraciones homosexuales proceden de taras cerebrales congénitas o adquiridas y de taras morales y sentimentales volitivas en mayor o menor grado, contra las cuales, por no ser radicalmente fisiológicas no resultan eficaces los anafrodisíacos.

Dada nuestra modesta opinión frente a la de tan famosos doctores, quede ahí por si tiene algún valor clínico, como, según creemos, lo posee de tipo lógico.

Y terminemos este punto diciendo que la severidad hitleriana para con los homosexuales, con haber sido

grande, pues no se detuvo ante algún famoso general —recordemos el «caso» von Fritsch—no evitó, ni mucho menos, todo el mal.

Tan profundo era, y tal su extensión, que muchos pederastas pertenecientes a las clases elevadas y, principalmente a Ejército, Finanza y Diplomacia, no fueron identificados y, si no todos, muchos fueron presa de los servicios de espionaje, tanto de los países democráticos como del soviético. Algunos otros pederastras obraron a impulso de su «odio de clase»—de clase sodomista— y conspiraron y traicionaron contra el Régimen hitleriano por perseguirlos.

El «caso» de Otto John es uno entre mil. En muchos otros de traición el elemento sodomítico no ha sido identificado, pero abundan los indicios entre los conspiradores que llevaron a cabo el atentado contra Hitler ; y hasta, según algunos, también aparecen en el extraño caso de traición del más alto jefe de Espionaje militar. Otros, menos importantes, pero con más datos, han existido en muchos servicios alemanes—el de un agregado militar alemán en Roma, caído por su tara en la red del espionaje soviético—y han tenido escandolosa publicidad en la postguerra ; pero el espacio no es bastante para ocuparse de todos los que conocemos.

• • •

Terminemos ya de tratar la Sodomía en las clases no comunistas, aristocráticas y capitalistas, como elemento objetivamente revolucionario, comunista, por la provocación, por la repulsión que motiva en las clases populares y por ser tomado como pretexto para la agitación por el demagogo.

Examinemos precipitadamente al sodomita en sí, sub-

jetivamente, como comunista; y en su función revolucionaria para instaurar el comunismo.

Históricamente hallamos que Vives (1492-1540), radicado en los Países Bajos y que ha vivido en la Corte inglesa, escribe ya contra el Comunismo; el hecho delata la existencia de comunistas y hasta de organizaciones a su vista; porque su ataque resulta ser más de tipo social y político que filosófico. Claro es que ha presenciado desde bastante cerca el experimento comunista de Munster, donde el judío Bokelsen, Juan de Leyden, ha reinado en aquella *Nueva Israel*, pero las ideas y los grupos secretos comunistas deben pupular en los Países Bajos e Inglaterra, tan comunicados siempre por los «puentes» israelitas.

Así puede ser un claro indicio que sea Bacon (1561-1626) el autor de la *"Nueva Atlántica"*, que inspira la idea comunista, en estado esotérico, de la Masonería contemporánea, inserta formalmente en la Orden por el judío Asmhole, y delatada en su tema IGUALDAD.

A Bacon se le señala como un invertido muy acusado.

Pasemos a Espinosa (1632-1677), el judío de origen español—¿por qué Espinoza o Spinoza, cuando nos devuelve Holanda su apellido?—y en él hallamos al verdadero creador de la doctrina del *Estado totalitario*, elevándolo al grado de divinización.

Para sintetizar, tomamos estos conceptos de Gunter Holstein, el magnífico expositor y crítico de Filosofía política, sobre la doctrina espinosista del Estado.

«El supremo poder del Estado no necesita reconocer a nadie como juez.

»El Estado posee también el derecho a decidir los asuntos religiosos como lo tenga a bien... en realidad, la Iglesia está absorbida por el Estado... Dios sólo alcanza su Reino a través de los Estados. (Estas ideas las

haría suyas Hegel.) Así los Estados no están en una perspectiva escatológica bajo el Reino de Dios, sino que son los instrumentos del Reino de Dios, incluso idénticos con el Reino de Dios. De aquí resulta la antítesis más radical con el pensamiento religioso cristiano y una deformación completa de la posición ética.»

Ahora bien, Espinosa, que no duda en atacar al dogma cristiano en su intención de hacer omnipotente y divino al Estado, no se atreve a lanzar su ataque contra el dogma de la propiedad que seguiría siendo externamente sacrosanto hasta para la misma Revolución francesa : «La propiedad es sagrada», decretará la Convención.

Podrá creerse ante la limitación que se impone a sí mismo Espinosa que él tan solo es el precursor filosófico del Estado totalitario nacional-socialista alemán, que también autolimita su absoluto poder ante la propiedad individual... y ya sería una estupenda ironía que los poderes dados al Estado por el más famoso filósofo israelita hubieran servido, por él legitimados, para la más tremenda exterminación de los judíos...

Pero no ; Espinosa no podía reservar al ciudadano la libertad que le da su propiedad y soberanía sobre bienes ; porque sería en él una contradicción, y el denodado filósofo, como demuestra en su dialéctica, es capaz de superarlas todas cuando se trata de llegar a las últimas consecuencias de su error. No ; Espinosa no podía cercenar el absoluto poder de un Estado—consustancial con Dios, y Dios mismo él—respetando la soberanía de cada ciudadano sobre su propiedad personal. El Estado para ser absoluto, divino, totalitario, ha de poseer él totalitariamente la propiedad.

Si Espinosa se detuvo y calló en aquel momento y no reivindicó la propiedad individual para el Estado, fué por cautelosa táctica. Si los países protestantes prac-

ticaban el «libre examen» de los dogmas cristianos, no hubieran tolerado el «libre examen» del dogma «sacrosanto» de la propiedad individual. Y Espinosa tenía motivos personales para ser cauto.

El filósofo judío reservó su idea de *comunismo estatal totalitario* para propagarlo dentro de su secreta secta, probablemente rosacruciana, y hay un hecho que lo prueba : su maestro de humanidades, Van den Ende, murió ejecutado en París, por participar en una conspiración que pretendía instaurar en Francia una República de tipo *platónico* ; es decir, comunista. No es aventurado afirmar que la intimidad entre Espinosa y Ende, que fué muy grande, tuviera por base su fraternidad rosacruciana comunista, que llevó a su íntimo al cadalso.

Espinosa fué pederasta. Su extraña visita al campamento de Condé, tan famoso sodomita, invasor de su patria, que puede costarle luego la cabeza, sólo puede explicarse por atracción uránica.

Pero puede dudarse, lo reconocemos.

Bien ; pues, a la vez, brindamos al examen de los especialistas la correspondencia de Espinosa con varios de sus jóvenes discípulos, que formaba con él una especie de secta y ellos nos dirán si no delata relaciones pederastas. Y que nos agradezcan los filosodomistas que aportemos a su relación de «grandes hombres» (?) el tan famoso de Espinosa, progenitor de la versión moderna del panteísmo Kabalístico judío, generador del totalitarismo comunista y hitleriano.

Examen también merecería la demasiado íntima «fraternidad» entre Marx y Engels. Hay más de un indicio para sospechar algo anormalmente sexual en las estrechas relaciones de los dos «pontífices» del Comunismo. Ahí está su correspondencia, y no se necesita de lente de muchos aumentos para descubrirlo. La inquina de Marx contra la irlandesa que se une a Engels es casi

una evidencia, sobre todo, por la manera de ser expresada. Por otro lado, está la extraña abnegación de Federico Engels ; tan soberbio para con todos los demás, y oscureciéndose a sí mismo, anulándose y quedando en el anónimo, en tanto Carlos vive ; hasta el punto de no querer poner su nombre junto al de Marx en *Das Kapital*, en cuya obra tiene tanto como él o más.

Nosotros no hemos dedicado nuestro tiempo a investigar el probable homosexualismo de los dos «pontífices» del moderno Comunismo. Y como ellos gozan de la extraña suerte de todos los revolucionarios e izquierdistas—intocables para los doctores en homosexualismo, de Freud a Marañón—, no podemos aportar erudición sobre su «caso», intocado hasta hoy día. Intocados ; más aún, intocables ; porque, además de ser de ultraizquierda, Marx es judío y, probablemente, también Engels, y esa su raza los hace «sagrados» para psicoanalistas y homosexualistas.

En cambio, con menos de lo señalado en Espinosa, Engels y Marx, les ha sobrado para identificar como sodomitas o como afectados por otras taras sexuales a Papas, Reyes, héroes y hasta santos y santas... ¡ la ecuanimidad y objetividad científica es tanta en esos «grandes maestros» de la ciencia !...

Nuestro compás puntea de Platón a Marx, comprendiendo así al primero y último maestro del Comunismo ; entre uno y otro, hemos trazado raudamente la secular teoría de los movimientos comunistas, en todos los cuales, del ebionismo al Marxismo, junto al odio a la familia, brota siempre la sodomía. Sépase que concienzudas investigaciones y estadísticas alemanas, anteriores al Nazismo, delatan un porcentaje de homosexuales infinitamente superior al de cualquier otra clase social en la *clase revolucionaria*.

Las razones para la consustancialidad entre homosexualismo y comunismo son varias.

La primera es el ateísmo. Sin Dios, el hombre rompe todo freno moral y ético. Con la desaparición en la conciencia del Juez-Testigo inengañable e incegable, bastará con que se crea el tentado por vicio sodomítico a salvo de la curiosidad ajena para entregarse a la depravación. Al señalar al ateísmo como causa primera del homosexualismo, ya se ha mostrado y se demostrará, debe también ser acusado el satanismo consustancial con la sodomía; pero es argumento de tipo metafísico, y dado el *estado* de la mentalidad actual, no será tomado por muchos en cuenta. Mas, con el necesario denuedo, diremos que, por su antiteísmo, también el Comunismo es satánico; y, por lo tanto, afirmamos que el satanismo es el gozne que articula Comunismo y homosexualismo.

Ya se ha indicado, aludiendo al comunismo platónico, la dialéctica consecuencia existente entre la negación de la propiedad y la negación de la familia, en la cual tiene aquélla su razón suprema. En la común negación de la familia está el segundo gozne que une a Comunismo y Sodomía.

Es el Comunismo, como hemos visto al rozar la doctrina espinosista, el único sistema político de Poder absoluto encarnado en el Estado auténticamente totalitario; pero el Estado, no es un mero ente de razón; es el *hombre de Estado*; en el comunista, el Dictador divinizado... vuelve otra vez a emerger el satanismo, al pretender el satanizado Tirano, como quiso Luzbel, *ser semejante a Dios*. Pero, además, el sodomista, el eunucoide también, amputados moral o fisiológicamente, voluntaria o involuntariamente, de la pasión humana de más alta tensión, el acto sexual procreador, el fraude, pues fraude y falsificación es, homosexual no puede satisfacer ni psicológica ni patológicamente su instintiva pasión

procreadora, que se *atrofia*; y, por ley dinámica, su energía pasional se desvía, y potencia e *hipertrofia* la pasión humana cuya tensión es casi par en intensidad, la *pasión de Poder*... ¿Y dónde soñará el sodomita y el eunucoide satisfacer mejor su *hipertrófico impulso al domino* si no llegando a ser Dictador divinizado del Estado Comunista?...

En obra reciente ya estudié más ampliamente tal caso. Sólo añadiré: *por la Humanidad temo que siga siendo Malenkov, el eunucoide, el auténtico Dictador de la U. R. S. S. o que pueda volver a serlo.*

Y, por último, en todo sodomita y eunucoide hay un rencor y un odio reprimido o expreso contra la Sociedad, tan sólo por el hecho de hallarse formada mayoritariamente por hombres normales y, sobre todo, contra la Cristiana, la sociedad más normal; que, por serlo, condena y persigue, siquiera sea hoy solo con su execración, al pederasta.

Y preguntamos, ¿dónde y cuándo podrá saciar mejor su odio a la Sociedad el sodomita si no es por medio de una Revolución?... y la más feroz es la comunista.

Sin duda, el odio sodomita entra como poderoso factor en la Revolución, y, en gran parte, podrá explicar ese alto porcentaje de sodomitas entre los revolucionarios y entre los espías al servicio del Comunismo, pues no todos lo son por chantaje.

Ese odio sodomítico ha de ser un poderoso impulso en el espía atómico... en algunos, potenciado por el satanismo, su odio ha de llegar al grado de absoluto... ¿y cómo satisfacerlo si no es poniendo en manos de los satanizados como él, en las de los jefes comunistas, el *cataclismo* atómico?... ¿No es la *pandestrucción social*?...

SEGUNDA PARTE

SODOMIA Y "CIENCIA"

SODOMIA Y LITERATURA

Si no hubiera Infiernos habría que inventarlos. Tal deducción surge lógica de la evidente imperfección de la justicia humana ; imperfecta en cuanto a la inadecuación entre delito y pena ; pero también por ver libres de su sanción tantos crímenes cometidos por los hombres, tan sólo penados con la reprobación moral de los más, pues ella no es capaz de privar al delincuente del disfrute gozoso del producto de su delito.

Esa imperfección de la justicia humana trae a la Lógica para testimoniar en favor de la verdad-fe, y los Infiernos teológicos vienen a ser a la vez Infiernos racionales, porque nuestra razón y conciencia prescriben el axioma de que no puede haber delito sin pena.

Y si, por fe y razón, Infiernos ha de haber, uno especial, más doloroso y profundo debe existir para los *escritores delincuentes* ; es decir, para cuantos es en sus manos la literatura el arma de sus crímenes.

Hemos dicho un Infierno especial. Sí ; por ser tan especial el crimen del escritor. Especialísimo ; el *escritor criminal* es el único capaz de cometer crímenes después de muerto ; la muerte física del autor no acaba con el crimen literario, y su cadena de crímenes continúa sumando eslabones ; por algo el escritor se precia de ser un «inmortal» ; cierto, la reiteración del asesinato literario perdura tanto como el arma con la cual el crimen

se comete, la obra literaria, capaz por sí sola de continuar asesinando almas.

Si no puede haber delito sin pena, como después de muerto el escritor criminal continúa delinquiendo, después de ser sancionado al morir por sus delitos cometidos en vida, nueva pena ha de serle infligila por cada crimen cometido por él cuando ya murió... No es envidiable la suerte del escritor criminal ante la Justicia Divina, y menos envidiable si él logra llegar a «Inmortal»; porque también seguirá siendo «inmortal» el asesinato de almas e Inmortal es el Juez e infinita ha de ser la creciente agravación de su pena.

Eso en cuanto a la calificación y sanción motivada por la objetividad y efectividad del delito literario. Mas hay algo en él también muy singular: la delincuencia literaria, en general, no tiene siquiera el atenuante de proporcionar un placer al autor, como sucede con tantos delitos, cometidos a favor de la sensualidad carnal, propia de la naturaleza decaída del hombre.

El autor del crimen literario lo comete racionalmente, dialécticamente; es decir, comete el delito por el delito; así, por ejemplo, si el escritor hace pecar sexualmente, él no tiene el atenuante de satisfacer su instinto de goce carnal; él, al hacer gozar, no goza..., es el pecado por el pecado. Es el *pecado diabólico,* que dirá el teólogo. Es, para nosotros, el *imperdonable* pecado de la Sabiduría; el pecado contra el Espíritu Santo, enunciado por Cristo, el pecado aquel cuyo perdón es imposible.

Si el *medio,* el medio literario, ya imprime la impronta luciferina en el delito, doblemente se muestra si el crimen provocado literariamente viene a ser la Sodomía.

Las Iglesias cristianas libran combate siempre contra los sodomitas, llegando a identificar a Lucifer con la

Sodomía, presentándolo como el sodomita por excelencia.

El gran poeta Claudel se aproxima durante largos años a Gide, no tanto para cumplir el desesperado deber cristiano de salvarlo como para ver confirmada en el depravado literato su creencia... La Sodomía era para el gran poeta francés la inversión física y moral de la totalidad del ser ; para él, Lucifer era Dios a la inversa, la Negación absoluta—por lo tanto, la Nada en potencia—,y en consecuencia, el Príncipe de los sodomitas ; el vate busca y halla en Gide, refinado apologista de la Sodomía, uno de sus principales posesos o demonios.

Y no más de lo trascendental en la Sodomía ; evita dar mayor dimensión a este supremo aspecto la doctrina inflexible y eterna de la Iglesia.

SIGNO DE LOS TIEMPOS

En verdad, signo de los tiempos.

Hasta que los dos triunfos consecutivos de la *Revolución Una,* con la Religión (Reforma) y la Política (Francesa) no alcanzan su plenitud para preludiar el advenimiento de su tercera y última dimensión, la Física, llamada Social o Económica, la sociedad cristiana sigue ofreciendo resistencia, siquiera últimamente sólo sea ya formal, a la Sodomía.

Preludia el triunfo de la tercera y última fase de la Revolución una la Gran Guerra, primera gran batalla librada contra sí misma por la Cristiandad, causa inmediata de su destrucción como Sociedad y de la esclavitud de gran parte de los que la integran. Y con la desaparición de tantas naciones y la esclavitud de sus ciudadanos, suicidio de la Cristiandad como Sociedad y Orden, coincide la relajación y casi desaparición de su resistencia ética frente al avance sin careta de la Sodo-

mía. Es un fenómeno cuya evidencia es demasiado notoria para necesitar de muchas pruebas. Y, evidencia total es la daga literaria que remata la última resistencia formal de la decadente sociedad cristiana cuando entra en ese trance trágico del suicidio bélico.

Porque, hasta entonces, el sodomita escritor o escritor sodomizante se debió limitar a las citas del *Banquete* de Platón, de las *Eglogas* de Virgilio, los *Sonetos* de Shakespeare y otros pocos trozos literarios más o menos prestigiosos para ensayar el vergonzante panegírico de la perversión sexual, siempre con fines proselitistas. Ellos han de buscar la sombra del respetado pabellón de tales nombres—respeto no debido a su tara, sino logrado a pesar de ella—para poder aureolar de algún modo su propia perversidad sexual y procurar implícita y oblicuamente incitar a ella.

Y, con todo, tan sólo se cita y alude la Sodomía como cosa rara, divertida ; cual contraste ; como extraña y sombría tacha en la luminosa personalidad poética, literaria o intelectual del gran personaje mencionado ; jamás, hasta nuestra época, se atrevió el escritor sodomizante a propugnar la plenitud homosexual en el individuo y, menos aún, en toda una sociedad.

El escritor sodomita integral no se muestra descarado sodomizante en fecha próxima ; ya lo hemos dicho, su aparición coincide con las vísperas de la primera Gran Guerra. Se ha querido «nacionalizar» al prototipo del pederasta-escritor en Francia ; más justo sería darle tan sólo la ciudadanía parisina.

Este tipo de sodomita escritor ya se atreve a desafiar la ética convencional, que hasta entonces, aún guardaba las formas externas de la moral cristiana.

Es la tipicidad sobresaliente de tal ex-hombre la de orientar su sensibilidad hacia el homosexualismo ; ya sea tratando de sublimar y exaltar su tara o de justificarla y

propagarla ; pero ahora—y esta es la esencia de su tipismo—de forma clara, descarada ; cual si el amor heterosexual, el natural, fuera un instinto perverso y una función antinatural.

No era la emergencia del mal a la superficie de la sociedad lo peor ; al fin, el sujeto, el pederasta escritor, ya existía desde lejana fecha, pero se abstenía de propagar su vicio por miedo a la execración. Lo peor de su descaro contemporáneo es que mostraba el decaído *estado* moral de la sociedad, pues, por primera vez, en veinte siglos de Cristianismo, ella ya no execró al pederasta literariamente obsceno ; ya no se sintió herida en su conciencia religiosa, en su norma ética, ni siquiera en su estética... Era el síntoma definitivo y delator de cuál era el estado real de una sociedad, llamándose aún cristiana y moral. Sin duda, era ésta la revelación más obscena y siniestra de su infidelidad a sí misma, de hallarse poseída de vocación suicida...

En 1911, André Gide hace su primero y tímido tanteo. Lanza una tirada de sólo doce ejemplares de su *Corydon,* sin osar echar al mercado una edición normal. Agudamente pérfido, con esa tan limitada edición para sus doce *elegidos,* despierta el ansia de lo *prohibido* en la legión de adeptos y en la masa de los *snobs,* asegurándose así ese doble público que comprende la mayoría de lo *selecto* ; integrado por las aristocracias de la sangre, del dinero y de la literatura.

Es la primera tentativa con pleno éxito.

«En realidad—nos dice Robert Pouset—este esfuerzo, si no conjunto, es, al menos, coincidente en dos maestros contemporáneos, André Gide y Marcel Proust, el cual ha roto las barreras tras las cuales sus afines tascaban el freno desde hacía siglos. Todo acaece como si en algunos años, los que en las letras universales había sido una idea accesoria, tomada alternativamente, como

buena o mala, pero siempre dándole importancia limitada, como acaece aún no otras perversiones, se hubiera transformado en *clima*, en elemento esencial de la vida, y hasta en doctrina, en teoría moral y filosófica, para cierta categoría de novelistas, dramaturgos y ensayistas.»

Y agrega el citado escritor :

«De 1915 a 1955, la evolución salta a los ojos. Lo que antes tan sólo era sugerido, insinuado, bajo la envoltura de alusiones evasivas, ha tomado alguna vez el acento perentorio de una proclamación.»

Rememorando :

«Si nuestros abuelos, que se creían tan libres de espíritu, tan verdes de lenguaje, resucitaran hoy, las pinturas de Jean Benet les harían caerse de espaldas. Y más aún, los derribarían las *proclamas* de un Carlo Coccioli y de un André du Dogón, que llegan a reclamar que la sociedad civil registre y la Iglesia católica bendiga el matrimonio de Jerome con su tierno amigo Gontran...»

La tendencia del sodomista hacia lo sacrílego es notoria desde los primeros tiempos del Cristianismo.

Pero registrar el fenómeno del Siglo, no es hallar la causa, ya que la depravación ética, intelectual y estética de nuestra sociedad no es la verdadera y auténtica, pues la causa necesariamente ha de ser activa.

LA ESCUELA CIENTIFICA SODOMIZANTE

Antes que Gide y Proust están otros, cuyo disfraz científico y aséptico les abrió las puertas de nuestra «progresista» sociedad. Los pederastas literatos aprovecharon la oportunidad y se introdujeron detrás; ciertamente, sin protesta ni aspaviento de sus predecesores científicos.

Para situar a nuestros lectores en el *medio,* no es cosa de traer aquí la historia de la ciencia sobre la Sodomía. Bastará un apunte, y lo hallaremos hojeando algo hecho de mano maestra por un científico español, cuya fama y méritos rivalizan con los más famosos extranjeros; un «Ensayo» de don Gregorio Marañón.

Como lo es él, en tales científicos de la especialidad hallamos la singular coincidencia de que todos ellos son literatos-médicos. No se limitaron, dada su doble calidad, a la ciencia, con pura objetividad curativa, sino que, obedeciendo a su vocación literaria, volcaron sus ideas sobre psicopatología en las grandes masas, cuya curiosidad hacia lo anormal, nuevo y pecaminoso, bien sabían que resulta insaciable siempre.

No se dirigieron al investigador en busca de un intercambio integrador de conocimientos en la materia; fueron a la masa indiferenciada de lectores y, escudados tras el lema científico de su literatura, evitaron el escándalo externo y hasta esquivaron el anatema de los mo-

ralistas..., como aún lo provocan en algunos de ellos los Gide, los Proust o los Genet, siendo así que su labor sodomizante sólo es una variante literaria de las tesis, también literariamente lanzadas, de aquellos científicos; pues, al fin, estos literatos desvergonzados únicamente hacen vivir en sus ficciones a unos personajes animados por la psiquis revelada por un Freud, un Goldschmidt, un Weissman, un Weininger, un Bloch, un Marañón, todos los cuales alumbraron los *prototipos* más o menos esquemáticos de cuantos con aparente carne, hueso, nervio y sangre pululan en las creaciones novelescas forjadas en la ficción de los novelistas sodomizantes.

La tolerante admisión sin escándalo de la literatura sodomizante procede precisamente de ahí, de haber sido previamente aceptado ese mismo tipo humano de sodomita descrito por el novelista en el esquema científico-literario del psicopatólogo, el cual, como hemos dicho, no reservó para la clínica y la cátedra sus estudios y elocubraciones científicas o neocientíficas, como acaece en todas las demás ramas de la ciencia médica y psíquica..., excepción rara, y, hasta el momento, inexplicada; y no creemos que por inexplicable, como hemos de ver muy pronto.

LA «CIENCIA», PRIMERA SODOMIZANTE

Antes debe ser traído aquí algo ejemplar y prometido ya; el esquema doctrinal científico, progenitor directo de la literatura sodomita; más aún, la doctrina lanzada, captada y aceptada por esta sociedad «cristiana», con cuya inyección se ha reblandecido su Etica y Estética, poniéndola en estado de no ser capaz de reaccionar ante la *proclamación* pederasta, ni cuando alcanza grado de sacrilegio.

Tal es nuestro concepto, dado con anticipación antes de pasar a mostrar su fundamento.

Será don Gregorio Marañón, el famoso doctor, a quien recurrimos para nuestra sencilla demostración. Y por obvias razones; primero, por ser él ciudadano español y ser, a la vez que científico, un literato de selección; por lo tanto, con sin par adecuación para todo lector de castellano; segundo, por poseer un arte singular para la divulgación, pues, con perspicacia singular, sabe captar lo más esencial de las teorías ajenas y trasplantarlas a sus propias exposiciones con precisión, síntesis y garbo; y, tercero, por ser también quien más «autoridad hace» dentro del público español; no sólo por la calidad científico-literaria de sus trabajos, sino por ser él «único» en nuestra nación... Es así para su gloria científica y literaria—lo reconocemos—aun cuando debamos reconocer también, con lógica y justicia netas, que si el efecto y fruto de su labor es pernicioso y nefando para la sociedad española, también su responsabilidad es absoluta, por no ser compartida, por ser «única».

Y, sin preámbulo, entremos en materia.

Nos referiremos únicamente a su *Tercer ensayo* (1).

«Nosotros vamos a ensayar—promete Marañón—unos comentarios sobre otro problema: a saber, cómo y por qué el noble instinto de la reproducción se convierte, en manos del hombre, en fuente de interminables desdichas.»

Sólo una ligera observación. Marañón, como literato nato, denuncia su *estado* previo, su prejuicio, al enfrentarse con el instinto de la reproducción, y calificarlo de «fuente de interminables desdichas» y no mencionar

(1) GREGORIO MARAÑÓN: *Tres ensayos sobre la vida sexual*, con uno previo de PÉREZ DE AYALA. Biblioteca Nueva. VII edición. 1934.

siquiera que también es *fuente de inefables dichas,* tanto físicas como espirituales; dichas inefables ciertamente, ya que la geométrica multiplicación de la especie humana nos demuestra que las dichas superan en grado fenomenal a las desdichas acarreadas por el instinto humano de sobrevivir en los hijos y en los hijos de los hijos. La dicha ha de ser la regla y la desdicha la excepción para el estudio riguroso de la cuestión. Pero, para el doctor Marañón, así no es; él arranca de la excepción, de lo menor y peor, para tratar de lo más y lo mejor. Ya lo hemos dicho, se vende a sí mismo; revela sin querer su prejuicio; sin duda, sea dicho en su honor, él es arrastrado por su excelente dote literaria; en su honor también, porque, a nuestro juicio, tanto mejor literato se es cuanto más capaz se es de *transparentar* literariamente su propio ser y entender. Y el doctor Marañón denuncia, por imperativo literario, su *deformación profesional, su visión clínica;* una especie de «daltonismo» en su «ojo clínico» y «único».

La deformación profesional, sin duda, es fenómeno explicable en quien, como Marañón, yuxtapone y simultanea dos profesiones, la literaria y la médica; en qué grado determina el médico al escritor y el escritor al médico podrá discutirse y valorarse, pero la existencia de una mutua determinación, desde luego, no. Ni el mismo Marañón será capaz de negarla.

El prejuicio clínico de Marañón, producto de su deformación profesional, lo ha de llevar siempre a ver lo anormal, lo antinatural, como el estado común al género humano. El hallarse rodeado del mundo tarado, el estar obsesionado, para su honor, por su vocación clínica, ha de crear en su mente un orbe de ideas científicas consecuentes y ocasionar el desvanecimiento del gran mundo normal, por estar lo normal ausente casi siempre, quiera o no, de su perspectiva cotidiana; y esto ha de

llevarlo, cuando con el mundo normal se topa de improviso en cualquier esquina de su vida, sin conciencia de su «daltonismo» mental, a verlo tan sólo con el «ojo clínico», a captarlo con su retina deformada, viendo en todo ser un «caso patológico», un «caso clínico»... Y aun cuando síntomas y características no se den, el «caso» existirá siempre para él, recóndito, implícito, dada su deformación profesional, por la que lo ve todo excepcional y anormal. Por lo menos, ve en cuantos tipos humanos entran dentro de su perspectiva visual o intelectual a unos tarados en potencia.

Sea esta previa constancia, de dimensión desmedida, no un menosprecio personal, sino una explicación ; para que, cuando pasemos a examinar sus doctrinas, sea recordada como atenuante moral, si llegamos a una conclusión severa para él ; porque si, ciertamente, la «deformación profesional» es un defecto intelectual, indica también una excelencia en quien la padece ; que nadie se deforma sin *profesar* vocacional y apasionadamente su ministerio ; en el caso de Marañón, el muy excelso de quemar su intelecto y su vida en el altar de Esculapio. Sea dicho así, previamente, para tratar de atenuar en los juicios ulteriores los indudables efectos de nuestra propia «deformación profesional», pues si Marañón es un escritor-médico, quien lo juzga es un escritor-policía, y también, modesta, pero apasionadamente, quema intelecto y vida para evitar males a su Patria.

LA DOCTRINA DEL DOCTOR MARAÑON

Entra en materia Marañón con esta soberbia exclusión :

«Ni las religiones ni las pedagogías ofrecen soluciones eficaces... cuando el instinto sexual se ha desarro-

llado y ha adquirido un órgano propio, cuya llamada hace estremecer al organismo entero.»

También, «si acudimos a nuestros padres, a nuestros maestros, sólo logramos una explicación vaga ; llena de equívocos y de la perspectiva de pecados que antes no conocíamos».

«En fin, la sociedad, tanto la familiar como la civil, sólo le ofrecen al joven cuando siente la instintiva llamada del sexo, confusiones, amenazas y pavores.»

Solución única, pero rara y restringida :

«Tan sólo el afortunado «hallazgo» tan difícil y anormal como el «gordo» de Navidad de una mujer, que es a la vez mujer y amiga, soluciona el conflicto en una atmósfera de bienestar físico y moral.»

El único remedio que brinda la sociedad al problema sexual del joven es de una rareza excepcional, en grado sumo. Vuelve a surgir la «deformación profesional» ; esta nuestra sociedad es un «caso clínico» y lo bueno y normal un fenómeno rayano en lo imposible.

Y Marañón prosigue y razona :

«La unión monogámica, tal como la exigen nuestras leyes y nuestros preceptos religiosos—el matrimonio—es buscar la solución del problema del sexo en un azar—ya lo hemos visto, tan difícil como enriquecerse con la lotería—y el azar sólo sirve para soluciones aisladas y excepcionales.

»El hecho es que siempre queda fuera de la solución feliz una mayoría inmensa de hombres.»

La reiteración de que la regla es la infelicidad es demasiado frecuente para reproducirla cuantas veces se produce en las páginas del *Ensayo* ; basta lo traído para mostrar cómo Marañón ve a la sociedad humana cual una clínica gigante aquejada de la dolencia sexual.

Menos mal que el Doctor no se decide a trazar una terapéutica para el problema, por humildad tal vez, ya

que, según cree, «ni las pedagogías, ni la Medicina, ni las religiones han logrado resolverlo».

Y confiesa:

«Hay infinitos dolores que nacen a la sombra del sexo y que no desaparecerán jamás mientras el hombre sea hombre; es decir, mientras sustente sobre su tronco, tan parecido al gorila, una cabeza llena del ansia, en cierto modo satánica, de saber.»

Y nosotros agregaríamos: *y de gozar...*

Porque cuando se transforma en «problema» lo sexual, según hemos podido llegar a observar, siempre se debe a reducirlo a *gozo carnal,* excluyendo animalmente, cual gorilas, su rigurosa objetividad: la perpetuación de la especie, el hijo, la familia.

Si lo sexual no es referido a su fin eterno y natural, a la procreación, todo, es ya problema, todo contradicción, y sin posible superación.

Esa es la calidad nefanda fundamental de la Sodomía, el considerar lo sexual tan sólo como fuente de placer, un gozo a cualquier precio, no sólo despreciando en la cópula homosexual al fin sagrado y social del acto natural, sino haciendo imposible su logro, por ser un acto estéril.

Quien sólo ve angustias, dolores y sinsabores en lo sexual, elevándolo a problema general, es por discurrir despreciando su objetividad natural: el hijo a engendrar; que en él se concilian y superan todas las contradicciones. Ese, quiérase o no, sépase o no, es un discurrir de tipo sodomítico, dicho sea sin ofensa.

Y ahora vamos a entrar con Marañón en el problema específico.

HOMBRES Y MUJERES A LA VEZ

«Un otro sexo que hoy sabemos que va contra nos-

otros, infiltrado en nuestro propio ser, y, como un duende invisible tiende a cada paso trampas a la rectitud de nuestro instinto.»

Más claro :

«Cada hombre, o la inmensa mayoría de ellos—menos mal, don Gregorio concede la posible existencia del «hombre» químicamente puro—llevan un fantasma de mujer, no en la imaginación, sino en la circulación de la sangre ; y cada mujer un fantasma, más o menos correcto, de hombre.»

Marañón, debemos advertirlo, no atribuye ese el más fenomenal *descubrimiento* a nadie—aun cuando no es suya la invención—y no con intención fraudulenta, sino para mejor expresar su comunión en esa hipótesis.

Pues no lejos agrega :

«Esta noción del otro sexo dentro de nosotros mismos, que altera la pureza del sexo legítimo, es una conquista trascendental de la ciencia moderna, a la que, pienso yo, no se ha dado la significación pedagógica debida.»

Según interpretamos—y perdón si hay error—al joven o al niño, a la chica o a la niña—objetos pedagógicos—les debe ser revelada la existencia en cada uno del «otro». Deberá revelárseles que no son uno o una, sino dos en fusión o infusión ; una especie de «matrimonio», y no precisamente bien avenido.

Ya examinaremos la consecuencia de tal revelación ; sigamos ahora con el «descubrimiento» de la «ciencia moderna».

Relatividad del sexo, titula Marañón el apartado donde entra en la justificación de la existencia del *otro* y de la *otra* en ella y en él ; sin duda, trata de justificar esa coexistencia, porque la «ciencia moderna», que ha roto el átomo—¿por qué lo llamarán átomo aún?—no

ha logrado separar a estos hermanos siameses, uno Caín, que integran nuestra alma y nuestro cuerpo.

La «Relatividad» einsteniana dicen—nosotros no lo creemos—es la génesis del horrendo estallido atómico. Marañón incluye lo sexual en esa misma «Relatividad» ; esperemos rogando a Dios que ésta no lleve a nuestra sociedad también a tan horroroso estallido aniquilador.

Y encabeza el apartado con el siguiente axioma :

«Desde que hay recuerdo de la vida de los hombres, el sexo no ha sido nunca un valor absoluto.»

Como eso es un *axioma*, la Historia y la Lógica sobran.

Menos mal que, a renglón seguido, el Doctor se contradice a sí mismo, pues prosigue :

«Entre el varón perfecto y la hembra perfecta se han encontrado siempre innúmeros tipos intermedios en los que la virilidad y la feminidad se ofrecen con caracteres menos netos, hasta llegar a una conjunción intersexual.»

Pregutnamos con sincera curiosidad :

Si «el sexo no ha sido nunca un valor absoluto», ¿cómo halló usted, señor Marañón, la noción del *varón perfecto* y de la *hembra perfecta?...*

¿Son, acaso, tan sólo puros *entes de razón* o *imaginación?...*

Marañón ha empezado su demostración en genuino empírico ; y si al dar constancia del hombre y mujer andróginos los refiere a puros entes de razón o imaginación, comete un pequeño fraude científico.

Trata de compensarnos recurriendo, no a la Historia, por supuesto, «conforme» con ese *axioma* de su plano, sino al *mito*. En ciencia, para el investigador escrupuloso, puede que no sea el mito una fuente demasiado limpia ; pero Marañón, para su gloria, es también literato y la literatura es capaz, con su magia, de

dar fulgores maravillosos a lo más grosero, aun cuando sea un mito forjado por el desenfreno pederasta griego.

«Los mitos antiguos—prosigue su *prueba*—están llenos de esta idea. El andrógino surge en el arte y en la literatura a cada instante, y ya en fábulas remotas se habla de un tercer sexo. Recordemos no más el discurso de Aristófanes en el *Banquete* de Platón (¡ ya salió !). Para él, los hombres eran primitivamente dobles y de tres categorías : unos, varones, que procedían del Sol ; otros, hembras, originados en la Tierra, y otros, andróginos, mitad hembra y varón, que procedían de la Luna.»

El mito tiene unas reminiscencias científicas y racionales maravillosas, como puede verse. Pero el mito prosigue tan estupendamente como empezó. Y en la síntesis de Marañón lo veremos extasiados así :

«Júpiter, para castigar su audacia—la de los *mixtos*, ¿qué culpa tendrían los pobres andróginos y por qué tomarles manía ese Zeus, raptor del efebo Gamínedes?—los hendió por la mitad como huevos, dice Platón cortado por hilo ; y—esto por su cuenta—desde entonces cada mitad busca a su contrario, a su otra mitad, a su «media naranja», más exacto en su lenguaje, a su medio *naranjo*—como decimos los españoles...— «Las mitades de un hombre doble o una mujer doble buscan, respectivamente, a otro hombre y a otra mujer. Su ideal natural (¡ !) no es, pues, el amor heterosexual, sino el homosexual, que tanto auge logró en los tiempos platónicos.»

Ya saltó el «conejo» de los pliegues de la clámide. El mito tiende a justificar al heleno homosexual ; es el origen racional de una fábula tan «fabulosa», que ni el perfume poético infundido en ella es capaz de sofocar el fétido tufillo de literatura homosexual.

No lo ventea, por lo visto, el Doctor ; acaso un

poco romo de olfato por aspirar tantos vapores fénicos en quirófanos.

Pues toma científicamente muy en serio el mito y lo explica:

«Estos mitos tendían a dar categoría fisiológica, de *cosa normal* (¡ah!... ¡ah!) al ser medio hombre y medio mujer.» (Al pederasta, ¿no es así?...)

Porque unos estúpidos retrógrados, retrasados mentales, indudablemente, que se llamaban a sí mismos: «naturalistas, sociólogos y médicos, consideraban como una aberración monstruosa toda infracción de la pureza de los tipos y de los instintos sexuales».

¿Por qué no dará en este momento su nombre propio a las cosas el Doctor?

¿Por qué no dice crudamente que naturalistas, sociólogos y médicos *condenaban como aberración monstruosa al pederasta?*

Sin duda, el nombre desnudo del pequeño monstruo chocaría demasiado violentamente con esta «sentencia» final del apartado.

«Ha sido preciso que el problema se plantee en un terreno experimental (¿...?) para que nos hayamos enterado de que, en esta como en tantas ocasiones, eran, en cierto modo, los poetas y no los hombres de ciencia lo que tenían razón»... Los *pederastas poetas,* valga tal aclaración, distinguido Doctor.

Y no retroceda en las dos últimas líneas de tan «científico» apartado.

Si los poetas (pederastas) *tenían razón,* siga con denuedo dialéctico, no califique de aberrante al acto; no diga que el «amor aberrante»—la sodomía—no es normal»... ¿cómo?, si «nadie es hombre absoluto, ni absoluta mujer», como afirma usted, ¿por qué no ha de ser normal que cada *media naranja* busque su otra mitad esférica perdida?...

Menos aún puede concluir diciendo que no es normal lo aberrante—¿aberrantes los seres siéndolo todos en potencia o en acto, e impulsado por su dual naturaleza todo el género humano?—y no debe limitarse tímidamente a concluir que el «amor aberrante», la sodomía, «es biológicamente explicable». No hallamos rigor. En biología, cuanto es natural es también racional. Si «contra los científicos tenían los sodomitas poetas razón» —¿sí o no?—, no tan sólo tiene biológica *explicación* la sodomía; tiene también biológica *justificación*.

Tal ha de ser la conclusión a extraer por cuantos acepten las premisas propuestas por el Doctor Marañón. Tenga la seguridad de que su contradicción final en el mero adjetivar y su tímida limitación, al no llegar a *justificar* biológicamente la sodomía no detendrá jamás al pederasta y llegará con lógica inflexible a la consecuente conclusión de proclamar la Sodomía un hecho biológicamente *justificado*, al hallarse determinado por su propia naturaleza bisexual, común a todos los humanos y siendo, por lo tanto, *subjetivamente* justificable...

Ignoramos si, lanzado el homosexual a impulsos de su desenfreno sexual, intentará justificar la sodomía objetivamente... Lo dudamos un sodomizante de marca, de cuyo nombre no queremos acordarnos, pero que titula su obra, nada menos que *Homosexualismo Creador*, afirma, con siceridad: «al rehuir la reproducción, el uránico—el pederasta—afirma su sed de extinción». De extinción de la especie, debía decir con mayor precisión Así, la justificación *objetiva* del sodomita sería tanto como justificar el suicidio de la especie humana...

Es, por lo menos, para dudar, señor Marañón, de que haya una posible justificación *subjetiva* biológica, y no digamos lógica, si objetivamente y efectivamente, supone la extinción del sujeto, del hombre sobre la tierra. No debe habérsele ocultado al Doctor Marañón esta

enormidad lógica y biológica, cuando prefiere contradecirse tímidamente a sí mismo y llamarle a la Sodomía «aberración» ; apuntémoslo en su favor.

DE LA RELATIVA DIFERENCIACION SEXUAL

«Sólo posteriormente—¿no será *ulteriormente?* hay que hablar con mucha propiedad en cuestión donde lo *posterior* y *anterior* son cosas tan diferenciales—se decide el sexo definitivo, a que perteneceremos durante nuestra vida.»

No precisa Marañón cuándo se inicia la *diferenciación*, cuál es el instante de nuestra vida en que uno de los dos caracteres sexuales adquiere ventaja sobre el otro ; desde luego, no para vencerlo, anonadarlo ni aventarlo totalmente, porque :

«Este sexo definitivo no es casi nunca absoluto : no es varonil sin mezcla de mujer, ni femenino sin mezcla de varón.»

En el apartado siguiente nos da un detalle aproximativo para deducir cuándo y dónde se ha iniciado la diferenciación, al decir, refiriéndose al alumbramiento :

«Hay que aguardar a que salga por entero para declarar el sexo del infante.» Cuando «no ha salido por entero—perdón por lo poco cuidado del lenguaje. pues por excepción, aquí no es tan pulcro como acostumbra Marañón, llegando hasta incluir una semejanza de trance, no suya, pero que halla ingeniosa, de muy dudoso gusto—el padre de la familia y el propio técnico que dirige el trance no aciertan a saber si aquel rostro inexpresivo pertenece a una hembra o a un varón».

Copiamos el párrafo sin agradarnos, y quitándole aditamentos de lenguaje que diríamos recuerdan licencias de alumno «interno» de cualquier Hospital general, por-

que, de la *indiferenciación* sexual del niño en su apariencia, extraerá luego Marañón muy graves consecuencias; lo copiamos para intuir cuando, según Marañón, se inicia y se completa la diferenciación. Sin duda, se inicia en el claustro materno, y debemos suponer que para él ha de ser paralela o coincidente la diferenciación con la lenta plasmación de las formas anatómicas.

Siguiendo a Marañón, nos referimos aquí al período en que se inicia la superación de un sexo sobre el antagónico; no cuando tal superación es ya grande o alcanza su ápice, porque:

«Durante la niñez, se puede ir siguiendo... la imposición del sexo elegido (¿elegido por quién?) sobre el derrotado.»

¿Cómo se puede seguir esa batalla de nuestros dos sexos hasta la derrota de uno?...

Responde Marañón así:

«El desarrollo esquelético y muscular, la intensidad y distribución del vello y de la grasa, los impulsos funcionales, las modalidades psicológicas y afectivas van matizándose con tonos más puros de feminidad o varonía.»

Esto es todo lo esencial. Y, francamente, nos sentimos un poco defraudados. Nos anuncia Marañón la existencia de un misterio tremendo dentro de nosotros; nada menos que la existencia de otro ser. Porque nuestra naturaleza contiene dos ¿Cuál de los dos somos o hemos de ser? La unidad esencial del ser humano está rota; esa unidad, el *yo,* cuya presencia *única* nos proclama la conciencia, pues nadie ha sido capaz de *sentirse,* de *pensarse* ni de *quererse* otro, es un engaño, un fraude pérfido, una jugarreta caprichosa de la naturaleza; porque *ser es consustancial con ser de algún modo...* pura evidencia lógica ¿no?... Y ahora llega Marañón, mejor dicho, su *Escuela,* de la cual es él portavoz, para

revelarnos la *indiferencia* del ser humano con respecto a su *forma esencial*, la de ser hombre o mujer ; indiferencia en grado tal que produce el prodigio de saltar por encima del *imposible moral*, haciendo, nada menos, que lo *uno* sea *dos* a la vez.

Hemos confesado sentirnos defraudados cuando Marañón, siguiendo a su Escuela, y después de afirmar que «la ciencia moderna... planteándose el problema en un terreno experimental» nos demostraría que en nosotros había *dos*, y no *uno*, como erradamente nos gritaba nuestro yo.

¿Y qué es todo lo descubierto y revelado por la ciencia moderna en el terreno experimental? Ya lo hemos visto. Marañón nos *revela* cosa tan misteriosa como es la diferente distribución y abundancia del vello y la grasa en la época de nuestro crecimiento ; los diferentes estados funcionales y modalidades afectivas durante nuestro período formativo ; ¡ todo tan ignorado, tan invisible, tan estupendamente revelador !... Y no dirá más ; eso es todo, limitándose a reincidir y a variaciones en torno a tan «fecundas experiencias», hasta lograr la solución del «problema», pues :

«Es preciso llegar a la batalla de la pubertad para que el vencimiento de uno de los dos sexos sea absoluto y el otro se enseñoree definitivamente del espíritu y del cuerpo.»

Pero, atención, atención :

«En este trance puberal es muy frecuente que el muchacho adquiera acentos, físicos o psíquicos, de feminidad...»

«Y así transcurre la juventud y llega la madurez, en la cual la diferenciación sexual alcanza su apogeo»..., etcétera, etcétera, «porque cada detalle de la anatomía y de la fisonomía del adulto está impregnada *de su sexo*.»

Como vemos, es para quedar estupefactos ante tan

fenomenal y concluyente revelación ; porque su soberana dimensión y su prodigioso arcano rima con el prodigio revelado : que *lo uno es dos a la vez...*

Porque no hay más, lectores ; e invitamos a leer cuanto han escrito Marañón y todos los de su escuela. Su conclusión, más que transcendental, se basa en la semejanza entre los niños y las niñas ; una semejanza grande, nadie lo niega, semejanza física en todo, *menos, precisamente,* en sus respectivos órganos sexuales... órganos sexuales, según nos ilustran, anatómicamente perfectos, necesitados tan sólo para llegar a su madurez, no de nada nuevo ni esencial, sino del desarrollo proporcional respecto al resto del cuerpo donde están. Es en lo *único*—y esto sí que es revelador—en lo que radical y primeramente se diferencian el hombre y la mujer al nacer, pues las respectivas anatomías de ambos sexos *son absolutamente inversas.*

Pues bien, cuando la naturaleza es ahí, en la morfología de los órganos *específicamente sexuales,* donde primero y radicalmente nos diferencia—tanto, que, como Marañón confiesa, debemos esperar a ver esos órganos sexuales de los recién nacidos para saber si son niño o niña—prescinden él y sus congéneres de lo único esencial y anatómicamente diferencial, para buscar en semejanzas ajenas al sexo la indiferenciación sexual ; más aún, para proclamar la existencia de dos sexos... ¿Es una inconsecuencia o no?... ¿Es despreciar lo esencial e intrínseco y agarrarse a lo adjetivo y extrínseco?... ¿Es buscarle cinco patas al elefante?... Esa única y total diferenciación de los órganos sexuales, en pura lógica denuncia que en lo único que esencialmente y anatómicamente nacen perfectos y diferenciados los seres humanos es en la cuestión sexo.

Pero vamos a examinar esos fenómenos adjetivos y extrínsecos que llevan a Marañón y los suyos a dar

por inconcusa la indiferenciación sexual y la coexistencia de dos sexos en cada sujeto.

Habían de existir, no sólo esas mismas semejanzas entre niña y niño, entre jovencita y jovencito, sino muchas más y más idénticas, y deducir de ellas tamaña e ilógica conclusión seguiría siendo dar de coces a la razón.

Sí, señor; existe parecido, y parecido grande, entre varones y hembras, mayor cuanto menor es la edad respectiva; parecido en todo—menos en los respectivos órganos sexuales—pero esto es natural, y no podría ser de otra manera, dada su común procedencia; pues ambos, varón y hembra, son engendrados por dos seres, varón y mujer; habitan el mismo seno materno y están formados por la misma y única materia... ¿Es evidente o no?... Lo extraordinario y asombroso no es su parecido y semejanza; lo inconcebible sería que no existiera, anatómica y biológicamente hablando, parecido entre dos seres de uno y otro sexo; el prodigio es que, sin motivo conocido, excluída la Providencia, se diferencian tantísimo al nacer los niños y las niñas... *precisamente* y *únicamente*, en lo genital; en aquello en que ustedes, la Escuela, proclaman la indiferenciación, cuando es en lo que se da desde el primer instante la más rotunda diferenciación, bien apreciable a simple vista.

Más aún, para terminar este aspecto de la cuestión:

La *forma* de los seres de ambos sexos procede de materia *informe*, plásticamente hablando; natural y obligado es que siendo seres humanos ambos, es decir, *semejantes*, su semejzana sea tanto más grande cuanto menos se hayan alejado de lo *informe*. Así, como vemos, la diferenciación progresa según lo informe va adquiriendo su forma, llegando al ápice cuando alcanza el arquetipo; es decir, su *plena forma*... para volver a cierta indiferenciación formal—como acertadamente observa Marañón—a medida que envejece; porque la vejez

deforma. Y así como las materias homogéneas informes se asemejan, las deformes también, porque lo deforme es un regreso a lo informe ; tanto más cuanto más forma pierdan, cuanto más deformes lleguen a ser. Tenemos, pues, tres estados plásticos del ser : informe, forme y deforme, y entre los tres grados o estados *formales*, que son, uno, ascendente, crecimiento, *formación* más propiamente—es el de la diferenciación creciente de las formas ; otro, estado viril, madurez, consecución de *plena forma*, y por lo tanto, *máxima diferenciación formal*, y tercero, estado decadente, vejez, *deformación*, para, en aumento, volver a lo informe, a la indiferenciación.

Si queremos hallar un ejemplo de sin igual plasticidad, podemos trasladarnos con la imaginación junto al creador de formas humanas, junto al escultor. Allí lo hallaremos dispuesto, imitando al Gran Creador, a modelar un cuerpo humano con sus amorosas manos plasmando sus formas en una masa de arcilla. De una masa *informe*... ¿qué plasmarán sus manos? ¿un Hércules o una Venus?, lo ignoramos, pues la masa *informe*, por serlo, es *indiferenciada ;* irá perdiendo su indiferenciación a medida que vaya recibiendo y adquiriendo *forma*. Sólo cuando las adquiera definidas averiguaremos que es la estatua de un ser humano ; pero no si es hombre o mujer ; tan sólo conoceremos su sexo cuando el escultor modele su correspondiente órgano sexual ; y acabaremos *viéndolo* hembra o macho en tantos y tantos detalles anatómicos cuando el escultor acabe de darle *plena* forma. Es así, y no podría ser de otro modo. Pero dejemos actuar a las injurias del tiempo y de los hombres y aquella estatua en *plena forma*, por adherencias, grietas, surcos, desgastes, mutilaciones, irá tornándose *deforme* y perdiendo sus rasgos diferenciales, llegando un día en su decrépita vejez a no decirnos rostro, senos, músculos y manos si aquello es cuerpo de hombre o mu-

jer. Por lo *deforme* ha vuelto a lo *informe*; a la *indiferenciación*.

Se trata de una cuestión de Estética; no de Anatomía y menos de Patología y Fisiología, como quiere la Escuela.

Pero todos estos estados de las formas adjetivas, no intrínsecamente genitales, correspondientes a cada sexo ¿pueden decir o demostrar nada sustancial?... ¿Nada que determine o demuestre la coexistencia de dos sexos en uno?...

Es agarrarse a un clavo ardiendo para sostener un prejuicio, sin lógica ni realidad posible.

No hemos de molestarnos ni molestaremos a nuestros lectores trayendo aquí las numerosas reminiscencias razonantes del tercer Ensayo de Marañón; nada nuevo aportan, pues sólo son distintas versiones literarias de la misma cosa.

Tan sólo distinguiremos novedad en la siguiente aportación:

«En hombres con lesiones testiculares, se observan cambios tan netos, en sentido femenino, que muchas veces el propio interesado llega a ignorar su propio sexo. Se llaman estos estados *pseudo-hermafroditismo*, y en sus formas más atenuadas *virilismo y feminismo*.»

Y también:

«Cuando se castra a un animal, queda en estado *eunucoide* o *asexuado*; y si entonces se injerta una glándula específica del otro sexo, aparecen caracteres del sexo contrario.»

De ambas experiencias, con lógica que brilla por su ausencia, extraen esta conclusión de tipo general:

«Puede, pues, aceptarse como exacta esta hipótesis de la bisexualidad inicial de los organismos y de su permanencia, en estado latente durante el resto de la vida.»

Ya es inducir con exageración. De la existencia de

la excepción, por causa natural o accidental, de que se dé la monstruosidad y de que la ciencia sea capaz de «fabricar» esos monstruos con ciertos animales, deducir la monstruosidad de toda la especie resulta un desacato a la razón y a la lógica del cual no hay ejemplo en las infinitas antologías de los errores y, a la vez, un desprecio al ser humano, y, por lo tanto, a sí mismo, sin par en las historias de las aberraciones racionales.

¿Y TANTO ERROR Y SOFISMA PARA QUE?...

¿Y todo para qué?... nos preguntamos.

Despues de mucho meditar sólo hallamos esta objetividad : demostrarle al invertido, ya sea por monstruosidad congénita o perversa, que él, subjetivamente, no es tal monstruo, ni patológico, ni psicológico, ni ético, pues, en cualquier grado, todo ser humano es como él ; y siendo como él la Humanidad entera, no existe la monstruosidad homosexual en el planeta.

Basta con que le diga esto la «ciencia moderna» al sodomita en acto y en potencia. El ya extraerá por su cuenta las lógicas consecuencias, pues el buído estilete *clínico del psicopatólogo le ha extirpado o, por lo menos, le ha insensibilizado su conciencia* ; y un ser humano sin conciencia ya es capaz de todo.

¿Ignoran Marañón y su escuela los efectos individuales y sociales de su doctrina?...

Deberíamos creerlo cuando vemos que no la reducen a esotérica, encerrándola en clínicas y manicomios, para servir de ilustración al médico y excitar su comprensión hacia esos «casos», y la prodigan a las multitudes, siempre con hambre «satánica» de hallarles justificación a sus pecados.

Si los hombres de la Escuela son inteligentes, no

pueden ignorar los perniciosos efectos individuales y sociales de su Doctrina, objetivamente sodomizante; y si no lo son, no merecen respeto de ningún género.

Y no sólo no merecen respeto; tampoco merecen perdón, si son inteligentes, y lo son. La inteligencia sirviendo a la perversidad, y perversidad insigne resulta el sodomizar con el disfraz científico... merece condenación. Por lo tanto, desencadeno al policía y le hago saltar a la palestra.

El policía recuerda, recordará siempre, la declaración hecha por un pederasta criminal ante él, en funciones de formarle atestado por asesinato.

UN «CASO» SIN PAR DE PERVERSIDAD CRIMINAL DE UN PEDERASTA

Ni de la ciudad ni de su nombre quiero acordarme; de la fecha sí; fué allá en el año 1942.

Se denunció la desaparición de un italiano, de sesenta años, residente desde hacía bastante tiempo en la ciudad. La Policía tenía noticias de su tara homosexual. Temiendo lo peor, como siempre que de invertidos se trata, investigó con interés sobre sus puercas amistades. La principal sospecha recayó sobre su «amigo», el guarda nocturno del cementerio; un hombre de unos cuarenta años, casado, con varios hijos, cuyo exterior y modales no denunciaban en absoluto sus hábitos inmorales. Fueron hallados en su poder o vendidos por él objetos de uso personal del desaparecido, cuya naturaleza y clase no permitían suponer que los hubiera cedido voluntariamente. Interrogado, sin ser muy estrechado ni maltratado, confesó el paradero de su amigo. Se hallaba en un nicho del cementerio; naturalmente, muerto. Guiados

por el detenido, los policías hallaron el cadáver, atado y amordazado.

He aquí algunos detalles del crimen, los estrictos para dar idea, según me los refirió, con una tranquilidad y naturalidad que no sabría describir.

Las «amorosas» relaciones del italiano y su asesino, habían comenzado hacía varios años. Sus intimidades tenían lugar en la casita del guarda en el cementerio, por la noche.

Aparte de las prácticas nefandas, ambos robaban mortajas y cuanto de valor llevaban a la tumba los cadáveres. Eran aquellos años tiempos de escasez para España ; las grasas escaseaban y eran muy caras ; si faltaban para las necesidades alimenticias, aún escaseaban más para usos industriales. Y es tan monstruoso, que parece increíble : aquellos dos miserables pederastas llegaron a extraer grasas de cadáveres y a venderlas para fabricar jabón.

Un asco infinito me impidió seguir interrogando al monstruo aquel... la *necrofilia* también era posible en aquellos dos pederastas desalmados.

Después de serenarme, volví al crimen, y el criminal siguió.

Un día de carreras de galgos, fué al galgódromo y divisó al viejo italiano amistosamente acompañado por otro. Según me confesó, se sintió traicionado ; pensó que lo «engañaba» el sexagenario. Y en el acto, se dijo : «me las pagas».

Pasados tres o cuatro días, el viejo se presentó en el cementerio, según hacía tantas veces. Llevaba bebida y algunos comestibles para los dos ; y juntos bebieron y comieron en plena armonía. Después... más vale callar.

Llegó la hora de separarse ; serían las doce o más. Salieron de la casita del guarda ; la noche era oscura ;

pero serena y estrellada. Se dirigían hacia la puerta del recinto por un sendero bordeado de sepulcros y lápidas ; el viejo delante y el guarda un paso detrás. Al salir de la casa había tomado una piedra, de antemano preparada y la llevaba empuñada. Un golpe fuerte, certero, en la cabeza, derribó al viejo en el suelo. No murió del golpe ; se quejaba ; pero no lo remató. Le tapó la boca con un pañuelo y lo arrastró hasta la pared de los nichos, y atándolo de pies y manos con la cuerda que allí había guardado, lo encerró en la estrecha cavidad, tapando con una lápida la entrada.

Durante dos o tres días, el asesino hizo varias visitas a su víctima, cerciorándose de que vivía ; su agonía espantosa duró, por lo menos, dos días, pues durante sus visitas percibía su sofocada respiración. El monstruo debió recrearse en tan feroz agonía. A la tercera noche, la víctima ya no dió señales de vida.

El monstruo aquel me hacía avergonzar de pertenecer como él a la especie humana. Pero, aunque ciudadano español, hago constar que no era de nuestra raza ; ninguno de sus ocho apellidos, y los examiné bien, eran de cristiano viejo... por lo menos, no me avergonzaba de ser español.

Refiero este crimen inaudito, arquetipo del crimen sodomítico, siempre impregnado de sadismo, como es público, para mostrar a los extremos que lleva el satanismo del homoxesualismo y enfrentarlo con esa estampa seudocientífica y perversamente literaria con que nos lo presenta la Escuela sodomizante científica y la literaria.

El pederasta es un monstruo, capaz de todo, de lo más criminal y vil, y con un refinamiento y perversidad en su sadismo infinitamente superior al del criminal vulgar.

El sodomita es un peligro social.

No estimo ni siquiera humano que, a pretexto de una «comprensión» se le dé una «explicación» que lleva implícita una *justificación;* justificación estimulante y propagadora de esta tremenda plaga de nuestra sociedad apóstata y descristianizada.

Y mostrando ese horrendo caso, el policía pasa en este instante a otro, que, con él, determinó en su conciencia estas ideas que prejuzgan y sitúan esos casos ejemplares de los *sodomitas espías,* que constituyen el objeto específico de la obra.

El segundo caso es así:

SOLO UN DOCTOR MARAÑON PODRIA COMPRENDER...

Me hallaba un cierto día del otoño de 1942, dispuesto a regresar a la península, por haber pedido la excedencia. Sería la una de la tarde. Alguien, desde una pensión frontera al Gobierno Civil avisó de que algo extraño sucedía en una cerrada habitación. Sangre salía por la juntura de la puerta. Subí a la pensión; en efecto, aquello era sangre. Llamamos y nadie respondió. Me informaron que aquel cuarto era ocupado por dos hombres jóvenes. Hicimos saltar la cerradura; entré y abrí las maderas del balcón. Los dos hombres yacían cada uno en su cama. Uno de ellos, largo, delgado, negroide, estaba ensangrentado, sin conocimiento e inmóvil. Al pronto, lo creímos muerto; su sangre había empapado ropas y colchones y en reguero había llegado hasta la puerta; pero aún respiraba. El otro, también inanimado, sordo a las llamadas e insensible a las sacudidas, no mostraba lesiones de ningún género, pero su respiración era débil, casi no se percibía; también parecía en su agonía.

Mas el espectacular era el otro, el negroide. Un sin

fin de heridas lo acribillaban; todas, al parecer leves, más bien cortaduras e incisiones muy superficiales a primera vista; graves únicamente por haber motivado tan gran pérdida de sangre. Al parecer, el autor de las pequeñas puñaladas había carecido de valor para matar, temblándole la mano al herir... a no ser que su sadismo fuera tanto que hubiera buscado recrearse en la muy lenta agonía de su amigo, al cual había previamente drogado.

Avisado un médico, prestó los primeros cuidados facultativos al herido; en cuanto al otro, dictaminó que también se hallaba drogado y que, probablemente, había querido suicidarse.

Se trasladó el herido al hospital; y el otro, después de hacerle despertar y reanimarle, a la comisaría.

Me encerré con él.

Le miré fijamente a los ojos.

—¿Le has herido tú?

—Sí... y he querido suicidarme después.

—¿Por qué... por m...?... y solté la vulgar pero expresiva frase.

Sus brumosos ojos brillaron un instante, y se clavaron en mí fijamente. Leí en ellos algo así como lástima, desprecio, ironía... todo a la vez, cual si yo fuera para él un ser despreciable inferior...

Tardó unos segundos en responder; volvió el rostro alzando con desprecio y orgullo la barbilla, y murmuró:

—Usted no puede comprender... ¡sólo un Gregorio Marañón! ...

Debió sentir aletear la bofetada, pues dió un paso a tras y se derrumbó en una silla.

¿Qué debía pensar?...

No sé lo que pensarán ustedes.

Para mí, «*el único capaz de comprender al criminal*

y suicida, al homosexual aquel, el doctor Marañón», le había matado su conciencia, haciéndole creerse un ser superior, sublimado por su tara, irresponsable y situado por encima del bien y del mal ; autorizado para sodomizar, asesinar y asesinarse.

¿No ha deducido nunca tal efecto de su doctrina un hombre tan inteligente y sabio como yo reconozco lo es don Gregorio Marañón?...

PROPAGANDA Y POPULARIZACION DE LA DOCTRINA SODOMIZANTE

En ocho años, de 1926 a 1934, las siete ediciones de «Tres Ensayos sobre la Vida Sexual» llegan a sesenta y seis mil ejemplares... ¿cuántos más editados en los veintiún años que median hasta hoy?... ¿cuántos millones de lectores y cuántos aún los leerán, dada la perenidad de los libros?...

¿A cuántos perversos potenciales, degenerados y curiosos sexuales no habrá matado el Doctor Marañón la conciencia con esa su literatura objetivamente sodomizante?

La efectividad fatal de su literatura sexual en el aspecto aberrante merecería la encuesta. Con ella se rompe la barrera de la conciencia individual en el inclinado, en el degenerado, en el curioso, que ya, derribado ese insalvable obstáculo, se tira de bruces a la cloaca sodomítica. Más aún, en los normales, que son la gran mayoría de las gentes, reblandece su repulsión hacia los tarados ; así el muro social se agrieta y se derrumba, y el pederasta penetra con su peste a la espalda para contagiar a las personas incontaminadas. «Es un estado *natural*—reflexionará el hombre normal, convencido por

Marañón—como él puedo ser yo mañana ; en mí también se halla «la otra» ; cuando se me imponga...»

El repudio social, el verse amenazado de oprobio y aislamiento, es el único gran medio de contener al sodomita y evitar su labor corruptora proselitista, una vez desaparecido en él el autofreno de su conciencia.

Y con ese repudio social, con el aislamiento del sodomita, acabó la literatura de la Escuela, de la que el Doctor Marañón ha sido en España el más ilustre representante y más escuchado propagandista.

¿Pero por qué y para qué tan pérfida y nefasta labor «científica» sodomizante?... volvemos a preguntarnos.

UNA POSIBLE EXPLICACION: SON JUDIOS LOS FUNDADORES DE LA ESCUELA SODOMIZANTE

Es un caso insólito. La única cuestión sexual, previamente transformada en «médica», que ha merecido los honores de la popularización ha sido la sodomítica. Los doctores, hechos literatos, adornándola con las mejores galas retóricas, haciéndola grata y apetecible, evitando la náusea frente a la sucia tara, la brindaron en copiosas ediciones de todo género a la voracidad malsana de las masas... ¿Por qué no igual con las demás cuestiones de tipo sexual?... ¿Por qué las funciones naturales no han merecido los honores de la popularidad por parte de los mismos literatos-médicos?...

¿Por qué no popularizan la ginecología?... ¿Por qué no también la profilaxis sexual?...

No encuentro una razón o un motivo humano ni honesto dentro de lo normal; porque los fundadores y epígonos de la Escuela científica sodomizante, al con-

trario que los de la literaria, no son, según creo, sodomitas, y, por lo tanto, no han de hallarse interesados como éstos en el proselitismo sodomítico.

Lo reconozco así; niego que los científicos objetivamente sodomizantes padezcan la tara; véase cómo me sitúo en un plano desapasionado; no me posee ningún afán ofensivo; pues, yo estoy absolutamente seguro de que, a despecho de sus teorías exculpadoras del homosexual, se sentirían calumniados si tan sólo insinuase que sus doctrinas, tan faltas de razón, tan ayunas de ciencia y tan sobradas de literatura, las engendraba un afán proselitista, por pertenecer ellos a la secta uránica.

No está el motivo ahí; el lógico, debe inducir la causa. Mas como la inducción dialéctica ofrece tal dificultad, de ningún modo puede despreciar el concurso del policía.

Algo le ha chocado siempre al autor al hojear la literatura seudocientífica sodomizante: los nombres de los autores y los de las «autoridades» citadas por ellos.

Es un hecho que la Doctrina de la bisexualidad ha sido inventada, propagada y popularizada por literatos-médicos judíos.

Si examinamos las obras de Marañón tratando la materia, y para no ir más allá, este su tercer Ensayo, veremos citados con reiteración a Freud, Goldshmidt, Weisseman, Weininger, Bloch y Heinse, aún cuando no sea nuestro doctor muy dado a insertar erudición bibliográfica.

¿Por qué ha venido a ser un monopolio judío la «ciencia» bisexualista?...

Y, responde sin tardar el policía con otra interrogación:

¿Será por la misma razón que es judío también el monopolio del Marxismo y del Capitalismo?...

Es para tomar en consideración esa sugerencia, teniendo en cuenta que Marxismo y Capitalismo, esos dos «contrarios» de tipo «hegeliano» se «concilian» y «superan» en su común síntesis : Esclavismo, llamado por los más Comunismo.

Y nos interrogamos :

¿Habrá que ver y considerar la cerebral acción sodomizante de la «ciencia» judía en función revolucionaria, como en Capitalismo y Marxismo ; es decir, en función esclavista?...

Y no ya sólo por ver surgir al pederasta como espía al servicio del Comunismo y de la Masonería, organizaciones revolucionarias, respectivamente, al servicio de Marxismo y Capitalismo. Es un indicio valiosísimo, pero concreto y limitado. La campaña sodomizante de los últimos tiempos, emprendida por los *literatos-científicos* judíos, podría con lógica ser considerada en función revolucionaria integral, como Capitalismo y Marxismo ; una labor revolucionaria de termitas, para pervertir la naturaleza humana, para derruir la sociedad cristiana.

No se reduce la gran labor termita del Judaísmo—y en el nombre sólo incluímos a la secta panteísta-kabalista—a la tarea objetivamente sodomizante ; su ataque es multilateral, como nos lo dirá una pluma genial y extraña ; la de Papini ; genial sí, aunque no sea ni llegue a ser jamás un Premio Nóbel.

Escuchemos a su prodigioso personaje Benrubí :

«Le pregunté, por qué los judíos son ordinariamente tan medrosos.

—»¿Medrosos? Se refiere sin duda al valor físico, material, bestial. En cuanto al valor espiritual, los judíos, no son sólo valerosos ; son temerarios. Nunca fueron héroes a la manera bárbara, no ; según creo, ni en la época de David, pero fueron los primeros entre todos

los pueblos en comprender que el verdadero trabajo del hombre es hacer uso de la inteligencia.

»Y en la inteligencia y el dinero hallaron las armas para su defensa.

»Los judíos no aman el dinero. Tres cuartas partes de su literatura, sin contar los profetas, es la glorificación de los pobres. (Sin perjuicio de hacerlos antes, ilustramos a Benrubí.) Los hombres se destruyen con hierro y se compran con oro. No pudiendo adoptar el hierro, los judíos se protegieron con el oro, metal más estético y noble. Los florines fueron sus lanzas, los ducados sus espadas, las esterlinas sus arcabuces y los dólares sus ametralladoras. Armas no siempre eficaces, pero cada vez más potentes, de siglo en siglo, en virtud del aspecto que la civilización toma. (O se lo hacen tomar.) El hebreo, convertido en capitalista, se transformó por culpa de la decadencia moral y mística de Europa, en uno de los señores de la Tierra. Le obligaron primero a ser rico, después proclamaron que la riqueza está sobre todo, de modo que, por imposición de sus enemigos, el pobre de la Biblia, el recluso del Ghetto, se convirtió en el señor de pobres y ricos.

»Lo que fueron armaduras de protección, se tornaron con el tiempo en armas de venganza. Mucho más potente que el oro es, en mi opinión, la inteligencia. ¿De qué forma podía el judío despreciado y escarnecido vengarse de sus enemigos? *Rebajando, envileciendo, destruyendo los ideales del Goim,* del no judío. Destruyendo los valores sobre los cuales dice vivir la Cristiandad. De hecho, de un siglo a esta parte, la *inteligencia judía tan sólo se ha dedicado a enterrar y a ensuciar vuestras creencias más caras,* las columnas que sustentan vuestro pensamiento.

»El Romanticismo alemán había creado el Idealismo y rehabilitado al Catolicismo ; pero llega un peque-

ño judío de Dusseldorf, Heine, y con su genio alegre, irónico y malicioso, se burla de los románticos, de los idealistas y de los católicos.

»Los hombres supusieron siempre que política, moral, religión, arte, son manifestaciones superiores del espíritu y que nada tienen que ver con la bolsa ni con el vientre; pero aparece un judío de Treveris, Marx, y demuestra que todas aquellas idealísimas cosas vienen del barro y del estiércol de la baja economía.

»Todos imaginan que el hombre de genio es un ser divino y un monstruo el criminal; mas llega un judío de Verona, Lombroso, y hace palpagle que el genio es un semiloco epilectoide y que los criminales tan sólo son nuestros antepasados supervivientes; esto es, nuestros primos carnales.

»A fines del ochocientos, la Europa de Tolstoi, de Ibsen, de Nietzsche, de Verlaine, alimentaba la ilusión de ser una de las grandes épocas de la Humanidad; pero surge un judío de Budapets, Marx Nordau, y se divierte demostrando que vuestros famosos poetas son unos degenerados y que vuestra civilización se asienta en una mentira. (Y era cierto, pero desde un punto de vista diametralmente opuesto al de Nordau.)

»Todos están persuadidos de que son, en conjunto, unos hombres normales y morales; pero se presenta un judío de Freiberg, *Sigmundo Freud, y revela que en el más virtuoso y distinguido caballero se oculta un invertido, un incestuoso, un asesino en estado potencial.*

»Desde los tiempos de las Cortes de Amor y del *Dolce Stil Nouvo,* nos habituamos a considerar la mujer como un ídolo, un vaso de perfecciones, pero interviene un judío de Viena, Weininger, y demuestra científicamente y dialécticamente que la mujer es un grosero y repugnante abismo de la inferioridad e inmundicia.

»Los intelectuales y filósofos creyeron siempre que

la inteligencia es el medio único para llegar a la verdad, la mayor gloria del hombre; pero se levanta un judío de París, Bergson, y con sus sutiles análisis y geniales deducciones derrumba la suprema inteligencia, derrota el edificio milenario del platonismo y deduce que el pensamiento conceptual es incapaz de captar la realidad.

»Las religiones son para casi todos unas colaboradoras admirables entre Dios y el espíritu más elevado del hombre; y he aquí que un judío de Saint Germain de Laie, Salomón Reinach, se ingenia en demostrar que son simplemente un resto de los viejos *tabús* salvajes, sistemas de prohibiciones con superestructuras ideológicas variables.

»Nos imaginábamos vivir tranquilos en un sólido universo ordenado sobre los fundamentos de un tiempo y un espacio separados y absolutos; pero sobreviene un judío de Ulm, Einstein, y establece que el tiempo y el espacio son una sola cosa, que todo se funda en una perpetua relatividad y que el edificio de la vieja física, orgullo de la ciencia moderna, está destruído.

»Y podría continuar. No hablo de la política, en la que Bismarck tiene como antagonista al judío Lasalle, en la cual Gladstone fué superado por el judío Disraeli, en la que Cavour tiene por brazo derecho al judío Artom; Clemenceau al judío Mandel y Lenin (medio judío) al judío Trotsky.

»Observe que no he puesto ante su vista nombres oscuros o de segundo orden. La Europa intelectual de hoy se halla, en gran parte, bajo la influencia, o si quiere, bajo el sortilegio de los grandes judíos que he recordado. Nacida de pueblos diversos, consagrados a diversas investigaciones, todos esos alemanes y franceses, italianos y polacos, poetas y matemáticos, antropólogos y filósofos, tiene un carácter común: *el de poner en duda la verdad reconocida*; *rebajar lo que es elevado*; *ensu-*

ciar lo que parece puro ; hacer vacilar lo que parece sólido ; apedrear lo que es respetado.

»Esta inyección secular de venenos disolventes es la gran venganza hebrea contra el mundo griego, latino y cristiano.

»Nosotros, demasiado flacos para vengarnos por la fuerza, realizamos una ofensiva tenaz y corrosiva contra las columnas sobre las cuales reposa la civilización nacida en Atenas y en la Roma de los emperadores y de los papas.

»Como capitalistas, dominamos los mercados financieros en una época en que la economía lo es todo, o casi todo ; como pensadores, dominamos los mercados intelectuales, abriendo brechas en las antiguas creencias sagradas y profanas, en las religiones reveladas o laicas. El judío reúne en sí los dos extremos más terribles : déspota, en el terreno de la materia ; anárquico, en el terreno del espíritu.

»Ustedes son nuestros servidores en el orden económico y nuestras víctimas en el orden intelectual.

»El pueblo acusado de haber muerto a un Dios quiso matar también a los ídolos de la inteligencia y del sentimiento y les obliga a que se arrodillen ante el ídolo máximo, el único que aún está de pie : el Dinero» (1).

Y pudo añadir Papini :

Pero se arrodillarán ante el dios Dinero durante muy poco tiempo, porque adviene la Era del Esclavismo universal, del Comunismo, en la cual «cada uno recibirá según sus necesidades y trabajará según sus posibilidades»... necesidades y posibilidades que determinará, como ustedes determinan las de su perro, burro y automóvil, un Amo universal, un «dios» viviente ; un «dios»... naturalmente, judío.

---

(1) PAPINI. GOG.

Y así se consumarán las profecías mesiánicas...

Algo tan insuperable como el esquema genial del gran Papini no puede ni siquiera ser glosado. Su luminosidad es tal, que nos exponemos a nublar su nitidez si pretendemos aumentarla.

Vea nuestro lector la cuestión sodomítica dentro de un panorama tan magistral, donde la batalla mundial contra la Cristiandad es librada por la secta judía kabalista, con un odio vengativo rayano en lo satánico y con agonía infinita de Poder universal.

Por excepción, el inconsciente o voluntario paladín científico-literario de la Escuela objetivamente sodomizante en España no es judío. Al menos no es un judío público, y no tenemos elementos de juicio para creerlo un «cripto-judío» ; es decir, un judío secreto de los muchos que continuaron en España después de la expulsión, gracias a un bautismo sacrílego y a falsas prácticas religiosas, los cuales, transmitieron a su descendencia conciencia y sentimientos israelitas, como también su odio ardiente, feroz, pero reprimido y oculto, hacia este baluarte de la Cristiandad que fué y es nuestra España.

La Historia nos habla del cripto-judío Mendizábal ; otros de su altura política se identifican a la luz de sus traiciones en muchas de sus páginas ; y a un famoso y extraño escritor inglés, Jorge Borrow, que mereció ser traducido al español por Manuel Azaña, debemos esta rara estampa :

—«¿No le da a usted miedo viajar por estos caminos, de noche?—le pregunté—. Dicen que están llenos de ladrones.

—»¿Y no le debía dar a usted más miedo viajar por estos caminos, de noche? ¿A usted, que desconoce el país? ¿A usted que es un extranjero, un inglés?

—»¿Cómo sabe usted que soy inglés? — pregunté lleno de sorpresa.

—»No es cosa difícil; se lo he reconocido en el acento.

—»Ya que habla usted de eso—dije yo—; ¿y si su acento me descubriese también quién es usted?

—»No puede ser—replicó mi compañero—; usted no sabe nada de mí, ni puede saberlo.

—»No lo diga usted con tanta seguridad, amigo mío; yo estoy enterado de muchas más cosas de las que usted se figura.

—»¿Por ejemplo?—dijo el desconocido.

—»Por ejemplo—repliqué—; usted habla dos idiomas.

»El hombre anduvo un poco en actitud reflexiva, y luego dijo en voz baja: Bueno.

—»Usted tiene dos nombres — continué —: uno, para el interior de su casa, y otro, para la calle. Ambos son buenos; pero el del hogar es el que usted más quiere de los dos.

»Anduvo otros cuantos pasos en la misma actitud que antes; de pronto, se volvió y tomando nuevamente las riendas de la burra, la detuvo. Entonces contemplé de lleno su rostro y toda su persona; aun se me aparecen a veces en sueños sus formas hercúleas y sus facciones desmesuradas. Le vi plantado ante mí, bañado por la luz de la luna, mirándome a la cara con sus profundos y tranquilos ojos. Al cabo me dijo: «¿Es usted uno de los nuestros?»

»Era ya muy entrada la noche cuando llegamos a Talavera. Fuimos a una casona lóbrega, la posada principal de la ciudad, según me dijo mi compañero. Entramos en la cocina, en uno de cuyos extremos ardía una buena lumbre. «Pepita—dijo mi compañero a una linda muchacha que salió a nuestro encuentro sonriendo—, un brasero y un cuarto reservado. Este caballero es un amigo mío y cenaremos juntos». Pronto estuvo dispues-

a la habitación, en la que había dos alcobas con sendas camas. Después de una cena que, por encargo de mi compañero, fué excelentísima, nos sentamos juntos al brasero y comenzamos a hablar.

»Yo : Claro está que usted ha hablado con otros ingleses, porque en otro caso no me hubiera reconocido por el tono de la voz.

»Abarbanel (1) : Cuando estalló la guerra de la Independencia, siendo yo un muchacho, vino al lugar en que yo vivía con mi familia un oficial inglés, encargado de instruir a los reclutas ; se alojó en casa de mis padres y me cobró con afecto. Al marcharse me fuí con él, con permiso de mi padre, y le acompañé por ambas Castillas como camarada y criado a la vez. Juntos estuvimos casi un año, y cuando, súbitamente, le mandaron volver a su país, quiso llevarme consigo ; pero mi padre no lo consintió en modo alguno. Veinticinco años han pasado sin ver ningún inglés ; a pesar de ello, le he conocido a usted en plena oscuridad.

»Yo : ¿Y qué género de vida hace usted, y cuáles son sus medios de subsistencia?

»Abarbanel : Vivo sin dificultad alguna, como creo que vivieron mis antepasados, y como vivió, con toda certeza, mi padre, cuya misma ruta he seguido. A su muerte, tomé posesión de la herencia ; era yo hijo único, los bienes, muchos ; hubiera podido vivir sin trabajar ; pero a fin de no llamar la atención, seguí el oficio de mi padre, que era longanicero. A veces he tratado también en lanas ; pero sin gran empeño por falta de estímulo. Con todo, he ganado más que muchos otros entregados por completo al comercio y que se matan a trabajar.

»Yo : ¿Tiene usted hijos? ¿Está usted casado?

(1) Este es un nombre puesto a capricho por Borrow a su interlocutor. (Nota de Burke.)

»Abarbanel : Soy casado, pero sin hijos. Tengo mujer y una amiga, o, más bien, dos mujeres, porque con ambas estoy casado ; pero a una la llamo amiga por guardar las apariencias ; quiero vivir tranquilo, y no tengo gana de ofender los prejuicios de la gente que me rodea.

»Yo : Dice usted que es rico. ¿En qué consisten sus riquezas?

»Abarbanel : En oro, plata y piedras preciosas, pues he heredado todo lo que mis abuelos atesoraron. La mayor parte está escondido debajo de tierra ; la verdad es que ni siquiera he visto la décima parte de ello. Tengo monedas de oro y plata anteriores al tiempo de Fernando el Maldito y *Jezabel;* también tengo sumas importantes dadas a préstamo. Vivimos muy apartados, sin embargo, y nos hacemos pasar por pobres, incluso por miserables ; pero en ciertas ocasiones, en nuestras fiestas, una vez cerradas y atrancadas las puertas, y después de soltar los perros fieros en el corral, comemos en vajillas como ya las quisiera para sí la Reina de España, y hacemos las abluciones en salvillas de plata modeladas y repujadas antes del descubrimiento de América, aunque vayamos siempre groseramente vestidos y nuestras comidas sean de ordinario muy modestas.

»Yo : Además de usted y sus mujeres, ¿no hay en casa alguna otra persona de su gremio?

»Abarbanel : Mis dos criados son también de los nuestros ; uno es joven, y pronto se marchará a casarse lejos de aquí ; el otro es viejo, y viene por este mismo camino detrás de mí con un carro y una mula.

»Yo : ¿Y dónde se dirige usted ahora?

»Abarbanel : A Toledo, donde a veces trafico como longanicero. Me gusta viajar, aunque sin alejarme mucho de mi casa. Desde que me separé del inglés no he vuelto a salir de Castilla la Nueva. Me gusta ir a Toledo y pensar allí en los tiempos que fueron ; acabaría por

establecerme en esa ciudad, si no hubiera en ella tantos malditos que me miran con malos ojos.

»Yo : ¿Le conocen a usted por lo que realmente es? ¿Le molestan las autoridades?

«Abarbanel : La gente sospecha, naturalmente, lo que yo soy, pero como en casi todo me acomodo a sus costumbres, no se mezclan en mis asuntos. Es verdad que algunas veces, cuando entro en la iglesia a oír misa, me miran por encima del hombro, como diciendo : «¿A qué vienes aquí?» Algunas veces se santiguan al pasar a mi lado ; pero como se limitan a eso, no me preocupo gran cosa de ellos. Con las autoridades estoy en muy buenas relaciones. Muchos de los que desempeñan puestos elevados tienen dinero mío prestado, de modo que hasta cierto punto los tengo en mi poder ; y la gente menuda, alguaciles y corchetes, está siempre dispuesta a favorecerme, en consideración a unos cuantos duros que reparto de vez en cuando entre ellos ; de modo que, en conjunto, las cosas no pueden ir mejor. Cierto que antiguamente no ocurría así ; sin embargo, yo no sé por qué sería, pero aunque otras familias lo pasaron muy mal, la nuestra disfrutó siempre de relativa tranquilidad. La verdad es que mi familia ha sabido conducirse siempre por modo maravilloso. Puedo decir que hay en ella una sagacidad parecida a la de serpiente. Siempre hemos tenido amigos ; con respecto a los enemigos, es la verdad que nunca nos han hecho daño impunemente, porque es regla de mi casa no olvidar las injurias y no escatimar esfuerzos ni gastos para arruinar y destruir al que nos perjudica.

»Yo : ¿Se meten con usted los curas?

Abarbanel : Los curas me dejan en paz, sobre todo en nuestro mismo pueblo. Poco después de la muerte de mi padre, uno muy exaltado trató de jugarme una mala pasada ; pero yo me las arreglé para pagarle con

la misma moneda, y logré que le encarcelaran acusado de blasfemia, y en la cárcel estuvo mucho tiempo, hasta que se volvió loco y murió.

»Yo : ¿Tiene usted en España alguna persona que haga cabeza, investida de la suprema autoridad?

»Abarbanel : Tanto como eso, no. Hay, sin embargo, ciertas familias virtuosas que gozan de mucha consideración : la mía es una de ellas—la principal, se puede decir—, especialmente mi abuelo era un varón justo ; y oí contar a mi padre que una noche un arzobispo fué secretamente a nuestra casa, sólo para tener el gusto de besar la mano a mi abuelo.

»Yo : ¿Cómo es posible eso? ¿Qué veneración puede sentir un arzobispo por uno como usted o como su abuelo?

»Abarbanel : Más de lo que usted se figura. El arzobispo era de los nuestros, o por lo menos lo había sido su padre, y él no podía olvidar lo que aprendió a reverenciar en la infancia. Dijo que había intentado inútilmente olvidarlo ; que el *ruals* se cernía siempre sobre él, y que desde la niñez los terrores conturbaban su ánimo, hasta llegar al punto de no poder sufrirse a sí mismo. Por esto fué a ver a mi abuelo, con quien permaneció toda una noche y luego se volvió a su diócesis, donde murió poco después en gran opinión de santo.

»Yo : Me sorprende lo que usted dice. ¿Tiene usted algún motivo para suponer que entre el clero católico hay muchos de los vuestros?

»Abarbanel : No lo supongo, lo sé. Haya muchos como yo en el clero y no de rango inferior tan sólo. Algunos de los más sabios y famosos clérigos de España han sido de los nuestros, o al menos de nuestra sangre, y muchos, de ellos, hoy en día piensan como yo. Hay una fiesta especial en el año en la cual, cuatro dignatarios eclesiásticos vienen sin falta a visitarme ; y cuando,

tomadas las necesarias precauciones, se cumplen las ceremonias preparatorias, se sientan en el suelo y blasfeman.

»Yo: ¿Son ustedes muchos en las ciudades importantes?

»Abarbanel: De ningún modo; rara vez vivimos en las ciudades grandes; sólo vamos a ellas para nuestros negocios, y preferimos vivir en los pueblos. Cierto que no somos mucha gente; en pocas provincias de España contaremos más de veinte familias. Ninguno de los nuestros es pobre. Los que sirven, lo hacen por conveniencia más que por necesidad, porque sirviendo unos en casa de otros, se adiestran en tráficos diferentes. No es raro tampoco que el tiempo que se sirve sea el del noviazgo y los criados se casan a veces con las hijas de sus amos» (1).

En libro reciente hemos aportado una página de Disraeli sobre la existencia de judíos secretos en España.

Naturalmente, tal realidad, que viene a ser una posibilidad, no autoriza de ningún modo a pensar que Marañón sea un criptojudío y a deducir que su coincidencia con la Escuela judía sodomizante se pueda deber a la comunidad de raza y a obediencia de consignas.

Y lo decimos así, aun estando autorizados por el mismo Marañón a pensar de otra manera, y hasta llegar a la sospecha. En reciente prólogo a una biografía de Cambó, aludiendo a las sospechas o decires sobre la posible raza semítica del fenecido millonario, viene a decir que si se investigaran muchas estirpes se producirían muchas sorpresas.

Lleva razón Marañón diciéndolo; pero nosotros, que no queremos ser fanáticos racistas, diremos que ta-

(1) JORGE BORROW: *La Biblia en España*. Vol. I, págs. 235 a 243. Traducción de Manuel Azaña. La acción se desarrolla en 1835.

les sorpresas, en la mayoría de los casos carecerían de vital trascendencia. El descubrir ascendencias hebreas en España es cosa fácil y frecuente, ascendencia racial se entiende; pero, si no hay nada más, eso carece de importancia, pues en los árboles genealógicos con raíz o injertos israeelitas se dan santos, héroes y patriotas españoles insignes, y hasta creemos que la mayoría, la gran mayoría de los que tienen, o tenemos—¿quién puede negarlo con seguridad?—sangre judía es tan españolísima y cristiana como la parte exenta.

La verdadera sorpresa de que habla Marañón tan sólo puede llegar cuando el tipo de ascendencia judía resulta ser un traidor, un terrorista, un masón de alto grado, un corruptor de españoles, uno de tantos como en toda nuestra Historia intentaron e intentan asesinar a España, matando su Espíritu católico, corrompiendo su moral, quebrantando su heroísmo, para terminar tratando de llevarla a una esclavitud extranjera, comunista, masónica, judía... Sorpresa sí, una gran sorpresa cuando se halla que el asesino de España es un hombre de ascendencia judía, con personalidad, conciencia, sentimientos y patriotismo judíos, no extinguidos, a cuyo dictado es asesino de su Patria oficial, de la que lo defiende, alimenta y enriquece, para servir a su patria real, la superpatria masónica o comunista: judía.

Aunque el prolonguista de sus ensayos, Ramón de Ayala, quisiera decir mucho y no fuera, como creemos, un ditirambo literario en estas líneas:

«En el libro de Marañón, involuntariamente por parte del autor, convergen resonancias del idioma inmortal: desde *Israel*, desde Grecia, desde el Lacio.»

Sería verdad y no, como creemos, una lisonja literaria de Pérez Ayala, y eso no significaría nada; como tampoco que su apellido, en un descendiente de santanderinos, pudiera ser *pasiego*, de ese tan enigmático gru-

po racial, hermético en su valle de Pas, para muchos, con características de cerrada tribu—hebrea—, cuyas dotes comerciales, tan extraordinarias y conocidas por toda España, les hacen demasiado semejantes a los de su supuesta raza. Tampoco eso nos dice nada definitivo.

Ni aun lo decisivo, si se diese la coincidencia de raza—ya lo hemos dicho—no identificada con una historia política tan de izquierda como la del famoso Doctor, afin durante tantos años con la de los asesinos de España, es concluyente ; seamos justos y apreciemos otras circunstancias determinantes de su izquierdismo, sin necesidad de alegar judaísmo no comprobado, del cual sólo podemos advertir equívocos indicios.

El republicanismo de Marañón y su singular y señera personalidad en la República bastan, según creemos, para explicar que llegue a ser el vértice supremo en aquel triángulo formado con Figueroa Torres y Alcalá Zamora (¡ qué dos perfiles, recordadlos !) en la entrega de poderes de Monarquía a República : en la entrega de España a la Masonería, su asesina secular.

Es mucho, lo reconocemos ; con menos hechos hemos disparado contra otras personas nuestro patriótico anatema.

Con don Gregorio Marañón, no ; y créase, no es por temor ni cobardía. No les temimos a Azaña, Casares, Largo, Prieto y demás asesina canalla cuando se hallaban en el apogeo de su poder en España... Daremos la razón de que tratemos de hallar una honesta explicación a los errores de Marañón.

Es el Doctor un prestigio internacional ; está en España, en la España nacional ; es un español, oficialmente español. No seremos nosotros quien se lo restemos a nuestra Patria. Para no hurtarle a España este prestigio internacional, de que hoy tan escasa está, intentaremos una explicación, subjetivamente decente, de sus accio-

nes, que creemos y queremos sean errores... Naturalmente, sin restarles un ápice de su nefasta efectividad, pues, la propagación de las doctrinas de la Escuela judía es acción objetivamente sodomizante.

En cuanto a su vida política, debemos exponer estas posibles atenuantes :

Sus coincidencias y hasta el militar con la izquierda masónica, la del crimen de lesa Patria, pudo deberse a su formación ideológica ; no en vano, él fué, no sólo hijo político, yerno, sino también espiritual, de Miguel Moya ; de aquel gran masón de sin par influencia en las dos primeras décadas del siglo. El cariño filial y el agadecimiento ciegan ; es muy humano. Sobre todo, ciegan para poder ver la gravedad objetiva de las ideas y acciones de personas a quienes creemos excelentes y amamos, y cuyos efectos han de producirse pasados los años. Reconozcámoslo, también amamos y agradecemos todos, muchas veces, hasta cegar.

Además, recordemos aquellos tiempos en que se forma políticamente, Marañón : el dogma liberal reina en dictador absoluto. *El dogma liberal* es acatado y prestigiado entonces por el mundo entero. *El dogma liberal* premisa ignorada, condición y determinante no identificada, de la Revolución marxista, que sólo alboreaba. Sea dicho así, como explicación y atenuante, sin orgullo ni vanidad, por nuestra parte de haber tenido la suerte de que ideas católicas y tradicionalistas nos inmunizaran de aquella peste universal del liberalismo que todo lo inundaba en el pasado siglo y en las primeras décadas del presente.

Inteligente, muy inteligente Marañón, y, sobre todo, brillante, muy brillante. Un gran sugestionador por su magnética personalidad ; atractivo, soberanamente atractivo ; y muy temprano, un prometedor prestigio internacional. Una rarísima joya en el opaco y pedestre cam-

po izquierdista, que, como lo necesitaba, lo aduló y mimó, todo lo cual pudo hacerle creer que su brillante ideología, sus aristocráticas maneras y su tolerancia innata, de raigambre genuinamente liberal, se impondrían a los patibularios republicanos, llegando a *civilizarlos*...

Nadie tenía su prestancia científica y política y menos su fama y crédito internacional—pudieron existir otras razones menos confesables y hasta culpables, no podemos excedernos al exculpar—, y careciendo todos los primates de su elevada personalidad y méritos, natural era que asumiese Marañón aquel insigne papel en la entrega del 14 de abril. Nadie se le podía medir, ni de lejos ; bastará con dirigir una mirada retrospectiva sobre aquel erial de inteligencias y modales que era el redil republicano.

Un explicable y humano deseo de ser y figurar y una sincera creencia de servir pudieron desdibujar en la retina del Doctor aquellas patibularias y siniestras fisonomías morales y físicas de los dirigentes auténticos de la República, llevándolo tal fallo visual a su tan decisiva colaboración.

Algo más, y para nosotros importante, a su favor.

Marañón ha vuelto a la España nacional. No ha entrado en ella renegando de su antigua ideología liberal y no ha perdido ninguna ocasión para discretamente ratificarse en ella. No comulgamos en esa estupidez romántica de admitir o admirar la *consecuencia en el error*, la *persistencia* en él, porque consecuencia y persistencia, valores positivos en sí, al servicio del error, del mal, lo potencian en sus perversas consecuencias ; y eso no es de admirar. Y no lo admiramos en Marañón.

No es eso. Marañón no ha vuelto en hipócrita. No regresó camouflando su auténtica ideología con falsos arrepentimientos, diciéndose converso, como tantos que vuelven o no se fueron, para, gracias a su disfraz, intro-

ducirse en las filas nacionales y mejor, más e impunemente traicionar a la España engañada que creyó en su sincera rectificación...

Si Marañón fuera un tipo así, como esos impúdicos y degradados traidores, se hubiera disfrazado al traspasar la frontera para ser admitido sin reservas y atacar desde dentro y con impunidad al Estado nacional. Es la técnica de toda traición. Pero Marañón, no ; él se excluye así mismo con su antodefinición, mostrándose a todos sin esencial variación ideológica. En este aspecto muestra una gran dignidad personal y se inutiliza para dañar al Estado que, olvidando sus errores y las consecuencias de los mismos, le abre confiado las puertas de la Patria, permitiéndole vivir su vida y deseando tan sólo que la siga honrando con sus preciosas dotes científicas y favoreciendo a los españoles con sus excelsas facultades literarias y curativas.

Creemos haber expresado íntegramente y sin reservas nuestro juicio total sobre el pasado y presente político del doctor Marañón. Desearíamos haber logrado un acierto absoluto, por él más que por nosotros.

* * *

Ahora, sólo pocas palabras, también dictadas por un afán comprensivo, sobre su pertenencia a la Escuela objetivamente sodomizante.

Antes, ratificar una vez más nuestra condena de su doctrina por su efecto antisocial y anticristiano ; por lo tanto, doctrina genuinamente antipatriótica.

Tal es nuestra opinión, previamente demostrada con razones y hechos. Y ahí queda radical y honestamente ratificada.

Pero deducir de todo ello, sin reservas, atenuantes

ni humana explicación que el Doctor Marañón milita dentro de la conspiración anticristiana y antihumana, cuyos exponentes máximos nos muestra tan genialmente Papini en el pavés de su prosa de acero, sería temerario y, acaso, también injusto.

Marañón ha sido desde su juventud, que diríase perenne, un *europeo*. Por ser demasiado joven, no pudo asomarse al campo científico internacional con el bagaje necesario para distinguir el error de la verdad ; aun cuando, reconozcámoslo, su acervo cultural fuera más rico que el de muchos de su edad.

Un joven, por grande que sea su madurez intelectual, será siempre atraído por la moda. Marañón es aún atraído por ella, es amante de la moda científica, siquiera hoy lo sea por estimable inquietud y curiosidad. Conocedor de idiomas, rara virtud en España, fué muchas veces de los primeros en conocer las más flamantes novedades. Coincide su entrada en el modesto mundo científico español con el «lanzamiento» de la «novedad» psicopatológica del bisexualismo ; y Marañón, joven, con deseos de brillar y, cómo no, alentado por un afán científico en materia tan afín de su especialidad médica, *se viste a la moda ;* la introduce y lanza en España. Y el mal está hecho. Cómo tener luego el valor de rectificar, si, como creemos, advirtió en su madurez de conciencia y saber el efecto anticristiano, antiético y antisocial de la teoría objetivamente sodomizante...

Si la madurez de Marañón hubiera sido mayor cuando es lanzada y adopta la teoría bisexualista, se hubiera dado cuenta de algo demasiado importante para él : de que no era moda. Nada más viejo que la teoría bisexual... ¡ Si la tenían olvidada de puro sabida los más modestos escolásticos, tan arrinconados ya entonces por la «ciencia moderna» !...

La teoría, como ha de saber hoy el Doctor Mara-

ñón, es de Aristóteles, y la Escuela moderna bisexualista, sólo se ha limitado a barnizarla y darle brillo propagandístico ; adulterándola un tanto por su cuenta y sin añadirle un ápice de valor científico.

El padre de la dialéctica, en su ansioso afán de llegar a razonar y conocerlo todo, trató de hallarle una explicación fisiológica racional a la tara homosexual griega, el vergonzoso vicio nacional por excelencia de los admirados helenos.

Y llegó a estas conclusiones, cuya identidad con las tesis de la Escuela bisexualista es la evidencia misma.

«Para cada secreción—«secreciones internas» diríamos hoy—existe en el organismo un lugar destinado a recibirla. Así, la orina se va a los riñones, los alimentos al vientre, el líquido lacrimal a los ojos, la mucosidad a la nariz y la sangre a las venas.

»Pero en ciertos individuos los canales no están conformados normalmente. O bien los que van al órgano genital están cegados, como es el caso en los eunucos y en los impotentes, o bien tienen otro cualquier defecto en su estrucura, de suere que el líquido seminal, en lugar de ir al sitio que le corresponde, afluye a otro, por hallar un conducto que lo lleva a él. La prueba es que en los individuos el erectismo y su carencia se localizan en la región de las asentaderas. En consecuencia, cuando uno de estos individuos se halla en estado de excitación sexual, se produce el deseo venéreo, y lo deseado es el frotamiento de la parte donde el líquido seminal se ha concentrado. Todos aquellos en que el líquido seminal se concentra en la parte posterior desean el papel pasivo. Todos aquellos en que se reparte entre la parte posterior y los órganos sexuales desean realizar los dos papeles, el pasivo y el activo, y según que el líquido afluya a uno y otro lado, prefieren uno u otro papel.»

Como vemos, Aristóteles da una razón para le bi-

sexualismo, pero salvando la unidad individual del ser —un filósofo del rango de Aristóteles no podía cometer tamaño atentado a la razón—y la da hace veinticuatro siglos. Es una razón puramente orgánica y funcional, sin atentar al a naturaleza esencial del ser.

La Escuela, materialista, darwinista y determinista, le incorpora su error magistral a la teoría aristotélica. Para ella, *la física determina la metafísica,* que muchos de sus corifeos reducen a estado o atributo de lo físico. Así, lo que para el peripatético es tan sólo una desviación o una dual localización del mismo apetito sexual, producto de una anormalidad fisiológica, obstrucción o bifurcación del conducto seminal, es para la Escuela lo general, natural y consustancial, y además, determinante de la calidad psíquica del ser ; puro determinismo materialista, como puede apreciarse.

Todas las aguas, hasta las fecales, resultan buenas para llevarlas a mover el molino del materialismo.

No se detiene la Escuela ni duda siquiera frente al siguiente dilema :

¿Somos hombres por poseer hormonas masculinas o poseemos hormonas masculinas por ser hombres?...

Al parecer, el misterio de los sexos y su solución en el claustro materno es anterior al proceso hormónico ; esencialmente, no es decidido el sexo por nada orgánico en su principio ; en la generación, acto y materia son idénticos para que se dé uno u otro sexo. Sin resolver el misterio encerrado en el dilema planteado—y tardará la ciencia—no es lógico ni científico elevar la materia orgánica a «Causa Primera», a Providencia.

Un poco de humildad, señor Marañón, créanos, no le va nunca mal a la pobre ciencia.

TERCERA PARTE

SODOMIA, POLITICA Y ESPIONAJE

POLICIA "FUL"

La palabra «ful» no es castellana; pertenece a la *germanía* o *caló*, lenguaje del delincuente habitual; se ignora su origen exacto, como el de la mayoría de los vocablos que lo componen, pero lo más probable es que sea palabra extranjera, pues el cincuenta por ciento, por lo menos, de las del *caló* proceden de idiomas extraños.

Ful equivale a cosa *falsa, disfrazada* o *fingida*. El *Policía Ful* es un delincuente profesional, que para cometer el delito de su especialidad ha de fingir ser un policía.

Un inciso, dedicado a ese corsé de nuestra lengua, que es la Real Academia de la misma.

Hemos advertido que el castellano carece de vocablos propios y ha de tomarlos prestados de otros idiomas para expresar actos delictivos que supongan falsedad, perfidia cerebral y profesional. Así *espionaje, sabotaje, chantaje,* etc. El hecho podría basar una psicología lingüística popular. Si no hay vocablo, es que no existió la idea previa. Si para expresar hechos de tal índole toma palabra extranjera, es que la invención, ya bautizada, le llegó de fuera. Tal fenómeno indica que la psicología, conciencia y mente del español es radicalmente opuesta a cuanto signifique falsedad y perfidia

cerebral, permanente y sistemática, que constituyen las características del chantaje, espionaje, sabotaje, etc.

Y expuestas con orgullo racial esa teoría, entramos en materia.

* * *

Traemos aquí un hecho vulgar en sí de un tipo de delincuencia profesional, practicado en España por escasos delincuentes, e importado del extranjero, donde es practica, sobre todo en Francia, en gran escala.

Es el chantaje cometido por un falso policía, generalmente, pederasta empedernido, con sodomitas vergonzantes y hasta con personas decentes, que es lo más inicuo.

Esta repugnante invención de la delincuencia profesional ha sido copiada por el Espionaje comunista y puesta en práctica sistemáticamente a escala mundial; pero, informando con sinceridad, debemos advertir que el Kremlin no ha sido el primero en aplicar el chantaje inventado por la delincuencia profesional para beneficiarse política, diplomática y militarmente; le precedió la Masonería, la primera en practicarlo con tales fines y, después de ella, pero antes que los soviéticos, también usaron ese medio los Servicios de Espionaje y las Policías de las grandes potencias, incluyendo la Rusia zarista.

Pero como los lectores han de sentir cierta dificultad para concebir algo tan repugnante y lejano como es el chantaje sodomítico practicado en ese mundo en apariencia fabuloso y folletinesco del Espionaje, les relatamos un caso de chantaje—*de policía ful*—en el cual intervinimos hace años, para facilitarles la comprensión de cuanto informaremos referente a los manejos del Espionaje soviético dentro del mundo sodomítico.

• • •

Cierta mañana, en hora temprana, me visitó mi gran amigo el Comandante X del Cuerpo de Seguridad. Nuestra amistad era grande, cimentada en las luchas revolucionarias de Vizcaya, unos años antes. Sabía que podía dirigirse al amigo y pedirle que dejase de ser policía por un momento.

Aquella mañana, casi de madrugada, lo había visitado un amigo y contertulio, bajo los efectos de una gran depresión, para comunicarle lo que le había sucedido el día anterior, al anochecer.

Aquel señor era muy aficionado a las conquistas femeninas, su «especialidad» eran las «románticas» otoñales que pasean sus ilusiones más o menos fantásticas por los parques madrileños, pero no despreciaba «nurses» y niñeras si se le ponían a tiro. Uno de sus lugares de «caza» era el Paseo de Rosales, donde hacía la «espera» sentado en cualquier banco, adoptando un aire pacífico y respetable de hombre maduro frisando en los cincuenta.

En el anochecer anterior, una vez más, fumaba, ojo avizor, sentado en un banco. Próximo a él apareció un rapaz de unos doce años, que acabó sentándose también a su lado ; sacó un pitillo arrugado y le pidió fuego ; se lo dió, y el chicuelo intento entablar conversación. Era un estorbo para sus propósitos de cazador furtivo y se dispuso a buscar otro sitio donde situarse. Pero, sin saber por dónde, frente a ellos surgió un hombre corpulento, cetrino, con bigote acepillado, blandiendo un bastón. Quedó plantado frente al señor y el muchacho fulminándolos con centelleante mirada indignada.

—¡ Con que ma... aquí !...

El chicuelo se levantó de un salto, presa de pánico,

e intentó huir ; pero lo recogió por el cuello con la vuelta de la garrota y lo atrajo hacia sí.

—¡ Si te veo de nuevo por aquí, te rompo un hueso, asqueroso !...—le amenazó metiéndole su bigote por los ojos.

Lo soltó, y al iniciar la huída el chicuelo, aún le alcanzó con la punta del pie allí donde la espalda pierde su honesto nombre.

El caballero había quedado estupefacto presenciando la escena.

Pero ahora le tocó a él.

—Vamos, venga usted conmigo... so... (aquí la palabra grosera e insultante).

—¡ ... !—quiso articular una protesta, pero la sorpresa y el despropósito le dejó mudo.

—¡ Vamos, no se haga el estúpido !... y lo tomó por el brazo.

Se desprendió con un brusco movimiento, y pudo exclamar :

—¿ Se equivoca usted !... ¿ Quién es usted ?

—¿ Yo ?... vea—y bajo su solapa brilló algo—un inspector de Policía. ¿ Y tú, quién eres ?... A ver, documentación.

El señor le mostró su carnet profesional. Si pudiéramos decir cuál era su profesión y categoría, nuestros lectores quedarían estupefactos de la audacia mostrada por aquel «policía ful».

Examinó el carnet y se lo guardó.

—Vamos a la Comisaría...

—No—protestó—está equivocado en absoluto.

—Yo lo he visto ; lo que usted dicen todos, pero conmigo no les vale, vamos, que tengo prisa.

—No ; me niego...

—Si usted no es eso... ¿ qué teme ?...

—No me muevo de aquí.

—Habrá escándalo, llamaré a los guardias ; creo que no le conviene...

El señor dió el primer paso y luego algunos más ; pero volvió a detenerse y a discutir nuevamente.

No reproduciremos el diálogo. Pero sí diremos que duraría una hora, dando vueltas por las calles inmediatas el «policía ful» y su víctima, y aquel señor llegó a la convicción de que, acusado por el que creía policía verdadero en la Comisaría, aun cuando negase y jurase su inocencia, estaría perdido, pues muchos lo creerían y, oficialmente, la declaración del supuesto funcionario sería prueba irrefutable ante el fatal tribunal de honor que se le formaría.

De la resistencia pasó a la súplica. El *policía ful* se mantuvo inflexible. Y, por último, ya viéndose perdido, apeló al soborno. Nueva e indignada negativa. Más súplicas, insistencia en la oferta de dinero. Por fin, la pregunta anhelada.

—¿Cuánto lleva?

—Setecientas.

—Vamos ; es una porquería... ¿y en su casa?

—Muy poco más.

—No hay remedio. Vamos a la Comisaría..., diez mil pesetas, o nada. Y agradezca que me da lástima y que mi sueldo no me permite atender una desgracia de familia.

Ya se divisaba la puerta del centro policíaco, guarnecida por un guardia.

La víctima se derrumba... ¡su familia, sus amigos, sus compañeros, el Tribunal de honor!... y todo aquello estaba allí, a unos metros. El suicidio apareció como suprema solución.

Es el relato que hizo a su amigo el Comandante de Seguridad.

La escena terminó quedándose el *policía ful* con las

setecientas pesetas, con el carnet del señor y con su domilicio. Conviniendo que, al día siguiente, a las once, se reunirían en el Café de Jorge Juan para recibir siete mil pesetas y devolver la documentación profesional.

—Yo le he prometido que usted no intervendrá si cree que el policía es capaz de mantener ante un juez esa iniquidad. Mi amigo tiene ya en su poder las pesetas y, antes que correr el riesgo del escándalo, está dispuesto a entregarlas.

—Es un «policía ful»—respondí.

—¿Y qué es eso?

—Un ladrón profesional del tal «registro».

—¿Conocido?...

—Fichado, con toda seguridad.

—¿Seguro que no será un policía sinvergüenza?

—Desde luego.

—¿No le engañará su buen deseo?

—¿Y qué?... si lo fuera, lo detengo, va a la cárcel y perderá la carrera.

—Sí, desde luego; pero eso no resuelve la situación de mi amigo; con que pierda la carrera y manden a la cárcel al policía, mi amigo no se salva del descrédito; muchos lo creerán un invertido y del Tribunal de honor no se salva..., comprenda su situación, prefiere entregar el dinero a correr ese peligro, pues si es policía verdadero y sostiene su acusación, mi amigo tendría que pegarse un tiro.

—Reconozco su estado de ánimo; pero entregar el dinero no es ninguna solución. Si hoy entrega esas siete mil pesetas, antes de un mes tendrá que entregar otras tantas y así lo «sangraría» durante toda su vida... ¡y bonita situación!

—¿Sería capaz?

—Es la técnica de este tipo de robo; hay mil ejemplos.

Esto impresionó al Comandante y terminó diciéndome :

—Voy a traerle a mi amigo ; es el... X, lo conoce usted, se lo presenté hace tiempo en mi tertulia del café.

—Sí, recuerdo quien es.

—Bien, respóndame de que no es policía ese bandido y de que, si lo es, hará lo imposible para invalidar su calumnia en el atestado.

Lo prometí ; el comandante salió y volvió al instante, la víctima lo había estado esperando en un café próximo.

—Aún me costó trabajo convencerlo. Su seguridad de que se trataba de un verdadero policía era total y absoluta ; me repetía frases y gestos del sujeto que, según él, sólo podían ser de un policía profesional... y yo le respondí :

—En efecto, cuanto repite y refiere de ese ladrón es de policía... pero de un policía *demasiado policía* ; toda imitación recarga las características de lo imitado para que sea creída su autenticidad. Le doy mi palabra de honor de que no es un policía ; este robo está basado en la perfección de la imitación y en la observación psicológica de que la mayoría de las gentes nos creen a los policías capaces de chantajear ; por esto último, tienen merecido el ser víctimas del robo ; si no creyeran a los policías capaces de tal infamia, les bastaría para salvarse con dejarse llevar hasta la Comisaría ; tenga la seguridad de que antes de llegar a la puerta, el ladrón emprendería la carrera.

Al fin logré convencer al hombre, hasta cierto punto ; más bien lo sugestioné un poco, y se tornó casi obediente. Faltaban quince minutos para las once ; pusimos nuestros relojes al minuto ; le hice tomar un taxi y el Comandante y yo tomamos otro. Según le instruí, a las once y cinco debía entrar en el café de Jorge Juan ;

si pasados otros cinco minutos no salía, me significaría que el ladrón ya estaba en el establecimiento; que él entregara el dinero, coincidiendo con las once y diez, pues yo entraría en ese momento.

Efectivamente, penetró en el café; no salió a los cinco minutos, y entré yo. El señor y un sujeto se hallaban sentados tras una mesa, junto a la pared. Sin mirarlos, adelanté, torciendo para pasar por su lado, y cuando me hallé a su altura, casi rozando las sillas de fuera, giré, quedándome plantado. No tuve necesidad de darme a conocer. Al tipo se le cayeron los billetes de las manos y empezó a incorporarse... chocó su boca con mi puño y sangró por bajo de su bigote rasposo.

Ni protestó, ni siquiera hizo ademán para defenderse. No lo conocía; era un tipo más bien alto, fuerte, cetrino, con espesas cejas y ojos negros, hundidos; vestía decentemente de oscuro y tenía puesto un abrigo azul marino.

Era la estampa perfecta del policía curtido y avezado; como había supuesto, parecía *demasiado policía* para ser un policía verdadero.

Le llevé a Buenavista. En efecto, era un ladrón profesional con antigua ficha e historial; pero hacía bastantes años que no lo habían detenido. Sin duda, la Brigada de Investigación Criminal no le daba quincenas por creerlo «retirado» de sus antiguas actividades de ladrón profesional. Era pederasta él mismo; me lo confesó sin pudor.

Pero, además, también me confesó:

—Hace catorce años que «trabajo» de *policía ful*, y es la primera vez que hay «bronca».

Me quería indicar que en catorce años dedicados a explotar pederastas vergonzantes y a hombres que no lo eran, amenazándolos con la detención y el escándalo consiguiente, era la única vez que uno de los robados

se había decidido a denunciarle. Y, efectivamente, en su historial no existía ni una sola denuncia contra él por este tipo de delito. Y, según me confesó, eran más de cien sus víctimas.

* * *

Un consejo a todos los que se vean atacados por un *policía ful*: crean que es eso, un *policía ful*, falso, y déjense conducir tranquilamente a la Comisaría. Verán como, antes de llegar a la puerta, el «policía» sale corriendo por cualquier bocacalle lateral. Así se librarán de su «apurado» trance...

Y también se librarán de ofendernos a los policías, creyendo que hay algunos capaces de tamaña iniquidad... Aún cuando, ciertamente, por esa creencia injuriosa bien merecido tienen el tormento que pasan y el expolio de que son víctimas.

El relatado es un hecho auténtico; pueden comprobarlo los lectores consultando a quien quieran. Las hazañas de los *policías fules* datan de hace muchos años y las continúan realizando con pederastas y con hombres honrados. Es difícil evitar la comisión de este delito, pues jamás es denunciado a la Policía por la víctima. Seguramente habrá muchas personas explotadas durante largos años por esa canalla. Tanto más fácil y abundantemente, cuanto más respetable y alta sea su profesión o posición social.

Ahora invitamos a nuestros lectores a elevar el caso relatado al plano internacional, haciendo al grosero «policía ful» un agente comunista con todos los medios para el chantaje que le brinda el serlo, y vean en situación de víctima, no a cualquier sujeto, sino a un diplomático, a un alto funcionario, a un político poderoso, a un acaudalado financiero, a un obispo anglicano, a un dean

protestante... y no explotando su bolsillo, sino forzándolo a ser traidor a su patria; un traidor, tanto más peligroso, cuanto más importante sea su cargo en el Estado y más alta su jerarquía política.

Y nada más de esto. Creemos haber hecho lo posible para facilitar la comprensión de los capítulos que inmediatamente siguen al presente.

Si lo hemos logrado, nos alegramos.

AZAÑA

> No soy santo ni humorista ni, creo yo, lo bastante canalla para no haberme entusiasmado con mi propia obra. En el ápice del poderío, más aire me hubiese dado a Robespierre que a Marco Aurelio.
>
> AZAÑA
>
> (*El Jardín de los Frailes*, pág. 67.)

El autor, al doblar esta esquina, se topa decididamente con el «monstruo». Mas no puede olvidar que es un monstruo humano, y por serlo henchido de tragedia. Mi compasión comprensiva para ella, cual estela que ilumine mis encendidos anatemas (1).

Ni imaginar podemos angustia tan feroz. De amor vibran los mundos, y lo son por amor. Para el amor es el hombre, que por amor lo es. El amor lo es todo, en sus infinitos órdenes y esferas, que hasta Dios, para la suprema ciencia Mística, es eso : Amor.

Sin amor, ni mundo ni cielo tienen sino, ni siquiera necesidad de ser. Sin él, nuestro mundo sería infinita-

(1) Este capítulo está elaborado con algunos retazos de un libro inédito, escrito en 1933-34, y que pensé titular: *Azaña* (Biografía psico-patológica-sexual) y no «Biografía de un gobernante pederasta», como decía, como agravante, la acusación policíaca en el proceso intentado contra mí, por supuesta tentativa de matar al Presidente de la República.

mente malo y la vida una trágica locura. Y mundo y vida dejarían de ser.

Es el amor el unánime *sentido* de las cosas, el por qué y para qué del ser humano en esta y la otra vida. Así lo canta en cósmica y gloriosa sinfonía el Universo todo: con abrazo de luz de estrella a estrella, vibrando nuestro ser de nervio a nervio, besándose los átomos tenaces polo con polo; así nos entra por nuestros propios ojos y nos posee tal verdad poro a poro.

¡Pobre monstruo infeliz! De la suprema Maravilla sólo te alcanza impresión refleja, deformada, torcida. Esfinge indescifrable, con sonrisa de enigma. Tormento más cruel que el del infierno ese no poder ni siquiera intuir lo que de auténtico hay en el trinar de una pobre avecilla; ni poder sospechar el duo de dos almas a través de dos manos trenzadas; ni percibir la luz en esa estela de miradas que sigue a la mujer por una calle.

Te compadezco, pobre monstruo ciego y aterido. Debe ser infernal ese no verse a sí en el cristal inmaculado de unos ojos, ni poder contemplar en su mágica pupila esa gloria azul y alegría divina de todo nuestro cielo.

Sin Dios tampoco, y eso por culpa tuya; explicación yo hallo para tu satánica blasfemia:

«He soñado destruir todo este mundo.»

• • •

Para la más perfecta comprensión del contenido del presente capítulo deberíamos empezar así: Primero se toma un agujero...

Intentamos en él calar a fondo en el «caso» psicosexual de Azaña. Es todo un «caso» que, en nuestras manos, no podrá dar toda su talla científica; pero es tan singular, tan dibujada su traza, que su simple exhibi-

ción, ensartado en el punto de la pluma, será suficiente para alcanzar la finalidad propuesta. Un psicólogo se estremecerá de envidia al contemplarlo.

Sexualmente fué un anormal Azaña. Ya está demostrado. Mas es imprescindible fijar exactamente su «estado intersexual». Por sus caracteres, sentimientos y acciones se induce con todo rigor que nos hallamos ante el EUNUCOIDE. El «eunuco» es un ser demasiado conocido para detenerse en detalles descriptivos morfológicos; nos referimos al «eunuco artificial» quirúrgicamente hecho tal. No así el eunucoide, acepción científica de contenido más amplio y vario, referida al «eunuco natural», el nacido ya con esa tara, en toda su gama de grado y matiz.

No es propiamente un homosexual Azaña, según lo calificó la masa en su tendencia simplista. No, no lo es, aunque sus actos específicos ofrezcan base a ese dictamen. Indudable que Manuel Azaña ha sido en ocasiones «pasivo homosexual». Cayó en el acto de inversión en esa su trágica y febril búsqueda de su líbido, de ese algo que por reflejo sabía le faltaba, sin hallarlo jamás. De ahí la feroz anarquía de su mente; su rebelión contra Natura; imperfecta, estulta, incomprensible, confrontada con él. La humana y trascendente agonía de infinito—perpetuación de algo del «yo» en tiempo y espacio—que emerge de no se sabe qué ignoto seno de la psiquis en eclosión cósmica de todos los sentidos... eso, tan total e innato, por Azaña, el eunucoide, es integralmente ignorado.

El «eunucoide» absoluto es un carente de sexo, psicológicamente considerado, aunque su morfología tenga apariencia más o menos perfecta de uno u otro. No es un ser humano con el «sino» cambiado. Es un ser sin el «sino» sexual.

Si establecemos un cierto paralelismo, deber sería

imaginar al eunucoide igual que a un ciego de nacimiento. El ciego carece de sentido, de «conciencia» visual; el eunucoide carece del «sentido» sexual. Pero con tal recurso no creo que nuestra comprensión haya avanzado mucho; imaginarse a un ciego parece cosa fácil con sólo evocar su agónica figura, suscitando piedades a lo largo de las calles. Pero no; no es esa una exacta percepción de la «realidad total» de la ceguera. El ciego es el que no ve; el ciego absoluto es el que no ve ni ha visto jamás; aquel que ni sus ojos ni su mente le dicen nada de la luz. Nosotros, normales, ¿seremos capaces de formarnos idea exacta de ese ciego absoluto? Difícil; mejor, imposible. Apelamos a un experimento del propio lector: pruebe a eliminar de sí toda idea de luz, color, forma... ¿verdad que es imposible?

Si comprender la carencia de un solo sentido como el de la visión es imposible, la carencia del «complejo» sexual, vértice de los cinco sentidos, aún será más imposible de imaginar.

Una representación racionalista nos muestra lo «intrasexual» como un «supersentido» pentadimensional. Su órgano específico puede imaginarse como incógnito neuroma, que asido a la encrucijada central del sistema nervioso, es araña vampira de flúidos sensuales; siempre hambrienta, insaciable, febril; en voraz subción de colores y formas, de tactos, sonidos y sabores. Araña fea, repulsiva, asquerosa... ¿no la veis en vosotros?... ¿sí? No la matéis; que de tan repugnante larva nace la más cándida y bella mariposa...

Si un normal es incapaz de imaginar la carencia total de un sentido, el «vacío sexual», como el vacío absoluto, no tendrá para nosotros representación posible. El «eunucoide»—vacío sexual—no es sujeto en tal aspecto y menos aún en su introversión sexual. Velázquez llegó a pintar el aire, pero no pintó la «nada». La lite-

ratura, con más recursos, ni pudo imaginarla. Pero, en este instante, tenemos ánte la vista un prodigio, raro hallazgo en los anales literarios. Ese «nada» es literato, escribe, habla, con balbuceos, pero habla. ¿Quién mejor que la propia «nada» nos hablará de sí?...

Es un «caso» muy superior al del «tímido» Amiel, a Wilde, a Gide, a toda esa legión de homosexuales literatos que, vencido su pudor, en derrota su vergüenza, por un indomable histrionismo literario, nos han legado la pútrida basura de su «caso»; pero basura y todo, aquello era un algo. Aquí no. Y lo sorprendente en Azaña es que llega a darnos un reflejo de su... ¿cómo diríamos?... No encontramos palabras; acaso el signo matemático exprese más con un 0... de su «cero»; en fin, algo así. No lo conseguimos expresar; ni el milagro podría expresar la «magnitud geométrica de cero», ya que «cero» es igual a «infinito-negativo» en matemática, y al «infinito» nada lo contiene ni encierra. En una palabra, asistimos a un desesperado e inhumano esfuerzo: algo así como si de su total vacío nos hablase la propia calavera...

No utilizado ni extirpado el sexo de Azaña por esterilización o accidente, es imposible la supervivencia imaginativa y reflejo instintivo en él. Carente por naturaleza de lo sexual, Azaña ha de adquirir conciencia sobre sí muy lentamente, a tropezones, al acaso; de fuera a dentro, y su idea de lo sexual no llegará de ningún modo a ser ni elemental; será como unos pocos fragmentos de algo roto en mil pedazos, que por manera indirecta y refleja llegan a su percepción; esto, en cuanto a lo subjetivo. Lo referente a la otra mitad de lo sexual, a lo objetivo, más bien pronto que tarde, sus compañeros de estudios y de juegos le descorrerán bruscamente el cortinaje del misterio:

...«Me incorporé a cuatro bigardos que estaban en

el patio oyendo contar historias de mujeres. El narrador era un andaluz granujiento que escupía por el colmillo y apestaba a yodoformo.»

La escena ocurre en un patio de El Escorial. Es la primera revelación de que nos da noticia. La reacción de Azaña rezuma repugnancia ; no moral, física. Fué tanta, que han pasado más de veinte años cuando nos la describe y aún le mana. Nótese ese aditamento del «yodoformo», recurso imaginativo y literario para darnos sensación de asco. Racionalmente, es un dato falso ; el muy sospechoso olor no hubiera podido pasar desapercibido al fino olfato frailuno, revelando a los reverendos el estado del «yodoformizado», que hubiera sido arrojado a una clínica lejana o a su casa.

Muy pronto, le veremos dolerse, y suplicar que otros le arranquen la escama de su catarata :

«Los maestros preguntan de historia, de física, de agronomía..., pero de ese laberinto en que el mozo se aventura a tientas, con pavor y codicia del misterio, nunca. Larva de funcionario que será por vocación, padre de familia en cuanto se libre de quintas : así reza el cartel que le cuelgan a uno del pescuezo...»

Notemos : «Se aventura a tientas», «pavor y codicia del misterio» ; luego «vocación de padre» ¡ horror !... Punto y seguido, continúa :

«Y entonces empieza el amarse a sí mismo con monstruoso amor, macerado en la soledad, y el zambullirse, culpable la conciencia, en el deleite de los ensueños.»

Atribuye a la ignorancia su carencia de objetividad sexual y afectiva. Como si eso se pudiera injertar igual que un naranjo. Y viene la confesión de su reaccionar psicológico, con asomos ya definidos de patología, «amarse a sí mismo con monstruoso amor». No es el extraviado que insiste en su extravío o rectifica, no ; es el «eunucoide» tipo. Parece un anélido ciego que avan-

za «a tientas», y al chocar o herirse con un obstáculo, en rápido movimiento retractil, ejecuta la introversión de sus tentáculos. No halla, no capta objeto de amor; no por faltar objeto, sino por no haber amor. Es curioso el testimonio que nos presenta sobre su carencia de conciencia amatoria, de su incapacidad para el amor, pues confunde lo objetico con lo subjetivo, creyendo son una sola y misma cosa. Se diría es él para sí mismo un corpúsculo sideral, sin más gravitación que la centrípeta, que observando a los demás, y no considerándolo metáfora, se estima centrífugo al actuar en centrípeto. No sé si la metáfora mecánica servirá mucho para que nos aproximemos más a la comprensión: Azaña, más burdamente, supone que es igual tirar una piedra que darse un cantazo en la frente.

Algo de anormal debe percibir en su contorno cuando continúa y se pregunta:

«O acaso los demás no están dañados y uno es el caso insólito: un monstruo.»

La verdad, la dolorosa y trágica verdad le ronda. Pero no, seguidamente rechaza el supuesto. No; ¿él un monstruo?... De ninguna manera. No. Monstruos son los otros, y monstruosa la Humanidad entera: ¡ El no, nunca! Y así se descarga de aquella sospecha:

«¡ Qué fardo ha creído uno llevar o más bien ha llevado realmente sobre sí en la que llaman edad dichosa!»

Recuérdese: «Amarse a sí mismo con monstruoso amor.» Eso es lo que él supone que es lo sexual, y se rebela por creerlo anatematizado por los demás; está convencido de que toda la precaución, la vigilancia, el pudor y la coacción de las gentes se yerguen contra eso. Contra eso, que él cree firmemente que es «lo otro», lo sexual «de la edad dichosa».

Y antes de seguir adelante, una advertencia: Las ligeras acotaciones no significan que trunquemos el sen-

tido de las «Confesiones» del cuitado Manolo. Lo copiado es la confesión completa, sin salto ni cercén :

«Menester es aceptarse ; no hay opción. ¡ Pero aceptarse así, a escondidas, creyendo cometer un crimen, y asomarse con remordimiento y pavor a los veneros que en el fondo de nuestra humanidad bullen y nos fascinan !»

¿Qué quiere decir este hombre? Por un momento parece una estúpida metáfora, vanagloria vergonzante de onanismo ; en aquella su edad, explicable. El, sin duda, lo supone auténtico, y se recrea en lo «prohibido», pero no hay tal. Es una elocubración ; al momento muestra que no tiene la menor idea de nada :

«Cuanto me ha reconciliado con la vida : el amor o el arte, el afán de saber o la amistad, y el estímulo de añadir al mundo moral una criatura de mis manos, no son sino las formas en que ha buscado empleo y saciedad aquella pujanza juvenil, que entonces me puso miedo creyéndola ponzoñosa, y que todos parecían ignorar, no sólo en mí, pero en el ser humano. Con más cordura, sumiso al orden, la hubiera destruído.»

Si el párrafo que precede a éste podía ofrecer duda, prestándose a deducir algo «positivo», desde luego malo, pero positivo, el último— que sin aparte lo continúa— disipará todo engaño. Lo que él creía «sexual», revelándose contra los que lo esconden por vergonzoso y nefando era... «amor, arte, saber, amistad, acción», además «criatura»... de sus «manos», del «mundo moral». Todo esto es para él «pujanza juvenil», y continúa :

«La defendí (la pujanza), fuí un rebeldillo, un enemigo, prestando al orden la aquiescencia mínima. Vivía para mí solo. Amaba mucho las cosas en torno mío ; amaba los objetos triviales de mi pertenencia, porque eran dóciles y sugerentes y amaba por ellos algo de mi

persona. Amaba mis libros, y el aposento en que leía, y su luz y su olor. Amaba la casa, tan temerosa en los anochecidos, rondada por sombras de los muertos, llena a mi parecer del eco de ciertas voces extinguidas por siempre jamás...»

El despiste es ya absoluto. ¿Qué «complejo» le hará relacionar todo eso con «lo otro»?.... Y, de manera indudable, él supone y quiere referirse a lo «otro», porque añade:

«Amaba poco a las personas. Se me antojaba hostil su proceder.»

Terminemos las citas con una última, su declaración más estupenda:

«Qué sortilegio me echaban el aire y la luz para suspender mis diálogos y elevar el alma a ese punto en que se borran la acepción de bien y de mal y los deseos? Virtud de la contemplación, que lleva al aniquilamiento si la caricia en los sentidos nos hechiza y el pábulo del pensar, derretido, se evapora, dejándonos en quietud transparente, sin contornos, deshecho el dualismo vital de hombre y mundo. En tal desleimiento de la persona consistía, a mi entender, la sumidad de la vida; era por el contrario, un modo de perderla, de abolir la reflexión, de no parar los ojos en la historia de hombre que empezaba a grabarse con dolor en la conciencia. Narcótico era, manantial de placeres puros, esto es, sin mezcla. Por gozarlos busqué cada vez más el tacto con la naturaleza. Pedíale la exaltación sensual que me arrebatase al pasmo ya gustado. No la encontré siempre sumisa a mis antojos. Se entregaba cuando menos podía yo esperarlo. A veces, las más, era inútil mi solicitud. En vano daba yo suelta al raudal emotivo que artificialmente acertaba a suscitar: no se producía aquella unión misteriosa. Era tanto como acariciar a una estatua. Entonces mi capacidad amatoria se atenía puramente a lo con-

creto: ponderaba las formas, los colores, la proporción, los aromas, los sonidos, sin pasar a más.»

Por eso, cuando todo ese complejo le agitaba horas enteras en la cama, creyendo estar delinquiendo a conciencia y...

«En tales noches me acostaba feliz. De pronto, desde la alcoba tocante a la mía me gritaban:

»—¿Te has dormido?

»—¡Aún no!

»—¿Qué haces? Reza el Señor Mío Jesucristo. ¡Si te murieras ahora caerías en el infierno! ¡Arder, arder siempre! ¡Por toda la eternidad!...

»Era pavoroso ¡y tan injusto! Devoraba la injusticia del mismo sabor que mis lágrimas. Llevaba el corazón henchido de orgullo: teniendo razón contra todos, era su víctima.»

Y con esta escena por cerrojo cierra su primera salida al campo de «la aventura»... de lo «sexual», que él imagina lo es.

• • •

Esta biografía inédita la elaboramos después de leer el *Robespierre*, de Hans von Hentig, y hallar que las inducciones del sabio alemán convenían más a Manuel Azaña; probablemente, por tener nosotros más cercana su figura y darle la proximidad mayor relieve a su fisonomía y hechos. Por si era ilusión propia, hicimos una reiterada experiencia: leímos a varios amigos numerosas páginas de la biografía de Robespierre, pero sustituyendo su nombre por el de Azaña, y, sin excepción, todos la tomaron por una exacta semblanza del político de Alcalá.

Páginas y páginas fueron tomadas íntegras a von Hentig, sin alterar punto ni coma, y tan sólo poniendo

la palabra *Azaña* junto a Robespierre. Se hacía tal yuxtapusición de personalidades—un tipo de la demostración geométrica—para que los lectores por sí mismos pudieran apreciar cuánta era la semejanza y hasta la igualdad entre aquel pretérito terrorista francés y el nacido en España, cuya psiquis, patología y sexualidad resultaban pares.

Parte de las páginas que siguen ya las hemos dado antes, referidas únicamente a Robespierre, para quien fueron escritas. Ampliadas ahora con otras, las referimos también a Manuel Azaña, tal como las compusimos hace más de veinte años, escribiendo en letra cursiva lo poco que por nuestra cuenta les agregamos entonces.

• • •

Pero, antes de verificar la yuxtaposición, Robespierre-Azaña en la prosa de von Hentig, debemos eliminar un obstáculo que aparentemente se opone a la *prueba de igualdad* entre ambos.

Robespierre fué soltero y Azaña es casado. Estados tan opuestos, ofrecen una dificultad para probar una identidad entre los dos revolucionarios ; por lo tanto, nos hemos afanado en investigar cuál es el tipo de matrimonio contraído por Manuel Azaña, y creemos haber tenido suerte con los testimonios hallados. Tanta, según creemos, que nos ha permitido reconstruir el proceso psicopatológico matrimonial por el cual Azaña llegó a tener una esposa casándose ante los altares.

Mas, primeramente, creemos atinado traer aquí la fundamentada teoría de von Hentig sobre las relaciones de los eunucoides y homosexuales con mujeres. Es un precioso antecedente para la mejor comprensión de cuanto luego diremos bajo nuestra única responsabilidad personal.

MUJERES, AMIGOS Y ENEMIGOS

Bajo este título, von Hentig dice:

«Después de lo dicho sobre la constitución psicosexual de *Azaña*-Robespierre puede parecer superfluo que se hable de *Azaña*-Robespierre y las mujeres.

«Pero por raro que parezca hay entre el hombre y la mujer relaciones que provienen precisamente de la asexualidad. El hombre eunucoide representa el complemento psíquicamente sexual para cierto tipo de mujeres. En la mujer deficiente obra como excitante el hombre deficiente. Todo cuanto es insoportable para el instinto normal, la verborrea del eunucoide, su coquetería —a veces incluso con masculinidad—, su fealdad grotesca, su senilidad psíquica que, a fuerza de repetir las cosas eternamente, suelen tomarse por lealtad en las convicciones y por firmeza de carácter, causa una impresión irresistible en la mujer que tiene un sentido sexual previamente degenerado por haber sufrido procesos patológicos o porque se ha pervertido con la involución. Como en el despertar indeciso del instinto sexual, así aparecen, cuando se extingue formas autísticas del placer: la masturbación por la mera proximidad de cuerpos, por el simple contacto con palabras, miradas, cartas. La necesidad de reposo que siente un aparato sexual enfermo o atrofiado encuentra incentivo y satisfacción en la misoginia del eunucoide. Del temor de la mujer hacia el hombre y del miedo del hombre ante la mujer, nace, libre de toda la impetuosidad del amor verdadero, una blanda, incorpórea y tibia intimidad. Incorpórea sobre todo cuando uno de los dos o los dos están afectados por una deformación fisiológica cualquiera, que trata de ocultar un pudor encendido y débil, en vez de verter el

lustre de una rica y robusca personalidad sobre la ligera deficiencia, haciendo de ella un encanto.»

«*Azaña*-Robespierre atraía fuertemente a las mujeres que iban entrando en años. Desde muy pronto había empezado *Azaña*-Robespierre a influir sobre la mujer como masa y a buscar entre las mujeres políticas partidarias entusiastas. El fanatismo moral de *Azaña*-Robespierre, su proceder contra el amor, halagaba la envidia y el odio de la mujer revolucionaria, desgraciada y fea.»

¡ Exacto ! En mis visitas al Círculo de Izquierda Republicana, durante numerosas reuniones del partido, así como en los mítines donde Azaña hablaba, ni por casualidad había una mujer joven y guapa. Todas eran viejas arpías, y tiemblo al pensar qué habrán sido capaces de hacer con las bellezas aristocráticas cuando las hayan tenido entre sus uñas en estos meses de la Revolución.

«Al final de su carrera se había forjado Azaña-Robespierre una forma pantomímica especial de elocuencia. Histrionizaba con grave rostro y se iba adueñando de su papel a medida que iba notando el éxito.»

«Condorcet *hubiera podido decir de él igual que de Robespierre* cuando presintió el peligro : «Se ha creado una reputación de honradez que le lleva camino de una completa «santidad». Sube a los bancos. Habla de *República y Libertad*—Dios y Providencia—. Se llama amigo de los hombres y de los afligidos. Se deja acompañar mentalmente por las mujeres y por los débiles. Con grave semblante acepta adoraciones y homenajes.»

* * *

El fino estudio que nos brinda von Hentig en las líneas anteriores para explicar la frecuente paradoja que se da entre ciertas mujeres es de una aplicación más certera y eficaz aplicado sobre Azaña. Robespierre fué soltero,

sin que haya prueba ni verdadero indicio cierto de que tuviera relaciones íntimas con mujer. El escrúpulo científico del sabio alemán llega hasta ese análisis perfecto y razonado en que se descubren los posibles móviles íntimos y asexuales de las pasiones morbosas que el revolucionario francés despertó en varias mujeres. En el caso Robespierre casi resulta tal análisis superfluo, porque no hay patentización oficial ni casi oficiosa de amores en el verdadero sentido de la palabra. Pero con Azaña nos sucede todo lo contrario. Azaña es casado, y, confesamos que, sin haber hallado las ideas copiadas anteriormente en el libro del psicopatólogo germánico, nuestro aprieto hubiera sido grande, y acaso no hubiéramos podido hallar una explicación satisfactoria respecto a las nupcias contradictorias del autor de «La Corona».

Pero la teoría construída sobre el caso Robespierre, una vez acabada, resultará mucho más exacta al acoplarla sobre la biografía de Azaña. Los detalles e incidentes de su casamiento, su móvil y razón, llenan mejor el área teórica delimitada tan limpiamente por von Hentig, lo cual constituirá uno de los ejemplos más evidentes y demostrativos del rigor científico de su autor.

EL MATRIMONIO DE AZAÑA

Azaña se casó con Lola Rivas Cherif, cuando ella tenía más de los treinta años. Por razones fácilmente explicables no hemos podido precisar exactamente su edad. Quiere decirse que Lola estaba ya en la edad crítica en que se da fácilmente ese tipo de mujer deficiente a que nos hemos referido al principio. La hermana de un Cipriano puede muy bien estar afectada, aunque ello no sea absolutamente fatal. Las circunstancias determinantes de ambos casos son realidad evidente y, por lo tanto, su

posibilidad lógica. Y ello nos basta, porque daremos noticias de otros hechos que completan el juicio.

• • •

Es un día cualquiera de finales de 1930. Azaña se halla en la *Granja del Henar* rodeado de su tertulia habitual. Se habla de Berenguer. Los contertulios advierten su desasosiego. Reiteradamente dirige miradas en dirección a la puerta; parece esperar la llegada de alguien. Todos saben a quién aguarda. Cipriano no está aún en el corro, y las contadas veces que ello ocurre, parece faltarle algo. Por fin, aparece Cipriano, atildado, sonriente, pisando menudo. Algunos contertulios le hacen sitio en la mesa.

—No, no me siento. Tengo mucho que hacer. ¡ Uf ! Estoy atareadísimo... y luego, la falta de costumbre...

—¿ Pues qué te pasa ?...

—¡ Ji, ji ! ¡ Quita ! ¡ No lo adivináis !... ¡ Ji, ji, no... no !... Mariposea con los brazos, hace gestos nerviosos, enrojece y palidece alternativamente.

—Pero siéntate y acaba ya.

—Vamos, di qué te pasa.

—Bromas de Cipriano.

—Sí, sí... broma. Es lo más serio que le puede pasar a un hombre...

—¿ Te llevan a la cárcel ?... ¿ Te persiguen los esbirros de Mola ?...

—Algo así,... que te quemas, que te quemas. Bueno, abur... Hace que se va, y no se va.

—Pero no seas pelmazo ; en serio, di qué te pasa. Te acompaño si hace falta, le dijo un pollo con gafas, narizón, terrible revolucionario casi comunista a la sazón, y luego director de un pío diario católico provinciano.

—¡ Nadie lo adivina ! No..., no. Ji, ji. Ea, pues que me caso, y me caso... Su nerviosismo y acento denotan que es verdad.

La gente deja de reír. Un algo indefinible corre por el círculo de amigos ; es como un malestar provocado por el gélido vientecillo de una situación violenta. Oblicuamente todos miran a Azaña. Tieso, solemne, inmóvil, ha recibido la noticia. Ni un músculo de su cara se contrae. Ni una palabra. En sus ojos encristalados tampoco puede leerse nada. Pero la sensación de que ha recibido un choque violento es unánime. Por fin, uno cualquiera pregunta :

—¿Y cuándo es lo boda, convidarás ?...

—Pues verás..., traga saliva Cipri, verás. ¿Hoy estamos ?... Bueno, el lunes que viene no, al otro ; al otro me caso... eso es, al otro. Bueno, me voy, abur... chicos, abur..., y sale rápido.

Ni un comentario en la tertulia sobre la noticia. Algunos se despiden también ; parece que les corre prisa comentarla fuera del corro...

A los pocos momentos, sin haber pronunciado una palabra se despide Azaña y sale solo.

No ha traspuesto la puerta y las cabezas de los contertulios se aproximan... Suenan risotadas irónicas. Los oídos debieron zumbarle a Manolo toda la tarde.

• • •

¿Pero qué es de Azaña ?... ¿Se dirige al Viaducto para planear sobre el adoquinado de la calle de Segovia ?... ¿Irá a cualquier sitio reservado, a un evacuatorio de la Puerta del Sol, por ejemplo, para descerrajarse un tiro ?... Todo es de esperar, dado el traumatismo psicológico que la noticia ha debido causarle.

Pero Azaña, en estas cuestiones, no es un tipo or-

dinario. Y nadie puede saber cuál será su resolución suprema.

Mas a los tres días justos es conocida.

Manuel Azaña Díaz se ha casado, por lo civil y por la Iglesia. Y nada menos que con Dolores Rivas Cherif.

La cosa fué sencilla. Desde la *Granja del Henar* se dirigió Azaña a casa de Cipriano. En ella se le consideraba como de la familia desde hacía muchos años. El histrionismo del burócrata con aficiones literarias había logrado que sus padres y hermana creyeran un superhombre al jefe del Negociado de Gracia y Justicia. Su reciente exaltación a la presidencia del Ateneo, ocupada hasta entonces por ex-presidentes del Consejo y figuras de primera fila, había sido la primera, aunque tardía, confirmación de la «propaganda» de Cipri en el círculo familiar. Su soltura de conversador de café la había ejercitado Azaña ampliamente en aquel medio familiar, tan predispuesto y propicio, con gran éxito. Nada se hacía en la casa sin consultarlo antes con Manolo; sus decisiones tenían fuerza incontrastable. La pobre Lola, debido a la estrechez económica del hogar y a que Cipriano se abstenía de hacerla concurrir a los círculos teatrales y literarios por él frecuentados, tan poco apropiados para una chica de clase media, se consumía entre las cuatro paredes de su casa, ahita de tedio y comida de curiosidad. Incisos y alusiones, siempre magníficos, en la conversación del hermano le hacían entrever un mundo brillante, dinámico y espiritual en el Madrid de la política y del arte. Las horas silenciosas y llenas de tedio en que Lola consumió su juventud eran dedicadas por ella a la lectura de montones de libros que su hermano tenía. Entre otros muchos, Paul Morand, Wilde, Gide, Freud, Marañón y una copiosa colección de la misma escuela que allí había, fueron educando teóricamente a la muchacha de Alcalá, durante su prolongada soltería.

Y su clausura forzosa, su insignificancia y su falta de trato con las gentes no permitieron que ese galán madrileño, atisbador constante de toda celosía, apareciera un día... ; transcurrían los años uno a uno, grises y fríos, sin más calor fugaz que el insano de sus imaginaciones... Y del mundo atrayente, agitado y activo descrito por su hermano y por las páginas agridulces y paganas de los libros aquellos, ni una escena real, ni un fugaz momento... sólo le llegaba un hombre de aquel soñado mundo : Azaña.

Admiración creciente ; absorta queda ella ante sus paradojas, desplantes y críticas tajantes. Todo se derrumba, ningún prestigio queda en todo aquel ámbito literario y político ibérico, demolido por el verbo magistral de aquel Azaña. «¡ Tú serás rey !»... repite y repite la voz de Cipriano. ¿ Será rey ?... ¿ Será rey ?—se pregunta ella—, cuando el ruido de sus pasos se aleja en la escalera. ¡ Será rey !... ¡ Será rey !, le dicen sus sueños febriles de soltera... Y la figura de Azaña crece y crece, hasta enseñorearse totalmente de España.

Hasta que un día, cuando apoyaba su frente en los visillos del balcón y miraba tamizada la calle en un mirar sin ver, abstraída y ausente, se oyó llamar de una manera extraña...

—Lola.

Volvió la cabeza ; frente a ella, estaba grave, austero, Azaña.

Nada le respondió ; le miró y pudo advertir en él un algo raro, casi solemne, distinto en absoluto a su gesto habitual.

Un silencio ; él mide la habitación en un paseo incierto.

—Lola... no te sorprenderá ; es cosa ya pensada ; más que pensada, vivida casi ; normal, necesaria, natural ; por serlo tanto, ni hablar de ello siquiera se nos ocu-

rrió nunca. No soy ningún hortera, ni tú una vulgar y romántica burguesa para trenzar sandeces en ridículos idilios de cursi traza y monótono ritmo. Nos conocemos, largos años de trato familiar, en comunión perfecta nuestros espíritus pares... Nos hicieron de siempre pareja conyugal. Faltaba el accidente, rito y pública noticia, y eso, inmediatamente, es lo que quiero realizar... Nada de teatralidades, un día y otro repetidas por la chusma gregaria. Lo preciso, lo escueto ; ni lágrimas ni gritos, ni zambra estulta ni patetismos cursis. Sencillez y naturalidad, como cumple a mi austera persona y a tu educación perfecta... Tanto es así, que todo lo tengo arreglado ; he podido saltar por todo trámite enojoso y pueril. Dentro de tres días nos casamos. ¿ Está tu padre?...

—Sí...

Y sin más, Azaña salió por el pasillo.

Tres días después, conforme lo había anunciado, salía un hombre feo, berrugoso, con chaqué y enchisterado, del templo de las Calatravas, llevando de su brazo una figura blanca cubierta de velos y de azahares...

Y un ateneísta que, «por principios», en la puerta del templo se quedó, comentaba a la salida de la nupcial pareja :

—¡ Anda !... Si además Lola es bastante guapa. ¡ Pero este Azaña !... ¿ Para qué la querrá?..., no me lo explico. ¡ Marañón ! ¡ Don Gregorio !... Una consulta.

... ...

Lola Rivas Cherif no tuvo hijos.

... ...

No es nuestro fuerte fantasear. Si características de fantasía tiene la página biográfica que antecede, no es culpa nuestra. Se ajusta fielmente a la verdad vivida. Unos ligeros toques de color es lo único que tiene el cuadro, con el solo objeto de que la realidad del hecho y su exactitud cronológica, mejor horaria, puedan ser

bien percibidas. Respondemos plenamente de la verdad del relato anterior.

El casamiento de Azaña es una reacción contra la «infidelidad» de Cipriano; nadie podría haber discurrido una respuesta tan pérfidamente sutil, tan irónica, como esa de caserse con la hermana del «infiel»... Es un alarde «épatant».

«Tú te casas dentro de quince días; pues yo, dentro de tres, y, además, con tu propia hermana...»

Así debe pensar Azaña cuando se dirige recto a casa del «amigo»...

«¿Frivolidad? ¡Verás tú frivolidad!»...

Indudablemente, estos «deficientes» son verdaderamente geniales cuando les tocan el nervio vital de su personalidad.

EL HOMOSEXUALISMO DE AZAÑA

«¿Era homosexual *Azaña*-Robespierre? Cuando en 1916-1789 se trasladó a París, compartió su habitación con un joven. Ya estudiaremos detenidamente a los amigos de *Azaña*-Robespierre. *Rivas Cherif*-Barbaroux, con quien tuvo una larga amistad, pasaba por una belleza masculina. Contra *Gil Robles* y *Pérez Madrigal*-Marat y Fouché, sentía *Azaña*-Robespierre una repugnancia física: su descuido exterior le molestaba más que su conducta. *Rivas Cherif*—St. Just—su más leal adepto, ofrece (a la misma edad) el aspecto de una joven en los pocos retratos que nos quedan de él. Jamás podrá saberse con certeza qué es lo que *Azaña*-Robespierre sentía por este mozo. Sorprende, desde luego, que *Rivas*—Saint Just—, intelectualmente tan bien dotado, se colocase por causas impenetrables en una relación de

dependencia, casi rayana en servidumbre, respecto a *Azaña*-Robespierre. De cuando en cuando surgen entre ellos otros jóvenes *(que no queremos nombrar)*—como Julien—, *cuyas relaciones de amistad con Azaña eran tan conocidas que ni siquiera Prieto*—Carrier—se atreve a fiarse de ellos.

»Muchos, como tantos han de recordar—Lacretelle en su «Précis hist. de la Révolution Française» (1809-10, IV, 302)—afirman que *Azaña*-Robespierre se entregó a nuevos vicios, que no se avenían, por cierto, a su temperamento, pero a los cuales le impulsaba la irresistible agitación del espíritu. De este modo acabaron extraviándose sus actos. Esta es la única alusión, por cierto, no muy precisa. La cuestión queda, pues, inconclusa, aunque una serie de hechos nos colocan, cuando menos, en la pista del homosexualismo.»

Por ser policía en ejercicio el autor, hubo de vigilar las actividades conspiradoras de Azaña, allá por el año 1930, cuando, elegido Presidente del Ateneo, empezó a tener alguna personalidad política. Y, debido a ello, podemos ilustrar la conjetura de von Hentig sobre Robespierre en el caso par de Azaña.

No sólo hay pista del homosexualismo en el que sería primera figura de la segunda República. Cierto día del otoño de 1930, se produjo un escándalo mayúsculo en cierta dependencia demasiado estrecha del Ateneo. Azaña se propasó con cierto jovenzuelo, muy revolucionuario a la sazón. Sufrió un error, pues el joven lo abofeteó y salió escandalizando y llamándole por las claras el calificativo que vulgarmente le correspondía.

No pasaron dos años y Azaña llegó a Presidente del Consejo, saltando sobre todos los antiguos «prestigios» del republicanismo español.

Y es par creer que tan prodigiosa carrera de aquel que se le llamó «revelación de la República», elevado de

la nada en cinco años a Ministro, Jefe de Gobierno y Presidente de la República... se debió a su homosexualismo, porque aquel escándalo del Ateneo y otros hechos del mismo género que tenía «en cartera» la Masonería lo hacía esclavo, llevándolo a la traición.
traición.

Aportada esta prueba, siga von Hentig:

«De cualquier forma, todos estos impulsos—homosexuales—fueron detenidos en su desarrollo. Eran suficientemente fuertes para aparecer en la conciencia como un deseo torturador, pero no tan violentos que se impusiesen *siempre* hasta la ejecución. Constituían un elemento revolucionario perdurable. Si *Azaña*-Robespierre hubiera sido un auténtico homosexual activo, se hubiera sentido más satisfecho, más seguro de sí mismo, hubiera sido más feliz y, por consiguiente, menos cruel con el mundo de los dichosos. No hubiera sido su cerebro una dolorosa resistencia entre su constitución y la apetencia de sus instintos, y no hubiera estado constantemente expuesto a insultos que le debilitaban y excitaban. Así, pues, se quedó entre el niño y la mujer, entre el eunucoide y el homosexual, entre el deseo y la plenitud. Como aquel enano de dos voces, una voz artificial de bajo y una voz infantil, que siempre recibía en la cama para no mostrar su figura.

»Ya que él—*Azaña*—no podía ser dichoso, que por lo menos tampoco lo fueran los demás. Por eso trataba de adaptar la vida al lecho de Procusto de su teoría, para que no hubiese más que enanos y él pudiese ser el rey de ellos.

»*Azana*-Robespierre era sexualmente un pigmeo.»

La adivinación de von Hentig en Robespierre resulta una realidad comprobada en Azaña: él «era sexualmente un pigmeo». Hay la prueba de su nimiedad orgánica externa genital. Azaña temió por su vida cuando

inició su actividad conspiradora y se hizo un seguro de vida. Como todos sabemos, el reconocimiento de un médico es preciso en el caso y el facultativo que lo reconoció quedó asombrado al comprobar un desarrollo como el de un niño normal de seis o siete años. Cuando ya en la cima del Poder dió Azaña tales muestras de perversidad, el médico aquel recordó su anormalidad genital y explicó a unos amigos íntimos lo comprobado por él, atribuyendo a la extraña tara sus reacciones de criminalidad.

Más aún. Azaña se veía precisado a usar continuamente suspensorio. Sus tejidos externos en la región testicular eran blandos y no soportaban el roce de la ropa. Pero como los más pequeños de los fabricados en serie le resultaban grandes, se los fabricaban a la medida y revestidos interiormente de algodón en rama. El principio de hemafroditismo apunta. Viven aún las costureras. Si algún especialista en psicoanálisis o intersexualismo le interesa, lo podemos informar con más detalle.

Agradecemos se nos crea. Hace muchos años que poseemos esas informaciones íntimas sobre Azaña, y no nos tentó el hacer sensacionalismo llevándolas a la imprenta. Si aquí las traemos hoy, con la posible pudicia, es por haber entrado en materia de esta lacra social y política de la homosexualidad mundial.

Y sobre todo, aportamos esos pormenores, con la natural repugnancia, para probar quién rigió los destinos de España en su hora más trágica. Un hombre tan moral y físicamente tarado, tan inclinado psicológica y patológicamente al mal, que resulta de adecuación satánica para llevar a España hasta donde la llevó: al borde de su destrucción.

Siga von Hentig con su precioso análisis :

«*Azaña*-Robespierre llevaba unos lentes que manejaba con gran satisfacción interior. Azaña odiaba a Lerroux (Fabre d'Englantine «ese hombre—decía—a

quien jamás se ve sin unos lentes) no sólo como adversario político. Lo que más excitaba aquella naturaleza mezquina era algo personal, eran los vehementes celos de ostentación de las épocas revolucionarias. ¿No era aquella ambición que lo corroía un fenómeno de agotamiento, un impulso de obrar por insuficiencia, un cierto temor a lo estéril y a lo caduco? La obstinación de *Azaña*-Robespierre—su ciega desconfianza, su necesidad de engañar, su arte de fingir, en una palabra, toda su política, que hacía caer a su adversario en cepos diestramente colocados, largamente concebidos, que debían conducir al aniquilamiento, porque desesperaba de poder impresionar y ganar al enemigo; la carencia absoluta de magnanimidad, la imposibilidad de perdonar ofensas personales, su vanidad, que era como una herida por donde se desangraba constantemente; la incapacidad absoluta de ser imparcial y justo, son rasgos femeninos o, por lo menos, síntomas de asexualidad, una mezcla del infantil «no poder aún» y del senil «no poder más».

»También el antimilitarismo de *Azaña*-Robespierre era eunucoide. Todos los miembros del *Gobierno*—Comité de Salvación pública—fueron a los frentes—a las fronteras—. Sólo *Azaña*-Robespierre permaneció en su gabinete. Le pasaba lo que a Cicerón. No quiere esto decir que le doliese la efusión de sangre. Las *Chekas y Tribunales Populares*—Tribunal revolucionario—revistieron formas que permitían a aquellos instrumentos de exterminio un trabajo más rápido que el de un fusil. *Azaña*-Robespierre temía el combate cara a cara en iguales condiciones. No quería ser él quien asumiera ante el mundo entero la responsabilidad.

»*Azaña*-Robespierre tenía su militarismo particular, que llamaba amor al pueblo. El encontró una técnica inimitable para aniquilar a sus enemigos. Como en esto era un maestro, declaró una guerra a muerte contra sus

enemigos personales y los adversarios políticos, considerándolos como el supremo y único arte de una política revolucionaria. Como no era un revolucionario constructivo, temía los triunfos militares, en ver de dar al nuevo Estado la consagración de esa suprema actividad social.»

Tal fué aquel tipo eunucoide por constitución, invertido por vocación, incapaz de amar y sólo apto para el odio... en quien—¡oh paradoja!—el definidor de lo "grande", "selecto" y "egregio", aquel "genial" Ortega, halló y señaló en memorable tarde antimilitarista al "arquetipo" del político español...

DIEGO MARTINEZ BARRIO

Queríamos ser breves al tratar del «caso» Martínez Barrio. Y, para ello, en lo posible, nos abstendremos de aportar testimonios o juicios propios.

Afortunadamente poseemos los del hombre más calificado para emitirlos; los de Alejandro Lerroux, a quien Diego dedicaría su fotografía, ya Presidente del Consejo de Ministros, con esta expresiva dedicatoria:

Al hombre que me ha formado y al que le debo todo.

Tomamos el retrato de Martínez Barrio de la *Pequeña Historia* de Lerroux, hecho a brochazos en distanciadas páginas, por lo cual resultará una especie de mosaico.

Lerroux fué masón desde los veintiún años; ignoramos si ha muerto siéndolo; es decir, sin abjurar. Celebraríamos que muriera después de renegar de sus errores. Pero cuando escribe su *Pequeña Historia, durmiente* o no, distanciado más o menos de la Masonería, reinan aún en el ex-presidente prejuicios masónicos muy arraigados. Y es tanto más notable que supervivan en él cuando, después de haber sido durante más de cincuenta años instrumento más o menos idóneo—más que menos—de la Masonería, ella acabó con su vida política y estuvo a punto de acabar con su vida física, siendo su víctima. La *Pequeña Historia* es una recapitulación de las causas de su ruina política. Como protagonistas de

sus desgracias muestra y acusa en todas las página a Niceto Alcalá Zamora, Diego Martínez Barrio y Manuel Portela Valladares. A los tres últimos los acusa de masones, no a Niceto, pero no halla en su calidad masónica la razón y causa radical de sus traiciones personales y nacionales y acaba las numerosas páginas de su obra sin poder adivinar los motivos profundos y reales de las conductas traidoras de los tres personajes.

Se lo impide, sin duda de ningún género, la supervivencia en él de los prejuicios masónicos, que le nublan el juicio, no permitiéndole ver lo trascendental de la Masonería, tapándoselo por completo lo adjetivo. circunstancial y personal.

Véase cómo pensaba Lerroux en el exilio, acabado políticamente ya, después de 1940 :

«La Masonería habrá podido tener o no, más adelante—lo ignoro—intervención en los trabajos revolucionarios o en los que realizaron en el orden legislativo algunos gobiernos de la República, pero lo pongo en duda... En España, con excepciones personales a las que no puede referirse mi opinión, la Masonería ha decaído hasta llegar a un total descrédito. Yo no la he conocido en auge. Mis informes, que datan de mi juventud muy moza, se fundan en el conocimiento de mezquinas irregularidades, porque mezquino era todo en ella... El impulso que pudo dar la actividad organizadora de Martínez Barrio no debe haber bastado para levantar de su impotencia una institución que hoy no vive en España de su propia fuerza, sino del prestigio que le da el odio hiperbólico de sus enemigos» (1).

No refutaremos nosotros ese prejuicio de Lerroux. Lo hará Morayta, un Gran Maestre, aduciendo hechos indudables en muy corto párrafo, como es éste :

---

(1) A. LERROUX: *La pequeña historia*, pág. 58.

«Creó aparece demostrado en las anteriores páginas que FUE MUCHA LA INFUENCIA EJERCIDA EN NUESTRA HISTORIA POR LOS MASONES: lo demuestran las calles de Abascal, Alberto Aguilera, Alcalá Galiano, Andrés Mellado, Antillón, Cabarrús, Calvo Asensio, Carlos Rubio, Castelar, Cristino Martos, Conde de Toreno, Doctor Mata, Duque de Rivas, Empecinado, Espoz y Mina, Velasco, Escosura, Espronceda, Evaristo San Miguel, Fernández de los Ríos, Isturiz, Joaquín María López, Lacy, Manuel Cortina, Conde de Aranda, Malcampo, Manuel Becerra, Méndez Núñez, Martín de los Heros, Martínez de la Rosa, Mendizábal, Moratín, Moret, Oraa, Muñoz Torrero, Rivero, Núñez de Arce, Orense, Prim, Príncipe de Vergara, Quintana, Sagasta, Riego, Torrijos, Tutor (Argüelles), Porlier, Pardiñas y Ricardos.

»Aún más; las Cortes, en varias de sus legislaturas, celebradas dentro de muy distintas situaciones, declararon Beneméritos a la Patria en grado heroico a 22 españoles, ordenando que sus nombres se inscribieran sobre lápidas de mármol en el salón de sesiones. Pues no contando los de cinco anteriores a la introducción de la Masonería, y los de siete héroes del Dos de Mayo y de la Guerra de la Independencia, todos los demás son de masones: Porlier, Lacy, Riego, Empecinado, Prim, Manzanares, Miyar, Torrijos, Espoz y Mina y Menacho» (2).

Y nosotros agregamos, si con textos masónicos de indudable autenticidad podemos demostrar que durante los dos últimos siglos—los de la decadencia y de los desastres españoles—hasta el triunfo del Movimiento Nacional, el 73,68 por 100 de los Jefes de Estado fueron

---

(2) M. Morayta: *Masonería española*, pág. 359.

masones y aún más elevado llegó a ser, casi el 100 por 100, en las Repúblicas, y aproximado el de los Presidentes del Consejo masones... ¿Qué tiene que alegar Lerroux ni nadie en contra de la importancia política e histórica de la Masonería en España?

Hemos traído aquí el juicio de Lerroux relativo a la Masonería para mostrar que cuanto dice de Martínez Barrio no está influído por su odio a la Orden, de la cual era el retratado por él su más alto dignatario, por lo menos, oficialmente.

Es un retrato esencialmente humano, aspecto en el cual nos interesa como caso psicopatológico.

Como el párrafo que sigue, aun referido a Manuel Azaña, en más de un 90 por 100, puede aplicarse a Martínez Barrio—como veremos—lo reproducimos:

«Entre Azaña y yo no llegó nunca a existir compenetración ni verdadera cordialidad...

»No pudimos llegar a entendernos. El es un alma ensombrecida por no sé qué decepciones primarias, por no sé qué fracasos iniciales que le mantienen en guardia perpetua contra el prójimo. Y esa desconfianza permanente y aisladora, que esconde tras de unas antiparras mayúsculas la batería de unos ojos siempre asustados y la ametralladora de una mirada rotativa, recelosa y vigilante, es como una muralla desde cuyas almenas el castellano otea el horizonte, mira sin compasión a los siervos de la gleba que labran su terruño, desprecia a casi toda la restante humanidad y, no esperando ya nada del presente ni del porvenir, se reconcentra y recrea en la contemplación y admiración de sí mismo, porque él sabe—él cree—que lleva dentro un grande hombre» (1).

A las pocas palabras, como causa primaria de carác-

---

(1) A. LERROUX: *La pequeña historia*, págs. 138-139.

ter, habla de su *alma ensombrecida por decpciones primarias...*

Son decepciones *sexuales*, derivadas de su incapacidad de *eunucoide*, en cuya tara está incurso también el Gran Maestre.

Veamos cómo se expresa Lerroux juzgando el único encuentro parlamentario entre Azaña y Martínez Barrio, donde éste salta a la arena en defensa de los anarquistas, tan predilectos siempre de la Orden, cuando aquel masacró a unos cuantos en Casas Viejas.

«La verdad es que en la sesión famosa se pusieron frente a frente dos naturalezas análogas, dos fisiologías semejantes, dos sentimientos distintos; pero igualmente apasionados: el odio y el desprecio. La fraternidad masónica no le valió al «compañero» delante del «Gran Mallete» que se convirtió en una maza» (1).

Y entra en datos biográficos:

«No es sevillano. Nació en un pueblo de la provincia de Cádiz.

»Debe haber en su infancia uno de esos dramas domésticos que imprimen huella indeleble, a veces deformadora, en el carácter y en la naturaleza moral de las criaturas. Sospéchase que tuvo padrastro. Por lo menos, fué conocido en Sevilla un sujeto que se llamaba hermano suyo y no llevaba sus mismos apellidos» (2).

«Habla poco y despacio, con una «poyatura» interpuesta entre los períodos, que parece la iniciación de un pequeño gruñido. No mira de frente a su interlocutor, sino cuando le tiene lejos. Si está cerca sólo le mira a la cara cuando pretende sorprenderle para escrutarle; y a los ojos cuando le supone en un plano de inferioridad.

(1-2) A. Lerroux: *La pequeña historia*, págs. 156, 277.

»Su salud no es perfecta. Adiposo y blanducho, tiene indolencias de criollo: se le creería nacido y mecido en hamacas tropicales. Su mano se entrega para saludar como una concesión o un obsequio galante, pero no *habla* con ese apretón cordial, expresivo o comunicativo del afecto. Prefiere *"dejarse querer"* (3).

«Buena estatura, sin ser alto. Sería esbelto si el desarrollo de las caderas y sus anejos no señalaran demasiado unas curvas poco varoniles. Hasta hace algunos años era imberbe y de rostro aniñado, que hubiera parecido angelical sin el remango de la nariz, un poco cínica y desfachatada.

»... trato afable, talento natural, comprensión pausada, gesto abacial. Vive en perpetua cautela, como si ocultase algún secreto lamentable y temiese vérselo sorprendido» (4).

«Este, antes de ingresar en el Ejército padeció el sarampión de la doctrina anarquista, epidemia intelectual muy extendida a la sazón por todo el país» (5).

«Sin oficio ni profesión, supónese que ha ejercido algunos de esos diversos modos de vivir que no dan para vivir, y que en su adolescencia hizo el aprendizaje de tipógrafo» (6).

«Se ignora cómo ni cuándo ingresó en la Orden masónica, donde prosperó rápidamente. Sus condiciones de organizador y sus dotes de mando tuvieron aplicación fecunda en estas actividades, que se avenían tan bien con el misticismo de su carácter.

»Puede suponerse, sin riesgo de gran error, que en la Masonería encontró Diego el terreno más adecuado para desenvolver sus aptitudes» (7).

«Quienes sospechen el alto y disimulado concepto

(3-4-5-6-7) A. LERROUX: *La pequeña historia*, págs. 277, 278, 279.

que Martínez Barrio tiene de sí mismo, comprenderán el drama íntimo de esa alma encendida de amor propio e inflamada de ambición de última hora, cuando ha creído descubrir en sí mismo un estadista. Su discreción y su modestia aparente no son sino aspectos de su timidez.

»Porque Martínez Barrio es, sobre todo, un *tímido* de la clase de los estudiados por Marañón... Es fenómeno que se da en los hombres de sexo poco acusado, como Azaña, como Jiménez Asúa. No tienen amores, no tienen hijos. Sus mujeres propias, otras no conocen, son honestas amigas que cuidan del hogar, aman al compañero y desprecian o compadecen al varón. También se conocen por arpías. En el hogar de Martínez Barrio hay unas santas y dignas mujeres, que admiran como magnífica simpleza y sencillez aldeana, al genio que les ha tocado en suerte» (8).

El tipo eunucoide aparece, no sólo morfológica, sino también psicológicamente retratado.

Como puede apreciarse con toda claridad, el retrato de Lerroux coincide muy exactamente con el de Azaña, trazado por nosotros, y ambos, con el de Robespierre, pintado de mano maestra por von Hentig.

Ahora, para completarlo, una otra cara, también oculta, de Martínez Barrio: la masónica, según se la viera Lerroux en los largos años de coexistencia.

«Lerroux—él escribe en tercera persona—, que ingresó en la Orden de la Masonería lleno de ilusiones y de esperanzas humanitarias a los veintiún años, y que las había perdido todas tres años después, no pudo nunca alternar con Martínez Barrio en ese terreno, ni le ofreció su concurso, ni jamás, jamás, fué solicitado por su amigo para una obra cualquiera dentro de la orden.

---

(8) A. LERROUX: *La pequeña historia*, págs. 280, 281, 282, 283.

»¿Desconfianza, disgusto, recelo, temor a posibles competencias en terreno acotado?... ¡Quién sabe!» (9).

¡Quién sabe!...—exclama Lerroux, incapaz de comprender los motivos de la reserva masónica para con él de su segundo en el Partido Radical.

No es difícil explicarla. Lerroux, extremista en política, sin ser superado en demagogia por ningún político izquierdista, bárbaro, soez, sacrílego, aliado y excitador de asesinos e incendiarios—aliado de aquel satánico Ferrer, el regicida, magnicida y asesino exterminador de sacerdotes, servidor valeroso de la Masonería—recordemos cuando se atrevió a pretender llevarnos a la Guerra mundial, en el fondo, era burgués y, a su modo, pretendía ser patriota... Su burguesismo y neopatriotismo eran explotables por la Masonería en la época de proselitismo republicano; pero a condición de que no fueran sinceros. Pero Lerroux era sincero en lo que él consideraba patriotismo y burguesismo; claro es, con la tara de su innata elasticidad ética epicúrea y de *bon vivant*, un tanto a la francesa. Su flaqueza ética lo puso en las manos de la Masonería, y cada vez que se desmandaba un poco hacia el patriotismo, ella lo amenazaba y, si no bastaba, recibía el trallazo de un escándalo, quedando su fama y moralidad muy malparada. Recordemos aquello de las «aguas de Dos Rius», lo de la «cal y el cemento» de *su* Ayuntamiento de Barcelona, y anotemos que no fueron gobiernos ni partidos monárquicos quienes promovieron los escándalos, pues Lerroux fué denunciado por el bando masónico: separatista-regionalista y republicano-socialista..., el hecho tiene demasiada elocuencia.

Llegó la República, muy necesitada de figuras con historia republicana; sólo era verdaderamente «históri-

(9) A. Lerroux: *La pequeña historia*, págs. 280, 281, 282, 283.

co» Lerroux, y debieron reconstruirle una virginidad moral de ocasión para que pudiera entrar como figurón de primera clase en el famoso gobierno provisional el 14 de abril.

España entera pudo asistir a la carrera contra el reloj disputada por Lerroux al resto del equipo para ver si podía llegar a situarse más a la izquierda que los demás. Pero era empresa imposible para él, burgués, si no se declaraba comunista, anarquista o, por lo menos, socialista... y hasta eso hubiera sido en balde para él; todas las plazas ya estaban de antiguo copadas en las tres organizaciones extremistas.

Debió Lerroux, el jefe de los «jóvenes bárbaros», resignarse a ser «derechista»..., papel que le había asignado en el reparto la Masonería, con artera y maquiavélica intención.

Debía Lerroux, republicano auténtico, polarizar en torno a él toda la cobarde masa conservadora y plutocrática, que vería en el antiguo «joven bárbaro» un defensor de sus intereses materiales, sin mucho importarle si, a cambio, habían de sacrificar los de Patria y Religión... Más aún, Lerroux, dada su falsa posición «a la derecha», debía también polarizar la *reacción nacional* provocada por la barbarie y demagogia masónico-marxista, llevada al extremo posible en la primera etapa de la Revolución iniciada. Debía polarizar la *reacción nacional*... para frustrarla y dar lugar a otra oleada revolucionaria.

Para garantizar su obediencia y asegurar la frustración de la *reacción nacional* se colocó a su flanco, suave, sumiso, taimado, al propio Gran Maestre de la Masonería, Diego Martínez Barrio, dirigiendo un compacto grupo de diputados masones encargados de secundarlo.

La *reacción* nacional llega en 1933, y si no se polariza toda ella en torno a Lerroux, sí se le une gran parte

de su masa, quedando él y su Partido Radical de árbitro parlamentario y gubernamental, ya que numéricamente decidía la mayoría.

Lerroux se sintió con fuerzas para intentar obrar con independencia; no en sentido genuinamente nacional, sino *conservador*..., quiere decirse, no acabar con la Revolución; frenarla para disminuir la velocidad de sus avances.

Tal independencia y tal propósito eran una desobediencia; era salirse del papel que la Masonería le asignara. Lerroux debía engañar a la masa nacional y frustar su decisión contrarrevolucionaria, convirtiendo en inútil e ineficaz su fuerza parlamentaria y popular. La Revolución, amparada por el gobierno de Lerroux, y gozando de impunidad brindada por él, debía continuar en el campo y en la calle...

Lerroux no lo quiso así, concedió mucho, pero no bastante. Y la Revolución de Octubre estalló con todos los horrores de su barbarie.

Y llegó para Lerroux la hora del tormento interior y de sus contradicciones. Ideológica y biográficamente se hallaba con los revolucionarios derrotados, exilados y encarcelados, como él había estado tantas veces en su azarosa vida... ¡Con qué amargura interior, con qué embarazo espiritual, recibía los homenajes y felicitaciones de los ingenuos que creían había pasado el Rubicón, entrando en el campo nacional y antirrevolucionario!...

No se rompe con una ideología que caló hasta el tuétano ni se rompe absolutamente con quien se ha convivido, combatido y triunfado hasta la misa víspera...

Cuando el entusiasta e ingenuo Pérez Madrigal —neófito radical— vuelve de Asturias trayendo aún en sus pupilas espantadas las horrendas imágenes de los religiosos colgados y quemados en los árboles del Par-

que, de los Guardias civiles despedazados, de las mujeres violadas, de las cajas dinamitadas y robadas y pinta el horror con su verbo cálido al viejo Lerroux encamado, el ex-jabalí queda pasmado escuchándolo...

«Nuestra misión es perdonar... debemos librar de las garras reaccionarias, de la justicia militar y de la policía a tantos y tantos hermanos idealistas... Tal es la misión que me dicta mi ideología, mi historia y mi amor a la República.»

Y en esta confesión, que Lerroux no cita en su *Pequeña Historia*, se halla la razón *subjetiva* de cuanto después le acaeció a él y, lo que es peor, acaeció a nuestra Patria.

Esa debilidad interior, nacida de su contradicción innata, fué aprovechada muy a fondo por la Masonería, que delegó a su lado un otro masón, más peligroso, con más *alto grado real, grado internacional,* que fué Manuel Portela Valladares.

La Revolución debía continuar, su derrota en Alemania imponía velocidad, evitar toda pausa y alinear la española con la internacional, que Moscú y la Masonería fraguaban en el decidido Frente Popular.

Lerroux, esterilizado primeramente por su propia contradicción interior, acometido por la izquierda y por Alcalá Zamora, entonces el más eficaz instrumento de la Masonería, entró en período consuntivo, sin siquiera saberlo.

Cuando surgió el escándalo del *Straperlo,* el aparato revolucionario había sido reconstruído desde el Gobierno de Cataluña, y luego desde Gobernación, por Portela Valladares, secundado en la Policía por el masón, Vicente Santiago.

La Masonería tenía una dificultad para rematar a Lerroux con un escándalo. No podía resucitar ningún antiguo «affaire» del período monárquico en contra

suya, porque, lavado de toda culpa en el *Jordán* del 14 de abril, sus enemigos lo habían admitido a su lado en calidad de «patriarca» de la República. Era necesario tomar como pretexto un «affaire» ulterior, muy reciente; contemporáneo de la colaboración entre Lerroux y las derechas.

Y surgen dos judíos, Straus y Perlo, como caídos del cielo, y con depurada técnica de profesionales del chantaje, explotando la candidez y tendencias familiares del ahijado de Lerroux, Aurelio, y envolviendo a la vez a Salazar Alonso, el odiado Ministro de Gobernación, se hicieron con pruebas perfectas de su corrupción. El asunto frustrado, la corrupción insignificante; no pasaba de ser un regalo corriente, de los admitidos en la ética general de los políticos al uso. Pero tomado el hecho por la máquina de propaganda masónica y explotado a fondo por el Presidente de la República en complicidad con los del Frente Popular, acabó grotescamente con Lerroux, y salpicó el fango calumnioso a las derechas colaboracionistas, cogidas por sorpresa en el engranaje del escándalo, sin que Gil Robles, el «gran jefe», supiese adoptar una decisión tajante: fulminar a Lerroux o defenderlo a fondo, si creía en su inocencia y se creía con inteligencia y fuerzas para destruir la maniobra, impedir sus efectos en la opinión y castigar al más evidente y vil autor de ella, Alcalá Zamora, llegando al golpe de Estado, si era preciso, previa la descalificación parlamentaria del Presidente de la República, demostrando, como tan fácilmente podía demostrarse, su complicidad con los revolucionarios asesinos y desvalijadores de Octubre.

Sólo así, dispuestos a todo los partidos de la mayoría parlamentaria se hubiese podido vencer en la sucia batalla que les ofrecían los revolucionarios. No supieron, mejor, no se atrevieron a librar batalla y quedaron

moralmente muertos los que habían triunfado en las urnos dos años antes; cadáveres insepultos y ambulantes, putrefactos, oliendo a las inmundicias que les arrojaron las izquierdas, sin ser ya capaces de devolvéselas.

Y así, derrotados moralmente, hediendo a basura, se dejaron llevar a la batalla electoral, sin valor ni fuerzas ya, para oponerse a que presidiera la elección un traidor, el hombre más eficiente de la Masonería en estas lides, Portela, cuya misión era—y yo la denuncié veinte días antes de ser él Presidente del Consejo—traicionar a las derechas y dar el triunfo al Frente Popular, que era tanto como dar ganada la batalla al Comunismo para la esclavización y destrucción de España.

Si Lerroux hubiera sido un homosexual, como Azaña y Martínez Barrio, todo se hubiera simplificado. Si él se creyó con fuerzas para superar el escándalo del *Straperlo,* no hubiera resistido al *chantaje* que la Masonería le hubiera hecho con su vergonzosa tara. No siéndolo Lerroux, la cosa se complicó, y los dos sodomitas, Azaña y Martínez Barrio, debieron apelar a recursos extraordinarios para lograr los designios de traición que les imponía la Masonería.

Era necesaria esa larga introducción para explicar a las nuevas generaciones lo sucedido y su razón, porque Lerroux ha muerto sin hallarles explicación, ya que murió sin saber o querer ponderar el factor masónico y el sodomita en aquel decisivo instante de la política española, en el cual se decidió—ignorándolo quienes más obligados estaban a saberlo—si España seguiría siendo España o una colonia comunista de la U. R. S. S. Determinando aquellas culpables ignorancias de Lerroux y Gil Robles que el evitar la muerte a nuestra Patria costase la hecatombe del millón de muertos españoles... ¡Con lo fácil que hubiera sido evitada por los dos si

se deciden a darle un puntapié a la «legalidad» republicana el 10 de octubre de 1934!

Volvamos a dejarle la palabra a Lerroux:

«Algunas veces ha debido preguntarse Lerrox—escribe de sí en tercera persona—si no habrá sido ése su apartamiento desdeñoso de la Masonería lo que haya motivado una ya antigua persecución de muchos masones contra él, aprovechada por sus enemigos tradicionales los socialistas y por sus enemigos «íntimos» los republicanos, aquellos de quienes dijo el noble, bondadoso e integérrimo don Nicolás Estévanez que mientras Lerroux conspiraba contra la Monarquía ellos conspiraban contra Lerroux. Acaso, también, el misticismo y la sólida fe masónica de Martínez Barrio hayan podido ser utilizados para volverle contra Lerroux, envenenando su alma, ofuscando su razón...» (10).

Un «misticismo» forzado, señor Lerroux—¡qué sabe usted de misticismo!— ; el impuesto por hallarse encadenado a los auténticos mandos judíos de la Masonería por su vergüenza de invertido.

«...La Masonería pudo creer arrogantemente que la República fué una conquista suya. El 10 de mayo de 1931 hizo ver a Lerroux el peligro de una política de persecución. Todas las fuerzas orgánicas conservadoras del país habían recibido a la República sin hostilidad; hasta la Iglesa, el Ejército, la Magistratura, la Banca y la Guardia Civil. Todo ese cimiento aún no fraguado podía reblandecerse. Lerroux, al regresar de Ginebra, inició una campaña política prudente y mesurada, por discursos de donde irradiaba su voz hacia esos centros vitales, preconizando la tolerancia y la reconciliación encaminadas a consolidar en la conciencia nacional una República para todos los españoles, donde pudieran con-

---

(10) A. LERROUX: *La pequeña historia*, pág. 283-284.

vivir los españoles todos por la Nación y para la Nación.

»...Y es de presumir que por entonces el fanatismo de la Masonería, única fuerza de la Orden, como la fiebre es la de los tuberculosos, empezó a envenenar el alma del pobre Martínez Barrio, antes tan bueno, tan leal y con las manos y el corazón tan limpios.

»Recuérdese—coincidencia extraña—que por aquel entonces o muy poco después, Azaña se inició en la Orden» (11).

Escéptico Lerroux, dice que la «Masonería pudo creer *arrogantemente* que la República fué una conquista suya»... ¿Y no lo fué?... ¿Quién si no la Masonería, también poderosa en la Monarquía saguntina—*todopoderosa* desde la caída de Primo de Rivera—les regaló *en bandeja de plata*—según frase del patriota Mola—la República el 14 de abril?... ¿Tenían ustedes, los republicanos y socialistas, fuerzas para instaurarla, sin que el Gobierno del Rey se la regalase en casa de Marañón?...

Explica Lerroux en su libro cómo bastaron tres hombres, Alcalá Zamora, Portela y Martínez Barrio, para regalarle el Poder al Frente Popular... Más de tres hubo junto al Rey de su misma personalidad, y hasta más elevada en Masonería, para poder regalarles España a los republicanos y socialistas.

¿Qué otro lazo, qué otro común mandato podía existir entre los «monárquicos» que la regalaban y los republicanos que recibían el *regalo?...* Diga, don Alejandro.

Volvamos a la época del segundo «regalo».

«Lerroux iba también acumulando los que él llama sacrificios por amor a la República, unos sobre otros,

---

(11) A. LERROUX: *La pequeña historia*, pág. 284.

generosidad sobre generosidad, abnegación sobre abnegación. Por esa regla de conducta, acaso no muy acertada, pero sí muy limpia, Martínez Barrio pudo llegar donde seguramente ninguna bruja de Macbeth le habría pronosticado, a la Presidencia del Consejo de Ministros» (12).

No llegó a la Presidencia por los «sacrificios» de Lerroux, ninguno voluntario, según él mismo confiesa, sino forzados. ¿Quién forzaba a Lerroux a realizarlos? ¿Quién hacía que beneficiasen continuamente al Gran Maestre de la Masonería? ¿Será necesario decirlo?

«Martínez Barrio era, a lo que parece, un hombre de conducta moral irreprochable, bondadoso y formal. Y si no era esto, era, entonces, un tímido triste y melancólico; es decir, un anormal, un enfermo. Pero sea lo que fuere, según confesión propia, *se lo debía todo a Lerroux*

»Ahora bien, ¿qué política había hecho Lerroux, qué rectificación en su política, qué defección en su consecuencia, qué traición a sus convicciones o a sus compromisos, o a sus compañeros, o a su partido, que motivase y justificase la disidencia de Martínez Barrio?» (13).

¿Le parece poco la *traición de no traicionar* totalmente a la *reacción nacional* de 1933?... ¿No quiso Lerroux saber que tal era el papel asignado a él por la Masonería?...

Yo lo veremos a Lerroux buscar, confuso y dolorido, motivos normales para explicarse los ataques de tantos masones a quienes no ha ofendido.

Y se pregunta refiriéndose a Diego:

«¿Puede cambiarse tan radicalmente de sentimientos de la noche a la mañana? En esta mudanza concu-

(12-13) A. Lerroux: *La pequeña historia*, págs. 285-286.

rrieron circunstancias que demuestran con evidencia indiscutible dos cosas: la deslealtad preparada y premeditada y la complicidad de la Masonería» (14).

Menos mal; es tanta la evidencia, que Lerroux se atreve a hablar de la *complicidad* de la Masonería. No; ella no es «cómplice», es la autora principal. Martínez Barrio es un subordinado; la Orden es quien le hace «cambiar tan radicalmente de sentimientos de la noche a la mañana»; lo cual resulta inexplicable a don Alejandro por no plantear el problema en sus verdaderos términos.

Y podía él hacerlo al advertir que:

«Todos los Diputados que le acompañaron en su disidencia—al Gran Maestre—, así como los amigos más destacados que le siguieron, pertenecían a la Orden masónica.

»Luego hay derecho a deducir que Martínez Barrio se convirtió en instrumento voluntario de la Masonería contra el partido Radical. Luego ha sido *desleal a su partido*.

»Pero el partido Radical había llegado a ser, por las circunstancias y sin tener mayoría en el Parlamento, el único instrumento de Gobierno para el nuevo Régimen. A destruirlo se dedicaron intrigas y pasiones del Presidente de la República, que fomentó la disidencia de Martínez Barrio, resultando a su vez, por esta complicidad, el catolicísimo Alcalá Zamora instrumento de la Masonería; y coincidentes y sumadas estas fuerzas, herido de muerte el partido Radical, único sostén firme y leal de la República, que quedó entregada a la anarquía. Luego Martínez Barrio fué *desleal a la República*.

»...como muy luego se vió, Martínez Barrio, Azaña y los socialistas, antes enemigos mortales, separados

---

(14) A. LERROUX: *La pequeña historia*, págs. 285-286.

por ciénagas de «sangre, fango y lágrimas», se unieron para formar el *Frente Popular,* al que el Presidente de la República facilitó un amañado triunfo electoral por mediación de Portela Valladares y luego de Casares Quiroga y de Barcia, todos ellos masones, nada menos que tres Grandes Maestros, los que, degradando y envileciendo el Poder llegaron a ponerlo en manos de Rusia comunista, que ha traído a España sus hordas para desatar en ella una guerra social sembradora de la anarquía y destructora de la Patria en beneficio de una nación extranjera o Dios sabe cuántas. Luego Martínez Barrio *ha sido desleal a su Patria.*

»Sí, pronunciemos la terrible sentencia: *Martínez Barrio ha sido desleal a su partido, desleal a la República y desleal a la Patria»* (15).

En estos párrafos ya se aproxima Lerroux más a la verdad; la diría plena si cambiase la palabra «desleal» por la de *traidor* al partido, a la República y a la Patria.

Más aún. Veamos hasta dónde puede arrastrar a un pederasta la Masonería encadenándolo con su tara:

«Rebollo era un buen amigo de Martínez Barrio desde la primera juventud. Compartió con él, y con tantos amigos nuestros, que fueron cayendo para no levantarse más, las vicisitudes de aquellas luchas ardientes, apasionadas, que sostuvo en su nacimiento el partido Radical.

»Un día se despidió para América; estuvo ausente algunos años y regresó otro día con una fortuna mayor o menor, ignoro su cuantía, pero suficiente para permitirle ayudar a sus amigos predilectos y contribuir a las cargas de la política local.

»Triunfó la República. Martínez Barrio fué Ministro. La casa y hogar que en la Serranía de Huelva,

(15) A. LERROUX: *La pequeña historia,* págs. 286-287.

para su regalo y descanso, se preparó Rebollo, fué compartida a temporadas por Diego. Otras temporadas Rebollo le servía de secretario en Madrid.

»Llegó la tremenda revolución de ahora. Rebollo estaba en su pueblo de la Serranía. Un día, las fieras del Frente Popular, uno de cuyos prohombres es Martínez Barrio, sacaron a Rebollo de su casa y se lo llevaron a las tapias del cementerio.

»Al atravesar la plaza del pueblo, Rebollo, que comprendía cuál iba a ser su destino, se detuvo frente a la iglesia, angustiado y vacilante, sin saber por qué ni para qué. Debió acordarse de su infancia, de su madre, de su hogar» (16).

¡Debió acordarse de Dios, y a El acudió en aquel supremo instante!... ¡Dígalo, señor Lerroux, si quiere ser veraz!

«Debieron sonar en sus oídos las campanas que repicaron alegres para el bautizo de sus hermanas, que tañeron fúnebres para el entierro de su padre, que le anunciaban al vuelo la alegría aldeana de todos los domingos... Y, brutalmente empujado por uno de los verdugos, que no podía comprender su emoción, cayó de rodillas. Y allí le mataron, en la plaza, frente a la iglesia, con los brazos en cruz» (17).

Nadie muere con los brazos en cruz si no es pidiendo perdón a Dios para sí mismo y para sus verdugos.

Y Lerroux fulmina estas palabras contra el Gran Maestre:

«Diego: allí, cerca del hogar que generosamente compartió contigo, tus correligionarios del Frente Popular asesinaron a Rebollo, tu amigo, tu Mecenas, tu secretario... ¿Le asesinaron? ¡Le asesinasteis!» (18).

Hemos de abreviar. Sólo unas notas de Lerroux

(16-17-18) A. LERROUX: *La pequeña historia*, pág. 288.

sobre el complot para entregar el Poder al Frente Popular:

«Los rebeldes de ayer, Azaña, Largo Caballero y otros, absueltos por los Tribunales, comparecían amenazadores en la plaza pública. Amenazadores y cínicos, escoltados, cuando no protegidos, por el Ministro de la Gobernación, que regentaba un Gran Maestre de la Masonería catalana, permanentemente asistido, aconsejado o intervenido por otro Gran Maestre, el del Gran Oriente Español» (19).

Sobre Alcalá Zamora, sintetiza su moral así:

«No se detiene ante ninguna antinomia, contradicción o paradoja por absurda que sea, si ella le proporciona ventaja para la satisfacción de sus rencores y pasiones menudas.

»Liberal, demócrata y gubernamental, sólo está a gusto con los demagogos que le halagaron y explotaron en la cárcel su vanidad fementida.

»Católico, apostólico, romano, practicante ostentoso de su religión, cuando tiene que elegir prefiere a blasfemos como Prieto, a ateos como Largo Caballero, a masones como Martínez Barrio o a judíos como... Strauss» (20).

«La propaganda revolucionaria, hecha a pretexto de la represión del 34, con el arte de los que se han ejercitado en inflar los sucesos para explotar el sentimentalismo morboso de las masas; la exaltación de las juventudes extremistas, lograda con el aparato bélico de uniformes, banderas, gallardetes, armamentos, formaciones, ejercicios, desfiles, himnos incandescentes; la impunidad de toda clase de atentados contra la propiedad y la vida; el gasto considerable que todo esto supone;

(19) A. Lerroux: *La pequeña historia*, pág. 478.
(20) A. Lerroux: *La pequeña historia*, pág. 486.

los alijos de armas ; la creación de diarios rotativos ricamente organizados al servicio de socialistas y comunistas ; toda esa ola rugiente y trepidante, ¿podía ser ignorada o desconocida por Portela Valladares, Ministro de la Gobernación durante varios meses anteriores, por Alcalá Zamora que tenía los *escuchas* de su Secretaría en intimidad asalariada de periódicos y organizaciones extremistas?» (21).

«Pero ello es, resumiéndolo todo, que habiendo podido don Niceto resolver la crisis total planteada por Chapaprieta, de una manera desinteresada, supremamente patriótica, entregando su confianza a un Gobierno Nacional de plenos poderes, mediante un acto de autoridad que hubiese tenido el aplauso del país o confiándole el encargo a Gil Robles, Alba o—¿por qué callármelo?—devolviéndomelo a mí, que había promulgado una amnistía conciliadora y hecho frente con fortuna a una revolución violenta, se lo entregó a Portela Valladares. Y el decreto de disolución de las Cortes que se publicó el día 7 de enero de 1936» (22).

«El Gobierno, por su parte, empezó a maniobrar. Todo su afán se cifró en «robar las escobas hechas». Había que formar un partido de centro izquierda y llevar al Parlamento una fuerte representación equivalente a una mayoría y para ello enfocó sus baterías contra el partido Radical» (23).

«Las elecciones se celebraron el 16 de febrero de 1936, domingo. El jueves 20 se verificó el escrutinio general.

»Al día siguiente del escrutinio el resultado electoral fué una sorpresa para unos y para otros : con una buena mayoría total de votos en las 50 provincias o

(21) A. LERROUX: *La pequeña historia*, pág. 498.
(22) A. LERROUX: *La pequeña historia*, pág. 499.
(23) A. LERROUX: *La pequeña historia*, pág. 501.

circunscripciones electorales de España las derechas obtuvieron menos diputados que el Frente Popular» (24).

No dice Lerroux cómo pudo realizarse tal «broma» electoral.

Debemos ilustrar a los lectores, pues muchos lo habrán olvidado y más aún no lo habrán sabido nunca.

La masónica maniobra electoral de Portela para entregar el Poder al Frente Popular se desarrolló en estas fases :

1.° Puso en vigencia el Censo electoral que rigió el 14 de abril de 1931, reformado para las Constituyentes, anulando *ilegalmente* el ulterior, terminado el año precedente. ¿Por qué? Sencillamente, porque el 14 de abril aquel Censo tenía incluídos miles de votos dobles, falsos, todos de izquierda ; sólo en Madrid, más de 30.000, aumentados en otros tantos, por lo menos, al incluir las mujeres en él...

Esta cantidad de votos falsos garantizaban la mayoría a las izquierdas en Madrid, Barcelona y en otras ciudades populosas. Y un voto de mayoría suponía el triunfo del 80 por 100 del total de diputados elegibles en la circunscripción electoral ; en Madrid, por ejemplo, 16 de los 20 elegibles.

2.° Portela funda el partido Centro ; dirigido por él, Presidente del Consejo, y por su Ministro de Gobernación, teniendo tras ellos al Presidente de la República. Todos «burgueses» y hasta disfrazado de «católico» Alcalá Zamora. Los votos que arrastraron para los 200 y pico candidatos que presentaron y los que lograron por coacción y robo gubernamental, ¿a quién se los restaron?... Al Frente Popular, no. Se los robaron a los candidatos derechistas, haciéndoles perder en muchas provincias la mayoría y, con ella, las cuatro quin-

(24) A. Lerroux: *La pequeña historia*, pág. 504.

tas partes de los diputados elegibles que les hubieran correspondido. Así pudo darse la «paradoja» de obtener más votos las derechas y más diputados las izquierdas, tan sólo por hallarse divididos en dos candidaturas, gracias a Portela, los votos derechistas.

3.° Aun con el *premio* de las mayorías de diputados, regaladas por Portela, el triunfo del Frente Popular no se había logrado; igual podían resultar elegidos diez o doce diputados, pero no más, de mayoría en la derecha o en la izquierda, una vez realizado el escrutinio de la primera vuelta. Y, además, faltaba la segunda en varias provincias, donde las mayorías, todas de derechas, por su fraccionamiento, no habían conseguido el porcentaje legal necesario, y la elección debía repetirse al domingo siguiente. Como siempre en estos casos, las derechas se hubieran unido para superar el coeficiente, aun cuando no era necesario, pues bastaba con volver a obtener la mayoría relativa para que se beneficiaran con el premio del 80 por 100 de diputados en la candidatura.

Ante esto, Portela expide a todos los gobernadores aquel famoso telegrama circular, calcado en el que dirigiera Berenguer a los Capitanes Generales el 14 de abril, dando por cierto el triunfo electoral del Frente Popular, como aquél diera por cierto el triunfo de los republicanos. El de Portela tuvo el mismo efecto que el del General de Anual. Casi todos los gobernadores huyeron. Las turbas pistoleras se adueñaron del poder provincial, de la máquina electoral y rompieron actas, falsificaron otras y se fabricaron un «triunfo» democrático, perfectamente legal...

No bastaba. Portela abandona el Gobierno en favor de Azaña, y la segunda vuelta electoral se celebra bajo la coacción gubernamental y pistolera del Frente Popular.

Siga Lerroux:

«Creo que fué al día siguiente del escrutinio cuando, coincidiendo la cobardía de Portela Valladares, la impaciencia del Frente Popular y la incapacidad moral, intelectual y viril del Presidente de la República, el Poder público pasó de las manos de aquél a las del que iba a ser y fué desde ese momento testaferro de la Rusia soviética, mandatario sin voluntad ni personalidad de los marxistas españoles: Azaña» (25).

«Cuando la Historia se ocupe—que se ocupará—de la crisis que entregó el poder al *Frente Popular,* al historiador le costará trabajo acreditar que el hecho no se produjera como resultado de una intriga en la que colaborasen de común acuerdo Alcalá Zamora, Azaña y Portela Valladares» (26).

«Si don Niceto en 1933 le había dado el poder a Martínez Barrio a pretexto de hacer unas elecciones imparciales y con el mismo aparente pretexto se lo dió a Portela en 1936, Su Excelencia no debió traspasárselo a Azaña, suponiendo que era el hombre representativo de las izquierdas triunfantes con la coalición electoral, porque ese triunfo era todavía dudoso y discutible, por lo menos, hasta que las Cortes dijesen su última palabra» (27).

«...Si el Frente Popular hubiese tenido que encontrarse con un Gobierno legítimo, asistido de un Ejército disciplinado, el Ejército no hubiera tenido que escoger entre la ley escrita que sus mismos autores vulneraban y la ley moral de la que viven las sociedades y los pueblos por encima de todo.

»Entonces nadie hubiese podido sospechar que la

---

(25) A. Lerroux: *La pequeña historia*, pág. 505.

(26) A. Lerroux: *La pequeña historia*, págs. 511-512.

(27) A. Lerroux: *La pequeña historia*, pág. 512.

coincidencia apresurada de don Niceto con la prisa de Azaña y la fuga de Portela fuese complicidad.

»En cambio, la de Portela con el Frente Popular no ofrece dudas. La permanente asistencia del Gran Maestre de la Masonería nacional en su despacho y en el de Gobernación demuestran que la fraternidad y la obediencia a organizaciones subordinadas a poderes internacionales revolucionarios habían influído poderosamente al servicio del *Soviet*, cuya portada o cuya máscara era el Frente Popular, su Lenin español Largo Caballero y cuyo mascarón de proa era Azaña» (28).

A continuación cita párrafos de una información de «Blanco y Negro», sin dar el nombre del autor, aparecida dos y una semana antes del as elecciones. Su autor fué el mismo que te habla, lector :

Es un testimonio probando que hubo quien dijo a Gobierno y derechas lo que aquellas elecciones suponían. Lerroux dice antes de copiarme :

«Meses antes se anunció que se fraguaba un movimiento revolucionario de amplia envergadura social-internacionalista : en mayo, un libro daba el alerta con frases que creyéronse proféticas, señalando incluso que Asturias, a las pocas horas, sería totalmente dominada por los elementos rebeldes, con el pretexto de la entrada en el Gobierno de unos Ministros de la Ceda, estallaría el movimiento» (29).

Este era el antecedente citado por mí, con relación a la Revolución de Octubre, para obtener crédito en la anuncia para el próximo futuro.

Y sigue copiándonos Lerroux :

«Tenemos la misión de decir la verdad al lector. No queremos que ocultándola, pueda vivir tranquilo en

---

(28) A. LERROUX: *La pequeña historia*, pág. 513.
(29) A. LERROUX: *La pequeña historia*, pág. 519.

brazos de una confianza injustificada, fiado en milicia, en movilizaciones civiles, en fantásticas fuerzas de choque antimarxistas.

»No hay nada. Todo lo más, un puñado de héroes dispuestos a lanzarse a la calle en cualquier momento; pero sin garantía alguna, con el peligro de morir estérilmente, cazados por el enemigo, que les supera en organización, armamento y número.

»¡Así estamos al año de la Revolución de Octubre! Los Jefes... ¡Oh los Jeefs! Ni saben ni parece que quieran saber mucho de todo esto. Permiten que se construya un escaparate... y nada más. Lo decisivo para ellos es lo electoral. Los votos, las actas, el discurso parlamentario...

»No piensan que la lucha la han planteado los revolucionarios en la calle, en la encrucijada, en la mina, en la fábrica, en los tejados...

»Allí se decidirá la contienda. Será el triunfo para el que mejor haya organizado el combate y sus consecuencias» (30).

Pudo copiar Lerroux esto también de aquella información:

«Hemos de hacer resaltar la novedad, muy reciente, del enlace del partido comunista español y de la Internacional con el «Frente Popular»; la línea que parte del *Politburó* de Moscú (léase desde Stalin), llega a sitios insospechados...

»El peligro ha crecido enormemente. Malo es un Estado estúpido y cobarde; pero es mucho peor un Estado cómplice...

»En el VII Congreso de la Internacional Comunista, se ha considerado a España como el país donde más

---

(30) A. LERROUX: *La pequeña historia*, pág. 520.

posibilidades de triunfo tiene el comunismo. Así lo estiman los técnicos de la revolución.

»Y nosotros también» (31).

Y sigue Leroux por su cuenta:

«El triunfo legítimo de los candidatos de la coalición electoral republicana, contraria al Frente Popular, que fué anulado por las malas artes del Gobierno Portela y la tolerancia o pasividad de don Niceto, hubiese impedido la explosión de la guerra civil. Pero si ésta hubiese estallado, provocada por una iniciativa de revolución social, aun en el supuesto inadmisible de que se hubiese extendido a todo el país, habrá de reconocerse que lo que ha dado más fuerza al Frente Popular, contra el alzamiento nacional que representa el alma verdadera del país, el espíritu tradicional de la raza, la epopeya permanente de nuestra Historia, es ese alarde de hallarse ungidos sus gobiernos de aquella legalidad que, fabricada aquí por los monederos falsos, se pasea como legítima por cancillerías, embajadas, ministerios de política exterior y se sienta, representación de la barbarie y el crimen en ejercicio, como entre parigualés en la Asamblea de Ginebra (32).

»¿No fué ignorancia, ni incapacidad, ni miedo de Portela Valladares?...

»Pues entonces fué *complicidad*. Complicidad con los separatistas de Vasconia y Cataluña; con los comunistas, los anarquistas y los socialistas; con los republicanos traidores a la República por idiotismo; con los dinamiteros de Asturias, y los pistoleros de Barcelona y los atracadores de Valencia y los asesinos de todas partes, y los técnicos del bolchevismo ruso importados a nuestro país.

---

(31) MAURICIO KARL: *Blanco y Negro*, 2 febrero 1936.

(32) A. LERROUX: *La pequeña historia*, págs. 530-534.

»En resumen, Portela Valladares ha sido cómplice de los enemigos de la Patria. Para ello fué necesario que coincidieran dos errores : el mío juzgándole regenerado para volverle a la vida pública, y el de don Niceto eligiéndole instrumento de su venganza y su rencor contra mí, contra Gil Robles y contra todos los que no se le supeditaban» (33).

Lerroux oculta su verdad aquí. El se achaca en absoluto la culpa de haber «resucitado» a Portela Valladares, después de la Revolución de Octubre. ¿Motivo alegado por él?... Uno peregrino : el encuentro fortuito en Mondáriz, donde Portela escribe un libro sobre Prisciliano—esto que sigue no lo dice Lerroux, lo ampliamos nosotros—sobre aquel único heresiarca «gnóstico» español importante, del que Portela, impíamente, satánicamente, judaicamente, pretende que su cuerpo es el que los españoles reverenciamos como el del Apóstol Santiago y Patrón de nuestra Patria en Compostela (34).

Lo del «Priscilianismo» lo recuerda Lerroux, como detalle pintoresco un par de veces ; pero no que Portela enlazaba con el hereje al «nacionalismo» gallego.

No es un capricho el de Lerroux. Hace Gobernador General de Cataluña en el crítico momento en que ha sido vencida la rebelión separatista a un ex ministro del Rey, que ni siquiera se ha tomado el trabajo de declararse republicano...

El libro recordado por Lerroux encierra las dos ra-

(33) A. LERROUX: *La pequeña historia*, págs. 530-534.

(34) Es curioso y caso único para nosotros. El herético libro de Portela tiene dos portadas, con sendos títulos diferentes: la exterior lleva el de *Ante el Estatuto*; la interior: *Unificación y diversificación de las nacionalidades.—El Priscilisnismo.* Sin duda, quería vender gato por liebre: la herejía por el Estatuto, para procurar mayor venta y mayor mal, ya que «el Priscilianismo», de anunciarse por fuera, dejaría indiferentes a los ignorantes regionalistas y separatistas.

zones que le dictaron el nombramiento : su heterodoxia ; es decir, su masonismo : grado 33, Ex Gran Maestre de la Masonería catalana y, seguramente, no ignorando su alto *grado internacional* en la Mundial. Y, a la vez, su separatismo, disfrazado de regionalismo, lo cual le permite dar una mano a Cambó y otra a Companys ; sin perjuicio de tendérsela también, por debajo de la mesa a Pestaña, Peiró y demás «treintistas» masones de la C. N. T.

Lerroux ha perdido a un Gran Maestre al írsele Martínez Barrio, y quiere junto a él a otro. Busca y halla a Portela y supone que, como tantas veces, así ha de volver a la «Gracia» de la Orden, a la cual teme tanto, pues acaba de recibir aquella embajada masónica británica, disfrazada de laborista y parlamentaria, que le ha conminado a brindar impunidad total a los asesinos y atracadores de Asturias y de la Generalidad, principalmente a los jefes...

Y terminamos con las citas de Lerroux, trayendo aquí la última, que es una interrogación :

«¿Puede aceptarse el absurdo de que ya entonces estuviera—Martínez Barrio—bajo la presión de la Masonería internacional, de acuerdo con los que habían encharcado a España en «*sangre, fango y lágrimas*» e iban a inundarla en seguida de vergüenza, doshonor y ruinas?» (35).

Sí ; desde luego, aunque a Lerroux aún le pareciera un «absurdo» después de 1940.

(35) O. c., pág. 274.

UNA LIGERA EXPLICACION PARA ESA TAN ABUNDANTE MENTALIDAD DE TIPO LERROUXISTA SOBRE LA MASONERIA

Ya no podemos ilustrar al pobre don Alejandro, a él tan antiguo masón y tan enzarzado para mal con la Masonería durante sus largos años de avatares políticos. Pero, a través de él, aún podemos ilustrar a muchos masones que se hallaron y que se hallarán en su caso ; principalmente, a masones españoles.

Creyó Lerroux, como creyeran, hace años, Prim y Canalejas, y creyeron sus contemporáneos Salazar Alonso, Melquiades Alvarez, Abad Conde, Rebollo y tantos más como fueron asesinados por designio de la Masonería, a la cual pertenecían, que la Orden se satisfacía con expulsar a jesuítas y demás órdenes religiosas, con sacrilegios e incendios de templos y con «echar» a Cristo de la sociedad y de las almas. Así se lo hizo creer a todos la Masonería cuando vieron cómo los premiaba con el Poder si a él aspiraban subiendo aquellos tramos de la inicua escalera, en cada uno de los cuales había una blasfemia, un incendio sacrílego, el cadáver de un sacerdote o el asesinato de un alma... porque, sépanlo ya los masones muertos y vivos, tales fueron vuestros *méritos* para llegar a ministros en Monarquía y República.

Pero en España no eran bastantes los «méritos» contraídos luchando contra Cristo y su Iglesia. En nuestra Patria no bastaba con ser traidor a la Religión que la hizo ser nación y la hizo grande ; la Masonería imponía más aún : imponía llegar a la traición, al delito de lesa Patria : al asesinato de España.

Muchos masones, que no retrocedieron ante la blas-

femia, el sacrilegio, la violación y el crimen contra Dios y su Cristo—igual da ejecutar, incitar, provocar o posibilitar el crimen del ejecutor—si dudaron, retrocedieron y hasta se rebelaron contra el masónico mandato cuando les dictaba, no ya la traición objetiva y efectiva, posible y lejana, sino la traición personal y en el acto para sacrificar a España en beneficio de nación extranjera y permitir que sus hijos auténticos, los españoles leales a la Patria, fueran impunemente asesinados, encerrando y maniatando a las fuerzas armadas del Estado, como en el 2 de mayo de 1808, organizando su derrota, como en 1898, o llevando a la nación a ser esclavizado satélite de la Unión Soviética, como en 1936.

Seamos justos ; Lerroux, Salazar Alonso, Abad Conde, Melquíades Alvarez y tantos otros masones retrocedieron en el camino de la traición a la Patria, por donde la Masonería los empujaba. Demasiado tarde se dieron cuenta, pero su conciencia patriótica despertó y faltaron a la jurada obediencia masónica porque, ignorándolo, a la traición absoluta les obligaba su iniciación, lo supieran o no, lo quisieran o no, y ese odio, inexplicable para ellos, que despertaron en sus «hermanos» de secta, que los llevó al piquete de ejecución, lo provocaba el considerarlos traidores a la Masonería, su auténtica *patria,* cuando ellos se negaron a ser traidores a España.

Lerroux ha muerto sin llegar a descubrir el auténtico motivo del odio homicida sentido contra él por los Alcalá Zamora, Martínez Barrio y Azaña. Sin duda, tal era en él la saturación mental de los prejuicios, que ni viendo morir martirizados ignominiosamente a sus más íntimos amigos por los mismos motivos por los cuales había sido sentenciado él mismo, pudo llegar a descubrir que morían por haber traicionado a la Masonería al negarse a consumar la traición contra su Patria natural, contra España... Si Lerroux hubiera caído en las manos

de sus antiguos «hermanos» y martirizado y escarnecido lo ponen frente al pelotón de ejecución... ¡ya hubiera comprendido como comprendieron otros!

Reconocemos que resulta difícil a un hombre normal que ha perdido su fe y su sentimiento religioso llegar con denuedo mental a la conclusión de que la Masonería es la Traición secular y organizada contra España; porque le resulta imposible creer en la existencia de hombres, los auténticos masones, capaces de llegar a tan horrorosa iniquidad...

Al hombre con fe y sentimientos religiosos cristianos le resulta mucho más fácil creer en la existencia de tales monstruos, porque los ven lanzados al sacrilegio y al crimen vandálico, blasfemando contra Cristo y alardeando de su feroz odio a la Iglesia y a todo lo santo, y nuestra fe y nuestros sentimientos religiosos nos dicen que para cualquier hombre conociendo a Dios y a su Iglesia y dotado, por lo tanto, de *gracia suficiente,* tan difícil y más ha de serle traicionar a su Dios como traicionar a su Patria, porque para cualquiera de las dos traiciones ha de ser o ha de haberse convertido en monstruo.

El mismo Lerroux nos da la prueba. Nos muestra con un léxico, en lo posible correcto, la tara eunucoide y, probablemente, homosexual de sus dos grandes enemigos, Azaña y Martínez Bariro. Esa cosa tan extraordinaria y esa tan rara coincidencia no le dicen a Lerroux *masónicamente* absolutamente nada... y él sólo pondera esas taras únicamente en función de su influencia en el carácter y ética de ambos personajes.

No ve Lerroux, no puede o no quiere ver, la tremenda dificultad que debe vencer la Masonería para hallar hombres capaces de llegar a consumar una traición clara, definida, cerebral, contra su Patria... tanta es que muchas, muchísimas veces, como le acaece con el mismo Lerroux, fracasa. Pero muy pocas veces ha fracasado la

Masonería si el *elegido* por ella para elevarlo al Poder y desde él llevarlo a consumar la gran traición es un pederasta.

Y no fracasa la Masonería por dos causas : porque todo pederasta, por ser traidor a sí mismo, es un traidor en potencia, un predestinado, si se quiere, contra los demás hombres y contra su Patria ; y también, porque el sodomita, por el hecho de serlo, pone en manos de la Masonería un arma con la cual ella le amenazará siempre mortalmente en su fama ; arma tanto más temible cuanto más alto lo haya colocado, y le hará obedecer como un esclavo, llevándolo, quiera o no, a cometer lo más nefando : la traición a Dios y Patria.

Sí ; hay también otro tipo de traidores llegando al mismo grado de traición, sin necesidad de hallarse inclinados a cometerla por su tara y sin ser obligados a ella por el chantaje basado en su vergüenza. Pero tales traidores, por regla general, es que *no son españoles ni cristianos,* a pesar de su bautismo y de su nacionalidad *legal y geográfica.* Son judíos, bien por no haber perdido su ascendencia, sentimiento y conciencia raciales y nacionales verdaderos y, con ellos, haber conservado el odio a su falsa patria, España. O bien por haber secretamente recuperado sentimiento y conciencia israelita durante sus años de formación masónica, interpretando por sí mismos rito y grados. En cuyo caso, *catalizado* su sentimiento judaico incipiente por el adecuado «maestro» masón y judío secreto, pero perfecto, éste los transformará en unos puros judíos, arrancando en ellos cuanto les reste de cristianos y españoles e infundiéndoles, a la vez, un odio feroz, refinado, cerebral, contra la Patria, contra España y contra la Religión Cristiana de las cuales les hizo renegar al resucitar en ellos, evocando su raza israelita—auténtica o no—una personalidad y una nacionalidad, por cuya virtud el ataque a España, la pa-

tria «oficial», deja de ser traición para pasar a ser un obligado acto patriótico realizado en favor de su *Patria real,* la *cosmopolita* Judía, de la cual es tropa mercenaria la Masonería.

¡ Extraordinario !... ¡ Increíble !..., exclamarán muchos lectores, si son capaces de comprender el contenido del presedente párrafo, que es básico. Comprendemos que su honradez innata les prive de la facultad de creer y comprender algo que se viene realizando en España y en el mundo entero desde hace siglos..., pero esos mismos «incapaces» de creer en la existencia de conciudadanos y de gobernantes con una doble *nacionalidad*, una *falsa,* sólo *legal,* y otra *real* y *auténtica,* bien sea por haberla conservado a través de su familia o por haberla adquirido a través de la Masonería, sí pueden creer y comprender la existencia del *anticristiano,* del que odia tanto a Dios como a su Iglesia, bien sea un anticristiano por *herencia* o por *apostasía...* creen en su existencia, porque los vieron satánicamente iluminados por las sacrílegas hogueras de los templos y ensangrentados por la sangre de mártires cristianos... Y, sin llegar a tanto, creyeron en la existencia de los enemigos de Cristo, porque los escucharon blasfemar, escarnecer su nombre y clamar en la tribuna, libro y prensa para arrancar la fe y hacer prosélitos... Y los escuchasteis y los contemplasteis ¿por qué?... sencillamente, porque no existía ley ni pena que castigara sus crímenes... En cambio, existió siempre pena en la ley, con más o menos vigencia, para el delito de traición. ¿Cómo habiéndola va el traidor a proclamar su traición y a ufanarse de ella?... Además, la *técnica* de la traición le impone a todo traidor guardar el más riguroso incógnito para ser *eficaz* y poder cometerla, porque todo traidor descubierto es traidor esterilizado...

Un último argumento, y de volumen mundial. En

toda nación existen hoy partidos comunistas ; todos sus militantes tienen la nacionalidad *legal* de la nación donde habitan ; pero su nacionalidad *real* es la soviética, y cuando luchan contra su patria *oficial* no creen de ningún modo traicionar, por creer que traicionándola son leales a su patria *real,* la «patria Soviética»... Pues bien, tal realidad pública es un plagio de una realidad secular, pero secreta, de todas las naciones, pues en todas hubo y hay judíos, conocidos o no, con dos nacionalidades, la *legal* de la nación donde viven, y a la cual traicionan, y la *real* de la Judáica cosmopolita, a la cual sirven con sus traiciones y así le son leales.

Y, para terminar, dos hechos ignorados, más o menos voluntariamente, como prueba.

Como veremos en la reseña del debate habido en la Cámara de los Comunes, el actual Ministro de Asuntos Exteriores de Inglaterra, Mr. Mac Millan, en el debate sobre los traidores Maclean y Burgess ha dicho, alegando explicación y hasta disculpa para su traición, lo siguiente :

«Para comprender—aunque no para excusar—este suceso, es necesario que nuestras mentes retrocedan a los años treintas y recuerden la naturaleza del medio en el cual se desarrollaron principalmente sus caracteres. En aquellas fechas se expresaron todo género de opiniones volentas. Las circunstancias de la guerra civil española, con fascistas y comunistas respaldando a las fuerzas rivales, dividieron profundamente a la opinión británica, como también a Europa. Aquello produjo un efecto particularmente perturbador sobre los jóvenes, muchos de los cuales, recordémoslo, creyeron que era su deber tomar parte activa en estas luchas revolucionarias... algunos de los que habían adoptado esas opiniones extremistas, hallaron que sus creencias ideológicas

ejercían sobre ellos una atracción más fuerte que la de su patriotismo.»

No alegamos las palabras del ministro británico—un ministro conservador—como prueba de la existencia de hombres con doble nacionalidad; traemos aquí las palabras de un estadista inglés, no comunista y, a su modo, anticomunista, por el sentido en que él las alega, por dirigirlas él a la Cámara de los Comunes para *explicar, y disculpar hasta cierto punto,* la traición de los dos diplomáticos; y no sólo para eso, sino también para explicar y disculpar, hasta cierto punto, la indudable *negligencia* del gobierno laborista y del gobierno conservador, introduciendo en el Servicio diplomático y manteniendo en él a dos jóvenes cuyas ideas filocomunistas eran conocidas dede los años treintas...

¿Por qué la doble disculpa de espías y gobiernos?...

Sencillo; porque durante nuestra guerra el ser partidario de los comunistas y el ayudar a los asesinos de España no significaba ser necesariamente comunista; porque no sólo Moscú estaba interesado en el asesinato de nuestra Patria; a otros estados y superestados también les interesaba, y secularmente pretendían asesinarla.

No era preciso necesariamente que los enemigos de la España Nacional ayudasen y luchasen para engrandecer el Imperio Soviético, al integrar en él una colonia ibérica. Podían existir y existieron otros motivos para que luchasen contra España ciertos enemigos.

Un Churchill, superando su *neoanticomunismo* dijo un día: *si yo fuera español lucharía con Franco que es un patriota español, pero soy inglés y deseo su derrota porque así conviene a los intereses de Inglaterra.*

¿De Inglaterra, Mr. Churchill?...

Lucharon contra España Brigadas Internacionales, llamadas por todos «comunistas».

En efecto, comunistas eran *objetivamente*, porque la victoria roja hubiera hecho de la península ibérica una colonia rusa.

Pero, subjetivamente, personalmente, ¿quiénes eran los milicianos internacionales?...

Es una cuestión que nadie se ha planteado hasta la fecha.

Y, dentro de nuestros medios, vamos a intentar resolverla.

Es posible, y así lo creemos, que la mayoría de los milicianos internacionales fuera *comunista*... pero, ¿esos comunistas mayoritarios obedecían todos a la Komintern, es decir, a Moscú?...

No lo creemos, y para ello tenemos datos.

Nos atrevemos a sostener que sumados los milicianos comunistas que no obedecían a Moscú con los que no eran comunistas, con los masones, trotskistas, anarquistas, etc., los moscovitas eran una minoría dentro de los 125.000 internacionales que entraron en España para luchar y asesinar. Engaña en cuanto a su obediencia real su necesaria y obligada actitud externa de acatamiento al Kremlin, ya que la U. R. S. S. era la que daba y distribuía la mayor cantidad de ayuda material, y las armas las distribuía en mayor cantidad y de mejor calidad entre las unidades cuya ortodoxia comunista y abediencia al Kremlin le parecía más estricta. Por lo tanto, a a muchos internacionales, desobedientes a Moscú, les convenía fingir una obediencia y una ortodoxia que no practicaban ni sentían interiormente.

Pero vamos a perforar esa cortina para intentar atisbar la realidad.

Como sabemos, hubo pocas nacionalides—acaso, ninguna — de Europa y América que no volcase su *cloaca social* en la zona roja española. Franceses, ingleses, americanos, checos, polacos, alemanes, italianos,

yugoslavos, etc., etc., engrosaron las Brigadas Internacionales.

¿Pero esas nacionalidades de sus pasaportes eran *reales* o tan sólo eran *oficiales?*

Una punta del velo se atreve a levantar el periodista judío León Azerrat Cohen, (a) «Ben-Krima», en una declaración al periódico *Catalans*, hecha el 30 de junio de 1937, en la que dijo así :

«No sé si será oportuno hablar de los judíos que luchan en las Brigadas Internacionales... Yo calculo que debe haber unos 6.000, de los caules muchos han caído, como verdaderos héroes, desmintiendo con su gesta la falsa leyenda creada por las enfermizas mentalidades nazis de que los judíos no luchan nunca y no tienen valor para la guerra» (36).

El judío Azerrat decía que «no sabía si era oportuno el hablar de los judíos que luchaban en las Brigadas Internacionales»... Por eso titubeaba y daba la baja cifra de unos SEIS MIL.

El porcentaje resultaba ya respetable, porque el tanto por ciento de judíos en la población total de las naciones con representantes en las Brigadas era muy inferior al 5 por 100 que es el de 6.000 judíos con respecto a esos 120.000 internacionales llegados a España.

Pero el Azerrat, por temor a la *inoportunidad*, disminuyó descaradamente la cifra de milicianos judíos.

En la revista judía THE AMERICAN HE-

---

(36) León Azerrat Cohen. Natural de Alcazarquivir (Protectorado Español). Redactor del «Heraldo de Madrid». Pasado a Tánger en 1939, y secretario del «Comité Antifascista» en dicha ciudad. El puede ratificar hoy su declaración. Está en Madrid desde hace tres años. De vez en cuando aparecen artículos suyos—bastante malos—en «Pueblo», «A B C» y «Hoja del Lunes». No es peligroso; es un pobre diablo. No todo judío ha de ser inteligente; ni pretendiendo, como éste, ser un «príncipe» de Israel, con más o menos manchas y caspa en sus ropas.

BREW, publicada en Estados Unidos, de 6 de junio de 1938, un año después, podemos leer lo siguiente:

«Interrogado un judío que sirvió un año entero en las Brigadas Internacionales en España... explica que aproximadamente 7.000 judíos de varios países, incluyendo Polonia, Rumania, Francia, Palestina, Checoslovaquia, Hungría, Bélgica, Inglaterra, Estados Americanos..., perdieron sus vidas, y que, aproximadamente, 15.000 han quedado mutilados... En general, el sentimento que ahora domina entre los judíos voluntarios en España es que los 35.000 que estuvieron en las Brigadas Internacionales se sacrificaron en vano para salvar a España de las fuerzas fascistas.»

35.000 milicinos judíos lucharon en España, según la revista judía americana. Lucharon de 1936 a 1939, durante los tres años en que Stalin lanzaba sus oleadas de antisemitismo que barrían de judíos todos los rangos del Estado soviético, fusilándolos por miles y deportándolos por millones. Existen copiosos testimonios, la mayoría recogidos en un libro documental editado por la entidad judía internacional conocida por JOINT.

Extraño, muy extraño, es que la nacionalidad o raza más altamente representada—¡y con qué porcentaje!—en las Brigadas Internacionales fuera la judía. Para que la cifra de 35.000 judíos fuera normal, la población de Europa y América, por lo menos, debería ser en su *tercera parte* judía.

Y sólo una pregunta:

¿Por quién luchaba en realidad esa extraordinaria masa de judíos de las Brigadas Internacionales?

Por el antisemita Stalin no parece ni probable.

¿Pretendían acaso resucitar en la península Ibérica, a través de una República comunista trotkista—judía—su añorada *Sefard?*

Ignoramos hasta dónde puede llegar una megalomanía...

Pero lo indudable, por confesión de parte, es que el mayor porcentaje, un extraordinario porcentaje, de los extranjeros que coadyuvaron al intento de asesinar a España era el de los judíos.

Sabido esto, no creemos que Lerroux hubiera escrito algo así :

«Hay un culpable o responsable al que puedo llamar *principal* sin pecar de apasionado. Frágil vaso de virtudes, cualidades y defectos humanos mezclados en famosa confusión, que ha producido famosas paradojas» (37).

Se refiere a Niceto Alcalá Zamora. Y a renglón seguido agrega :

«Dejo a los cavilosos la responsabilidad de atribuir a judíos y masones una intervención fundamental y decisiva en la tragedia española» (38).

Nos extraña la proximidad entre la alusión de Lerroux a Alcalá Zamora y la que dirige a judíos y masones, aun cuando «técnicamente» eluda él acusar a los segundos.

¿Ha querido insinuar que Alcalá Zamora era judío o masón?...

No lo creemos, porque en lo mucho que del Presidente de la República dirá en todo el resto de su libro ha de atribuir cuantos nefastos acuerdos toma el Alcalá Zamora a esas «famosas paradojas»..., paradojas que, como él anota, una por una y todas juntas, *siempre e infaliblemente* favorecieron a los que serían luego el Frente Popular...

No se atreve o es incapaz de concebir Lerroux que Alcalá Zamora fuera un criptojudío por herencia o con-

---

(37-38) A. LERROUX: O. c., págs. 183-184.

versión, cuya farisaica religión, su derechismo, su patriotismo y su burguesismo fueran sólo un disfraz de traidor, gracias al cual pudo engañar y anestesiar la conciencia cristiana y patriótica antes y después del 14 de abril, frustrar la reacción nacional de las elecciones de 1936, brindarles la impunidad a los asesinos y traidores de octubre de 1934, para terminar dándole el Poder al judío y masón Portela, para que organizara desde Gobernación la derrota electoral de los partidos nacionales...

Lerroux no puede meditar en este mundo sobre la elocuencia del monstruoso porcentaje de judíos en las Brigadas Internacionales, que refleja un odio ancestral e inextinguible a España, católica por excelencia, por el solo hecho de serlo... ; pero si el pobre muerto no puede ya meditar ni rectificar, mediten y rectifique tantos vivos para los cuales la Historia y las catástrofes españolas, como para Lerroux, también se deben a esas famosas paradojas...

Y sépanlo todos, como tenía la obligación de saberlolo el fenecido don Alejandro :

Alcalá Zamora, el calificado por él como *responsable principal,* era racialmente judío, como delataban sus apellidos, temperamento, ética, traza y perfil... y como revelara con orgullo su hijo el extremista en pública declaración hecha en Ginebra.

Judío Alcalá Zamora ; y masón, como según de tal fuera tratado por una indiscreta revista masónica mejicana, sin indicar cuál era su «obediencia» y «rito»...

Como judío, ¿pertenecería a la Orden masónica y exclusivamente judía, la B'hai B'rith?...

UN ARMA SECRETA

Acababa de sentarme para escribir cuando me llamaron desde la puerta. Era Gabriel, pero no entró, limitándose a encarecerme que bajara muy rápidamente. Escondí mi cuaderno y descendí lo más pronto que pude (1).

»La voz de Gabriel me guiaba desde abajo. Llegué al vestíbulo, y con un ademán me hizo entrar en su despacho.

—»Tiene usted que practicar una cura muy urgente—me dijo apresurado.

—»¿Dónde, a quién?...—interrogué.

—»Aquí; el paciente se lo hemos traído; pero apresúrese... Vaya, tome lo necesario.

»Ya sabía yo que había maletín con instrumental copioso en una habitación cercana. Salí para recogerlo. Gabriel me siguió, dándome prisa. Tomé el maletín y él me indicó que le siguiera. Subimos al primer piso y entramos en una de las habitaciones. Al entrar, percibí a un hombre acostado en la cama. Tendría unos treinta y cinco años; estaba pálido. Sus rasgos fisonómicos

---

(1) Lo que escribiré a continuación te recomiendo, hijo mío, que lo ocultes a tus hermanas. No quiero de ninguna manera omitirlo, pues descubro algo ignorado en las prácticas de la G. P. U., tan extraordinario y de refinamiento tal y a la vez tan característico, que quiero dártelo a conocer. Diabólico y repugnante, sí; pero lo que aquella tarde conocí puede que sea la clave de muchas cosas demasiado importantes. Trataré de emplear un lenguaje lo más correcto posible. (Dr. Landowsky.)

eran correctos. Sus ojos los tenía abiertos, pero bastante apagados, casi vidriosos. Me alarmó su aspecto.

—»Ha dicho usted que está herido—pregunté a Gabriel—. ¿De bala?..., ¿de golpe?...

—»No, no...—y noté cierto embarazo en él—. Se trata de un derrame grande... ; pero vea, vea usted mismo.

»Con movimiento rápido tiró de la ropa, dejando el cuerpo del paciente al descubierto. Aprecié a la primera ojeada una cosa rara, que me llamó la atención, aun cuando nada tenía que ver con la medicina. Aquel hombre tenía puesta una camisa de mujer, por cierto muy elegante ; una de aquellas que yo había visto en los escaparates de París ; también tenía puesta una media de seda ; la otra pierna estaba desnuda, y en el extremo del pie creí advertir sangre ; incliné la cabeza, pero me di cuenta de que tenía las uñas de los pies pintadas de rojo. Hice un gesto de sorpresa, volviéndome a Gabriel. Este se sonrió irónico, y con vigoroso impulso le dió la vuelta al hombre. Quedó boca abajo. Un voluminoso amasijo de algodones y gasas, sujeto con esparadrapos, cubría su región glútea ; la sangre se filtraba.

»Me abstengo de hablar de la cura. Tan sólo diré que la lesión estaba en el esfínter y ocasionaba una gran hemorragia. No me fué dable, por la urgencia de contenerla, explorar para saber si había desgarros interiores ; caso posible, dado el origen del «accidente», que con una sola palabra, y muy gráfica, me descubrió Gabriel.

»Dejamos al desgraciado aquel bajo los efectos de los anestésicos y salimos.

—»De esto ni una palabra—me advirtió Gabriel.

—»De acuerdo—asentí.

—»Le supongo un tanto sorprendido por su inter-

vención y también supongo que no me perdonaría si no le diera una explicación.

»No dije nada, limitándome a un gesto de curiosidad.

»Ante todo, es asunto de servicio ; como comprenderá—me advirtió—no se interviene por gusto en algo tan asqueroso.

—»Lo supuse—convine—. ¿Se tratará de algún alto jefe que padece aberración sexual?...

—»No ; es un extranjero ; respetable, de familia linajuda.

—»Aún así, yo no puedo explicarme por qué no se le ha mandado a una clínica pública. ¿Para qué molestarle y molestarme?...

—»Ya le advertí que se trataba del servicio... Sepa, doctor—y brotó en su cara una sonrisa— ; que en la guerra, en nuestra guerra, aprovechamos las virtudes y la moral del adversario... En su caso, doctor, su amor paternal. Convertimos en armas eficaces esos prejuicios burgueses... Pero no sólo posee virtudes la burguesía, tiene vicios, hasta vicios nefandos, que la dejan al descubierto para ser atacada por todos sus flancos..., y hasta, como en este caso, por su retaguardia...

»Aspiró muy hondo el humo de su cigarro y lanzó una nube que nubló su risa, y continuó :

—»No es un invento soviético. Aquel gran policía qué fué (no recuerdo el nombre alemán que pronunció) quien realmente hizo al pomposo Bismarck, utilizó y sistematizó el vicio como arma política. Es rara la persona, sobre todo si es de alcurnia o de alta posición, que no tiene tara o vicio. Todo es averiguarlo, comprobarlo, adquirir prueba y esgrimirla contra ella. Donde fracasarían amenazas de muerte, triunfa siempre un chantaje ejercido con arte. La historia y la experiencia lo acredita. Y nuestra ley de guerra nos dicta esgrimir

el arma del asesinato moral, si con su amenaza conve timos al indiferente y al adversario en un esclavo.

—»¡ Pero es diabólico !...—se me escapó.

—»¡ Es la guerra !... Es la guerra, doctor. Ademá no hemos sido los únicos en usarla... ; también la en plean en los países de moral burguesa otras organiz ciones que se dicen excelsas, humanitarias, respet bles... ¡ Si usted supiera !...

»Me tentaba la curiosidad y quise aprovechar el qu Gabriel estuviera en un momento de locuacidad.

»Será difícil — insinué — averiguar y lograr prueba en cuestión tan delicada...

—»No—respondió— ; todo es cuestión de un poc de organización. Aquí, en la U. R. S. S. nos result sencillísimo. La sección competente posee a su servici un cierto número de profesionales del vicio... ¿ Uste me entiende ?... Resulta un hecho, mil veces demostra do, que los profesionales de tal aberración, así como u ladrón logra distinguir entre mil a otro ladrón, el ho mosexual identifica al homosexual con toda precisión e identificado, sólo resta brindarle una oportunidad y aparente sigilo e impunidad.

—»Mas, ¿ cómo ?...—inquirí, pasmado.

—»Pura técnica. Se les arrastra, sin ellos sospecharlo, al sitio adecuado, donde la fotografía y el film funcionan en todos los ángulos..., y ya tenemos la prueba convincente. La escena de despedida del invitado de honor, ¡ y qué honor !, o del diplomático extranjero es divertida. Se les muestra las fotografías y hasta se les hace presenciar una sesión de cine... El hombre marcha luego a su país. Ha de callar o alabar, según el caso. Si es un político, nos ha de servir. Si es un militar o un diplomático, ha de traicionar. Raras veces, pero algunas, descubren a un banquero, príncipe, aristócrata, político, sabio, literato, sacerdote, general, di-

plomático o persona de análogo rango, posición o educación que se halla a nuestro servicio. La estupefacción es unánime. Nadie adivina el motivo. Se investiga si juega el dinero en el asunto ; pero se comprueba que no, y ya nadie sabe a qué atribuir la causa de que personas, que por rango, educación y posición han de ser enemigas del comunismo, se hallen a su servicio. A nadie se le ocurre investigar sobre sus vicios y taras ; si lo hicieran, descubrirían el dogal que les ata para siempre a nosotros, más eficazmente, más enteramente, que si tuviéramos apoyada en su espalda una pistola. Si el arma que manejamos fuese conocida, ya nadie se asombraría de tantas e insospechadas traiciones que se cometen en nuestro favor ; nadie se asombraría de que tantas personas respetables y eminentes figuren como nuestros compañeros de viaje... Porque nosotros jamás les obligamos a declaraciones o abjuraciones políticas o religiosas cuando les ponemos a nuestras merced, no. Ellos han de seguir como si nada hubiese cambiado en su vida. Ellos han de continuar con su antigua personalidad, actuando en su mismo medio. Saboteando, ablandando y cambiando la opinión de los sectores que nos son más opuestos. Es un hecho inexplicable y también inexplicado que teníamos y tenemos grandes simpatías en las jerarquías del ejército alemán y hasta dentro del mismo partido nazi ; el beneficio que se obtuvo en el pasado y el que se obtendrá es evidente. La colaboración de la Reicheswer y el Ejército Rojo desde los primeros tiempos debería dejar estupefacto al mundo si su imbecilidad le permitiese un asombro. Sí ; ha jugado el factaor rencor y la desesperación Versalles, también jugó en el hecho ese caos íntimo que hay en la entraña de todo alemán. Sí ; han jugado esos factores ; pero quienes jugaron con ellos fueron hombres, si hom-

bres podemos llamarlos, cuya degeneración los puso en nuestras manos.

—»Sin embargo—le opuse—la colaboración de los junkers alemanes con el Ejército Rojo data de los primeros años de la República Soviética. No querrá usted decirme que ya poseía el Partido una organización tan perfecta.

—»En efecto, no la tenía ; pero no debe usted olvidar que también hemos tenido aliados, principalmente durante los primeros años, cuando Trotsky con todo su clan judío y masónico esperaba heredar a Lenin. A través de ellos, que tantos años trabajaron en el interior de Alemania, recibimos una copiosa información ; es más, los hombres que ya tenían en sus manos desde los tiempos conspirativos pasaron al servicio del Estado Soviético. Cuando echamos a Trotsky, como es natural, nos quedamos en propiedad con ellos. Yo sé algo de toda esta historia ; no en vano hice mis primeras armas en Alemania.

—»¿Y mi paciente?...

—»Ese ya es nuestro, mire...—y al decirlo extrajo de una cartera de mano que había sobre el diván unas fotografías de gran tamaño, que me mostró con aire de triunfo.

»Las examiné. La escena era del más crudo realismo. La máquina se había movido con tal destreza que, captando el vergonzoso acto, fase por fase, siempre se podía identificar al sujeto por su rostro. Pensé que aquellas fotografías obscenas provocaban tal repugnancia y mostraba a los tipos en tan feroz ridículo, que sería un método curativo de su vicio hacerles que las contemplasen un par de veces al día. Claro es que discurro pensando que les restase un átomo de vergüenza o de normalidad.

»Gabriel se levantó y recogió sus fotografías, dis-

poniéndose a salir. Demandé instrucciones relativas al paciente.

—»De momento, cúrele. Cuando usted crea llegado el instante oportuno ya me avisará. ¿Le podrá curar pronto?

—»Creo que sí—respondí maquinalmente.

—»Hágalo; el tipo es de importancia y lo merece.

INTERROGATORIO SINGULAR

»Sería la una cuando llegué con mi paciente al laboratorio. Me acompañaba uno de los enfermeros que fueron en la ambulancia cuando se lo llevaron. Pasamos al enfermo a una habitación del piso bajo, donde, aquella misma tarde, habíamos instalado una mesa de operaciones e instrumental, traídos del sótano, donde, ignoro para qué, los tenía mi antecesor, el doctor Levin. Se trataba, según me indicó Gabriel, de darle cierto aparato a la escena; por ello, el enfermero y yo vestimos batas y gorros blancos, así como guantes de goma, etc.

»Cuando el enfermero empezaba a desvertir a míster Harris, se abrió la puerta, y, sin previo aviso, entró Gabriel.

»El enfermo inició un movimiento para cubrir su desnudez, en un ademán de pudor.

—«¿Otro doctor?...—me preguntó con ansiedad.

—»Siga—le ordenó secamente Gabriel.

»Su metálica voz, inédita para mí, y su ademán breve, pero imperativo, debieron convencer a míster Harris de que quien mandaba allí era el que hablaba.

»Siguió el enfermero desvistiendo al paciente, que le dejaba hacer.

»Gabriel se había detenido y estaba de pie a unos dos metros; ni gesto ni movimiento había en él; sólo

miraba con fijeza insólita al inglés azorado y molesto, como si sus ojos le pinchasen la piel al descubierto.

»Gabriel aquella noche vestía de negro por entero; hasta llevaba un jersey, también negro, cerrado y de alto cuello.

»La tez blanca y pálida de su cara resaltaba mucho más que de ordinario.

»Paso por alto mi propia intervención profesional; la curación marchaba rápida y bien, sin advertirse síntomas de complicación.

»Cuando se vestía míster Harris, salió Gabriel sin decir palabra. Yo le seguí un poco después para consultarle. Se hallaba en el despacho, sentado en su sillón tras la mesa. Y me dijo solamente:

—»¡Tráigale!

»Entré con aquel hombre. Gabriel había dejado encendida una sola, pero potente lámpara, que enfocaba únicamente la mesa y su contorno, dejando el resto de la estancia en sombras; su figura no se resguardaba en la penumbra, como suele ser técnica en la policía cinematográfica; muy al contrario, se destacaba su negra silueta, coronada por su faz plenamente iluminada. Supuse todo aquello dispuesto con técnica muy escenográfica. Cuando entré con Harris, previo permiso, no habló, limitándose a señalarnos dos sillas; una, frente a él, para el inglés, y otra para mí en el lateral de su derecha. Harris se sentó trabajosamente, apoyándose en la mesa, pero sin apartar la mirada de los ojos de Gabriel. Yo lo imité, dispuesto a ser un mudo espectador.

»Si he de ser sincero, debo decir que me será imposible reproducir lo que presencié y escuché. No creo capaz al arte literario de reflejar la ferocidad atroz de las palabras y, muchos menos, de conseguir dar una idea de gesto, ademán ni, sobre todo, del filo de acero de su voz singular, cortante como una navaja de afeitar. Yo

carezco de recursos para dar la impresión aguda de aquella escena que parece trepanar aún en mi cerebro.

»Hubo un corto silencio, sólo el suficiente para que se apagara el crujir de nuestras sillas al sentarnos, pero que me pareció muy largo. Lo rompió Gabriel diciendo :

—»Y bien, von Kramer (1).

»La expresión del hombre cambió en el acto. Abrió sus grandes ojos azules de par en par ; cayó su labio infeior y su tráquea se movió como para tragar ; pero no articuló ni una sílaba.

—»Kramer—repitió—, ¿sabes en poder de quién estás?...

»La expresión del hombre era indefinible. Gabriel, inmóvil, concentraba toda su vitalidad en las pupilas ; su rostro parecía tener aristas. Y repitió :

—»¿Sabes en poder de quién estás?... ¿No?... Bien, estás en poder de la G. P. U.

»No se alteró von Kramer ; sin duda, no podía inmutarse más. Por fin, articuló un «por qué», sordo, surgido no sé cómo a través de sus dientes apretados.

—»Ya lo sabrás... Ahora, mira esto—y, diciéndolo, puso ante sus ojos una de las fotografías.

»Kramer pestañeó primero y rechazó la cartulina.

—»No, Kramer, no ; contempla bien la escena—ordenó Gabriel, y señalando su propio reloj añadió— : Te impongo dos minutos de contemplación artística de cada pose, son cinco, diez minutos de recreación...

—»¡ No !—se opuso Kramer.

—»¡ Sí !—ordenó imperativo Gabriel.

»Fríamente, sádiacmente, Gabriel ponía con regularidad cronométrica fotografía tras fotografía frente a

---

(1) Los nombres y apellidos de personas que pudieran ser deshonradas—acaso de ser reales—han sido sustituídos por otros que nada tienen que ver con los hechos. (N. del T.).

Kramer ; la roja frente del alemán empezó a brillar por el sudor.

»Transcurrieron los diez minutos ; el examen terminó. Gabriel fué retirando una tras otra las fotografías. Al vorver a tener ante sí cada una, irónico, desgarrado, en un francés de bajos fondos, crudo y matizado, ponía un comentario ácido, corrosivo, mortal, pero ingenioso y ajustado a la fase lúbrica del acto sexual allí retratado. Debo abstenerme de copiar aquellas frases, que hubieran escandalizado a un lupanar.

»Naturalmente, referido así, nadie podrá darse idea del trauma psicológico del hombre sometido a esta vivisección. Para poder explicarse aquello es necesario haber sido testigo presencial : escuchar a Gabriel y, sobre todo, ver aquellas cinco diabólicas fotografías, donde aparecían dos hombres en la más obscena desnudez, con gestos y actos del más álgido erotismo animal, grotescos y ridículos hasta la sublimidad. Algo, en fin, que sin verlo nadie lo puede imaginar.

»Los insultos e imágenes canallas de su argot parisién los terminó Gabriel con esta interrogación brutal :

—»... ¿Qué te parecería, Kramer, una edición popular de tus poses helénicas distribuídas gratuitamente por Berlín?

»Kramer tardó unos segundos en poder articular una frase, y, por fin, dijo :

—»Hay sólo una solución...

—»¿Cuál?

—»Una bala—respondió con voz opaca el alemán.

—»Una solución demasiado elemental. Has de saber, Kramer, que el suicidio es un lujo que no lo concede nuestro Estado proletario ; el suicidio es un lujo burgués. Has de saber que si en esta noche no nos podemos entender, y tu actitud así lo anuncia, la solución sólo yo la dictaré... Sin duda, tú habrás leído y escu-

chado algo de todo eso que han inventado sobre nuestros tormentos las imaginaciones calenturientas de los elementos antisoviéticos... ¿Sí?... Pues todo eso es mentira, grosera imaginación..., porque nuestro arte de tormento es algo maravilloso que nadie puede ser capaz de imaginar..., y no pudiendo tú tampoco imaginarlo, no lo volveré a nombrar hasta el momento en que debas experimentarlo en ti.

»Hizo Gabriel una pausa para encender un cigarrillo; cambió en el acto de gesto y actitud y, apoyándose en el respaldo del sillón, distrajo por un instante la mirada con las volutas del humo, lanzadas con afectada petulencia.

—»Por el momento—prosiguió—te haré saber algo; tu querido camarada Fritz ha recibido noticias sobre tu grave estado de salud; se las has dado tú por telegrama; naturalmente, su alarma fué grande, no en vano te ama tanto... En un segundo telegrama lo llamaste a tu lado y tuvo la suerte de hallar grandes facilidades para obtener nuestro visado..., y he aquí el resultado.

»Y al decir esto le alargó un telegrama.

—»Como ves, tu predilecto Fritz duerme a estas horas en Leningrado. Soy humano, comprendo tu ansia por saludarlo...—y tomó el auricular telefónico—. Vamos a llamarlo; nos darán la conferencia en el acto...

»Pero Kramer, incorporándose lo detuvo, con gesto suplicante.

—»Le ruego no haga eso—demandó, derrumbándose en su sillón.

»Volvió a colgar el auricular Gabriel, y prosiguió:

—»Como quieras; mañana llegará Fritz a Moscú, ya lo verás. Como es natural, le haré saber el sitio y motivo de tu lesión y, además, verá por las fotografías cómo la cosa sucedió...

—»¡No!—exclamó von Kramer—. Usted no lo

hará ; es una iniquidad explotar así una tara congénita, una enfermedad... Tiene usted cultura, debe tener, por tanto, una moral, ha de conocer el dictamen de la ciencia, lo dicho por un Freud...

—»¡ M... !—le escupió Gabriel—. ¿ Enfermedad?... ¡ No !... Apice de vuestra inmunda civilización occidental... ¿ Enfermedad?... ¿Cómo no se da entre los ignorantes campesinos ni entre los obreros que trabajan hasta la extenuación?... Es vuestro monopolio ; una especialidad de las clases más privilegiadas y si alcanza también a individuos de las bajas, es por lograr vosotros su corrupción...

—»No ; está en un error, permítame ilustrarle ; la mayor proporción de la homosexualidad la da su clase, la revolucionaria... Hay estadísticas, anteriores a Hítler, de científicos eminentes ...

—»¿Qué sugiere?...

—»Sencillamente, que nuestra enfermedad no es una inmundicia de nuestra civilización, sino también una determinante o un ápice de lo genial... El revolucionario, al menos, ha de ser para usted un genio...

»No creí a Kramer, dada su situación, capaz de aquella réplica, de indudable destreza dialéctica. Si Gabriel negaba su conclusión, lo podría llevar a la contradición.

—»Se ve, Kramer, que estás luchando en terreno ventajoso, en tu propia especialidad... No en vano, buscáis con ansia justificaciones científicas para vuestra inmúndicia psicológica y como sois legión en vuestro cultísimo mundo burgués, halláis muchos científicos serviles que justifican y explican vuestra voluntaria deformidad sexual... Bien conozco, y no por la exploración científica, esa proporción de homosexuales en las filas marxistas ; sí, existió y existe en las individuales, en los llamados jefes ; en los aristócratas del marxismo, como les

ha llamado nuestro gran Stalin... ; pero el marxismo auténtico no es ése... El marxismo es masa, jamás individuo... Al seudomarxista individual, a esos de personalidad, sobre quienes tu estadísica se hizo... ¿no ves cómo son liquidados y expelidos?... En fin, Kramer, punto final a esta disgresión académica..., quedábamos en que Fritz lo sabrá todo... Y algo más : nadie nos impedirá remitir a Berlín a tus hermanas y demás familiares y a tus camaradas del Estado Mayor ejemplares de esta colección... Y también más : ¿tú has venido con el pretexto de vender un invento en relación con las baterías antiaéreas, no?... Bien, podríamos organizar que tal oferta fuera delito de espionaje allá en tu país...

—»Mas no lo es ; el invento no es propiedad de la Wehrmacht ; además es un invento checo.

—»Sí, ya lo sé ; pero en cuarenta y ocho horas podría figurar en los archivos de Goering, y con denunciarte a través de un espía alemán unos días después, acompañando la denuncia con tu proposición... entonces, ¿qué?...

»Por su decaimiento se advertía que Kramer se sentía roto y envuelto, pues tan sólo discurrió argüir :

—»¿Y con todo eso qué gana usted o el Estado soviético?

—»Eso es asunto nuestro, Kramer. No adelantemos los acontecimientos... Y, a propósito, doctor, son casi las cuatro. ¿No podríamos comer y beber algo?...

»Acepté muy encantado ; había fumado mucho y me sentía estragado. Salí un momento y pedí fiambres y vino. Cuando volví junto a la mesa, Gabriel hablaba rápido :

—»... Deshonor completo en tu mundo social y familiar ; ruptura con Fritz... Algo irreparable, ¿no?... Conducción al Reich, un viaje normal en avión soviético. Le esperarán ; condena por espía y luego, ¿fusila-

miento o hacha?... No le hablo de quedar aquí, pues carece de idea sobre nuestro tratamiento, pero es otra posibilidad.

»En este instante entraron una bandeja con lo pedido y una botella de vino ruso.

—»Pero, ¿qué es esto?...—exclamó Gabriel, dirigiéndose al hombre que servía—. ¿No hay en esta casa dos míseras botellas de champagne?

»Salió el hombre rápido, regresó al instante y trajo las botellas. Gabriel tomó una y examinó su marca. «No está mal», aprobó. Nos habían acercado un velador que colocaron entre él y yo. Antes de dar el primer bocado advirtió Kramer:

»Medita mis últimas palabras en tanto comemos algo. Es el tiempo que tienes para tu oportunidad; pasado, ya no tendrá remedio. Dejó de mirarlo y empezó a masticar con fruición, tomó una botella y la descorchó con ruidoso taponazo; me sirvió y se sirvió, con el primor y la destreza con que lo haría en un cabaret parisién. De Kramer no hacía ningún caso, como si no existiera; ni siquiera la formularia invitación.

»Terminamos en unos diez minutos. Kramer no se había movido siquiera. Gabriel hizo girar su sillón para colocarse en posición correcta tras la mesa. Encendió calmoso un cigarrillo, y después de la primera bocanada, miró de frente al alemán.

—»¿Lo has pensado bien?...—le interrogó.

—»¿Qué he de pensar yo?...—respondió Kramer...

—»Sencillamente, si estás dispuesto a obedecer...

—»¿En qué?

—»¿En qué preguntas?... ¿Piensas acaso que yo he perdido mi tiempo con un repugnante detritus humano como tú por el placer de verte poseído de tal facha —y señalaba las fotografías—por este bárbaro mongol?... ¡No Kramer, no! Se trata de tu misión, que yo

conozco..., y, sobre todo, de si estás dispuesto a continuarla bajo mi control y dirección. Es todo.

»Guardó silencio Kramer por unos instantes, y luego preguntó :

—»Propongo una condición.

—»No ; las condiciones las impongo yo—denegó Gabriel.

—»Es ajena en absoluto al asunto...

—»Luego confiesas que hay asunto... Por algo positivo debemos empezar. Venga esa condición.

—»Que Fritz lo ignore todo, que pueda salir de la U. R. S. S. sin inconveniente alguno...

—»¡ Ah !... Se trata de tu camarada, de lo más importante para ti... Podías haberlo dicho antes ; concedido, concedido. Habla.

»Soy capitán del O. K. W. (1) ; mi viaje tiene por objeto ponerme en contacto con determinada personalidad soviética...

—»¿ Con cuál ?...

—»Lo ignoro aún.

—»Imposible, tú quieres ocultar su nombre ...¡ Eso es estúpido !

—»No, créame ; ignoro aún de quien se trata. Esa persona se me presentará, en el momento que lo estime oportuno, dándoseme a conocer.

—»¿ Cómo ?

—»Por una palabra convenida.

—»¿ Cuál ?...

—»«Nabor» ; quien me la diga, cuadrándose militarmente, a la alemana, con golpe de tacones ha de ser la persona con quien debo tratar.

—»¿ Misión del O. K. W ?

—»En parte, sí ; pero esencialmente, no.

—»¿ Del partido ?

—»¡ Oh, no !..., de ningún modo.

---

(1) Estado Mayor del Ejército Alemán.

—»¿He de perder el tiempo preguntando? ¡Habla! Haz un informe verbal. Será mejor para todos.

—»De acuerdo; pero tenga en cuenta mi estado de gran debilidad, ¿no podríamos aplazar esto?... Yo prometo...

—»No; aún no me has dicho nada sustancial... Vamos, para que te animes..., diciendo esto Gabriel, alcanzó la botella de champagne intacta y la descorchó con rapidez; el alemán lo miraba con ansia; debía sentir una gran sed; al recibir la copa, bebió con ansia; después le dió Gabriel un cigarrillo y se lo encendió; el alemán pareció revivir al momento.

—»Escucho—le invitó imperativo Gabriel.

—»Para que usted comprenda, debo referirme a un antecedente. El asunto tiene su origen en 1934, cuando la «purga» de Hítler. Yo era un íntimo colaborador del general Bredow, ya sabrá quién era él y también su ejecución con Schleicher y los demás; yo, aunque también estaba en el complot, me salvé y también se salvaron otros muchos. Era muy amplia la conspiración.

Se trataba de la eliminación de Hítler y del Partido, instaurando una dictadura militar basada en avanzada política social. Esto es más o menos conocido; lo interesante ahora es tener en cuenta lo que hubo en el complot de intervención internacional, pues de aquella intervención exterior procede mi misión actual. Como sabrá, la conspiración contra Hítler era dual; por un frente, militar; por el otro, de la S. A., dirigida por Röhm. Entre los dos frentes no habría contacto directo alguno. Así debía ser, ya que nuestras ideas y fines políticos eran diametralmente opuestos; Röhm quería deshacer la Reicheswer y nosotros destruir el Partido. El enlace de ambos frentes, la coordinación de los movimientos de estas dos fuerzas opuestas y enemigas radicaba en el extranjero; no eran alemanes quienes constituían lo que se podía llamar el Estado Mayor del puch; era un in-

conveniente táctico, pero ineludible, dada la paradoja de ser enemigos y aliados los que debíamos luchar. Si unos y otros teníamos fines distintos en política interior, en la internacional secundábamos unánimes las directrices de quienes nos apoyaban y dirigían desde el exterior.

—»¿Y quiénes eran esos directivos extranjeros? —preguntó Gabriel.

—»Un frente muy amplio; en primer término estaban Inglaterra y Francia; más exactamente, Intelligence y Segundo Bureau. Como comprenderá, no se dejaron pruebas; los contactos los teníamos a través de Checoslovaquia.

—»¿Masonería?...

—»Sí; por la técnica empleada, puede así creerse. Pero, abreviando: nuestro compromiso principal de carácter internacional era crear una seria amenaza militar contra la U. R. S. S.; comprenderá usted que la exigencia convenía perfectamente a la ideología de ambas alas de la conspiración.

—»¿Y qué fin tenía el crear tal amenaza?

—»Entonces yo lo ignoraba, y creo que lo ignoraban todos; pero ahora puedo deducir con cierta seguridad el plan. Mas no debo interrumpir el curso de los hechos... ¿Me permitiría un poco de champagne?

»Gabriel le sirvió otra copa y le invitó a fumar a discreción. Kramer volvió a su relato.

—»Después del fracaso—un fracaso debido a estar la dirección tan alejada—pasé más de un año sin contacto con nuestros aliados del exterior. Con ocasión de un viaje a España, meses después de haber empezado allí la guerra, fuí abordado en París por un desconocido. Era un inglés, militar al parecer. Me probó saberlo todo; en especial, mi propio papel en el puch.

—»¿También conocían sus nefandas inclinaciones? —insinuó Gabriel.

—»También. Lo enviaban los mismos elementos que habían llevado la dirección en el extranjero del Puch fracasado en 1934; me dió detalles que no me dejaron dudas sobre la verdad de sus palabras. Me pidió que restableciese los enlances con altos jefes de O. K. W. que no habían sido descubiertos y así se lo prometí. Me hallo muy cansado... ¿No podríamos continuar la conversación luego?—preguntó Kramer, que verdaderamente daba muestras de hallarse desfallecido.

—»Imposible—denegó Gabriel—, necesito por lo menos conocer su misión en Moscú, aunque sean en síntesis. Beba otra copa y terminemos.

»Se la sirvió y Kramer la bebió.

—»Me faltan las fuerzas; usted, doctor, debe saber que no miento; pero haré un esfuerzo y le diré en muy pocas palabras el proyecto. Se trata de volver a tomar contacto, a través de la persona que debe presentarse a mí, con los elementos antistalinistas del Ejército soviético; se me ha dicho que son de alta categoría y numerosos. El plan es el siguiente: bajo apariencias de oposición y protestas diplomáticas se permitirá a Hítler un gran aumento de poder. No habrá guerra europea motivada por la situación española, como Stalin pretende. Cuando Hítler sea bastante fuerte, recibirá seguridades de que se le dajarían manos libres en el Este; habrá guerra entre Alemania y la U. R. S. S. La guerra provocará en una y otra nación situaciones idénticas: el poder, el poder militar, como es natural, pasará entonces a manos de los generales. Un doble golpe de Estado militar se dará en Berlín y en Moscú; a Hítler y a Stalin se les fusilará. Una paz «tablas» se firmará entre los nuevos Gobiernos de Alemania y Rusia... Créame, no puedo más—dijo débilmente Kramer, y dejó caer su cabeza sobre la mesa (1).

(1) Dr. Landowsky, *Sinfonía en Rojo Mayor*.

MACLEAN Y BURGESS

LIBRO BLANCO

Informe correspondiente a dos ex-funcionarios del Foreing Office

Londres, septiembre 1955.

Presentado por el Secretario de Estado para Asuntos Extranjeros por Orden de Su Majestad.

1. En la noche del viernes 25 de mayo de 1951, Mr. Donald Duart Maclean, consejero de la rama más antigua del Servicio Extranjero y en aquel tiempo jefe del Departamento americano del Foreing Office; y Mr. Guy Francis de Money Burgess, segundo secretario de la rama más moderna del Servicio Extranjero, abandonaron el Reino Unido, desde Southampton, en barco para Saint Malo. Las circunstancias de su partida de Inglaterra, para lo cual no habían pedido autorización, fueron tales que resulta obvio que huyeron del país deliberadamente. Ambos funcionarios fueron suspendidos de sus cargos en 1.° de junio de 1951 y sus nombramientos en el Foreing Office cancelados en 1.° de junio de 1952, con efectos desde 1.° de junio de 1951.

2. Maclean era hijo del antiguo Ministro del Gabinete, Sir Donald Maclean. Nació en 1913 y fué educado en Gresham's School, en Holt y en el Trinity

College, Cambridge, donde tuvo un buen expediente académico. Tomó parte con buen éxito en el concurso para el cuerpo diplomático y fué colocado en primera solicitud en el Foreing Office. Sirvió subsiguientemente en París, en Washington y en el Cairo. Era un funcionario de excepcional pericia y fué promovido al rango de Consejero a la temprana edad de treinta y cinco años. Estaba casado con una dama americana y tenía dos hijos jóvenes. Un tercer hijo nació poco después de su desaparición.

3. En mayo de 1930, cuando servía en la Embajada de S. M. en el Cairo, Maclean fué culpable de mala conducta de carácter grave y sufrió una especie de trastornos que se atribuyeron a exceso de trabajo y a bebida excesiva. Hasta que apareció este trastorno, su trabajo fué eminentemente satisfactorio y no hubo motivo de ninguna clase para dudar de su lealtad ; después de su recuperación y licencia en su casa, fué reconocido médicamente y encontrado útil, y en octubre de 1950 se le nombró Jefe del Departamento Americano del Ministerio de Asuntos Extranjeros, puesto en que como no trataba de problemas importantes en las relaciones anglo-americanas parecía estar dentro de su capacidad.

4. Desde la desaparición de Maclean, un examen minucioso de su pasado reveló que durante sus días estudiantiles de Cambridge había expresado simpatías comunistas, pero no existía evidencia de que hubiera sido nunca miembro del Partido Comunista, y, ciertamente, al dejar la Universidad, había renunciado exteriormente a sus anteriores opiniones respecto al Comunismo.

5. Burgess nació en 1911 y fué educado en el Real Colegio Naval, Darmouth ; en Eton y en Trinity College, donde tuvo un brillante expediente académico. Después de dejar Cambridge en 1935, trabajó en Londres,

durante un corto tiempo, como periodista y se unió a la B. B. C. en enero de 1936, en la que permaneció hasta enero de 1939. Desde 1939 a 1941, estuvo empleado en una de las organizaciones de propaganda de guerra. Volvió a ingresar en la B. B. C. en enero de 1941 y permaneció allí hasta 1944 en que solicitó y obtuvo una plaza de oficial temporero de prensa en el Departamento de Noticias de Foreing Office. No ingresó en el Servicio Extranjero mediante examen en competencia, pero en 1947 aprovechó la oportunidad abierta a los empleados eventuales para presentarse para fijos. Se presentó ante la Oficina de la Comisión del Servicio Civil y fué recomendado para la rama joven del Servicio Extranjero. Su colocación fué efectiva desde 1.° de enero de 1947. Trabajó durante algún tiempo en la Oficina del entonces Ministerio de Estado, Mr. Hector Mc. Neil, y en el Departamento de Extremo Oriente del Ministerio de Asuntos Extranjeros. En agosto de 1950, fué trasladado a Washington como secretario segundo.

6. A primeros de 1950 las autoridades de seguridad informaron al Ministerio de Asuntos Extranjeros de que a últimos de 1949, durante unas vacaciones en el extranjero, Burgess se había hecho culpable de indiscreciones acerca de asuntos secretos de los cuales tenía conocimiento oficial. Esto le valió una severa reprimenda. Aparte de este *lapsus*, su servicio en el Foreing Office hasta la época de su nombramiento para Washington fué satisfactoria, y había buenas razones para esperar que haría una buena carrera.

7. En Washington, sin embargo, su trabajo y su conducta dieron lugar a quejas. El embajador informó que su trabajo no había sido satisfactorio y que le faltaba perfección y equilibrio en asuntos de rutina ; que le habían llegado del Departamento de Estado noticias desfavorables respecto a su temeridad en conducir y que

había sufrido reprimendas por su descuído en dejar inatendidos los documentos confidenciales. El embajador rogaba que Burgess fuera retirado de Washington, como así se hizo. Le llamaron a Londres a principios de mayo de 1951 y se le pidió que dimitiera del Servicio Extranjero. Se tuvieron en cuenta las disposiciones que sería necesario adoptar en el caso de que rehusara hacerlo. En este punto fué cuando desapareció.

8. Las investigaciones en el pasado de Burgess han demostrado que, como Maclean, tuvo un período de inclinación hacia el comunismo, mientras estuvo en Cambridge y que también él, al dejar la Universidad había exteriormente renunciado a sus opiniones. No se pudo encontrar trazas en su carrera subsiguiente de una participación directa en las actividades de las organizaciones de izquierdas; en verdad, se sabía que después de dejar Cambridge había tenido algún contacto con organizaciones tales como el Club Anglo-Germano.

9. Se ha hecho la pregunta de si la mutua asociación de estos dos funcionarios no había dado origen a sospechas. El hecho es que aunque sabíamos antes de ahora que Maclean y Burgess estaban relacionados desde su tiempo de alumnos de Cambridge, en el curso de su carrera en el Servicio Extranjero no demostraron que hubiera entre ellos otra asociación que la normal entre dos colegas. Cuando Burgess fué nombrado para el Foreing Office, Maclean estaba en Washington y en la época en que el mismo Burgess fué trasladado a Washington, Maclean volvía al Reino Unido, esperando su designación para el Departamento Americano de Asuntos Extranjeros. Está claro ahora que estuvieron en comunicación mutua después del regreso de Burgess de Washington en 1951 y podían haberlo estado antes. Sus relaciones no fueron, sin embargo, tales como para hacerse notorias.

10. En enero de 1949 las autoridades de la seguridad recibieron un informe de que cierta información de Asuntos Extranjeros se había filtrado hasta las autoridades soviéticas. El informe era poco más que un aviso y en aquel tiempo fué imposible atribuir la filtración a ningún individuo en particular. Se empezaron investigaciones muy secretas amplias y prolijas por las autoridades de la Seguridad y para mediados de 1951 el número de sospechosos se había limitado a dos o tres personas. Desde el principio, el sospechoso principal había sido Maclean. Sin embargo, aún en aquel tiempo no existía una evidencia legal admisible en apoyo de un proceso con arreglo a las normas de Secretos Oficiales. Se dispusieron las cosas para asegurar que cualquier información excepcionalmente secreta e importante no cayera en sus manos. Entre tanto, las autoridades de seguridad se las arreglaron para investigar sus actividades y contactos a fin de aumentar los conocimientos sobre su pasado y, si era posible, obtener informes que se pudieran usar como pruebas en el juicio. El 25 de mayo, el entonces Secretario de Estado, Mr. Herbert Morrison, sancionó una propuesta para que las autoridades de la Seguridad pudieran interrogar a Maclean. Al llegar a esta decisión se tuvo en cuenta que tales interrogatorios podían no producir confesión o voluntarias manifestaciones de parte de Maclean, suficientes para apoyar el procesamiento, y que pudieran servir solamente para sorprenderle y que revelara la naturaleza y extensión de las sospechas que existían contra él. En ese caso habría estado libre para gestionar la salida del país y las autoridades no hubieran tenido facultades para detenerle. Por esta razón, todo dependía del interrogatorio; y las autoridades de la Seguridad deseaban estar completamente preparadas hasta donde fuera posible. También estaban ansiosas de que la casa de Maclean en Tats-

field (Kent) fuera registrada y esta era una razón adicional para retrasar el propuesto interrogatorio hasta mediados de junio, cuando la señora Maclean que estaba entonces embarazada, estuviera fuera de la casa.

11. Ahora está claro que, a despecho de las precauciones tomadas por las autoridades, Maclean debió haberse dado cuenta algún tiempo antes de su fuga de que estaba sometido a investigación. Una explicación pudiera ser que hubiera observado que ya no recibía cierto tipo de documentos secretos. También es posible que descubriera que le estaban observando o que hubiera sido avisado de ello. Las investigaciones que implicaban interrogatorios individuales quedaban postergadas hasta la última posibilidad. Se obtuvo una evidencia insuficiente para formar una conclusión definitiva o para garantizar el procesamiento.

12. La ausencia de Maclean no fué conocida por las autoridades hasta la mañana del lunes 28 de mayo. El Foreing Office está abierto regularmente para los asuntos normales los sábados por la mañana, pero los funcionarios pueden, de vez en cuando, obtener permiso para pasar fuera el fin de semana.

De acuerdo con esta práctica, Maclean solicitó y obtuvo licencia para ausentarse en la mañana del sábado 26 de mayo. Por esta razón, su ausencia no fué notada hasta el lunes siguiente por la mañana, cuando no acudió al Foreing Office. Burgess estaba con licencia y no sujeto a la obligación de informar acerca de sus movimientos.

13. Tan pronto como la fuga fué conocida, se hizo todo lo posible en el Reino Unido y cerca de las autoridades de Seguridad francesas y otras Seguridades del Continente para que siguieran las huellas de las andanzas de los dos fugitivos y si era posible las interceptaran. Todos los consulados británicos de la Europa occi-

dental fueron puestos en alarma y se hicieron esfuerzos especiales para descubrir si los fugitivos habían cruzado las fronteras francesas el 26 o 27 de mayo. Como resultado de estas y de otras investigaciones quedó demostrado que Maclean y Burgess salieron juntos de Tatsfield, en coche, para Southampton a media noche, tomaron el vapor *Falaise* para Saint Malo y desembarcaron en dicho puerto a las 11,45 de la mañana siguiente dejando a bordo las maletas y algunas ropas. No fueron vistos en el tren de Saint Malo a París y se informó de que dos hombres, que se suponía fueran Maclean y Burgess tomaron un taxi para Rennes y allí subieron al tren de la 1,18 de la tarde para París. Nada más volvió a saberse de ellos.

14. Desde la desaparición se han recibido varias comunicaciones de ellos para miembros de sus familias. El 8 de junio de 1951 fueron recibidos telegramas, ostensiblemente de Maclean, para su madre, Lady Maclean, que en aquel tiempo estaba en el Reino Unido. El telegrama para Lady Maclean era un corto mensaje personal firmado con un mote conocido sólo dentro del círculo inmediato de la familia. Meramente decía que estaba bien. El dirigido a Mr. Maclean era similar, expresando sentimiento por la inesperada partida y firmado «Donald». Ambos telegramas fueron despachados en París en la noche del 6 de junio. De su recibo fueron en seguida informadas las autoridades, pero fué imposible identificar a la persona o personas que los habían entregado. La matriz del telegrama original mostraba, sin embargo, que los mensajes habían sido escritos por una mano que no estaba claro que fuera la de Maclean. El carácter de la escritura y algunos errores de ésta, sugerían que ambos telegramas habían sido escritos por un extranjero.

15. El 7 de junio de 1951 fué recibido en Londres

un telegrama para Mrs. Bassett, madre de Burgess. Contenía un mensaje corto y afectuoso juntamente con la manifestación de que el remitente estaba embarcado pasando unas largas vacaciones en el Mediterráneo y ostensiblemente era de Burgess. El telegrama había sido puesto en una oficina de correos de Roma a primera hora del día en que se recibió. Como con los telegramas expedidos desde París a la familia de Maclean, no hubo posibilidad de identificar a la persona que los había depositado. La escritura tenía la apariencia de haber sido trazada por un extranjero y ciertamente no era la de Burgess.

16. Según la información dada en confianza al Ministerio de Asuntos Extranjeros por Mrs. Dumbar, madre política de Maclean, que vivía con su hija en Tatsfield, recibió el 3 de agosto de 1951 dos cartas certificadas y franqueadas en St. Gallen, Suiza, el 1.° de agosto. Una de ellas contenía una libranza contra la *Swiss Banck Corporatión*, Londres, por la suma de 1.000 libras pagaderas a la Sra. Dumbar; la otra, una libranza por la misma suma librada por el *Union Bank* de de Suiza, contra el *Midland Bank*, 122, Old Broad Street, Londres. Ambas libranzas se comprobó que habían sido remitidas por orden de Mr. Robert Becker, cuya dirección se dió como en el Hotel Central de Zurich. Minuciosas investigaciones en colaboración con las autoridades suizas, no han podido establecer la identificación de Mr. Becker y es probable que el nombre dado sea falso.

17. Poco después del recibo de estas libranzas bancarias Mrs. Maclean recibió una carta de puño y letra de su marido. Había sido depositada en Reigate (Surrey) el 5 de agosto de 1951 y era de carácter afectivo y personal como de marido a mujer. No daba la clave de las andanzas de Maclean ni la razón de su fuga, pero

explicaba que las libranzas enviadas a la Sra. Dumbar eran para la Sra. Maclean.

18. Lady Maclean recibió una nueva carta de su hijo el 15 de agosto de 1951, que no hay duda era de puño y letra de éste. Había sido puesta en el correo en Herne Hill el 11 de agosto.

19. Mrs. Bosset, la madre de Burgess, recibió una carta escrita por él, el 22 de diciembre de 1953. La carta era personal y no daba información de las correrías de Burgess. Estaba simplemente fechada «noviembre» y había sido depositada en Londres, Sudeste, el 21 de diciembre. El último mensaje recibdio del uno o del otro fué una carta de Burgess a su madre recibida en Londres el 25 de diciembre. Esta carta era también personal y no descubría nada de las andanzas de Burgess. También estaba fechada en «noviembre» y había sido depositada en Poplar, E. 14, el 23 de diciembre.

20. El 11 de septiembre de 1953, Mrs. Maclean, que estaba viviendo en Ginebra, salió en coche con sus tres hijos. Le había dicho a su madre, que estaba con ella, que se había encontrado inesperadamente con un amigo a quien ella y su marido habían conocido anteriormente en El Cairo y que la había invitado a ella y a sus hijos a pasar con él el fin de semana en Territet, cerca de Montreux. Dijo que volvería a Ginebra el 13 de septiembre a tiempo para que los dos hijos mayores asistieran al colegio al siguiente día. El 14, alarmada la madree, porque no habían regresado, informó del caso al Cónsul General de S. M. en Ginebra y también por teléfono, a Londres. Inmediatamente fueron despachados a Ginebra unos funcionarios de la Seguridad, donde se pusieron a disposición de la Policía suiza, que estaba ya haciendo diligentes investigaciones. En la tarde del 16 de septiembre, el coche de la Sra. Maclean fué hallado en un garaje de Lausana. Lo había dejado allí el 11 por

la tarde diciendo que volvería por él al cabo de una semana. En mozo del garaje que informó de esto, añadió que Mrs. Maclean, había proseguido con sus hijcs a la estación del ferrocarril de Lausana. En el mismo día, 16 de septiembre, Mrs. Dumbar informó a la Policía de Ginebra que había recibido un telegrama que implicaba proceder de su hija. El telegrama, explicaba que Mrs. Maclean se había demorado «debido a circunstancias imprevistas» y pedía a Mrs. Dumbar que informara a las autoridades de la escuela de que sus dos hijos mayores estarían de vuelta dentro de una semana. Al hijo más pequeño de Mrs. Maclean se le nombraba en este telegrama por un mote conocido sólo por la Sra. Maclean, su madre y otros íntimos. El telegrama había sido depositado en la Oficina de Correos de Territet, a las 10,58 de aquella mañana, por una mujer cuya descripción no correspondía con la de la Sra. Maclean. La escritura del telegrama original no era la de Mrs. Maclean y presentaba características extranjeras similares a los telegramas recibidos en 1951 por Lady Maclean, Mrs. Maclean y Mrs. Basset.

21. De la información subsiguientemente recibida de testigos en Suiza y Austria, resulta claro que las disposiciones para la partida de Ginebra de Mrs. Maclean habían sido cuidadosamente planeadas y que ella siguió por tren desde Lausana en la noche del 11 de septiembre, pasando aquella misma noche la frontera suiza-austríaca y llegando a Schwarzach St. Veit en la zona americana de Austria, aproximadamente a las 9,15 de la mañana del 12 de septiembre. La declaración libre de un mozo de Schwarzach St. Veit y de otros testigos que viajaban en el tren ha establecido que lo dejó en este punto.

Otra evidencia que se cree digna de confianza muestra que se encontró en la estación con un hombre des-

conocido que guiaba un auto con los números de matrícula austríacos. La ruta que siguiera este coche posteriormente no se ha descubierto. Es probable que en él subieran la Sra. Maclean y sus hijos y salieran desde Schwarzach St. Veit paar el vecino territorio de la ocupación rusa desde donde proseguirá su viaje para reunirse con su marido.

22. No había posibilidad de impedir que Mrs. Maclean dejara el Reino Unido. Aunque estaba obligada a informar de sus movimientos, había estado regularmente en contacto con las autoridades de Seguridad y les había informado que deseaba establecer su hogar en Suiza. Para ello daba las razones : la primera, que quería evitarse las molestias personales a las que le había sometido la prensa del Reino Unido ; y la segunda, que deseaba educar a sus hijos en la Escuela Internacional de Ginebra. Se recordará que la Sra. Maclean era ciudadana americana y en vista de la publicidad despertada por la fuga de su marido, era muy natural que quisiera llevarse a sus hijos a vivir a otra parte. Antes de que se marchara de Ginebra, las autoridades de Seguridad se habían puesto de acuerdo con ella para que, dondequiera que se hallara, se mantuviera en contacto con las autoridades británicas en Berna y en Ginebra para el caso de que recibiera nuevas noticias de su marido o necesitara consejo o ayuda. Mrs. Maclean era una persona libre y las autoridades no tenían medios legales de retenerla en el Reino Unido. Cualquier forma de vigilarla en el extranjero carecía de garantía.

23. En vista de las sospechas que existían contra Maclean y de la forma conspiradora de su huída, se creyó, aunque esto no podía probarse, que su destino y el de su compañero debía haber sido la Unión Soviética ó algún territorio detrás del Telón de Acero.

Ahora, Vladimir Petrov, el antiguo tercer secreta-

rio de la Embajada Soviética en Camberra que buscó asilo político en abril de 1954, ha confirmado esto. Petrov mismo no estaba implicado directamente en el caso, y su información la obtuvo de una conversación con uno de sus colegas del Servicio soviético en Australia. Petrov afirma que Maclean y Burgess fueron reclutados por el Gobierno Soviético como espías mientras fueron estudiantes de la Universidad, con la intención de que ejercieran el espionaje en el Foreing Office, y que en 1951, por medios para él desconocidos, uno u otro de los dos hombres se dió cuenta de que sus actividades estaban sometidas a investigación. De esto informaron al Servicio Secreto de espionaje soviético que organizó su fuga y traslado a la U. R. S. S. Petrov tiene la impresión de que la ruta de escape incluía Checoslovaquia y que ello suponía un vuelo en avión hacia aquel país. A su llegada a Rusia Maclean y Burgess vivían cerca de Moscú. Eran utilizados como consejeros del Ministerio de Asuntos Exteriores y otros departamentos soviéticos. Petrov añade que uno de los hombres (Maclean) se había reunido con su esposa.

24. Dos puntos merecen comentario : el primero es cómo Maclean y Burgess permanecieron tanto tiempo en el Foreing Office y, el segundo, cómo consiguieron fugarse.

25. Cuando estos dos hombres recibieron sus nombramientos no había nada registrado en el sentido de que fueran indeseables para el servicio público. Es cierto que su conducta subsiguiente no fué satisfactoria y se actuó en consecuencia en cada caso. Como ya se ha dicho, Meclean fué llamado de El Cairo en 1950 y no se le volvió a colocar hasta que fué declarado apto por los médicos. Burgess fué llamado cuando estaba en Washington, en 1951, y se le pidió que dimitiera. Fué poco tiempo antes de que Meclean desapareciera cuan-

do surgieron serias sospechas acerca de su buena fe y entonces se emprendieron activas indagaciones.

26. La segunda cuestión es cómo Maclean y Burgess consiguieron fugarse cuando las autoridades de Seguridad estaban siguiéndoles las huellas. La vigilancia de Maclean se dificultó por la necesidad de asegurarse de que no se percatara de que estaba sujeto a investigación. Esta vigilancia tenía por objeto primario reunir, si era posible, mayor cantidad de informes y no el de prevenir su fuga.

Había que aceptar el riesgo calculado de que llegara a darse cuenta de ello y emprendiera la fuga. No era aconsejable aumentar este riesgo con la vigilancia de su casa en una parte solitaria del país y por esto sólo se le vigiló en Londres. Ambos hombres eran libres para irse al extranjero en cualquier tiempo. Sin duda, en algunos países hubieran sido detenidos primero y luego interrogados. En este país no puede hacerse ningún arresto sin tener una evidencia adecuada. Entonces la evidencia era insuficiente y, por estas razones, era necesario que las autoridades de la Seguridad emprendiesen la difícil y delicada investigación sobre Maclean teniendo pleno conocimiento del riesgo de que se diera cuenta de la vigilancia. Entretanto, fué avisado y huyó del país en compañía de Burgess.

27. Como resultado de este caso, en julio de 1951, el entonces Secretario de Estado, Mr. Herbert Morrison, estableció un Comité de investigaciones para estudiar y comprobar la Seguridad aplicable a los miembros del Servicio Extranjero ; las regulaciones y prácticas del Servicio Extranjero, en relación con cualesquiera materias concernientes a la seguridad y para que informara de si eran precisas algunas alteraciones. El comité informó en noviembre de 1951 y recomendó, entre otras cosas, una verificación más extensa por la Seguridad de

los funcionarios del Serxicio Extranjero que la que hasta entonces había sido practicada. Esto se llevó a efecto; inmediatamente, desde 1953, se han hecho investigaciones sobre los antecedentes de los funcionarios y aspirantes a plazas del Servicio Extranjero que manejen ó havan de manejar informaciones rigurosamente secretas. El propósito de esta investigación es asegurarse de que nadie sea nombrado para ocupar tales cargos, o continúe ocupándolos, a menos que sea digno de que se le confíen los secretos que correspondan en el puesto que ocupe.

28. Mucha crítica se ha hecho respecto a las reticencias de las réplicas ministeriales sobre estas materias; una actitud que se dice no hubiera cambiado a no ser por las revelaciones de Petrov. El espionaje se lleva en secreto. En el contraespionaje su éxito depende igualmente del máximo secreto de sus métodos. No es deseable en ningún momento dejar que el otro lado sepa cuánto se ha descubierto o conjeturado ni qué medios se han empleado para descubrirlo. No se les debe permitir que se den cuenta de todos los pasos que se han dado para mejorar la Seguridad. Estas consideraciones tienen aun aplicación y deben ser el criterio básico para juzgar lo que debe o no deber ser hecho público.

RETRATO PERSONAL Y ETICO

«Donald Maclean tiene el cabello del color de la arena; es alto, de una gran fuerza física latente, pero adiposo y más bien flácido. Viéndole, nos damos cuenta de que es a la vez amable y débil. No pareec un animal político, sino que se asemeja al listo y desamparado joven de una novela de Huxley, un desmesurado *Cherubino* que intenta una amorosa experiencia, pero que es demasiado tímido y torpe para tener éxito. Buscó refugio en

los más impetuosos y libres límites de Bloomsbury y Chersea.

»Guy Burgess, aunque prefiere la compañía de lo capaz a lo artístico, se movió también en el filo del mismo mundo. Es de un físico muy diferente; de estatura media, ojos azules, nariz inquisitiva, boca sensual, cabellos rizados y una expresión de fox-terrier alerta. Es inmensamente enérgico, gran hablador y lector, jactancioso y andarín. Nada como una nutria y bebe como un débil subgraduado; en cambio, Donald lo hace como un rabelesiano tragabotellas, cuya sed fuera inextinguible.»

Así describió el crítico británico Cyril Connoly a esos dos flagrantes traidores británicos.

Es la manera que tiene el escritor británico de manifestar que los dos traidores buscaban en los más bajos fondos londinenses la satisfacción de su aberración homosexual y que, a la vez, eran unos insignes borrachos.

Maclean fué trasladado a la Embajada británica de El Cairo en 1948. Este destino debía ser su sueño dorado. El próximo Oriente fué y es el «paraíso» anhelado por todos los grandes pederastas europeos, anhelantes de dar rienda suelta a sus perversiones sexuales sin siquiera el débil freno de la moral del Occidente; la cual, no exigiendo ya más que «guardar las formas externas», les resulta inaguantable. Quieren los homsexuales desplegar el exhibicionismo más descarado y en el cercano Oriente pueden llegar a todos los extremos, con sólo hurtarse a las miradas de las colonias extranjeras, aún cuando estén plagadas ellas de residentes y turistas aquejados de las mismas taras.

Maclean se recató muy poco; se le vió rodeado de amigos homosexuales europeos y frecuentar asiduamente los más bajos fondos indignos de su vicio.

Siguió bebiendo. Cierto día, ebrio de alcohol y de

odio a las mujeres, entró violentamente en el domicilio de una joven norteamericana, perteneciente a la Embajada de Estados Unidos, tomándolo por asalto y destruyendo ropas y muebles.

Hubo reclamación diplomática. Los encumbrados amigos de Maclean—¿cuántos camaradas de inversión en las alturas?—transformaron el grave incidente en un rapto de su desequilibrio mental... producto de un exceso de trabajo y del consiguiente desgaste nervioso. A poco más, lo hacen condecorar.

Vuelve a Londres Maclean. Pero nada de castigo ni amonestación. Oficialmente, se halla muy «malito» el pobre; debe reposar y se le deben evitar disgustos... Para guardar las formas, estará sometido a un tratamiento psiquiátrico muy agradable y benigno, que permita con toda comodidad que siga entregado a sus vicios el «señorito».

No se ha dicho; pero Maclean está casado con una norteamericana. Ya nos ocuparemos de ella Por este tiempo de la «cura», ella escribió en una carta para persona íntima:

«El psiquiatra se halla un poco desconcertado respecto a su tendencia homosexual que aparece en él cuando está borracho; yo creo que, en realidad, sólo padece una ligera hostilidad hacia las mujeres.»

Por esta misma época, Burgess trabajaba en la secretaría particular del Ministro de Estado, Hector Mac Neil, y, sin ocultarlo mucho, vivía con un «prostituto» (male prostitute) bastante conocido, de nombre, Jak Hewitt.

Ahorraremos a nuestros lectores, por respeto a ellos, más vergonzosos detalles. Los dados antes y muchos más han aparecido con profusión en la prensa inglesa y americana. No cabe duda ninguna sobre su certeza. El homosexualismo de los dos traidores huídos debió ser

muy público y con demasiadas pruebas cuando la prensa británica se atreve, sin los eufemismos en los cuales es maestra, a saltar por el grave riesgo de la querella por calumnia, tan temible en Inglaterra, llegando a llamarlos invertidos con todo descaro.

Una consideración surge necesariamente. Si el homosexualismo de los dos traidores fugados fué tan público ¿por qué tanta lenidad al ser sospechosos de espionaje?... Su sodomía pública y probada brindaba un magnífico motivo para separarlos de los lugares de peligro y hasta de la carrera. ¿Por qué no se hizo así?... La inducción surge recta: ¿No se librarían de relegación y de expulsión, precisamente, por ser sodomitas?...

EXTRACTO DEL INFORME PETROV

Como se recordará, Vladimiro Petrov, disfrazado de diplomático, fué el Jefe del Espionaje soviético en Australia que, cierto día, «escogió la libertad», y cuya esposa fué dramáticamente liberada de las garras de los «buenos mozos» del M. V. D. cuando por los aires ya se la llevaban a Moscú.

Petrov hizo luz con una sensacional información —dada, sin duda, mucho antes a las autoridades británicas— que facilitó a la prensa, produciendo tal escándalo que el «caso Maclean-Burgess», enterrado profundamente por «piadosas» y diplomáticas manos, estalló cual una explosión atómica.

He aquí un extracto de lo informado por el ex Jefe del Espionaje soviético:

El día 27 de septiembre de 1953, el espía a sus órdenes, Kislytsin, penetró en el despacho de Petrov, y exclamó:

«¡Por fin el asunto ha resultado con éxito completo,

tal como nosotros lo habíamos proyectado !», y le mostó un periódico.

Encabezada con grandes titulares, el diario insertaba una información sobre la desaparición de Mrs. Melinda Maclean y de sus tres niños en Suiza.

No extrañó que Kislytsin estuviera de tan buen humor. Aquel era el final en una operación muy atrevida, por la cual se habían hecho desaparecer dos altos funcionarios del Servicio Diplomático británico.

Kislytsin, antes funcionario del M. V. D. en Londres y más tarde en Moscú, había tomado parte en el asunto.

A través de él, pudo descubrir Petrov la verdad sobre el misterioso caso que ha tenido intrigado y estupefacto al mundo durante cuatro años.

Al enterarse Kislytsin de que la señora Maclean había deaparecido, entró en contacto con los agentes del M. V. D. de Moscú, con quienes había colaborado en el proyecto de fuga de Mrs. Maclean antes de ser destinado a Australia para trabajar a las órdenes de Petrov.

Envió cables cifrados a Moscú, con permiso de Petrov, su jefe. Así tuvo éste conocimiento del asunto.

Informa Petrov que puede probar, fuera de toda duda, que los dos hombres fugados suministraban al Servicio de Espionaje soviético cuanta información llegó a ellos, cuanta tuvieron y la que pudieron conseguir cuando eran funcionarios de plena confianza en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico. Petrov disipa la consoladora ilusión de ciertos políticos, que creyeron que Meclean y Burgess sólo habían sido espías soviéticos durante poco tiempo y que, por lo tanto, no podían haber dado a los rusos muchos secretos de gran importancia.

Petrov ha podido saber, y así lo afirma, que los dos

habían sido reclutados como espías veinte años antes, cuando ambos estudiaban en Cambridge.

También disipa Petrov otra falsa idea. Según se ha informado, Burgess y Maclean se pasaron tras el «telón de acero», no por hallarse o creerse en peligro de ser detenidos, sino por hallarse aburridos y asqueados por la vida en la Gran Bretaña capitalista, y para satisfacer su deseo de vivir la utopía comunista.

COMO FUERON RECLUTADOS

Los hoy evadidos cursaron estudios en Cambridge. Allí ambos estudiantes se interesaron cada uno por su cuenta en la política izquierdista. Sus tendencias políticas fueron advertidas por el Espionaje soviético.

Muy pronto, ambos hombres estaban entregados por completo al bando comunista, tomando parte activa en la lucha ideológica.

Los «enlaces» británicos del Servicio Soviético de Londres les convencieron pronto de que era su deber ayudar prácticamente al Comunismo.

Aunque no lo supieran ellos mismos—afirma Petrov—, desde aquel momento ya eran miembros del Servicio de Información soviético. E ilustra Petrov de algo extraordinario : los dos hombres, que ya en Cambridge eran íntimos amigos, y siguieron siéndolo después, ignoraron sus mutuas actividades en el espionaje y su común ingreso en el Servicio.

Unicamente, poco antes de la fuga en dirección a Moscú, cuando todo estaba decidido y preparado, llegó a saber uno del otro que trabajaba, como él, para el M. V. D.

Kislytsin informó textulamente a Petrov :

«En 1945 yo tuve un cargo en nuestra embajada de Londres. Mi misión era hacer los trabajos de cifra para

el M. V. D. En aquel entonces yo manejé personalmente todo el material que Burgess suministraba.

»Yo recibía el material secreto del Foreing Office a espuertas. Los documentos eran fotografiados en la Embajada y rápidamente devueltos a Burgess. Las fotos las enviaba por correo diplomático a Moscú.

»Pero muy a menudo los documentos contenían una información que necesitaba llegar a Moscú urgentemente. En tales casos, los documentos me fueron entregados a mí para ser cifrados y telegrafiados a la Central.»

En tanto Kislytsin estuvo en Londres, nunca vió a Burgess ni a Maclean. Pero, no obstante, conoció al compañero suyo que enlazaba con ambos.

Y añadió :

«Este solía venir a la Embajada después de haber tenido contacto con Burgess. Siempre su traje estaba cubierto de polvo y lodo. De eso pude deducir que sus encuentros se celebraban en un lugar del campo.»

Kislytsin fué trasladado en 1948 a Moscú. Pasó un año o más en un cursillo de ampliación en trabajos de espionaje, especializándose en los realizables en territorios británicos. Despué fué destinado a la «Dirección del Comité de Información», un centro que seleccionaba la documentación adquirida por el Servicio de Espionaje.

Se le asignó una Sección Especial que comprende un gran archivo de informaciones extranjeras, llamado Archivo de los Mayores Secretos. En esta sección se guardaba la mayor parte del material informativo que los señores Burgess y Maclean habían suministrado.

Aquel archivo—según refirió Kislytsin—estaba repleto de documentos procedentes del Foreing Office. Había tantos, que muchos no habían sido traducidos aún ni distribuídos a los Ministerios interesados.

Los documentos continuaron llegando durante otros

dos años más, en gran cantidad. Después se recibieron urgentes mensajes desde Londres notificando que Burgess y Maclean habían informado a sus enlaces soviéticos que estaban bajo vigilancia del Inteligente Service. Y pedían urgentemente que se les diera asilo en Moscú.

MELINDA MACLEAN

Maclean, ya espía, conoció en París a una joven norteamericana, con la cual contrajo matrimonio. Ella ha tenido dos hijos. Después de su fuga en pos de su marido, los Servicios han sabido que era también una comunista fanática que ocultaba su odio al capitalismo en general y al británico en particular tras la careta de la dulce y amable esposa del extraño diplomático inglés.

Se ignora si la unión de Maclean y Melinda fué un «matrimonio de Estado», sugerido por el M. V. D. para proporcionar un valioso auxiliar al espía y, acaso, dada su psicología, confortarlo y animarlo en su «trabajo», con el fin de que no sufriera desfallecimientos o se distrajera, desatendiéndolo.

Pero Petrov en sus informes destruye la leyenda sugerida por los fotograbados y por la extraña candidez de los Servicios británicos.

Estas son sus palabras :

«Hoy puedo revelar que esta señora, mujer y madre, que se ganó las simpatías del mundo entero cuando su marido huyó hacia Moscú, era ella misma, como estoy ahora seguro, culpable de una hazaña extraordinaria de duplicidad.

»Ella engañó a los Servicios de contra-espionaje de Gran Bretaña, luego a los de Francia y a los de Suiza, en una serie de maniobras astutas que pocos espías avezados podrían superar.»

Kislytsin contó que todos los medios disponibles del

M. V. D. fueron movilizados para sustraer a los dos hombres del peligro de caer en manos de la justicia británica.

En Moscú se celebró una conferencia urgente de algunos altos agentes del M. V. D., presidida por el Coronel Rain, jefe de la Primera Dirección responsable del espionaje en Gran Bretaña y en América. Su segundo, Gorsgy, que después ha sido depuesto, también estaba psesente ; Kislytsin también asitió.

En esta conferencia se convino en que Burgess y Maclean eran agentes de tan gran importancia, que debían de ser salvados a toda costa de la amenaza de detención y traídos a Rusia.

Allí se acordó la ruta para la fuga de Burgess y Maclean, que fué la de Londres a París, donde los agentes del M. V. D. les proporcionaron un avión soviético o checo—Kislytsin no está seguro de ello—que les transportaría a Praga.

Kislytsin había estado en contacto estrecho con ellos durante dos años ; pero las reglas del espionaje no le habían permitido conocerlos personalmente.

Cuando estuvo encargado del gabinete de cifra en Londres, Kislytsin había manejado grandes cantidades de información secreta del Foreing Office para ser transmitida por cifra a Moscú, y después, en la capital soviética, también, cuando estuvo al frente del Archivo secreto en el cual se guardaban y clasificaban los documentos proporcionados por estos dos diplomáticos ; pero nunca había recibido la misión de entrevistarse personalmente con aquellos cuya información altamente secreta pasaba por sus manos.

Mas cuando llegaron a Moscú, él los pudo saludar por primera vez. Y más aún, Kislytsin fué encargado de acompañar a estos dos y auxiliarlos.

Según el subordinado de Petrov, en Moscú decidie-

ron que Burgess y Maclean se convirtieran en asesores del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, para cuanto se relacionase con la política entre Rusia, Gran Bretaña y los EE. UU.

Ellos trabajaban febrilmente en el Ministerio cuando Kislytsvin abandonó Moscú para trasladarse a Australia. E, indudablemente, han de continuar en el mismo trabajo aún.

Maclean parecía preocupado por la suerte de su mujer y de sus tres niños, el último de los cuales nació tan sólo unas semanas después de escaparse.

Se le había permitido enviar a su esposa Melinda unos saludos afectuosos y dinero a través de un banco suizo.

Por tal motivo, el M. V. D. empezó a proyectar la operación para la fuga de la Sra. Melinda Maclean y sus niños. Cuando se realizó, Kislytsin ya estaba en Australia y no podía dar muchos detalles del asunto.

Pero cuando leyó en los periódicos de Australia las informaciones sobre la manera que se había escapado la Sra. Maclean, reconoció en seguida los detalles de la fuga que él mismo había preparado tan meticulosamente.

Cuando su marido la abandonó el 25 de mayo de 1951, ella esperaba dar a luz un mes después solamente.

Desde luego, ella fué interrogada por los agentes de los servicios de seguridad británicos; pero logró convencerlos de que no sabía nada de nada. Y las autoridades le permitieron salir del país.

Pero parece seguro que en Francia tuvo contacto con un agente del M. V. D. y que, finalmente, se mostró conforme con el proyecto de su propia evasión.

Kislytsin dijo que el M. V. D. estaba tratando de hallar una posibilidad para establecer contacto con ella, inmediatamente después de la fuga de su marido.

Incluso existía el proyecto de que un funcionario de la Embajada soviética de Londres la visitase en su casa en Kent. Pero luego los jefes del M. V. D. decidieron que esto sería demasiado arriesgado.

Tenía que establecerse el contacto con ella en un sitio donde pudiera ser burlada la vigilancia de los servicios británicos de seguridad. Así se logró cuando se hallaba en la Riviera, pues, aún cuando los agentes del Servicio de Seguridad francés estuvieron de guardia permanente en torno a la familia Maclean en el chalet que ellos ocuparon, la Sra. Maclean consiguió desaparecer durante días anteros.

Aquella fué la oportunidad para su entrevista con los agentes del M. V. D.

Ella adoptó la más conveniente actitud para sus proyectos.

Confesaba a sus amigos que su hogar estaba deshecho. Hablaba patéticamente de su matrimonio «de fachada». Anunció su intención de divorciarse de Donald.

En julio de 1952, la Sra. Maclean anunció que deseaba abandonar la Gran Bretaña para trasladarse a Suiza.

La organización suiza de información mantuvo alguna vigilancia sobre el nuevo hogar de la Sra. Maclean en Ginebra.

Es evidente que ella también engañó a los agentes suizos. Porque Kislytsin informó a Petrov que fué precisamente en Ginebra donde un representante de M. V. D. hizo los trabajos para preparar los últimos detalles del viaje de la Sra. Maclean a Moscú.

El viernes 11 de septiembre de 1952—dos años y cuatro meses después de desaparecer su marido—la Sra. Maclean salió conduciendo su automóvil «Chévrolet», acompañada de sus hijos, alegando una visita a unos amigos.

Sus movimientos se pudieron seguir hasta la frontera de Austria. Allí no quedó ningún rastro.

La Sra. Melinda Maclean había triunfado sobre los Servicios de Seguridad de tres países. Había representado muy bien el papel de «mujer abandonada» y «desilusionada» por un marido traidor, y había logrado un éxito total.

JUICIOS DEL «THE TIMES» SOBRE EL GOBIERNO BRITANICO Y EL «CASO» MACLEAN-BURGESS

A continuación, copiamos el texto completo de un editorial de *The Times* de Londres fecha 24 de septiembre de 1955, que comenta el «Libro blanco» publicado por el Gobierno inglés sobre las actividades de espionaje de Maclean y Guy Burgess.

«''Dos puntos sugieren el comentario'', dice el *Libro blanco*, sobre Maclean y Burgess. Esto es típico en su remilgado sistema de defensa. Porque no hay dos, sino una docena de puntos que piden comentarios y sobre los que el «Libro blanco» arroja muy poca luz.

»De la aparición escandalosamente tardía (cuatro años y cuarto después de que esos dos hombres huyeron del país) del «Libro blanco», podrían esperarse muchos detalles hasta aquí desconocidos. Cierto que menciona que a Burgess se le había pedido concretamente, poco antes de su huída, que dimitiera su cargo en Asuntos Exteriores a causa de su conducta indiferente y descuidada mientras actuó en los Estados Unidos y también que en 25 de mayo de 1951, el mismo día de la desaparición, Mr. Morrison convino en que Maclean debía ser interrogado por las autoridades de seguridad a causa de que existían sospechas de que previamente

había entregado a las autoridades soviéticas informaciones del Foreing Office.

»Por alguna razón inexplicable estos hechos no se han dado a conocer hasta ahora. Por otra parte, el Libro sólo llega a confirmar una buena parte de la información ya conocida a través de la prensa y especialmente gracias a lo descubierto por Mr. Petrov (Vladimir Petrov, Agente del Espionaje soviético) que desertó en Australia.

»Existían muy pocas dudas de que si no se hubiese llegado al conocimiento de que Petrov iba a hacer pública su información, el Foreing Office y las autoridades de seguridad no habrían decidido publicar el «Libro blanco», ni aún ahora.

»Durante los pasados cuatro y cuarto años, el procedimiento ha sido invariablemente el mismo. A una información de prensa ha seguido una confirmación a regañadientes y a menudo tendenciosa, en la Cámara, de parte de Asuntos Exteriores. Las afirmaciones oficiales, según vemos ahora, estaban desorientadas.

»No cabe duda de que los mismos portavoces no disponían de la debida información que es usual en asuntos internacionales. Aún así, es difícil compaginar la manifestación de hace un año de que la información de Petrov estaba basada simplemente en rumores y había que tomarla con alguna reserva, con la admisión por el *Libro blanco* de que Petrov había facilitado una confirmación de algunas partes del asunto. Aún mayor discrepancia existe entre la evidencia del *Libro blanco* de que Meclean era considerado como sospechoso de pasar información y las manifestaciones de Lord Reading en la Cámara de los Lores del 28 de octubre de 1952. «Maclean—dijo Lord Reading—cumplió satisfactoriamente sus deberes oficiales hasta la fecha de su desaparición.»

»El *Libro blanco* defiende lo que recatadamente

llama «la reticencia de las réplicas ministeriales» sobre la base de que no es aconsejable en ningún momento dar a conocer al otro lado cuanto ha sido descubierto o conjeturado y los medios usados para descubrirlo. Un principio excelente ¿pero cómo aplicarlo en este caso? El *Foreing Office* no necesitaba procedimientos especiales para «descubrir» que había pedido a Burgess que dimitiera o que estaba vigilando estrechamente a Maclean ; los rusos ya lo sabían, de lo contrario, no habrían ayudado a los dos hombres a fugarse.

»El *Libro blanco* apenas si disipa dudas acerca del sistema que las autoridades de seguridad han empleado en este asunto. Dice que, una vez que las sospechas se localizaron en Maclean, las autoridades aceptaron el riesgo calculado de que él se diera cuenta de que se le vigilaba y diera los pasos para irse al extranjero. Los acontecimientos demostraron que habían calculado mal, ya que se escapó. Pero es más extraordinario leer que aunque se sospechaba gravemente de él, se decidió no vigilarle en su casa de Kent.»

Y aún más extraordinario. El mismo día en que a la autoridad le fué posible interrogarle se le dió licencia para ir desde Londres (donde estaba vigilado) a Kent (donde no lo estaba). Y, según el *Libro blanco*, su fuga, aquella misma noche, 25 de mayo, «no llegó a ser conocida por las autoridades hasta la mañana del lunes 28 de mayo». Ellos mismos se habían privado de todos los medios para conocerla.

Otro punto menos grave, pero no menos asombroso, es que el *Libro blanco* dice que los dos hombres abandonaron el país «cuando las autoridades de seguridad estaban sobre sus huellas». ¿Estaban vigilados? ; ¿entonces también Burgess? No hay nada en el *Libro blanco* que lo sugiera. La evidencia producida es, simplemente, que se le había pedido que dimitiera, de acuerdo

con lo que el Embajador en Washington había informado acerca de su conducta personal. Si había sospechas de espionaje, en tal caso, la confirmación debería estar en el *Libro blanco*. Si las autoridades no tenían tales sospechas habían resultado unas incautas. Ambas cosas no podían ocurrir a la vez.

El misterio se hace más profundo por la afirmación del *Foreing Office* en el último fin de semana de que se creía que ambos hombres eran agentes desde hacía un «largo período» de la Unión Soviética. Petrov así lo había dicho y su testimonio fué aceptado, pero en la información británica la parte de Burgess no había sido aclarada.

Igualmente, no es satisfactorio el modo de ocuparse el *Libro blanco* del motivo por el cual esos dos hombres fueron conservados tanto tiempo en el servicio. Aparte de todas las cuestiones de espionaje, sus conductas personales deberían haber sugerido enérgicas y anteriores investigaciones sobre la conveniencia de tenerlos empleados en un trabajo de responsabilidad. La historia de sus borracheras era un comentario común en Londres. ¿Eran estos los hombres a quienes se debía confiar un servicio secreto? ¿Se preguntaron las autoridades cuál era la causa raíz de los evidentes excesos que ambos cometían?

DEL DEBATE PARLAMENTARIO

El Secretario de Asuntos Exteriores (Harold Macmillan). Raramente ha sucedido en nuestra larga historia parlamentaria que el Jefe político de un departamento tenga que exponer a la Cámara de los Comunes una historia tan dolorosa como la que es nuestro deber considerar hoy. Para comprender—aunque no, naturalmente, para excusar—este suceso es necesario que

nuestras mentes retrocedan a los años treintas, y recuerden la naturaleza del medio en el cual los dos principales caracteres se desarrollaron.

Entonces es expresaron todo género de violentas opiniones. Las circunstancias de la guerra civil española, con fascistas y comunistas respaldando a las fuerzas rivales, dividieron profundamente a la opinión británica, como también a la europea. Aquello produjo un efecto particularmente perturbador sobre los jóvenes, muchos de los cuales, recordémoslo, creyeron que era su deber tomar parte efectiva en estas fieras luchas revolucionarias.

Cuando Hitler había hecho su pacto con Stalin y empezó la segunda guerra mundial, algunos de los que habían adoptado esas opiniones extremistas hallaron que sus creencias ideológicas ejercían sobre ellos una atracción más fuerte que la de su patriotismo. Este antagonismo de lealtades quedó enterrado en 1941 por nuestra alianza con Rusia. Pero cuando terminó la guerra y sobrevino un distanciamiento entre este país y la Rusia comunista, el antagonismo revivió.

Así fué como pudieron encontrarse en Gran Bretaña hombres que ponían los intereses de otro país por encima de los del suyo y que pudieron cometer el horrible crimen de la traición. Esto ocurrió, no sólo entre criminales y degenerados, sino entre hombres que desempeñaban puestos superiores técnicos y científicos; entre hombres instruídos en filosofía y literatura y, finalmente, en esos dos casos del Foreing Office, que son objeto de este debate.

Cuando Maclean y Burgess huyeron en mayo de 1951, el primer pensamiento de los responsables tuvo que ser, no cuánto podrían decir al público de ellos, sino qué podrían hacer para reducir al mínimo el daño que ya estaba hecho. El Servicio de Seguridad hizo exten-

sas investigaciones, no meramente para reconstruir la historia, sino para mejorar el servicio. Pero cuando Petrov desertó el 3 de abril de 1954 se presentó un nuevo aspecto del caso.

Debo recalcar en primer término... que las circunstancias en que los dos hombres entraron en el servicio fueron muy diferentes. Maclean lo hizo antes de la guerra mediante una muy severa oposición en competencia con otros, en la cual demostró notables conocimientos. He oído decir que la Comisión de la Oficina del Servicio Civil debió haber sabido que Maclean era muy conocido por sus extremadas opiniones izquierdistas cuando era un subgraduado (1). En realidad, las autoridades del Colegio le dieron un informe excepcionalmente bueno, en el cual no se hacía mención de estas opiniones extremistas. Pero, aún suponiéndolo, la Oficina debía saber que había expresado opiniones comunistas cuando era un subgraduado...

He de preguntar a la Cámara que en el supuesto de haber conocido ella que Maclean había expresado simpatías por los comunistas cuando era subgraduado, ¿habría pensado que tal hombre debería ser excluído automáticamente del servicio? (Algunos miembros: «No».) ¿No habría considerado la Cámara esas inclinaciones como una de las aberraciones de la juventud que podía esperarse no perdurara en él? No es justo en la atmósfera de hoy juzgar los acontecimientos de los años treinta. Importa darse cuenta de que hasta y después del nombramiento de Maclean para el Cairo, en 1948, la calidad de su trabajo no sólo era buena, sino sobresaliente entre sus contemporáneos.

Durante sus primeros catorce años de servicio, su conducta no dió lugar a comentarios adversos. Su con-

(1) Estudiante de carrera. Trad.

ducta en el Cairo, que culminó en una repentina solicitud de licencia por enfermedad, fué interpretada entonces como la consecuencia de un prolongado período de trabajo excesivo y de tensión. *Maclean fué considerado como un valioso miembro del Servicio,* y había muchas razones para suponer y esperar que se recobraría plenamente de lo que parecía ser una especie de trastorno nervioso.

El *Foreing Office,* como en mi opinión cualquier otro patrono decente, en tales circunstancias (debe recordarse que en aquel tiempo no había sospecha de ninguna clase en cuanto a su lealtad) procuró que un hombre que había servido durante catorce años tuviera el adecuado tratamiento médico y probabilidades de restablecimiento. Es muy fácil decir que la confianza que pusimos en él, dada la posición que ocupó, fué errónea. Quizás lo fué. Es fácil ser sabio después de que ocurren las cosas. Pero se le dió una segunda oportunidad, y, al terminar los cinco meses de tratamiento médico, fué puesto a la cabeza del Departamento Americano.

Emanuel Shinwell (Laborista): ¿Cómo llegó Maclean a hacerse sospechoso?

Mr. Macmillan. Ya llegaré a eso más tarde. Esto es sin gran detalle. Es la carrera de Maclean al día; cómo ingresó, cómo fué promovido y cómo la realizó hasta la fecha de hacerse sospechoso.

La carrera de Burgess en el Servicio Exterior fué, por supuesto, totalmente distinta de la de Maclean. Fué admitido como funcionario temporero de prensa en el Departamento de noticias del *Foreing Office,* que estaba entonces situado en el Ministerio de Información, en 1944. Su carrera anterior, hasta el punto en que es conocida, parecía haber tenido un fondo respetable. Había servido en la B. B. C. durante seis años.

Desde principios de 1939 hasta el fin de 1940, Bur-

gess trabajó en el Departamento especial que al estallar la guerra estaba encargado de la propaganda para los países neutrales. El nombramiento para el Departamento de noticias fué temporal y no implicaba situación fija. En 1945, aprovechó la oportunidad abierta a los funcionarios temporeros para solicitar el ingreso en la plantilla en la rama joven del Servicio Extranjero. Se presentó ante la comisión del Servicio Civil que le recomendó debidamente para que le hicieran funcionario fijo.

Haciendo justicia a esta Oficina, debo decir que fué impresionada por el excelente record académico de Burgess, tanto como por los buenos informes que recibió de cuando desempeñaba sus empleos en la B. B. C. y en el Departamento de Noticias del *Foreing Office*. Sin embargo, debo declarar también que sabemos que el trabajo de Burgess mientras estuvo en el Departamento, en tiempo de la guerra, al que me he referido fué satisfactorio...

Queda en pie el hecho de que ni el *Foreing Office* ni la Comisión del Servicio Civil conocían los fallos de Burgess. Este proceso por el cual obtuvo el empleo de plantilla no se completó hasta octubre de 1947. En el ínterin, el finado Mr. Hector Mc. Neil, que era entonces Ministro de Estado, pidió que Burgess fuera destinado a su secretaría particular, como ayudante personal, por su experiencia en la redacción y en el trabajo de la publicidad en general, lo que se llevó a cabo en diciembre de 1946.

Durante su trabajo en éste se hicieron alegaciones de que durante un período de licencia en el extranjero, a fines de 1944, se había hecho culpable de una seria indiscreción acerca de asuntos de espionaje. Las acusaciones fueron plenamente investigadas por un tribunal disciplinario que le amonestó severamente y le informó

de que sería trasladado y que disminuirían sus posibilidades de ascenso.

Se discutió mucho en cuanto a su futuro destino. Era aconsejable enviarle a un sitio donde la conveniencia general de darle ingreso en el Servicio pudiera ser propiamente probada. Por esta razón, se decidió trasladarle a Washington durante un período de prueba en trabajo rutinario.

En Washington, Burgess fué un fracaso. El Embajador informó desfavorablemente, tanto de su trabajo de oficina como de su conducta fuera de ella, y, en mayo de 1951, cuatro años después de su colocación y nueve meses después de su nombramiento para Washington, fué vuelto a llamar y se llegó a la conclusión de que tendría que dejar el servicio. Hasta el día de la desaparición de Burgess, no hubo fundamento para sospechar que estaba trabajando contra la seguridad del Estado. Había sido indiscreto, pero la indiscreción no es precisamente la característica de un agente de espionaje.

Fué en enero de 1949—una fecha muy importante—cuando se recibió un informe de que cierta información británica había sido entregada a las autoridades soviéticas pocos años antes.

Se dió principio inmediatamente a unas investigaciones activas; pero el campo de las posibilidades que había que cubrir era muy extenso. Gradualmente, se dieron a luz nuevas evidencias, las cuales no eran asequibles cuando empezó la investigación y es, ciertamente, un acierto muy grande de las autoridades de Seguridad que las circunstancias en virtud de las cuales la información se había filtrado hasta el Gobierno soviético, llegaron a ser completamente conocidas. No puedo dar detalles; pero se desplegó una habilidad casi increíble, dada la magnitud de la empresa, la amplitud del

campo en que había que operar y las lagunas de la información utilizable. El campo se fué estrechando paulativamente, en el curso de dos años, de uno a otro sospechoso hasta dar con el verdadero.

Pero aun cuando la sospecha se concentró hasta Maclean, la evidencia no llegó a ser concluyente y circunstanciada. La mejor, quizás la única, probabilidad de obtener prueba que pudiera ser utilizada en apoyo de la acusación era que él fuera admitiendo los hechos. Pero no había un punto firme de partida para interrogarle. Era muy deseable obtener nuevos informes acerca de sus contactos y actividades, para poder utilizarlos como razón para interrogarle.

Por esta causa, y como primera medida, se le sujetó a vigilancia. Realmente el único propósito era ampliar tal información. Como se dijo en el *Libro blanco,* todo dependía del interrogatorio y del éxito de éste, como también de la explotación del elemento de sorpresa. Si se le ponían en guardia respecto al hecho de que estaba sujeto a investigación o él llegaba a sospecharlo, toda esperanza de obtener la prueba esencial confirmativa se hubiera desvanecido.

David Logan (Laborista): ¿Quiere S. S. explicar cómo dos hombres colocados en servicios de responsabilidad y culpables de un delito agravado, si llegase a ser probado, obtuvieron sendas licencias para el fin de semana y por qué siendo ambos supuestos culpables de traición fueron autorizados para abandonar el país?

Mr. Macmillan. El primer punto era naturalmente que haber rehusado el permiso de fin de semana—que habría sido cosa muy desacostrumbrada—le hubiera puesto en guardia. Y como el objeto era tratar de cogerle en un acto que justificara la acusación, era muy importante no negarle el permiso o cualquier otra ventaja normal de las concebidas a los empleados y, como

ya he tratado de explicar, no hay autoridad, según la ley inglesa, para impedir que un hombre contra quien el poder ejecutivo no está prevenido salga del país. Así estaba la ley y así está hoy. Sin embargo, parece más que probable que Maclean, de alguna manera, descubrió que estaba sujeto a información, ¿cómo? Yo no lo sé; nosotros no lo sabemos. No tenemos la certeza de ello.

El arrestro de Fuchs el 2 de febrero de 1950 pudo muy bien haber sido la causa de que Maclean se preguntara si sus actividades en América no podrían ser eventualmente descubiertas...

R. T. Paget (Laborista): ¿No sería la retirada de los documentos secretos la que le dió ese «aviso»?, y en vista de ello ¿por qué no suponer que había allí un tercer traidor?

Mr. Macmillan. A eso voy. Esa es otra probabilidad y yo trato de ocuparme de todas las probabilidades.

Aunque, como he dicho, las circunstancias se explican en términos de un «aviso», no son necesariamente el efecto de él. Esto es lo que trato de expresar. Sin embargo, la posibilidad de un «aviso» tenía que ser seriamente considerada y esta posibilidad ha sido y está siendo objeto, hasta en el presente momento, de continuas investigaciones.

En relación con esto, el nombre de un individuo ha sido mencionado en la Cámara de los Comunes, pero no fuera de ella. Creo que todos los honorables miembros esperan que le señale por su nombre y explique su posición. Se trata de Mr. H. A. R. Philby, que fué primer secretario, temporalmente, de la Embajada británica en Washington, desde octubre de 1949 hasta junio de 1951, y que estaba muy enterado de la investigación de la «filtración». Mr. Philby había sido muy amigo de Burgess en el tiempo en que ambos eran con-

discípulos en el Trinity College de Cambridge. Burgess había estado viviendo con Philby y su familia en la casa del último en Washington, desde agosto de 1950 hasta abril de 1951 ; y, naturalmente, hay que tener en cuenta que en ningún momento antes de su huída se sospechaba de Burgess.

Ahora se sabe que Philby tuvo asociaciones comunistas durante sus días universitarios y después de éstos. En vista de esa circunstancia, en julio de 1951, se le pidió que dimitiera del Servicio Extranjero.

Desde esa fecha, su caso ha sido objeto de una estrecha investigación. No se ha encontrado prueba de que fuera responsable del aviso a Burgess y Maclean. Mientras estuvo al servicio del gobierno, desempeñó su trabajo de una manera competente y a conciencia. No encuentro razón para concluir que Mr. Philby, en ningún momento, haya traicionado los intereses de este país o para identificarle con el llamado «tercer hombre», si realmente existió éste.

Está la cuestión de la Sra. Maclean. Se ha dicho que debía haberse impedido que se fuera a Suiza a vivir con su madre, Mrs. Dumbar. Puede decirse que fué ingenuidad confiar en las seguridades de ambas señoras de que se mantendrían en contacto con el Servicio de Seguridad ; y en el deseo, alegado por la Sra. Maclean, de educar a sus hijos fuera de Inglaterra.

Sin embargo, la cosa es que la Sra. Maclean es realmente de poca importancia. Cualquier cosa que ella supiera de la marcha de Maclean lo conocería por él. No tenía medios de obtener ninguna información después de que él se fugó y, tanto si permanecía en el país como si lo dejaba, producía poca diferencia. No podía hacer ningún daño especial en el extranjero. Otra vez aparece el hecho dominante de que la ley de Inglaterra no tiene poder para haberla impedido que abandonara el país

Herbert Morrison (Laborista): ...Diré la historia de este asunto por la parte que a mí me toca. A mediados de abril de 1951 fuí informado en términos generales de las filtraciones que habían ocurrido. Entonces no se sabía quiénes eran los espías, aunque las sospechas se iban concretando a un número limitado de personas. En cuanto recuerdo, no me fueron mencionados nombres.

El Servicio de Seguridad se dispuso a investigar y obtuvo la plena cooperación del *Foreing Office*. Espero que nadie de aquí o de fuera de la Cámara piense que cualquiera de los más altos cargos del *Foreing Office*, responsables en este asunto, haya tratado de proteger a algún otro colega de la acusación de espionaje. Tengo la seguridad de que no lo han hecho y que cualquier sospecha sería injusta.

En una fecha ulterior, como se manifiesta en el «Libro blanco», Maclean llegó a ser el principal sospechoso y, en consecuencia, le fueron retirados algunos documentos muy secretos. Fué esta una decisión que, sin duda, ocasionó algunas dificultades, porque podía dar lugar a que sospechase. Por otra parte, si se hubiera continuado entregándole documentos, hubiera expuesto a las autoridades a grandes críticas, debido a los trastornos que esto hubiera producido. En todo este asunto debemos recordar este dilema para las autoridades de seguridad.

La evidencia contra estos hombres y el tiempo material de que se dispuso hasta su partida fueron insuficientes para garantizar una acción decisiva basada en acusaciones de espionaje...

Cuando me enteré de este asunto por los funcionarios del Departamento, fué el 25 de mayo de 1951... En el mismo día autoricé el interrogatorio de Maclean...

No me gusta decir esto, pero creo que debo decirlo. No es una peculiaridad del *Foreing Office*, porque tam-

bién se da en el Servicio Civil, y los motivos son, a mi parecer, por varias causas meritorias. No es un asunto para ser condenado a la ligera. Si es más grave en el *Foreing Office,* yo no lo sé ; pero si un funcionario falla en su trabajo o es culpable de una falta algo seria, hay tendencia a decir : «Es un viejo colega. ¿No podemos hacer algo para impedir que sea despedido?»

Lo que ocurre a menudo es que puede ser transferido a otro trabajo (un honorable miembro : «Ascendido»). No diré ascendido, porque es quizás ir demasiado lejos ; sin embargo, nunca se sabe. Puede ser transferido a otro departamento del Estado y los nuevos departamentos de éste son particularmente aptos para acoger a estos hombres. O puede ser censurado. Creo que unas pocas destituciones de vez en cuando no harían mucho daño. Lo harían a los hombres afectados, pero sería un bien para el resto del Servicio.

El Primer Ministro (Sir Anthony Eden). Debo empezar por decir que este ha sido un día muy triste para el *Foreing Office* y muy triste también para nuestro país, porque la reputación del *Foreing Office* es parte de nuestra reputación nacional.

Se me han hecho varias preguntas acerca de los contactos privados de Burgess y de Maclean. Muchas de ellas no puedo contestarlas, porque no conozco la respuesta. Pero puedo decir lo siguiente : Fué como consecuencia de esto que en 1952, a continuación del examen que, muy justamente, si puedo decirlo, fué verificado por el Gobierno anterior se adoptó esa serie de medidas que hemos tomado.

...No hay razón para suponer, se me dice, que haya una relación entre la partida de Burgess y la defección de Otto John. Esto no quiere decir que lo sepamos todo acerca de estas cosas, pero tal es nuestra información. Se me ha preguntado también algo que es muy impor-

tante y creo que debemos ponerlo en claro, si podemos: «¿Por qué no fué aplicado el tratado de Fuchs a Maclean?» Mi respuesta, después de minuciosas investigaciones, es que fué aplicado a Maclean, exactamente de la misma manera. Según yo lo entiendo, lo que el Gobierno y el *Fereing Office* en aquel tiempo querían era tratar de obtener una prueba con la cual enfrentar a Maclean, como Fuchs fué enfrentado con la prueba, no completa, pero suficiente, para tener una probabilidad de hacerle confesar más.

Mr. Crossman (Richard Crossman, Laborista): La cosa es que Fuchs no fué «avisado», mientras que en el caso de Maclean, si lo hemos entendido bien, al no entregarle los documentos secretos se le dió el aviso. ¿No es así?

El Primer Ministro: Me extraña. Sé que su señoría dijo eso. Temo que no estoy familiarizado con todos los detalles sobre los documentos secretos que no se le entregaron, ni de los que fueron a sus manos. Esto podía haberle avisado, pero creo que fué hecho muy inteligentemente. Más bien dudo, aunque no lo sé si eso fué lo que le puso en guardia. Me sorprendió mucho cuando su señoría preguntó por qué entonces el Gobierno no avisó a los puertos y retiró los pasaportes.

Mr. Crossman: Yo no dije eso.

El Primer Ministro: Bien. Sería algún otro quien lo dijo. Pero más ciertamente podía ser esto lo que le diera la alarma.

Como el Secretario de *Foreing Office* explicó a primera hora de esta tarde, durante muchas generaciones, quizás por siglos, ha sido felizmente innecesaria la cuestión de la lealtad de hombres y mujeres en el servicio público, quizás—y yo admito esto al honorable diputado por Conventry—hay algo de verdad en lo que indujo a cienta tendencia a creer que esto no podía ocurrir aquí.

Pienso que esto puede muy bien ser cierto. *Tal vez fuimos un poco tardos* por esta razón en darnos cuenta del peligro ; pero de lo que no hay duda ninguna, y yo puedo asegurárselo a la Cámara, es de que tan confortable ilusión quedó finalmente destrozada por la desaparición de Maclean.

UN INSULTO A LA INTELIGENCIA HUMANA

Como se sabe bien, el rico idioma inglés—rico, pues para serlo no tienen Academia—designa el Espionaje y Contraespionaje con la palabra «inteligencia», *Intelligence,* con mayúscula, es decir, inteligencia por antonomasia. Esto delata el altísimo concepto en el cual tienen los británicos la función del Espionaje y Contraespionaje y también su orgullo nacional, ya que así se ufanan de ser, si no los inventores de tal arte, pues los espías y contraespías aparecen ya en los albores de la Historia, quienes lo sistematizaron, profesionalizaron y lo hicieron arma permanente y coraza de su Nación e Imperio.

Hacemos estas consideraciones para resaltar nuestra estupefacción frente a lo sucedido en el caso Burgess-Maclean, calificado por parlamentarios y prensa de «insulto a la inteligencia humana».

Ciertamente que califican así al *Libro blanco* y a las explicaciones gubernamentales, concretamente, y no expresamente a su Servicio de Inteligencia; sin duda, su pudor les impide llegar hoy a deshonrar aquello que fué su orgullo nacional.

Pero, como nosotros no somos británicos, a Dios gracias, no hemos de calificar, sin más, de «insulto a la inteligencia humana» sólo cuanto ha dicho por escrito y de palabra el Gobierno británico.

Porque, a nuestro entender, el primer insulto a la inteligencia humana, el auténtico y práctico insulto es, por curiosa ironía, obra de la Inteligencia Británica... *Intelligence.*

Más que la explicación, es insulto lo hecho en el «caso» Burgess-Maclean por el *Intelligence* británico.

Y si su comportamiento es insultante, ¿ha de serlo también, pero menos, el intento de justificarlo, porque un insulto a nuestra inteligencia es siempre todo intento de justificar la injustificable?

ANALISIS TECNICO

Este apartado lo escribimos en calidad de técnico, pues el autor, aun cuando modesto y sin osar medirse con los «maestros» británicos, técnico es en investigación policial.

Entremos en el análisis de los aspectos principales del «caso», tomándolos del *Libro Blanco.*

En el punto 8 se afirma que, tanto Burgess como Maclean, fueron identificados, por lo menos, como *simpatizantes* del Comunismo. Se deja en una inexplicable vaguedad la fecha de su identificación, precisando únicamente que su «simpatía» databa de la década de los años treintas, de su época estudiantil.

Ulteriormente, ambos ingresaron en el Servicio diplomático. Y, aquí, el *insulto a la inteligencia:* ¿no se informan los servicios de Seguridad sobre las ideas políticas, sobre la pertenencia a organizaciones subversivas o enemigas y sobre la moral y ética de cuantos pretenden ingresar en la diplomacia británica? Si la respuesta fuere negativa, el personal diplomático se hallaría infestado de espías, ladrones y contrabandistas, dada la facilidad que para ejercer tan productivas profesiones brinda la inmunidad internacional diplomática. No es

así, como es una clara evidencia; no hay espías, ladrones y contrabandistas en el personal del *Foreing Office*, y el argumento surge: se realiza una investigación previa en el pasado de los aspirantes; por lo tanto, fué conocido el de Burgess y Maclean; y, *conociéndolo*, ingresaron.

Conclusión: que haber sido simpatizante del Comunismo y probable miembro de la organización comunista y, por ello, sospechoso de ser *ciudadano de hecho* de una potencia extranjera, si ella es la Unión Soviética, no es obstáculo alguno para ingresar en el Servicio diplomático inglés y gozar de la facilidad e impunidad que la «carrera» da para la función de espía.

Todos los puntos del *Libro Blanco* delatan una carencia de información enorme sobre los dos espías; tal carencia denuncia la inexistencia de investigación. Los Servicios de Seguridad se han abstenido de vigilarlos y de todo intento para saber algo de ambos espías. Si así no fuera, si sus expedientes personales se hallasen repletos de datos relativos a su vida, tan sólo para defenderse de tan tremendas críticas, políticos y policías demostrarían hallarse enterados; pero no es precisamente tal cosa lo demostrado por ellos en sus discursos y documentos.

Otro aspecto, no tocado en el *Libro Blanco*, es el de la conocida sodomía de ambos espías. No creemos que sean los únicos homosexuales Burgess y Maclean dentro del personal diplomático inglés. Mas no suponemos que se hallase tan infestado de pederastas como el Departamento de Estado americano, del cual, hasta la fecha, van expulsados unos cuatrocientos, por considerarlos como «riesgo para la seguridad nacional».

Y la supuesta presencia de pederastas en el personal diplomático ya explicaría esa extraña falta de vigilancia sobre los dos espías huídos. Varios, y hasta uno solo,

bien situados, podrían haber hecho desaparecer todo antecedente y cualquier informe comprometedor para ellos.

El «socorro mutuo» juega entre pederastas, como si entre todos formasen una secta secreta. Y no debió jugar sólo en el escandaloso caso de los dos espías fugados. Hasta la fecha, la doctrina vigente en América de que *todo sodomita es un riesgo para la seguridad nacional, si él se halla dentro del Servicio diplomático* —riesgo en potencia o en acto, claro está—no tenemos noticia de que haya entrado en vigor dentro del *Foreing Office,* ni siquiera después de ser identificados como espías los dos famosos sodomitas.

La doctrina del Departamento de Estado americano establece que todo pederasta es peligroso para la seguridad nacional, porque, aun cuando él no sea comunista, y mucho menos espía, su vicio lo hace muy vulnerable al chantaje de Moscú y puede ser llevado a la traición contra su voluntad, amenazándolo con promover un escándalo descalificador con su tara sexual.

Es una doctrina sana y correcta, basada en abundantes casos descubiertos, y resulta inexplicable, dentro de normas lógicas, que, siendo Inglaterra donde se ha dado el caso más espectacular, ni después de *estallar,* se haya considerado al diplomático pederasta un riesgo para la seguridad nacional. Mas, si ello no tiene ninguna explicación racional, el que tan sana doctrina no haya sido adoptada en Inglaterra puede motivar que haya que insultar a la inteligencia cuando se quiere *fabricar* una explicación del caso Burgess-Maclean...

Como técnicos de la investigación—y razonando inductivamente—no creemos pecar de excesivos al proponer como solución del problema planteado por la *impunidad* de que gozaron los dos espías el homosexualismo de ambos...

Registra el *Libro Blanco una* «grave indiscreción»

de Burgess. De «lapsus» es *benignamente* calificada. La «ndiscreción» la comete en 1949, no se indica el mes, pero sí se precisa que fué destinado a Washington al año siguiente, agosto de 1950. Ambas fechas han sido insertadas en apartados distintos, y bastante separadas, y la segunda precede a la primera; es decir, la del destino a la de la indiscreción. Podrá ser una extraña manera de redactar, pero más bien parece un «truco» para provocar una falsa idea en los lectores, como en realidad la provoca, cuando a renglón seguido de dar cuenta de la «indiscreción» se agrega en el *Libro:* «Aparte de este «lapsus», su servicio en el *Foreing Office* hasta la época de su nombramiento para Washington fué satisfactorio». La falsa noción provocada por el orden de redacción es la siguiente: *Que Burgess, después de su "indiscreción", fué un funcionario correcto durante el LARGO TIEMPO que medió hasta su destino a Washington.* ¿No es esto, lector, el efecto producido en ti por la lectura? ¿Verdad que no suscitó en ti la idea de que, todo lo más, medió *un año* entre la «indiscreción» y su destino a Washington?

¿Qué hay para crear tal artificio despistador? No será excesivo señalar complicidad sodomítica; porque hay base inductiva para pensar en complicidad dual: sodomítica-comunista, y nos quedamos induciendo a la mitad de la línea... En conexión con esa posible complicidad dual, también está el hecho de ser destinado el indiscreto a Washington; es decir, al punto donde al Espionaje soviético más puede interesarle situarlo, por ser los Estados Unidos el centro de peligro más grande y más temido. Y no podemos olvidar que en la técnica del espionaje lo más arduo e importante es la *situación* del hombre.

La fecha del destino de Burgess a Estados Unidos, también delata complicidad sodomita-comunista, porque

coincide con el regreso a Londres del otro espía, Maclean. Parece como un relevo de un espía por otro espía, para que siempre hubiese un espía *situado* en el área más interesante para el Espionaje soviético. Se diría que la Sección de Personal del Ministerio británico recibía las órdenes de destinos del Kremlin y que las obedecía con toda precisión.

En el punto 7 se indica que Burgess, cuyo trabajo había sido tan *satisfactorio* en Londres después de la «indiscreción», se comportó mal en Washington y el Embajador pidió que lo desalojaran de su puesto. La fecha de tal petición es omitida. ¿Por qué tanta restricción en detalles tan importantes para una investigación? Sin ser suspicaces, tenemos derecho a suponer que no se da por haber mediado demasiado tiempo entre la petición del Embajador y la orden de regreso a Londres. ¿Mas de qué es acusado Burgess?... De conducir alocadamente su automóvil. Esto no parece tan grave como su «grave indiscreción», que no fué obstáculo para premiarlo con el destino a Washington. En cambio, por esta falta, no grave ni diplomática, se le quiere invitar a que presente su dimisión. También hace constar el *Libro Blanco* que en la Embajada fué amonestado por su «descuido al dejar inatendidos documentos confidenciales»... Antes de más: ***al de la "grave indiscreción" se le confiaban documentos confidenciales en Washington...***, naturalmente con gran contento de Moscú.

Y terminemos con Burgess. A principios de mayo de 1951—dice el Libro—se le llamó a Londres «y se le pidió que dimitiera», naturalmente, sin obligarle a que lo hiciera inmediatamente, pues el día 25 del mismo mes, fecha de su fuga, no había dimitido aún.

¿Pero por qué tal rigor ahora con Burgess?

El separarlo del Servicio no parece motivado en lo que se le atribuye: faltas en la circulación rodada y des-

cuido burocrático en el trámite de documentos confidenciales. Y, preguntamos: ¿cómo Maclean, sospechoso, como veremos, de espionaje desde principios del año 1949 continúa en su puesto?

Hay derecho a creer, por inducción correcta. que el *Libro Blanco* emplea un eufemismo al hablar de «descuido» en el manejo de documentos confidenciales y que lo sucedido para echarlo de Washington y de la carrera fué que se sospechó o comprobó su espionaje... y que si esto es disimulado por el *Libro Blanco* es para no revelar la *doble* impunidad brindada a los dos espías, que, al ser *doble,* no hubiera podido ser atribuída a *error,* pues la justificación de uno solo con Maclean ha constituído un insulto a la inteligencia humana... y dos insultos juntos no los hubiera soportado la inteligencia de la Cámara y de la prensa británica.

Pasemos a Maclean. En el mes de enero de 1949 —dice el *Libro Blanco*—los jefes de «los Servicios de Seguridad supieron que cierta información del *Foreing Office* se había filtrado hasta el Gobierno soviético».

Primero, contemos. La existencia de espías es conocida dos años y medio antes de la fuga de Maclean y Burgess. Treinta meses, ya es tiempo para una investigación, disponiendo de los elementos y de los hombres de que disponen los Servicios británicos.

«Desde el principio—desde hacía dos años y medio—el sospechoso principal había sido Maclean», informa el Libro.

Pero agrega que no se pudo adquirir una prueba capaz de fundamentar su proceso.

Mucho ha de haber bajado la calidad de los Servicios británicos para que no pudieran conseguir pruebas de calidad jurídica en dos años y medio. Sin la intención de dar decciones a los policías ingleses, nos permitimos afirmar que, conseguido lo más difícil, la localiza-

ción del sospechoso—y como el que más lo es localizan a Maclean—, el conseguir la prueba resulta bastante fácil... Si se desea conseguirla verdaderamente y se permite a los policías emplear los medios normales en estos casos.

Se ha sabido después que Maclean entregaba documentos a la Embajada soviética ; bien los originales para ser fotografiados o ya fotocopiados. Hasta se ha localizado el laboratorio de un establecimiento vecino de su casa de campo donde pasaba muchas horas manipulando en el laboratorio fotográfico.

Ya localizado Maclean como el sospechoso principal, un modesto Comisario, con unos cuantos inspectores a sus órdenes, hubiera obtenido suficientes pruebas para que fuera procesado el espía. Claro es, de no tener atados pies y manos y vendados los ojos por las órdenes de la superioridad.

Nada de milagros ; todo sencillo, dentro del trabajo policial.

Los actos de espionaje de Maclean se descomponen cada uno en estas fases :

a) Recepción del documento en su oficina.

b) Fotografiarlo en ella o llevárselo al salir.

c) Entrega del microfilm al enlace soviético, si lo ha fotografiado en la oficina ; fotografiarlo fuera, o entrega del documento original para su fotocopia por los soviéticos.

d) En los tres casos, tomar un contacto con el enlace, y en el tercero conectar dos veces con él, para que le devuelva el documento ya fotocopiado y restituirlo a su oficina.

No dudamos que cualquier técnico de la investigación hallará correcta esta reconstrucción de los hechos, por ser la normal y necesaria, y su división en esas cuatro fases, con variantes secundarias, según caso y cir-

cunstancias ; pues así sucede en toda función de espionaje que consista en la entrega de documentos. Se conoce al detalle la de Alger Hiss y puede recordarse que era idéntica.

Bien ; examinemos el momento *a*), cuando Maclean, ya sospechoso, recibe el documento. Quien se lo entrega conoce su clase y naturaleza ; probablemente, al recibirlo, firmará el índice correspondiente.

Momento *b*) En cuanto el sospechoso deje la oficina se puede saber si lo ha dejado en ella o si se lo lleva ; sus cajones pueden ser abiertos y también su caja de seguridad, si la tiene ; todo esto es muy elemental. Como se indica, puede fotografiar el documento en la misma oficina ministerial ; en este caso, será descubierto al realizar la operación. Al hacerse sospechoso y ser sometido a vigilancia, paredes y techo se tornarán de cristal para el ojo policíaco, pues un simple orificio disimulado bastará. Por ello, los espías no se arriesgan a fotografiar en las oficinas y también por eludir el riesgo que supone ir al centro oficial habitualmente con la máquina fotográfica, que es como llevar encima la prueba permanentemente.

Momento *c*) Fotografía del documento en el domicilio del espía o en lugar ajeno. No es fácil sorprenderlo, pues está en situación de tomar precauciones, y las tomará ; pero, en cambio, puede saberse aproximadamente las horas en que fotografiará y, a partir de ellas, en qué lapso de tiempo ha de hacer la entrega, porque ya se habrá podido advertir que ha sacado el documento de la oficina. Viene ahora la entrega de la fotocopia o del documento original al enlace. Probablemente habrá cita telefónica o encuentro convenido cuando se celebró el anterior. El control telefónico y el seguir sus pasos pueden llevar a sorprender al espía y al enlace en el momento de conectar para pasarse el documento ; hay va-

rios casos demostrándolo. Por mucho que se ingenien para disminuir el riesgo en este momento (el más peligroso, pues resulta el de la prueba plena) existe siempre la posibilidad de sorprenderlos ; ante todo, habida cuenta de que los contactos han de ser relativamente frecuentes.

Momento *d*) Lo dicho para la entrega es válido para la devolución.

Expuesto lo anterior y sabiendo por Petrov la cantidad de documentación entregada por Maclean a la Embajada soviética, llegamos a la conclusión técnica de que si durante más de dos años la Policía no supo aprovechar esas posibilidades, no pudo fracasar así sin órdenes superiores que la esterilizaban respecto a Maclean. Decir lo contrario *es un insulto a la inteligencia de la Policía o, lo que sería peor, a su lealtad.*

Naturalmente, hay un intento de disculpa en las alegaciones gubernamentales en el *Libro Blanco* y en el debate parlamentario, al decir que cuando Maclean se hace sospechoso ya no se hacen pasar por sus manos documentos secretos importantes. Ello está desmentido por Petrov. Pero si lo aceptamos como cierto, resulta una torpeza culpable. El Ministro, para disculpar a las autoridades en la inadvertida fuga de los dos espías, lanza la hipótesis de que el haberle privado a Maclean del manejo de documentos importantes pudo alarmarle... ¿Y su alarma es tan grande que la soporta durante dos años y medio que tarda en fugarse?... Pero debemos hacer resaltar otra cosa. Si realmente, y sin más, le hubieran privado repentinamente del manejo de documentos importantes, ello constituiría una falta técnica imperdonable por lo grosera. Es regla, cuando la sospecha de espionaje de este género recae en cierta persona, no privarle de los documentos importantes que se supone entrega ; muy al contrario, recibirá documentos

más importantes aún... con la insignificante condición de que sean perfectamente falsos.

Con la maniobra se conseguirá que el espía siga con sus entregas, facilitando así su captura y, a la vez, también se obtendrá la prueba convincente de que es él, sin duda de ningún género, el delincuente ; porque, siendo falso el documento, y no habiendo pasado por otras manos que las suyas, aparte de las de su fabricante, la reacción soviética o la noticia de haber llegado al Kremlin será la plena demostración de quién ha sido el que lo entregó.

No creemos que a Maclean se le retiraran los documentos secretos en cuanto se hizo sospechoso. Petrov afirma lo contrario. Y si se los retiraron pocos meses o días antes de fugarse, sin darle otros falsos del mismo carácter, fué para darle aviso y que se fugara. Un error tan grosero no puede ser cometido atendiendo la opinión de cualquier Policía, y menos de la prestigiosa Policía inglesa.

Si se nos permite dar nuestra sincera opinión técnica, diremos que Burgess y Maclean pudieron ser espías durante tanto tiempo, gozar de impunidad y fugarse con toda facilidad porque muchos, o bastantes, demasiado altamente situados, tenían interés en que no fueran molestados y, sobre todo, en que se fugasen.

¿Por ser esos terceros hombres comunistas también?... No es desechable la hipótesis para algunos pocos ; pero, sinceramente, inducimos que el imperativo fué su sodomía... y no por formar todos ellos con los espías fugados el mismo círculo de relaciones vergonzosas, sino por temor a las lenguas de los dos pederastas si caían presos... En fin, que los salvaron por temor al chantaje.

Y comprenderán los lectores que un motivo tan inconfesable ya motiva que la explicación dada del «affai-

re» sea un tan escandaloso *insulto a la inteligencia humana.*

Y, cuanto queda dicho es válido para el «caso» de Otto John, el que después del estruendo causado por su inaudito espionaje, que ha costado centenares de vidas de heroicos patriotas informadores en la zona soviética y de hallarse descubierto él como reo de alta traición durante la guerra, dando a la R. A. F. la localización del vital centro de Penemunde, asesinando así a centenares de compatriotas, se atreve a regresar a la zona occidental.

El hecho, que sería suicida en un espía y asesino vulgar, no puede tener otra explicación que la confianza de Otto John en el arma de chantaje que ha de poseer contra ciertas personas, tan sodomitas como él.

OTTO JOHN, UN PROFESIONAL DE LA TRAICION

La mejor definición del caso John la dió un alto funcionario soviético ante los representantes de la prensa occidental en Moscú. El camarada Grusin declaró: «La lección que se puede obtener del asunto John es evidente: muestra cuánta es la debilidad interior de los Estados Occidentales.» El mismo porta-voz soviético habló de la «inestabilidad moral» de Otto John; lo que demuestra, entre otras cosas, que éste no debe gozar de una gran estima por parte de los dirigentes moscovitas. Para Grusin debe haber algo de podrido en un Estado que no vacila a confiar el puesto de la máxima confianza y de tan trascendental responsabilidad a un hombre que ha hecho su carrera a base de la traición permanente.

En efecto; todo dirigente soviético es un hombre que domina el *arte* policial en cualquiera de sus ramas y conoce a la perfección sus reglas.

Una esencial es la de no confiar puesto ni misión policial, y menos la de mando, a quien tiene historia de traidor. Traidor es quien, por cualquier motivo, por cualquier pretexto y aun razón, ha traicionado a su Patria en beneficio de país extranjero.

En esta postguerra el mundo presenció atónito aquella *jurisprudencia* puesta en vigencia contra todos los vencidos, por la cual quien había sido un traidor a su Patria vencida o, sin serlo, podía demostrarlo, era la-

vado de toda responsabilidad, adquiría todos sus derechos de ciudadanía e internacionales y, más aún, si sus traiciones habían sido grandes, era recompensado con cargos de mando en su país ocupado por los invasores.

Es el caso de Otto John. Su larga carrera de traidor al servicio de Inglaterra lo capacitó para ser hecho el jefe del organismo policial cuya misión específica era la lucha contra los traidores... Tan colosal paradoja sólo podía tener una explicación : que en la Alemania derrotada habían sido declarados los patriotas traidores y los traidores patriotas.

Sólo una tan colosal inversión de valores, que tiene su ápice y consagración en Nuremberg, puede ser una explicación lógica—la monstruosidad también posee su lógica subsiguiente—de que un traidor profesional, y por serlo, como John, pueda ser elevado a Jefe de la «contratraición», a Jefe del Contraespionaje de la Alemania Occidental.

PEQUEÑA BIOGRAFIA DE OTTO JOHN

Otto John nació en el año 1909 en Wiesbaden, en una familia de funcionarios del Imperio Alemán. Obtenido el bachillerato, empezó prácticas en una empresa químico-farmacéutica ; pero, después de haber trabajado un año en la misma, se decidió a estudiar Derecho y se matriculó en la Universidad de Marburgo. Al llegar al poder Hitler, en 1933, renunció al modesto puesto que ocupaba en el Ministerio de Justicia y entró en la compañía aérea alemana de transportes, LUFTHANSA, en la cual ocupó el puesto de asistente de aerodromo y más tarde de inspector. Allí conoció al almirante Canaris (en aquel entonces jefe del Servicio de Información Militar de Alemania) y al Príncipe Luis Fer-

nando de Prusia, actual heredero directo de la corona. Ambos eran anti-hitlerianos, y Otto John se adhirió a la conjura contra Hitler, que debía de acabar con el frustrado atentado del 20 de julio de 1944. Como inspector de la LUFTHANSA, podía volar muy a menudo al extranjero para inspeccionar las oficinas de la gran compañía aérea, poniéndose así en contacto con los agentes británicos, franceses y otros ; pero, sobre todo, con los del *Intelligence Service* de S. M. británica. Su principal contacto lo estableció en Madrid, donde se encontraba, por esta época, en la Embajada británica, el más tarde famoso Guy Burgess. Es difícil detallar cuáles fueron las relaciones de espionaje entre el diplomático inglés y el traidor alemán, pero ya se conocen bien las *"muy íntimas"* y vergonzosas de los dos... Es, pues, poco natural que en la noche del 20 de julio de 1944, cuando la Policía y el Ejército alemán empezaron a detener después del atentado a los conjurados en contra Hitler, que Otto John pudiera escapar de Alemania, aún cuando, como inspector de la LUFTHANSA, tuviera ciertas facilidades para tomar plaza en un avión que iba para Madrid, en el que llegó a las pocas horas al aerodromo de Barajas... Fué uno de los pocos complicados principales que salvó su cabeza.

Una vez en Madrid, Otto John se dirigió, a través de su amigo Burgess, al entonces embajador británico en España, Sir Samuel Hoare, conocido como Lord Templewood, y éste recomendó a los Servicios competentes de Londres la colocación y utilización de Otto John... En el *Intelligence Service* los traidores han sido siempre bienvenidos.

Entretanto, la encuesta llevada a cabo en Berlín sobre la conjura del 20 de julio había demostrado que John servía de agente de enlace, de «correo», entre los conjurados y los servicios de espionaje británicos. El

Ministerio de Asuntos Exteriores alemán hizo una demanda de extradición contra John, pero gracias a la protección que éste gozaba en la Embajada británica, a través de su amigo Burgess y a través del propio embajador, que le facilitó un pasaporte inglés, pudo escapar de Madrid a Lisboa. Allí le alcanzó otra demanda de extradición de los alemanes, esta vez a través del Ministerio de Asuntos Exteriores portugués... pero otra vez los británicos pusieron en juego su aparato diplomático para salvar al espía, y por fin, consiguieron llevarle a Londres (1).

En Londres, John fué enviado primeramente a un campo de concentración para súbditos alemanes, pero permaneció muy poco tiempo en el mismo. Gracias a las extraordinarias protecciones de las que gozaba, entró muy pronto en el Departamento «MI-6» del Intelligence Service («Military Intelligence-6») al cual correspondía el espionaje en Alemania. Allí encontró a numerosos emigrados alemanes; entre otros Fritz Heine—un judío—antiguo jefe de la prensa del Partido Socialista alemán. El jefe de Otto John en el «MI-6» era Sefton Delmer, actualmente uno de los grandes corresponsales del diario londinense DAILY EXPRESS. Con Delmer trabó John muy buenas relaciones. Una vez acabada la guerra, encontramos a John en la llamada «Sección de Justicia» del *Foreing Office* (Ministerio de Asuntos Exteriores) de Londres, donde trabajaba en la preparación de las actas de acusación para el proceso de Nurenberg. Su tarea consistía en reunir la mayor cantidad posible de cargos y argumentos en favor de la acusación de los británicos en el proceso contra los dirigentes políticos y militares alemanes...

---

(1) En Madrid y en Lisboa existen todavía personas que se acuerdan de Otto John y podrían proporcionar interesantes detalles sobre él.

En el año 1949, aparece Otto John de nuevo en Alemania. Seguía trabajando en estrecha relación con los británicos, y su principal actividad consistía en la búsqueda de los alemanes que se habían escondido para no caer en manos de los aliados occidentales. Debe de haber rendido grandes servicios a sus dueños británicos, ya que en diciembre de 1950 éstos le presentaron como su candidato al puesto de «Jefe de la *Oficina para la Protección de la Constitución*»—nombre que se había dado al centro de contra-espionaje político de Alemania Occidental. De los seis candidatos que pretendían este cargo, cinco eran presentados por el Gobierno del Dr. Adenauer ; y sólo uno por los británicos. Naturalmente, ganó la carrera este último. Y este era Otto John.

Habiendo hecho del espionaje y de la traición sus principales armas en la vida, John se había transformado en un espía doble, e incluso «triple» : disponía de varias personalidades y las cambiaba con tanta facilidad como de camisa. Poco antes de la guerra, ingresó como colaborador en la «Staatssicherheitsdienst» (SD) alemana, es decir, en el servicio de contra-espionaje del Tercer Reich, cuyo jefe era el almirante Canaris. Aprovechando su posición en la LUFTHANSA, que le permitía frecuentes viajes al extranjero, vigilaba, por orden de las autoridades alemanas, a los funcionarios alemanes en el extranjero ; sobre todo, en los países neutros, para dar cuenta en Berlín de sus relaciones con los enemigos de Alemania. Rindió buenos servicios, y gracias a ello gozaba de una libertad de movimientos muy grande y nunca fué movilizado durante la guerra. Pero, al mismo tiempo, como agente de enlace de los conjurados anti-hitlerianos, informaba a los británicos de lo que se tramaba en Alemania contra el Gobierno y contra Hitler. Hizo aún más... en 1944 entregó a Sir Samuel Hoare,

embajador de Gran Bretaña en Madrid, los planes de la base secreta de Peenemunde, en la que se fabricaban los cohetes «V-1» y «V-2», lo que permitió a las fuerzas aéreas británicas enviar allí 600 de sus mejores bombarderos para destruirla por completo... y donde mataron a centenares de compatriotas de John; realmente, asesinados por él.

Pero, había otra actividad de Otto John que los británicos desconocían por completo. Otto John era miembro de una organización de espionaje llamada «Capilla Roja», que trabajaba en Europa Occidental, y sobre todo en Alemania, a favor de la Unión Soviética. Pertenecían a ella o se relacionaban con la misma los diplomáticos ingleses Guy Burgess y Maclean, A la «Capilla Roja» pertenecía un joven holandés, Jan Eland, amigo de Otto John, amigo de Burgess y—¡ extraña noticia !—también agente del Intelligence Service...

Así, pues, ya tenemos dibujado el retrato del Otto John bajo su triple actividad de traidor y de espía:

1. Espía de los nazis contra los funcionarios alemanes.
2. Espía de los británicos contra los nazis.
3. Espía de los soviéticos contra los nazis y contra los ingleses y demás aliados.

Esta es la «ficha» profesional de Otto John. Ahora viene la de sus relaciones personales. Al llegar a Londres en el año 1944, después del frustrado atentado contra Hitler, Otto John fué recibido por el mismo Presidente del Gobierno de Su Graciosa Majestad Británica, Míster Winston Churchill, en Downing Street y duró la conversación unas *cinco horas*. ¿Cuál fué el tema de tan interesante conversación entre el «insigne» hombre de Estado y el triple espía germano-británico-soviético? Solamente Otto John o Mr. Churchill po-

drían decirlo. Pero y si a alguien no británico ha contado su conversación con Churchill, ha sido a los esbirros de Moscú ; y el segundo no habla de ello en sus memorias.

Cabe aquí abrir un paréntesis y anotar el extraño hecho de que durante los años de guerra, sólo dos hombres consiguieron una entrevista de cinco horas con Churchill, el entonces tan atareado «premier» británico : Otto John, triple espía y traidor, y Josip Broz-Tito, antiguo presidiario y terrorista internacional, y actualmente Presidente de la República Federal Comunista Yugoslava. Relaciones más que extrañas para un Jefe de Gobierno Occidental, pero normales dentro de las tradiciones británicas y particularmente churchilianas...

Pero volvamos al «héroe» de esta rocambolesca aventura, y digamos algunas palabras más sobre sus relaciones en la capital británica...

El mejor amigo de Otto John en ésta era el ya mencionado Guy Burgess. Es muy fácil suponer que Otto John veía también al íntimo (y más que íntimo) amigo de éste, Donald Maclean. Habrán de pasar algunos años antes de que los dos diplomáticos del Foreing Office desaparezcan tras el telón de acero, en junio de 1951. Pero, en aquel entonces, la guerra había llegado a su cumbre y la muy especial amistad que reunía a los dos diplomáticos, y a la que se adhirió también Otto John después de su llegada, no atraía la atención de mucha gente. Solamente en 1953 y 1954 las autoridades competentes británicas iban a demostrar cierta inquietud por la extensión de homosexualismo en los círculos de «juventud dorada» de Londres, la mayoría de ellos antiguos alumnos de las Universidades de Cambridge y de Oxford. Hubo varios escándalos (entre ellos el feo asunto de que fué protagonista Lord Beaulieu, que tanto escándalo provocó en Inglaterra en 1954), y sola-

mente entonces empezaron a considerarse extrañas las relaciones entre los homosexuales y el espionaje soviético. En los EE. UU. de América, donde el State Departement (Ministerio de Asuntos Exteriores) tuvo que despedir centenares de funcionarios a consecuencia de la actuación del senador Mac Carthy, empezó también a hablarse de la «plaga de homosexualismo» pero muy pocos notaron el extraño hecho de que muchos de estos jóvenes eran al mismo tiempo espías y agentes al servicio de la U. R. S. S. Y un día Mac Carthy declaró: *"Los peores enemigos de la Democracia americana son los judíos, los negros y los homosexuales..."* (RIVAROL, París, 16-10-1953).

El bravo y patriota senador era lógico: la estadística de los espías comunistas identificados demostraba que del 70 al 80 por 100 eran judíos y un 50 por 100, por lo menos, eran homosexuales.

Las investigaciones no alcanzaban a descifrar cuántos de los sodomitas eran comunistas por ser homosexuales, ni cuántos eran espías por ser comunistas o por el chantaje sobre ellos por ser invertidos.

Desde aquel entonces, los servicios de información occidentales empezaron a abrir los ojos, pero, para muchos era ya demasiado tarde: Burgess y Maclean habían pasado el telón de acero en junio de 1951, y Otto John era ya «Jefe de la Oficina para la Defensa de la Constitución» en Alemania Occidental, gracias al apoyo de sus amigos y protectores británicos, y resultaba *intocable,* pues ya sabía demasiado.

Otro paréntesis es necesario aquí: en Alemania Occidental, sobre todo, en los círculos diplomáticos de la capital, Bonn, se rumorea que uno de los amigos de Otto John en Londres era nada menos que Randolph Churchill, el hijo de Sir Winston Churchill. Sería bastante extraña la coincidencia, si este rumor reflejara la

verdad. pues Randolph Churchill jugó un papel importantísimo cuando su padre lo envió como «observador» al Cuartel General de Tito, en Yugoslavia y, gracias a sus informes, los aliados occidentales cortaron su apoyo y ayuda al general monárquico yugoslavo Drazha Mijailovich, para transferir toda la ayuda y apoyo al comunista Tito...

Nosotros no pretendemos excitar la suspicacia en los lectores. Pero Tito ha cursado el Espionaje en la Escuela de Moscú ; lo ha practicado como profesional, dirigido desde allí, en Asia y Europa. El ha demostrado ser un magnífico discípulo. Si a sus manos llegó el arma de chantaje que es la sodomía, no dudamos, no podemos dudar, de que él la sabría emplear y la emplearía muy a fondo contra quien fuera, en favor propio.

Mas, seamos justos, salvo esos rumores, no hay ninguna otra indicación sobre las relaciones entre el hijo del Presidente del Gobierno británico y el triple espía y pederasta Otto John... Es un punto que el porvenir solamente podrá esclarecer, pero la confirmación de los rumores arrojaría una nueva luz, si no sobre el caso de Otto John (ya que resulta hoy bastante aclarado) sobre el papel de Randolph Churchill en el caso Otto John y en el de Tito...

OTTO JOHN EN ALEMANIA

Ya lo encontramos en su puesto de alto funcionario del Estado Alemán, de la República Federal de Alemania, con sede en Bonn. Ha regresado de Inglaterra casado con una mujer muy guapa — una judía — llamada Lucy Marlen.

El matrimonio llevaba una vida encantadora, ya que el sueldo de John y los créditos reservados que tenía a su disposición permitían todos los lujos... Se les veía

cada noche en los más elegantes clubs y reuniones, en las recepciones y comidas y *cocktailes* de las Embajadas y de la más elegante sociedad... Tenían muchos amigos, y entre ellos uno bastante extraño : el Doctor Wohlgemuth, uno de los más extraños seres humanos de esta fauna de la post-guerra radicada en Berlín...

Alrededor del Dr. Wohlgemuth circulaba la gente más extraña que uno se puede imaginar. Médico cirujano en el gran hospital berlinés «La Charité», su clientela era numerosa, pero reclutada en su gran mayoría entre la gente que necesita de médicos muy «discretos». Venían a verle todas estas mujeres pintadas y extravagantemente vestidas que vendían sus favores a las tropas de ocupación de las tres potencias occidentales, que utilizaban su baja «profesión» como medio para otras actividades más provechosas : venta de drogas, contrabando de productos farmacéuticos, servicio de espionaje. Un soldado, un suboficial, un oficial incluso, sea inglés, francés o americano, caído en los brazos de una mujer encontrada en un «bar» o en un «dancing», habla más de la cuenta ; sobre todo, después de haberse tragado alguna que otra botella de vino, después de haber fumado un pitillo con «haschish» o de chupar un bombón con «cocaína»... Lo que podía decir un francés, un inglés o un yanqui interesaba mucho a los soviéticos. Por otra parte, los rojos pagaban bien la estreptomicina y la aureomicina a yanquis e ingleses, y los otros pagaban bien la vodka soviética... Las medias «nylon» son una cosa muy rara en la zona soviética, y la prensa soviética muy rara en la zona occidental... Todo esto se pagaba con dólares, con libras, con francos, con marcos de las dos zonas, con rublos... Los servicios de información pululan en Berlín como los hongos en el bosque después de la lluvia. El Doctor Wohlgemuth era uno

de los «grandes» alrededor del que giraban gran parte de los autores y actores de este tráfico...

Su puesto de médico en un gran hospital le había brindado la ocasión de contar entre sus clientes a algunos «grandes» de la zona de ocupación soviética. Se contaba entre ellos Guillermo Pieck, el número 1 del Partido Comunista alemán, Presidente de la «República Democrática Alemana Oriental», y Walter Ulbricht, secretario general del Partido y hombre de confianza de Moscú en Alemania Oriental...

Además, se sabía que Wohlgemuth era un «comunista de salón». Pero la amistad de Otto John con él no parecía extrañar a nadie. A los ojos de todos, de los alemanes y de los británicos, era «un acto de servicio». Bien al contrario, muchos se felicitaban de tener a la cabeza del servicio de contra-espionaje un hombre tan hábil, que había logrado tener la confianza de tan importante amigo de los comunistas, como lo era Wohlgemuth. Al fin y al cabo, el jefe del contra-espionaje sólo podía obtener ventajas gracias a tan buena fuente de información sobre los comunistas.

Así no era extraño ver a John en Berlín con Wohlgemuth, visitarle en su casa e incluso, repetidas veces, pasar la frontera de la zona oriental en el coche del prestigioso médico, para internarse con él en la peligrosa zona de ocupación soviética.

Mas, el Doctor Wolfgang Wohlgemuth no era el único extraño amigo de Otto John. Había otro, todavía más extraño : Wolfgang Freiherr Gans Edler Herr zu Putlitz, un antiguo funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán en los tiempos de von Ribbentrop, que había pasado al servicio de los comunistas antes de acabar la guerra. El joven y también muy guapo Freiherr von Putlitz pertenecía también a esta «quinta internacional» de los homosexuales, de la que forma-

ban parte Burgess, Maclean, Otto John y tantos otros conocidos y desconocidos espías soviéticos. Putlitz vino dos o tres veces a Bonn para entrevistarse con Otto John y para preparar su huída al Este...

UNA HAZAÑA INAUDITA DEL «TERCER HOMBRE»

En la noche del 20 de julio de 1954 Alemania Occidental «celebraba» con una serie de actos oficiales, discursos, banquetes, mítines, artículos de periódicos y emisiones de radio, el décimo aniversario del atentado del 20 de julio de 1944 contra Hitler. La propaganda de los tres aliados que ocupan Alemania Occidental había hecho todo lo posible para dar a esta «fiesta» un gran brillo y la mayor solemnidad posible. En efecto, para los demócratas, la exaltación del frustrado asesinato de Hitler, realizado por unos traidores, representaba el único modo de justificar ante las grandes masas alemanas sus persecuciones contra los «nazis» y el gran e inolvidable juicio de Nurenberg. La manifestación era necesaria sobre todo en vísperas de la firma del tratado de la Comunidad Europea de Defensa (CED) por Francia, ya que únicamente esta firma faltaba para realizar este plan, en el que las Fuerzas Armadas de Alemania Occidental tenían que jugar el principal papel... No se les podía exigir a los alemanes defender a Europa Occidental frente a una eventual invasión bolchevique tan sólo diez años después de haber fusilado, ahorcado y encarcelado decenas de generales, centenares de oficiales y millares de soldados que, mandados por Hitler, habían defendido Europa contra la invasión del comunismo...

El atentado del 20 de julio de 1944 debía de ser elevado a la altura de un «acto de resistencia» de todo el pueblo alemán contra Hitler ; y su exaltación pretendía

demostrar que, de hecho, todo el pueblo alemán era aliado de los Aliados cuando Hitler estaba vivo aún. Así, la conquista de Alemania, su ocupación, la destrucción de sus ciudades bajo la lluvia de bombas, el proceso de Nurenberg y tantos otros, gracias a esta exaltación del atentado, sólo eran la realización de los deseos del pueblo alemán...

Justamente, esta noche del 20 de julio, en el centro de Berlín, un coche «Ford», con matrícula de Alemania Occidental, se dirigía hacia el límite de las dos zonas en la proximidad de la estación Lehrter Bahnhof. En la entrada del puente Sandkrugbrucke, que está ante el gran hospital «Charité», los empleados de la aduana pararon el coche. No había en el mismo ni valijas ni maletas, sino solamente una cartera de tamaño normal, que parecía casi vacía. La visita duró solamente dos segundos y el amable oficial de aduanas avisó a los viajeros : «Al otro lado del puente ingresarán ustedes en la zona soviética». La contestación que vino de dentro del coche fué : «Es justamente lo que deseamos»...

El oficial de aduanas recordó que una orden, dictada un año antes (es decir, desde que unos agentes soviéticos se llevaron a la zonar oja el conocido anticomunista Dr. Linse, después de haberle anestesiado con cloroformo) ordenaba asegurarse de que en los coches que pasaban la línea de demarcación no había pasajeros dormidos, atados o borrachos. Miró otra vez el coche y todo le pareció normal. Los dos señores del coche parecían muy tranquilos, completamente normales y ambos fumaban.

Al volante del «Ford» iba un hombre alto y fuerte, de pelo castaño. Pero, el oficial de aduana no lo había visto nunca antes... Era Otto John, Jefe de la Oficina para la Protección de la Constitución, o mejor dicho, el jefe del contra-espionaje de Alemania Occidental... Jun-

to a él otro hombre alto, delgado, también elegantemente vestido, rubio, ojos azules, con rostro algo cansado, de unos cuarenta años.

El coche se alejó y desapareció en la noche, al otro lado del puente... Al otro lado del telón de acero.

Algunas horas antes nadie hubiera podido suponer que John iba a dar este paso. Había llegado a la parte occidental de Berlín para tomar parte, como uno de los participantes de la conjura del 20 de julio de 1944, en los solemnes actos que se preparaban para el aniversario del atentado. Llegó a Berlín el 14 de julio y se hospedó con su mujer en el elegante hotel «Schätzl». Llevaba una vida «normal», si así se puede llamar la del matrimonio que salía cada noche y se quedaba hasta muy tarde en uno de los numerosos bares y «boites de nuit» de Berlín... Pero, para ellos, esto era lo normal.

En la tarde del 20 de julio, Otto John se fué al barrio elegante de Berlín, Charlottenburg, en el que vivía el Dr. Wolfgang Wohlgemuth su amigo, en la Uhlandstrasse... Los dos hombres permanecieron juntos durante más de dos horas, ya que en la vivienda del médico fueron encontrados, en el salón, un cenicero lleno de colillas, y al lado del mismo dos o tres botellas de diferentes bebidas y dos vasos usados.

A las nueve de la noche, los dos hombres salieron juntos, subieron en el coche de Wohlgemuth y se dirigieron hacia la zona oriental...

Todos estos detalles solamente fueron conocidos mucho más tarde, después de haber llevado a cabo la Policía de Alemania Occidental una serie de investigaciones sobre el caso. Poco antes de abandonar su hotel, John había dicho a su mujer—según declaró ésta : «Tengo que salir para arreglar un asunto urgente...» No se había llevado ninguna de sus cosas particulares, ni ropa,

ni trajes, y salió como si fuera a dar un corto paseo, hasta sin sombrero.

Por lo que a Wohlgemuth se refiere, éste dejó solamente un billete muy lacónico a su asistente: «Tengo que marcharme. John se viene conmigo a la zona oriental. Me acusarán probablemente de haberlo raptado, pero no es verdad»...

Entre otras cosas que la Policía investigó se hizo un análisis químico muy detenido de los remanentes de bebidas contenidas en las botellas y en los vasos encontrados en la mesa del salón de Wohlgemuth. No había ni el menor rastro de cualquiera droga ni en las bebidas ni en las colillas de los numerosos pitillos que los dos hombres habían fumado. Tampoco había rastro de violencia, de lucha... Está claro que Otto John se había ido a la zona bolchevique por su propia voluntad; es decir, sin ser objeto de violencia...

Otra cuestión es la de si se empleó algún otro medio para forzarle a dar este paso: es decir, un medio de coacción, no física, sino de índole moral. Los homosexuales se prestan muy bien al chantaje y los servicios de información soviéticos han utilizado ya innumerables veces el chantaje en tales casos. ¿Sería el Dr. Wolfgang Wohlgemuth el «emisario» que utilizaron los comunistas para coaccionar a Otto John y forzarle a abandonar su esposa y su país?

A esta interrogación, ciertos funcionarios de la Policía y de los servicios alemanes, encargados de la investigación sobre la desaparición de Otto John, contestan afirmativamente; según ellos, John no tenía la intención de ir a la zona soviética, ya que si tal fuera el caso, se hubiera llevado consigo los documentos que podían servir a los comunistas, o, al menos, hubiera preparado su viaje, llevándose algo de sus cosas personales. Por lo tanto, según esta tesis, John ha sido *forzado* a pa-

sarse a los comunistas por el chantaje. Y el autor (o al menos el ejecutor) de este chantaje fué Wohlgemuth..

Durante veinticuatro horas, la desaparición del jefe del contraespionaje de Alemania Occidental pasó completamente desapercibida. Solamente después de este plazo, es decir, en la noche del 21 de julio, su mujer avisó a las autoridades de que su marido había salido para dar un paseo y no había vuelto a casa...

La noticia estalló como una bomba...

En el transcurso del último año, los comunistas habían realizado dos raptos sensacionales en Berlín. El del ya mencionado Dr. Linse, uno de los más importantes dirigentes de la entidad llamada «Unión de los Juristas Libres de Alemania», que se dedicaba en Berlín Occidental a la lucha contra los comunistas de la zona oriental de Alemania ; y el del Dr. Truschonovich, un yugoslavo, que encabeza una organización anticomunista especial, con sede también en Berlín Occidental, dedicada a provocar deserciones de oficiales y soldados soviéticos. Ambos hombres habían desaparecido sin dejar huellas y pese a todas las protestas, nunca fueron «recuperados».

Así, nada de extraño hay en el hecho de que la primera versión de la desaparición de Otto John fué la de *rapto*. Era mucho más natural suponer que había sido raptado por los comunistas ; ¿quién podía pensar que el Jefe del Contra-espionaje de Alemania Occidental, protegido y apoyado, recomendado por destacadas personalidades británicas, fuera un espía soviético?...

Y los acontecimientos se precipitaron, como en una película. Ahora ya podemos señalar escuetamente la sucesión de los acontecimientos :

22 de julio: La prensa de Alemania Occidental anuncia oficialmente que Otto John ha sido raptado por los comunistas.

23 de julio: Basándose en las declaraciones oficiales, la prensa afirma que el Dr. Wohlgemuth ha anestesiado a Otto John para raptarlo.

24 de julio: En la Alemania Oriental empieza una despiadada caza de los agentes de Alemania Occidental. Se anuncian más de 200 detenciones.

El mismo día, Otto John habla en la emisora de Berlín Oriental y declara: «A causa del conflicto entre el Occidente y el Oriente, mi patria, Alemania, corre el riesgo de permanecer dividida para siempre. Era necesario un gesto espectacular para atraer la atención de todos los alemanes sobre este problema y por ello he decidido entrar en contacto con los alemanes orientales... En Alemania Occidental me era imposible trabajar, a causa de los ataques de que he sido objeto por parte de los nazis, que se han infiltrado en todas partes. Después de estos ataques, el Ministro de Interior me imposibilitaba todo trabajo. Espero que dentro de poco, en un libro, podré explicar al pueblo alemán mis planes e ideas para la reunificación de Alemania...»

25 de julio: La prensa de Alemania Occidental—y con ella gran parte de la prensa británica—afirma que la voz de Otto John en la emisora ha sido «falsificada» o que ha tenido que hacer su declaración «con una pistola en el pecho». El Dr. Adenauer, Presidente del Gobierno de Alemania Occidental, ofrece una recompensa de cinco millones de pesetas a la persona que encuentre pruebas del rapto de Otto John.

El órgano semi-oficial del Estado alemán, el diario *Bonner Anzeiger,* de Bonn, en un editorial dedicado al caso Otto John, dice: «Si se comprobara que el Jefe del organismo que tiene por misión defender al Estado contra su principal enemigo, el comunismo, ha pactado con éste, esto provocaría una sacudida tan grande, y las consecuencias de la misma no pueden preverse toda

vía; pues entonces, cada ciudadano de nuestro país tendría que preguntarse: ¿Quién puede proteger este estado si incluso los que están encargados de su protección son agentes del enemigo?...»

En esta frase estaban expresadas todas las razones que impedían a las autoridades de Alemania Occidental reconocer que Otto John había huído... Por otra parte, desde el primer día de la desaparición de John, dos «altos funcionarios» británicos (cuyos nombres no fueron publicados) llegaron por avión desde Londres a Bonn. Fueron recibidos por el Dr. Adenauer, pero nadie sabe nada sobre lo tratado en la entrevista. Pero el resultado pudo verse al día siguiente:

26 de julio: El Ministro del Interior de Alemania Occidental, Schroeder, declara que «tiene la certeza de que Otto John había sido atraído a una emboscada y llevado por fuerza u otros medios ilegales a la zona de ocupación soviética...»

Esta declaración fué hecha por el Ministro en el momento en que estaba ya claro para todos que John se había pasado sencillamente al enemigo...

27 de julio: Se suicida el oficial de los Servicios de Información Norteamericanos para Alemania, Capitán Hoeffer. Era un amigo de Otto John. Su suicidio ocurrió una hora después de haberle sido entregada la citación para comparecer ante una comisión encargada de hacer una información sobre él.

30 de julio: El Ministro del Interior de Alemania Oriental anuncia la detención de «importantes agentes» de Alemania Occidental en varias ciudades. Entre ellos, menciona los nombres de Stockhausen, Bistry y Knoll, que se habían infiltrado en la Policía comunista y dentro de ella realizaban su trabajo a favor de Alemania Occidental y de los aliados occidentales. Todos eran agentes del general Gehlen—afirma el comunicado comunista.

2 de agosto: El Gobierno de Alemania Occidental encarga al general Gehlen la reorganización de los servicios de información de Bonn y de coordinarlos.

3 de agosto: En Berlín Oriental, el presidente Grotewohl hace una declaración en el Parlamento, en la que afirma que «todos los servicios de espionaje organizados e infiltrados en Alemania Oriental por los servicios de espionaje del general Gehlen, ha sido descubiertos y la casi totalidad de sus agentes detenidos»... Su discurso deja entender que gracias a Otto John se han podido realizar estas detenciones, pero el Presidente del Gobierno comunista se cuida mucho de pronunciar el nombre de John.

4 de agosto: Un portavoz del Ministerio del Interior de Alemania Occidental declara que «incluso si John hubiera huído para pasarse a los comunistas, esto no causaría grandes daños a Alemania Occidental y a sus servicios de información, ya que se ha comprobado que no se llevó ningún documento ni escrito...»

¡Como si John no hubiera tenido tiempo antes de su huída de fotocopiar y enviar a los comunistas todo lo que podía interesarles!...

5 de agosto: Es nombrado en Bonn el sucesor de Otto John en el cargo de Jefe de la Oficina para la Protección de la Constitución. El nuevo Jefe es un tal Doctor Jess.

6 de agosto: El órgano de las autoridades de ocupación soviéticas en Alemania Oriental *Taegliche Rundschau* publica en primera página una fotografía de Otto John, sentado en la terraza de un café y charlando con unos altos funcionarios comunistas. En la fotografía John sonríe burlonamente y viste un traje muy elegante, como siempre. A su lado está sentado el jefe de prensa de *Frente Nacional,* organización comunista de

propaganda para la reunificación de Alemania, Dr. Correns.

7 de agosto: En un discurso ante los micrófonos de la radio de Bonn, el Dr. Adenauer declara que Otto John no era capaz de desempeñar el puesto que tenía, pero que su nombramiento había sido hecho por «voluntad ajena a la mía» (en efecto, el nombramiento de John había sido impuesto al Gobierno de Bonn por los ocupantes : Estados Unidos de América, Francia, Inglaterra, a *propuesta de los británicos).*

8 de agosto: Un periódico norteamericano publica una noticia sensacional : En junio, es decir, unas seis semanas antes de su huída a Berlín Oriental, Otto John había hecho un viaje a los Estados Unidos de América y fué allí recibido por Allan Dulles (hermano del Ministro de Asuntos Exteriores norteamericano, Foster Dulles), que dirige la Oficina Central de Información y, de hecho, los servicios de contra-espionaje americanos.

El antiguo Mariscal Kesselring declara : «Otto John ha traicionado a Hitler ; era claro que nos traicionaría también ahora»...

9 de agosto: El Ministerio del Interior de Alemania Oriental declara que «muchos otros agentes de los servicios de información occidentales han sido detenidos en Alemania Oriental».

11 de agosto: Ante unos 300 periodistas y corresponsales de prensa occidentales y orientales, Otto John lee su declaración en una sala en Berlín Oriental. Invita a dos corresponsales británicos y un americano a comer con él y contesta a todas sus preguntas.

PANORAMA SODOMITICO MUNDIAL

Tenemos a la vista un artículo, escrito por Robert Poulet, del cual vamos a espigar unos párrafos, a los cuales agregaremos unos ligeros comentarios.

Poulet nos anuncia en el principio de su artículo que :

«Se trata de saber cómo se ha llegado de la intransigencia a donde la pudibundez cristiana ya no cuenta. No hubo jamás en ninguna parte literatura propiamente homosexual, pero de la tolerancia actual da la medida esa acogida hecha a *Notre-Dame des Fleurs* o al *Homme orchestre*.»

Según Poulet, deben ser tenidos en cuenta estos tres factores :

«La aparición de grandes escritores pederastas ; la atención prestada a la pederastía por cierto número de escritores que no pertenecen a la *hermandad*, y la acción desarrollada por los pederastas que se hallan situados en revistas, diarios, editoriales, y, acaso, yo lo supongo, en las avenidas del Poder.»

Y observa inmediatamente que :

«La apología, directa o indirecta, del uranismo—considerado, no como una fantasía de artistas o de aristócratas, como costumbre de prisioneros o soldados, sino como una especie de la sensibilidad, de donde se deduce una manera de vivir y un modo de pensar—se halla en las plumas de muchos hombres de talento.»

¿Por qué?..., y el escritor responde con el testimonio de Gide:

«Si se cree a los novelistas expertos en la materia, el choque psicológico lo recibieron por el guiño del ojo un joven invertido.

«Se sabe por las confesiones completas de Gide en *Si le grain no meurt,* que tal episodio obra sobre él como una revelación, conduciéndole a la «liberación». Instantáneamente, el malestar profundo con el cual subsistían la educación y los sentimientos que él creía los únicos posibles, se disipan, para no volver jamás. Y toda la doctrina gidiana surge de ahí: de la fidelidad a sí mismo, la disponibilidad sin reservas: «familias yo os odio», la glorificación voluptuosa del efebo. En otros términos: el descubrimiento por un filósofo de una anomalía física de que se hallaba afligido, y del hecho de que le era posible abandonarse a ella, determinan toda su filosofía.»

Tal es el prestigio del «Nobel» que Poulet ha de llamarle «filósofo» para explicárselo. ¿Es filósofo el sofista?... La lógica lo niega; menos filósofo que ninguno será el que recurre a la sofística para justificar y propagar entre las gentes aberración tan antirracional, antiética y antiestética como es la sodomítica, la más vil y grosera.

Si, ciertamente, es actitud filosófica la de ser «fiel a sí mismo», como Gide pretende ser la suya, sería estrictamente necesario que fuera él también *fiel a sí mismo* existencial y vitalmente; y no lo es, precisamente, por ser sodomita; porque todo invertido es un traidor a sí, a sociedad y a especie. Su fidelidad no es hacia sí mismo; es una fidelidad dialéctica hacia su modo de ser; modo de ser por el cual se traiciona él a sí mismo. No es paradoja, Gide, como todo profeso en «filosofía» y literatura sodomítica, es *fiel a su infidelidad* para consigo

mismo y para con la sociedad: ese su grito satánico, «¡familias, os odio!», es harto expresivo, para deber argüir más.

Y cuanto decimos ha de tener validez para lo que seguirá; pero especialmente referido a Marcel Proust, que con Gide, forma la pareja «pontifical» de la Escuela filosófico-literaria sodomizante.

Poulet observa:

«Nada preparaba a los lectores de 1920-30 a contemplar los retozos de Julien y de M. de Charlus. Fué necesaria toda la originalidad indiscutible del arte proustiano—sostenido en este estadío decisivo por una oleada de snobismo—para que el espectáculo no causase a la redonda un salto violento. Pero bastó que fuera dado el primer paso. ¿Quién, a partir de *Sodome et Gomorrhe,* hubiere osado prohibir a la imaginación de los novelistas un dominio en el cual se situaba el que era en inmensa parte el autor de la más bella y profunda novela del siglo? Hubiera sido torpeza e iconoclastia...

«Me parece que el autor lo percibió; se ve cada vez más libre y se aprovecha. ¿O sería por casualidad que el atrevimiento y crudeza de sus pinturas aumentaron en su obra de volumen en volumen?

»Visiblemente, Marcel Proust, desbocando su larga contención intelectual a que se reduce en *La Prisonniére* y *Albertine disparue,* es en este instante presa de un verdadero vértigo, aguijonado por la idea de que en el presente todo es permitido al pintor del «vicio».

»La monotonía de las repeticiones donde se complace la lujuria mental es un fenómeno conocido desde hace tiempo. Ella explica el aburrimiento que invade bien pronto al lector de novelas libidinosas, a pesar de las contorsiones de los autores. Pero el capítulo del mal lugar regido por Charlus no aburre, por ser, desde el punto de vista narrativo, un nuevo punto de partida;

pero se percibe alguna cosa de desorden, desenfreno, que inpregna de absurdo todo el relato en cada página, en el encarnizamiento de los sentimientos que él pone en juego. La ignominia aparece, y las caricias acaban en heridas. La voluptuosidad decepcionada, *sed non satiata*, se pone a sangrar...

»Así la epopeya de los hombres-mujeres, que debuta de una manera tan seductora, tan fogosa, tan envuelta en imágenes poéticas, acaba en las muecas nauseabundas del sadismo.»

Nada para extrañar. Si lo sexual obedece a su ley natural, sólo puede lograr su plenitud en la función procreadora ; pero su aberración, careciendo de razón, puede ser una o múltiple, al carecer de una determinante y de un fin. El acto natural, como la verdad, sólo puede ser uno ; pero la aberración, como la mentira, puede variar indefinidamente.

El escritor glosado advierte que la literatura homosexualista tiene un aspecto común en todas sus variedades, *su carencia de equilibrio*. Es fatal que así sea ; no en vano la producen *desequilibrados*, aun cuando traten de disimularlo.

«Y ese carácter de desequilibrio—anota el escritor—proporciona el medio de refutar el mayor argumento de los pederastas. Ellos repiten que su disposición sólo es «un gusto como los otros», el cual no son ellos capaces de cambiarlo... en cuanto el primer punto, no hace falta responder que un gusto tan predispuesto a exasperarse, a comportarse como un cáncer moral, que devora poco a poco a la persona, tomando aspectos más y más demenciales y más y más trágicos, pertenece sin apelación a la patología.»

Y agrega :

«Ellos no pueden abstenerse de delirar..., ellos han conservado el complejo de la persecución... y el secreto

de una heterodoxia. Y esto es cómico en el día de hoy. Ya en tiempos de Prouts no eran objeto de severidades sociales. La ley del número jugaba en su favor..., aun cuando sobre tal aspecto no pueden ser tomadas al pie de la letra las estadísticas del *Temps retrouvé*. Pero una buena mitad de los personajes de Proust, del lado masculino (si así puede decirse) han dado, dan o darán en la homosexualidad. Y no es necesario decir que tal proporción no se da en la vida. Es siempre una manía en todo novelista pederasta : él ve o él pone pederastas por todas partes, porque cuantos más haya mejor podrá decir que la pederastía, después de todo, es «un gusto como los demás», al cual no hay ningún motivo para no entregarse.»

Y el escritor, agudo y con amplia documentación, llega a esta conclusión :

«La literatura pederástica es casi siempre una literatura de propaganda, una literatura proselitista.»

Y observa, con motivo, esta particularidad chocante :

«Es tanto más digno de preocupación, desde el punto de vista social, que, según los escritores de esta clase, las primeras tendencias homosexuales se diseñan a la vuelta de la adolescencia, a favor de la indeterminación sexual que reina a veces en ella.»

Y comprueba que :

«En el *Jean-Paul*, de Marcel Guersant, tal explicación se reitera con insistencia. El protagonista no ha escogido lo que bien se puede llamar la mala vía más que fortuitamente, por un concurso de circunstancias. Ha bastado casi nada, una conversación, una lectura.»

Por lo tanto, concluye apoyándose en sus tesis :

«Las amables exhortaciones explícitas o implícitas de los defensores del uranismo pueden entonces hacer un gran número de nuevos pederastas, que podrían no

haberlo sido, y que seguirán siéndolo en virtud del otro principio : «el invertido no es libre para dejar de serlo.»

Y termina la cuestión arguyendo :

«Si, como lo aseguran tantos escritores homosexuales, la homosexualidad es una gran desgracia, se tiene el derecho a mirar la literatura pederástica como un azote público, ya que aquellos a quienes el microbio devora no pueden abstenerse el contagiar en torno a ellos.»

Narra el escritor el pasaje de los *Monederos falsos*, de Gide, y advierte previamente que las escenas de amor normal las matiza de ironía y mal gusto. Pero, en cambio, la desenfrenada parcialidad que guía la pluma del novelista estalla en el episodio cumbre, increíblemente asombroso, de aquel joven que se suicida de felicidad, después de yacer con su tío... «Jamás—exclama—desde que el mundo es mundo, se vió a nadie matarse por ser demasiado feliz ; es una mixtificación flagrante, nacida en el novelista de la necesidad de hacer resaltar su idea cueste lo que cueste, y también para desafiar toda contradicción en una especie de rabia.»

No coincidimos en esto con Poulet.

Para nosotros, a Gide no lo han impulsado esos motivos más o menos literarios. Si él hace que se suicide su joven «héroe» por haber hallado en el acto sodomítico «incestuoso» el ápice del placer, un placer casi sobrehumano, según él, es por mero afán proselitista ; para corromper a sus jóvenes lectores con la idea de que el *placer es absoluto* y que, llegando al absoluto, la vida ya no es necesaria.

Tal es la inspiración que determina el pasaje de Gide ; pero en él descubrimos otra impulsión, refinadamente satánica : llevar al joven pederasta prendido en su magia literaria hasta el suicidio..., el final anhelado por Satán para cuantos él «ama»...

A mucho han llegado los escritores pederastas, pero

ninguno de sus imitadores, aún siendo legión, han alcanzado el refinado satanismo de Gide, premio Nobel para vergüenza de nuestra civilización que sacrílegamente aún se llama cristiana.

Un fanfarrón del vicio como Jean Genet, busca la coartada para la depravación sodomítica. Su marinero de la *Querelle de Brest* se hace «giton» por necesidad de castigarse a sí mismo. Y sus congéneres en *Notre-Dame des Fleurs* y en *Pompes funébres* hacen una mezcolanza de sus deseos monstruosos y sus pensamientos con apariencias de elevados para justificarse, como es el deseo de escarnecer el orden social corrupto, el desprecio a las leyes injustas, el amor a la libertad y el deseo de rebelarse. «Por medio de un artificio inverso —dice Poulet—es como Jean-Paul Sastre (apologista del exterior en su estudio sobre *Saint-Genet, comedien et martyr*) puede afirmar en *Le Mur* que el fascismo procede de la pederastía, paradoja bien digna de nuestro más brillante sofista.»

Poulet, en otra observación muy acertada nos hace notar :

«Uno de los caracteres principales de la homosexualidad literaria es el contraste en que aparece la elevación de las teorías y la bajeza de su práctica. El «héroe» de la novela pederástica invoca frecuentemente a Sócrates antes de guiñar el ojo al primer guardia municipal que se atusa el bigote...»

Como hace observar otro escritor, el pederasta parece gozar en mezclar lo sublime con lo inmundo.

Debemos terminar el capítulo, cuya extensión rebasa ya el espacio a él asignado. Pero no sin delatar una nueva modalidad en la literatura sodomítica, poco advertida, pero, por ello y por ser demasiado insinuante, muy peligrosa.

En esta segunda generación se literatos pederastas,

como ajenos a ella, se muestran una serie de tipos muy complejos, que Poulet se atreve a llamar «complejos» e «inestables» y a situarlos en el mismo límite de los dos orbes de la sexualidad.

Y él se atreve a ensayar una fina explicación de su existencia, y es ésta :

«Para explicar estos equilibristas, cuyo espíritu parece solamente traspasado por los efluvios que otros acogen y respiran, se puede admitir que el repudio, la ligera amargura que deja la tentación después de su reflujo, la curiosidad, el vértigo intelectual, una necesidad de contradecir la moda sin seguirla, forjan en ellos un humor de connivencia exenta de complicidad, que se traduce en formas incompletas o por sentimientos retenidos, semejantes superficialmente a los productos de las imaginaciones sodomíticas.»

Y da un chocante ejemplo :

«Recientemente, una novela de François Mauriac, *l'Agneau,* da la impresión de afrontar inopinadamente este riesgo, porque la actitud y conducta de los personajes no se justifica si no es en función de una homosexualidad difusa.»

Y Poulet cita otros casos de libros, que para nosotros pueden ser contagios inadvertidos ; pero que también, por inadvertencia, pueden a su vez contagiar.

Acaso, un Jean Genet, «campeón de la pederastía brutal», sea menos peligroso que otros, campeones también, pero con formas insinuantes y refinadas.

Genet, como dice Poulet, «representa el último grito de la Sodomía literaria, que no retrocede ante su esencial abyección, en tanto que sus antecesores no renuncian a las cauciones de la moral y de la buena reputación. El autor de *Bonnes* proclama que, como heresíarca del amor, él no aspira más que al desprecio de los «burgueses» ; de hecho, al de toda sociedad organizada. Más

aún : el deja entender que tanto para él como para sus personajes, escogidos expresamenteentre los más repugnantes, sólo es una manera de desafiar al orden y a la ley».

Esto es franqueza. Y, a su pesar, es delator literario de cuanto practican los «exquisitos» y «refinados» ; porque ha de saberse, bajo sus recamados brocados retóricos, el escritor sodomita y sodomizante no se sacia, como practicante, con hacer él de hembra o con lograr que de tal haga otro. No ; ellos yacen de *preferencia* con monstruos , asesinos, chulos y prostituídos de la más baja especie..., sueñan con los órganos sexuales, con sus vecinos, los de las pútridas secreciones, y con esas mismas secreciones... ¡ callemos !

Pero cuánto mejor sería que se atrevieran a dar rienda suelta en sus páginas, como Genet, a toda su hedionda depravación, en lugar de hipócritamente disimularla y embellecerla con todos sus refinados recursos literarios, porque así sería imposible su proselitismo entre la juventud no alarmada y excitada por la fama y la lisonja de que gozan en esta nuestra sociedad estúpida.

También sería de desear que hiciesen la apología de la necrofilia, que tantos ansían, y de la *escrementofagia*, que muchos practican, y que dieran suelta desbocada a la bestia humana y satánica que mantiene amordazada en su interior su hipocresía y su ansia proselitista. ¡ El horror, el asco y el vómito sería salvación de tantos como caen hechizados por su seducción literaria !...

Porque, según concluye Poulet, «la gran mayoría de los escritores pederastas está menos inclinada a renegar del principio social, como el obstinado Genet, que a ampararse en él. De ahí viene el prodigio que hace surgir en todos los puntos importantes del mundo de las letras a los adeptos de la secta. En la hora presente, exis-

ten pocas publicaciones, teatros, editoriales, donde no tengan fuertes posiciones».

Y, moderadamente, opina :

«No es necesario imaginar que un bello día los últimos adeptos de la Escuela normal serán expulsados de la corporación literaria, al grito de : «¡ Fuera de la iglesia sodomítica, no hay salud !»..., la revancha de Sodoma contra el fuego del cielo no tomará la forma de un golpe de Estado en el mundo de las letras.»

Pero :

«Más bien puede temerse una acción lenta, insidiosa, que acentuará las características indicadas, y que llegaría a afeminar el pensamiento y el estilo en Francia, en un país que estuvo hasta aquí dotado de una literatura varonil.»

¿ Sólo en Francia ?

¡ Es todo un porvenir !...

* * *

Ya hemos hecho alusión al concepto de Claudel sobre Gide, que puede ser aplicado al sodomita en general en grado más o menos bajo. Para el gran poeta francés, la sodomía produce la inversión física y moral de todo el ser ; Lucifer es Dios al revés. El eterno negador —la Negación, la Nada objetiva—es para Claudel el Príncipe de los sodomitas, y Gide, uno de sus principales demonios. Para nosotros, un *poseso*.

La teoría de Claudel es la misma de muchos teólogos ortodoxos.

Se podría creer en la existencia de una contraiglesia formada por los homosexuales ; una especie de pueblo del Anti-Dios en oposición al pueblo de Dios, en rápida progresión y en trance de balancear a la humanidad normal, si no inmediatamente por su número, sí por su cul-

tura media superior, por sus dotes hipócritas de seducción y, sobre todo, por no reparar en los medios a emplear, ya que la conciencia no cuenta en su elección.

Donald Webster Cory, un sodomita de alta clase, autor de un voluminoso libro sobre la materia, en el cual investiga el estado de espíritu de estos «fuera de la ley», después de muchos análisis basados en múltiples encuestas y sondeos, lanza un grito, que producirá escándalo, pero en el cual expresa una verdad flagrante:

¡Nosotros somos legión!

Cierto; ese grito, eco del de Satán, lanzado en el principio de los tiempos, dice una verdad mundial.

Si no fueran legión, y legión poderosa, la gran parte del género humano heterosexual—aun es mayoritaria la normal—no se dejaría insultar por esa otra legión de psicoanalistas, objetivamente sodomizantes, sodomitas por provocación, cuando por boca de un William James, el «gran» psicólogo americano, dicen:

«La mayor parte de los hombres son homosexuales en potencia.»

Rectificado por D. W. Cory, diciendo:

«Se comprende mal por qué James dice: *la mayor parte de los hombres* y no *todos* los hombres».

No se satisface Cory con la tesis de James que, completa, es así:

«La inversión es una especie de apetito sexual del cual, muy probablemente, la mayor parte de los hombres posee el germen.»

Si no fueran legión, jamás un Freud, el definidor ex-cátedra del «dogma» de la sodomía innata en la especie humana, hubiera podido escalar el pináculo de la fama; muy al contrario, los insultados lo habrían lapidado.

Pues en la «infalible» autoridad indiscutida de Freud se basan los Cory para forjar este «argumento»:

«Si, como lo afirma Freud, subsisten en todos los homosexuales vestigios de memoria heterosexual—como el psicoanálisis revela fácilmente—, un psicoanálisis profundo de los hombres más equilibrados podría descubrir la presencia en ellos de tendencias homosexuales latentes, reprimidas, a veces, sublimadas y replegadas en el subconsciente.»

Es un «argumento» típico de la Escuela sodomizante; pero un argumento sin categoría de sofisma siquiera.

Si el psicoanálisis freudiano—tan tendencioso—dice que en *todos* los invertidos existen vestigios de memoria heterosexual, de lo sexualmente normal, por lo tanto, que no se da el homosexual químicamente puro, el argumento lógico será que han de existir y existen hombres absolutamente normales, sin mezcla de homosexualismo alguno, y no la hipótesis contraria, de que se hallará vestigio sodomítico en todo macho de la especie humana. El argumento correcto a extraer del experimento freudiano es el inverso; si no se da el homosexual puro, es decir, el anormal absoluto, es que el heterosexual, el totalmente normal, ha de ser la regla, ya que carece de una excepción absoluta.

Si aplicamos el argumento de la Escuela sodomizante a cualquier otro caso, veremos toda su grosería. Por ejemplo, el anestesiado al que se le amputa una pierna, cuando recobra los sentidos, aún le *duele su pierna* amputada... y del fenómeno deberíamos deducir que todos somos algo cojos... Tal es la manera de argüir en la «dialéctica» de la Escuela sodomizante.

Nuestro argumentar no va contra la verdad de que «son legión», sino contra la literatura—no ciencia, aunque ciencia la llamen—sodomizante por *justificación* y provocación. No son legión por determinante o impulso de su naturaleza; han llegado a ser legión por corrupción y degeneración sexual; principalmente, de origen

moral e intelectual. La excepción es el irresponsable por tara congénita, por anormalidad; excepciones permitidas por Dios, para que nuestro imperfecto razonar, sólo capaz de juzgar por comparación, pueda comprender y admirar nuestra perfección sexual comparándola con la monstruosidad.

Es un hecho indudable, no arrancado al nebuloso y confuso psicoanálisis, que la Sodomía aumenta en razón directa a la apostasía en la Cristiandad. Tal apostasía es la razón radical de que sea cierta la probabilidad de que «nosotros nos hallamos en marcha hacia un mundo que será más y más homosexual o, en todo caso, en el cual la homosexualidad vivirá a cara descubierta»... Si el merecido esclavismo social y el ígneo diluvio atómico, tan merecido por esta sociedad, no lo evitan, como en Sodoma y Gomorra, destruyéndola.

Lancemos ya una mirada sobre este nuevo valle de la Pentápolis del mundo occidental.

Pierre Domenique, comprueba:

«En Francia nosotros decimos muy gustosos: juego de algunos intelectuales, artistas, músicos. Pero allí donde se realizan serios trabajos, donde el despistaje es sistemático, se percibe que ellos—los homosexuales—*son un pueblo*.»

Nada más en cuanto a Francia, la que tanto refracta su moral y costumbres sobre Europa.

En los Estados Unidos ha revelado Kinsey, después de penosa y larga encuesta, que «un tercio de la población musculina ha tenido una experiencia homosexual, llevada hasta la consumación, durante su adolescencia».

Como la prensa delata, en América crece y avanza una oleada de delincuencia infantil y juvenil, que preocupa muy hondamente, y con motivo, a sus hombres responsables.

El estrago de la Sodomía entre los adolescentes—¡ un

tercio !—patentizado en su estudio por Kinsey, nos hace pensar si tal homosexualidad no será la causa primera y esencial de tanta criminalidad juvenil. No tenemos noticia de que nadie haya relacionado en América la Sodomía con la criminalidad y, menos aún, con la específicamente juvenil, ni evidenciándola cada día en todo país la crónica del crimen, donde los cometidos por los sodomitas causan la estupefacción general por su macabro sadismo y su monstruosidad bestial.

Pero Kinsey prosigue sus revelaciones matemáticas:

«El 50 por 100 de los hombres que siguen célibes a la edad de los treinta y cinco años tiene experiencias homosexuales.»

Y en total, según él, un 10 por 100 de los hombres son más o menos exclusivamente homosexuales hasta los treinta y cinco años y perduran siéndolo después exclusivamente un 4 por 100.

Si se admite la cifra de un 5 por 100 de homosexuales (que es la dada por el más moderado de los observadores en Estados Unidos) para todo el mundo, llegamos a una cifra espantosa.

Bien es verdad que para el mundo cristiano, que nos importa más, ese porcentaje de América, país protestante y riquísimo, ha de ser menor en otros, ante todo, en los católicos.

Es un consuelo, pero muy mermado, habida cuenta de que en el mundo intelectual, artístico, aristocrático y financiero—el de más influencia social, el que más fuertemente irradia su modo de vivir y moral—el 5 por 100 de homosexuales es largamente sobrepasado.

Ignoraremos siempre hasta qué cifra llegará el porcentaje de sodomitas en esas «clases elevadas»; en este caso, «bajas», bajísimas...

Pero sin estadísticas, como Dominique compru-

ba: «yo me paseo sobre la Tierra y yo no estoy lejos para percibir que el homosexual llena las calles. Las *calles* más que los caminos. El habita más en las ciudades que en los campos».

Absolutamente cierto. La Sodomía es ciudadana y no campesina.

Si fuera efecto la pederastía del hermafroditismo freudiano innato en todos los varones, ella se daría con mucha más frecuencia en el agro que en la urbe; sobre los campos, donde los hombres obedecen más a su naturaleza y no en la ciudad, donde su vida se halla más modificada por la cultura y la civilzación... Es al revés; por lo tanto, el homosexualismo no procede generalmente del feminoidismo «natural», sino de la cultura y civilización ciudadana, cada día más renegada, más pagana.

El autor escribió hace mucho tiempo esto:

«Dadme el crecimiento de las ciudades y os diré el aumento del ateísmo.

»Dadme el crecimiento de las ciudades y os diré el aumento de la prostitución y de las enfermedades venéreas.

»Dadme el crecimiento de las ciudades y os diré el aumento del marxismo.»

Y hoy agrega:

«Dadme el crecimiento de las ciudades y os diré el aumento de la Sodomía.»

Y tiembla viendo la estúpida inconsciencia con que tantos se alegran y ufanan del crecimiento geométrico de las ciudades. Y su temor es mayor cuando ve favorecido y provocado el absentismo invasor de las urbes con una política de salarios que los da mayores, dobles, triples y más aún, al proletario de la ciudad que al productor del campo, como si el atractivo y la seducción de la ciudad necesitara para provocar su acelerada invasión premiar un trabajo menor, por más cómodo, de menos

duración y sin paro, con un salario superior. Y no menciono la diferencia entre *trabajo útil* y *trabajo inutil*, hablando en términos de Economía política, que arroja un saldo tan abrumador en favor del campesino y el minero, que bastaría en una economía *nacional*, y no capitalista y marxista, que son iguales, para remunerar más cuantiosamente al productor de trigo, carne, carbón y hierro que al «productor» de brillo en los zapatos, de rizado del cabello, de perchas para libreas, de vaho para empañar cristales..., en fin, a «esa media humanidad dedicada—como diría Rathenau—a producir basura (y no fertilizante, lujo), que se dedica a consumir la otra mitad»...

Por razón religiosa, social, higiénica, económica o militar no debe ser estimulado el crecimiento de la ciudad. Muy al contrario, debe ser hecho todo para detenerlo en seco, apelando a cuantos medios políticos y económicos sea posible. Y es una verdadera lástima que no se deba imponer un regreso al campo y a nuevos centros de trabajo alejados de las ciudades a esos millones que sobran hoy en ellas. No se debe hacer, precisamente, para no contaminar pueblos y aldeas de las lacras morales, sociales y económicas ciudadanas. Que cuantos las habitan hoy resten si quieren en ellas, que ya disminuirán los censos urbanos populosos; afortunadamente, son menos prolíficos, por previsor y clemente designio de la divina Providencia.

Y, dicho esto, sobrará decir que no pienso presentarme candidato a la elección democrática de nada; mi doctrina urbanística no es rentable electoralmente... Sólo una mentalidad democrática o marxista, más o menos consciente, soñando con triunfos electorales, puede exultar de gozo contemplando el millonario crecimiento fabuloso de la ciudad moderna... Es la razón, si no sana, utilitaria, que puedo hallar al ansia de gigantismo

urbanístico de tantos. Porque no los creo tan posesos de Satán que deseen acrecer el mal moral, con el ateísmo; el mal ético, con el aumento de vicios; el mal social, con el marxismo; el mal económico, con el aumento de consumo y la disminución de producción de bienes útiles, y el mal de la guerra, con la creación de blancos dignos de las bombas hidrógenas, donde no se desperdicie un átomo...

Como vemos, no es la Sodomía el único, el mayor ni el peor mal de la ciudad moderna.

Y, hecha esa necesaria digresión, sólo unas pocas palabras más en torno a la Sodomía.

Si ella es hedionda y repulsiva como vicio y tara, lo es más aún por sus consecuencias religiosas, morales, nacionales y sociales. No en vano es un suicidio moral y material de nuestra especie.

Pero es en ella lo más apestoso, pútrido y criminal su dimensión filosófico-científica intelectual. Es ahí, en su perversidad racional, donde se revela neto su radical y original satanismo.

Es un marqués de Sade, para honor de la Escuela sodomizante, su precursor. Su nombre bautizó al satánico placer de gozar con el dolor de otro ser; mejor, de un tierno niño o de una débil mujer... pues bien, la Escuela sodomizante se ha dedicado fervorosamente a «razonar» y a «probar» este «apotegma» de Sade:

«La Sodomía es general en toda la Tierra; no existe un sólo pueblo libre de ella, ni un solo gran hombre que no se entregue a ella.»

Ya hemos refutado a los «científicos» sectarios de la doctrina sadista. Pero ahora topamos con un intento de su justificación sociológica.

A eso llega un Pierre Dominique, interpretando un otro «apotegma» de Gide, que, cínico, dice:

«La homosexualidad es indispensable para el establecimiento de toda sociedad equilibrada.»

«No veamos una paradoja», nos dice Dominique. Y añade:

«Por mi parte, yo me inclino a creer que la homosexualidad es una tendencia sexual que tiende a liberar al hombre del matrimonio y de los lazos civiles y religiosos, y de librarlo del temor de tener un hijo.

»La homosexualidad puede que sea un esfuerzo—inconsciente—contra una de las grandes leyes humanas, la de la propagación de la especie. Y sería, en tal hipótesis, si no una exaltación, por lo menos, una defensa del individuo.

»... se plantea ya la cuestión, como en tiempos de Malthus, de saber si la Tierra podrá, cincuenta o cien años aún, nutrir a sus habitantes, por poco que ellos doblen, tripliquen o cuadrupliquen su número.

«Este esfuerzo—el homosexualista—para la limitación de los nacimientos será uno de los elementos que, cuando la era de las tiranías sea abolida, en la libertad recobrada, podrá provocar una exaltación fulminante del homosexualismo».

«... el instinto de conservación, de ilustración y de refinamiento (!!!) triunfará sobre el instinto de propagación de la especie, como en todas las épocas de libertad (y licencia)».

«Véase — agrega — que esta observación no es de ningún modo especiosa y podría ser muy dignamente expuesta por un oxfordiano decadente, después de yacer con un prostituído de Karachi.»

Esta punzada irónica no quita intención a la defensa sociológica de la Sodomía, en la cual se apela, sin memoria ni talento, a la desacreditada teoría malthusiana, de la cual, el homosexualismo es también una práctica.

No se ve hoy que, a pesar del aumento de población, sea problema su alimentación. Si es geométrico el crecimiento de la especie, no es aritmética, cuando aún es suficiente, la producción de alimentos. Pero basta de razonamientos, ya que la realidad mundial se basta para refutar a Malthus.

Sólo esta observación, que no conozco haya sido formulada.

Existe desde hace veinte siglos un «malthusianismo» lícito, conveniente y hasta santificado: el celibato eclesiástico, establecido por la Iglesia Católica. No lo estableció la Iglesia para limitar la multiplicación de la especie, tal efecto físico, fué secundario, el celibato eclesiástico se produjo por una razón metafísica. Quiso la Iglesia que hubiera hombres y mujeres capaces por su virtud y situación, carentes de prole, de dar el máximo a la Sociedad en el orden espiritual y material—la caridad—exigiendo de la misma lo mínimo para ellos. Tal fué la razón más esencial para decretar el celibato eclesiástico. Evidente resulta que, sin pretenderlo como fin directo, él produjo y produce una limitación en la multiplicación de la especie, un sacrificio hecho para lograr un bien más elevado, entiéndase.

Mas los malthusianos, y no digamos toda la heterodoxia, seguida del neomalthusianismo sodomítico, en lugar de alabar y defender el celibato eclesiástico como algo que, objetivamente, resuelve el problema sociológico por ellos planteado, llevan luchando siglos para acabar con él y con la Iglesia que lo estableció y lo mantiene... ¿es o no verdad?

Es una demostración flagrante de la insinceridad malthusiana y sodomítica. Y prueba que cuantas apelaciones haga la Escuela sodomizante a las ciencias de cualquier orden, por extremoso que sea su énfasis, tan sólo es un grosero recurso para matar conciencias con

falsas y pérfidas «razones», con el fin de lograr, sea como sea, el nefando proselitismo de la Sodomía.

Que, logrado por medio racional, revela, esa calidad más entrañable de la Sodomía : su satanismo.

Ese satanismo denunciado siglo tras siglo, sin variar y sin rectificar, por la Iglesia de Cristo.

Madrid, 30-1-1956.

FIN

INDICE

Págs.

TERCERA PARTE

Sodomía, política y espionaje